

Si existe un lugar donde todos los agentes de Heracles quisieran operar, sin duda ese es Hotel California. Nadie sabe a ciencia cierta quién fue el inventor de ese nombre clave (debía tratarse un fan del grupo musical "The Eagles"), pero de lo que no cabe ninguna duda es de que Hotel California es la primera línea, la punta de lanza, el teatro de operaciones por excelencia: ni más ni menos que el Centro de Coordinación Operativa Clandestina para los EE.UU. y Canadá.

Localizado en Sacramento, capital del próspero estado de California, ocupa una manzana de edificios. Sus propietarios oficiales son dos miembros de la cúpula directiva de Prometheus-USA, enzarzados desde hace años en un larguísimo proceso judicial en el que se disputan el reparto de la propiedad. Por supuesto, se trata de una cortina de humo.

Los visitantes ocasionales suelen sorprenderse. Han oído hablar tanto de Hotel California que sus pasillos empapelados con motivos pasados de moda, sus suelos de viejo parquet y sus oficinas de sobria decoración, les dejan con la sensación de haberse equivocado de sitio.

Y tienen su parte de razón. Por una vez, el aspecto de Hotel California no oculta absolutamente nada. Allí las cosas se hacen a la antigua usanza. Los grandes ordenadores están en Seattle, junto con el Comité Hespérides y la sede central de la Fundación Kaufmann. El material bélico más impresionante en Nueva York, al cuidado de los Equipos Charlie locales. Los sistemas de escucha electrónica en Denver, Colorado, apuntando todos ellos sus enormes orejas electrónicas en dirección a la cueva de Alí Babá y los Cuarenta Ladrones: la base central del C.D.F.C. en Boulder.

No, en Hotel California no hay nada de eso. Básicamente, allí sólo se pueden encontrar hombres, mujeres y teléfonos.

Pero allí se encuentra el corazón de Heracles-Prometheus EE.UU. Puede que las decisiones se tomen en Seattle, pero en Hotel California es donde se decide la forma exacta en que serán llevadas a la práctica. Allí acuden los mejores agentes a recibir sus órdenes. Allí se refugian cuando las cosas se ponen difíciles.

Las medidas de seguridad alrededor de Hotel California rozan lo paranoide. En caso de emergencia máxima (caso que, afortunadamente, no ha llegado a producirse todavía), toda la zona adyacente a la base podría ser cerrada ante un ataque directo. Sistemas de vigilancia electrónica de todo tipo se despliegan por sus alrededores y muchos de los pisos de la zona ocultan unidades de agentes de Heracles. Podría decirse que nadie puede acercarse a menos de 300 metros del lugar sin que sea detectado.

El acceso al interior de las instalaciones no resulta fácil. En la jerga de la organización, Hotel California tiene "reservado el derecho de admisión", lo cual significa

que los agentes que quieran acudir a ese lugar deberán ser "invitados". En ese caso, un equipo Tango se encargaría de conducirlos hasta Hotel California, en un proceso arduo que incluye varios cambios de vehículos y horas de vagabundeo por las avenidas de Sacramento para garantizar que nadie sigue a los "invitados".

Si un agente quiere acudir a "Hotel California", deberá seguir de forma estricta "las normas de la casa". Eso significa ponerse en contacto con los chicos Tango y un complicadísimo proceso. No es raro que un agente necesite hasta cuatro o cinco días hasta que se le da el visto bueno. La obsesión por la seguridad es absoluta:

quienes no sean capaces de meterse esto en la cabeza no podrán acercarse siquiera. Allí se guardan secretos de enorme importancia: todas las operaciones de Heracles en los EE.UU. se dirigen desde allí.

En la tercera planta de Hotel California, en una parte del edificio cuyas ventanas se orientan hacia un triste patio interior, se encuentra el despacho de un hombre excepcional. Se sienta en una butaca de respaldo alto construido en kevlar y fibra de carbono a prueba de balas. Sobre su mesa se apilan expedientes, carpetas, fotografías y disquetes sin demasiado orden. Una terminal de ordenador hace la función de ojos y oídos electrónicos que mantienen al ocupante de esa oficina en continuo contacto con el mundo exterior. Unas sillas cómodas pero modestas completan la decoración junto con una foto enmarcada: la única de la estancia. Se trata de un retrato de Zachary J. Palmer. En el lado de la puerta que da al pasillo, puede leerse sobre una placa de plástico:

TEDDY VANELLI (COORDINADOR ESPECIAL ADJUNTO DE OPERACIONES)

Casi nadie le llama así. Para todo el personal a su mando él es "Ho Chi Minn", su nombre de guerra. El verdadero número uno de Heracles en los USA.

## EL TÍO HO

Nadie sabe cómo se conocieron Kaufmann y Vanelli, que nació en Brooklyn a mediados de los cincuenta poseyendo unas más que discretas capacidades para el control metabólico. Lo único que es seguro es que en primavera de 1974 volvió a los USA tras una estancia de seis años en Europa. Su vida hasta esa fecha es un misterio insondable. Aparentemente, Vanelli nació el día en que junto con otros dos agentes y su maleta llegó al aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York. Esos tres hombres tenían un único objetivo: organizar la rama estadounidense de la obra de K1.

Su primer paso, para el que cuentan con una auténtica fortuna en sólidos marcos de la República Federal de Alemania, consiste en fundar Prometheus USA. Durante varios meses, se dedican a la búsqueda de jóvenes licenciados en económicas y empresariales para la rama legal de Prometheus, a la vez que rastrean los pasos del C.D.F.C. Para ello cuentan con la colaboración de un misterioso personaje, al pa-

recer sólo K1 conoce su verdadero nombre: universalmente es conocido como Vitautas, su clave de identificación. Su ficha en KnowWho, la base de datos más importante y confidencial de la Fundación Kaufmann (Nota del diseñador: y que se describe en el Catálogo Charlie) difícilmente podría ser más escueta, aportándonos apenas unas leves pinceladas sobre su personalidad.

## VITAUTAS

Vitautas era un excelente asesino psiónico. No llegó a ser captado totalmente por el C.D.F.C. dado que trabajaba para la CIA. en un puesto de escasa importancia, aunque es seguro que gozaba de algún tipo de influencia que desconocemos y que le libró de sus reclutadores. El padre de Vitautas, nacido en Lituania y exilado en los Estados Unidos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, lideraba uno de los numerosos grupúsculos antisoviéticos que pululaban por Nueva York durante los años de la Guerra Fría. Vitautas en persona ocupaba un cargo en esa organización y su labor en la CIA consistía en informar sobre los nuevos miembros para prevenir la entrada de topos procedentes del frío. Al parecer, el C.D.F.C. lo tenía fichado y bajo controles rutinarios. Vanelli contacta con él al empezar sus pesquisas sobre el C.D.F.C. allí donde su nivel de seguridad era más bajo: en las operaciones rutinarias de contraespionaje soviético combinadas con los agentes de la CIA. Ese tipo de acciones apenas significaban un 5% de la actividad total del Comité, pero había que empezar por alguna parte.

¿Qué fue lo que impulsó a Vitautas a unirse a nosotros?. Quizás se trató simplemente de dinero aunque no es probable que fuera sólo eso, su historial no nos dice nada al respecto. Lo cierto es que ese oscuro personaje tuvo el honor de ser nuestro primer topo en el C.D.F.C. Inmediatamente empezó a tomar contacto con los escasos agentes de Palmer que conocía con la excusa de estar cansado del estilo de la CIA. Tras varios intentos, logró entrar en el comité con el status de agente M "libre asociado": un caso excepcional dentro de la organización. Aquellos eran días difíciles pero tenían una ventaja evidente, el C.D.F.C. miraba en dirección a Moscú y no esperaba que los golpes llegasen desde otro lugar. Vitautas y Vanelli lograron cazarle con la guardia baja y la primera gran operación culmina con éxito. Un centro de adiestramiento en Nueva Jersey, que contaba con unas ridículas medidas de protección fue asaltado en lo que fue la declaración formal de guerra entre Boulder y Heracles. Esa primera acción ofensiva pasó a la historia con el nombre de "Operación Bull Run Uno", y de paso inauguró lo que con el tiempo se ha convertido en "la marca de la casa" de las operaciones planeadas por Vanelli; su nombre clave es casi siempre el de una batalla de la Guerra de Secesión.

Bull Run Uno deslumbró a todos los que participaron en ella (el propio Kaufmann se trasladó a suelo americano con un pasaporte falso a nombre de Klaus

Kóening, violinista profesional, para dirigir la operación sobre el terreno) porque les demostró de lo que eran capaces si tenían las suficientes agallas y un mínimo de preparación. Pero desde la perspectiva actual, no parece que fuese para tanto. 23 M liberados podían dar entonces la impresión de todo un ejército, pero su utilidad real en la práctica era mínima. Su estado físico era ruinoso, psicológicamente estaban acabados y ninguno se hallaba en condiciones de decidir libremente su futuro. Para colmo, los métodos y terapias de desprogramación psicológica fueron desarrollados muchos años después.

Pero, guiados por la simple intuición, lograron sacar adelante a esos 23 adolescentes que formarían la base de lo que sería la red más grande de Heracles en todo el planeta. Dos semanas después de Bull Run Uno, mientras se despedía de Vanelli, K1 le llamó, bromeando, "Ho Chi Minn" por haber golpeado a los norteamericanos de aquella manera. A partir de ese momento, "Tío Ho" (así llamaban los guerrilleros vietnamitas a su líder), se convirtió en su nombre de guerra.

Tras Bull Run Uno llegó Bull Run Dos, y luego tres, cuatro, cinco... en 1980 se daba por concluida Bull Run número 1.000, una cifra mágica. Para entonces ya existía Hotel California y Heracles era una realidad sobre el suelo americano. Vitautas desapareció sin dejar rastro en 1979, aunque no sería descabellado suponer que sigue trabajando en la sombra. En cualquier caso, nada nos garantiza que no esté muerto o en manos del C.D.F.C.. Lo único que nos dice su ficha es que su último informe fue el que puso en marcha Wilderness Cuatro. El apartado "status actual" está en blanco.

En cuanto al propio Vanelli, hacia 1977 empezó en cuerpo y alma a su tarea más importante hasta la fecha: la infiltración de topes (agentes dobles) en el C.D.F.C. De hecho, el control que mantiene sobre su red de infiltrados, junto con su innegable prestigio como "histórico" de Heracles ha sido lo que le ha permitido mantenerse en su puesto contra viento y marea. El "tío Ho" es un miembro verdaderamente excepcional, pero tiene más de guerrillero urbano que de sutil agente secreto. En muchas ocasiones, las operaciones que ha planificado han puesto en serio peligro el secreto que rodea al fenómeno M. Sus tácticas, directas y efectivas, pero quizá excesivamente llamativas, han dado serios quebraderos de cabeza a los equipos Tango de todo el mundo, no sólo de los USA. Esa tendencia suya a olvidar que el hermetismo es vital en cualquier misión le ha hecho ganarse numerosos adversarios, que consideran sus planteamientos poco apropiados.

En parte tienen razón. Los operativos que organiza Vanelli suelen involucrar a decenas de agentes, forzando sus coberturas hasta el límite. Al menos en tres ocasiones, el propio C.D.F.C. ha tenido que abandonar "el campo de batalla" ante el temor a que algún periodista investigase un poco más de lo habitual. En este sentido, "Ho Chi Minn" es temido tanto por sus enemigos como por sus aliados. Afortunadamente, una

combinación de talento y buena suerte le han acompañado ininterrumpidamente a lo largo de su carrera.

Vanelli se encargó personalmente de dirigir todas las operaciones hasta que los cuadros de mando originales empezaron a ser sustituidos por una "segunda generación M" a finales de los 70. En 1979, 108 dirigentes de Prometheus-USA le pidieron de forma oficial que se dedicase sólo a una de las dos ramas, sabiendo que elegiría Heracles. Se trataba de una especie de pequeña revolución, que fue seguida por la parte europea de la organización desde la distancia y sin ingerencias. A Vanelli no le gustó aquella petición y trató de conseguir que Kaufmann inclinase la balanza a su favor. K1 se limitó a llamar a los interesados a Ginebra, para terminar decidiendo el "Tío Ho" no podía seguir acumulando tanto poder. La crisis se solucionó de forma superficial, y permaneció latente a lo largo de buena parte de los 80. En 1982, Vanelli sufrió su revés más grave y muchos pensaron que su carrera activa había acabado definitivamente. Por supuesto, estamos hablando de lo que pasó a la historia con el nombre de "La Caza de Cabelleras".

#### LA CAZA DE CABELLERAS

A Palmer y su gente no le costó mucho darse cuenta de lo que podía suponer la infiltración a gran escala de algo tan peligroso como Heracles en su propio país. Hasta 1980, sin embargo, Boulder no fue capaz de dar una solución realmente eficaz al problema. Heracles atacaba constantemente al Comité en su flanco más débil: las redes de reclutamiento y los centros de retención y primer adoctrinamiento de los M recién capturados. Las operaciones "Bull Run" desangraron al C.D.F.C. en sus primeros días, pero en 1978 las cosas ya no eran tan fáciles para nuestros compañeros de Heracles: la seguridad se había reforzado notablemente y el asalto a estos centros requería ataques cada vez más espectaculares. Podría decirse que desde Bull Run 950 (enero del 79) la liberación de mutantes por este método empezó a declinar.

Pero lo que verdaderamente quitaba el sueño a Palmer era la debilidad de sus redes de reclutamiento. Sus legendarias células son difícilmente atacables desde un planteamiento puramente táctico, pero en lo estratégico dejan muchos flancos al descubierto. Trataremos de explicarlo brevemente.

De por sí, una célula de reclutamiento es una unidad operativa casi perfecta. Sus miembros son por lo general agentes que gozan de una magnífica experiencia y preparación. Pero tienen un grave problema: forman parte de una maquinaria inmensa y no muy bien engrasada. La naturaleza de su trabajo les obliga a mantenerse en contacto continuo con sus superiores, para lo cual necesitan de infinidad de agentes de enlace que no son tan eficaces como los propios reclutadores, así como de una infraestructura de comunicaciones que, simplemente, es demasiado grande como para mantenerla hermética. Por si esto fuera poco, para ser realmente eficaces las

operaciones de reclutamiento no pueden dejarse al azar: las campañas se organizan en "temporadas" o "ligas", que siguen unas pautas fijas cada año. Cada célula rastrea un área geográfica que se superpone sobre la de aquellas otras células que operan en las cercanías. Reproduciremos textualmente el apartado del Manual de Operaciones que describe este peculiar método:

"El principio en el que se basa la actuación de las células no podría ser más simple, de ahí su efectividad. Imaginemos por un momento, un territorio en forma de cuadrícula. Supongamos que en cada casilla colocamos a una unidad de reclutamiento, con la orden de rastrear todas las casillas adyacentes en horizontal o vertical, además de la suya propia. Basta con hacer un dibujo en un papel para comprobar que cada casilla será visitada por 5 unidades diferentes. Es muy difícil que queden cabos sueltos tras cinco peinados de ese tipo, pero basta con detectar una célula para provocar un daño enorme en la cuadrícula: si se cuenta con el personal suficiente toda la cadena se desmorona. Basta con saber que una célula acaba de pasar por una de las casillas para saber que existe un 20% de probabilidades de ésa haya sido la última, así como un 20% de que sea la primera en llegar y se pueda cazar a las cinco. En conjunto, cabe un 80% de llevarse a casa a más de una célula, sólo con quedarse en una misma casilla y esperar. Pero, sin en vez de cazar a la primera unidad enemiga, nos limitamos a seguirla, tendremos localizada otra casilla del tablero. Por este sencillo método, trabajando casi a ciegas y sin necesidad de más información, nunca se podrá acabar con todas las células ni visitar todas las casillas, pero se puede hacer muchísimo daño al enemigo.

Este tipo de operaciones parece sencillísimo sobre el papel, pero en la práctica se complica porque un mapa no es una cuadrícula, ni todas las "casillas" tienen el mismo tamaño. Pero, con una buena coordinación, funciona pese a lo primitivo que parece. En esencia, la mayor parte de nuestros ataques a la sección de Reclutamiento del C.D.F.C. se basa en este principio, que con los años ha ganado en sofisticación, pero que en esencia no ha variado demasiado desde los primeros días de la organización".

Palmer sabía muy bien que su sistema era imperfecto antes de que naciese Heracles porque, de salida, suponía una repetición de tareas que requería gran cantidad de personal. Con nosotros en el juego, la cosa se complicó. Durante varios años golpeamos duro y de forma continuada. El C.D.F.C. afinó el método en un intento por hacernos las cosas más difíciles, pero en el periodo 1975/1979, nuestras misiones Bulí Run exigían la captura de grandes cantidades de M para compensar los que nosotros liberábamos y ningún otro sistema de reclutamiento parecía ser capaz de proporcionar tantos "reclutas" a pesar de la alarmante cantidad de células que se perdían a diario. Por otra parte, cambiar la estrategia general de reclutamiento requeri-

ría un periodo de tiempo del que no disponía. El C.D.F.C. estaba atrapado en su propia red.

Ya hemos dicho antes que la fuga de personal que sufría el C.D.F.C. a causa se fue sellando a partir del 79. Había llegado el momento que esperaban los hombres de Palmer para cambiar el sistema de trabajo de sus células. Corría el año 1981 y el "Tío Ho" empezaba a dedicarse a Heracles en exclusiva.

Hoy sabemos que el C.D.F.C. reunió a un grupo de expertos para remodelar de arriba abajo todo su sistema de reclutamiento. Trabajaron durante 18 meses de forma ininterrumpida y ninguna de sus conclusiones llegó a convencer al todopoderoso Palmer. El problema era mucho más grave de lo que parecía a simple vista: no bastaba con cambiar las zonas de operaciones de las células, sino que era necesario alterar todo el sistema de comunicaciones, entrega de mutantes, traslado de estos a las bases de recepción, que a causa de las operaciones Bull Run se habían convertido en verdaderos fuertes rodeados de indios. Viendo que la solución requeriría tiempo y paciencia, Palmer decidió buscar un método que permitiese liberar la presión de Heracles sobre las células durante una buena temporada. La solución era tan simple, que lo más extraño de todo el asunto no que no la aplicase antes: lo más extraño de todo el asunto es que nosotros no llegásemos a preverla con antelación.

La temporada de reclutamiento 81/82 empezó como tantas otras: con la moral muy baja en la sección de Reclutamiento y un teatro de operaciones teóricamente perfecto para unos agentes de Heracles bajo el mando del "Tío Ho"; la costa Este, desde Boston hasta Florida, una larga franja de terreno urbano. Pero las cosas no iban a ser tan fáciles para nosotros como todos imaginábamos. Palmer sólo envió a una quinta parte de sus células a la auténtica caza de mutantes. El resto fue repartido de forma aleatoria por los demás estados de la Unión, con órdenes estrictas de seguir el viejo sistema de la cuadrícula, aunque no hubiese ninguna otra célula en las cercanías. Si el truco fallaba aquello sería el fin porque la presión de Heracles aplastaría a los auténticos reclutadores. Pero no falló.

A las pocas semanas de empezar la temporada 81/82, Hotel California empezó a recibir mensajes que hablaban de la presencia de células de reclutamiento en la costa Este. Rápidamente, Vanelli movió sus piezas y mandó allí a lo mejor de sus fuerzas. Por unos pocos días, parecía que todo iba según lo previsto. De improviso, los agentes empezaron a enviar mensajes que hablaban de concentraciones anormales de células de reclutamiento en el medio Oeste. ¿Era la 81/82 una temporada "doble" que operaba en dos frentes a la vez?. Vanelli dividió sus fuerzas. Pero los agentes destinados en el sur empezaron a hablar de encuentros con células y solicitaban órdenes, y luego los de la costa Oeste, y luego los de la frontera con Canadá...

En apenas tres meses, Hotel California se convirtió en El Hotel de los Líos. Nadie sabía realmente lo que pasaba. Los agentes de Heracles se malgastaban vigilando zo-

nas por las que nunca llegó a pasar una célula y no había suficiente personal presionando el auténtico teatro de operaciones, la costa Este. Las semanas pasaban y el C.D.F.C. no paraba de cosechar éxitos ante las mismas narices de nuestros agentes. Ante esta situación, Vanelli supuso erróneamente que Boulder había abandonado el viejo sistema y cundió el pánico, porque el nuevo" no parecía seguir pautas fijas. Hotel California se puso en movimiento para tratar de adaptarse contrarreloj a lo que, suponía, era un nuevo planteamiento. Se crearon unidades pomposamente denominadas "cazadores de cabelleras" cuya función sería aniquilar todas las células que pudieran localizar sin esperar ni un sólo día para vigilar sus movimientos. Los discretos y eficaces equipos de vigilancia fueron sustituidos por unidades de combate.

El mismo día en que supo que sus unidades de reclutamiento ficticias eran atacadas de forma masiva, Palmer supo que había ganado la partida. Las balas fueron enormes, pero también lo era la cifra de nuevos M en su poder en comparación con la obtenida en anteriores temporadas. Para Heracles, las noticias no eran tan buenas. Por una parte, era indiscutible que los cazadores de cabelleras estaban haciendo estragos entre los reclutadores, pero la cantidad de mutantes liberados por Heracles era alarmantemente ridícula y, expuestos continuamente a la respuesta enemiga, los propios cazadores de cabelleras empezaban a encajar unas cifras de bajas difícilmente tolerables.

Era imposible que en Europa no cundiese la alarma ante la nula capacidad de Heracles-USA para conseguir nuevos M, de modo que Vanelli empezó a ser presionado desde el otro lado del Atlántico. Finalmente, cuando la temporada 81/82 se acercaba a su fin, un equipo de expertos de la Fundación Kaufmann se desplazó a Hotel California con la ingente tarea de examinar los millares de informes sobre las operaciones anti-reclutamiento de aquél año. La conclusión a la que llegaron dejó a Vanelli en ridículo: los únicos agentes de Heracles que habían sido verdaderamente útiles fueron aquellos que no habían recibido nuevas órdenes desde el principio de la campaña. A partir de la primera quincena de aquella temporada, todas y cada una de las órdenes dictadas por Vanelli no habían hecho otra cosa que empeorar la situación. Realmente, si se hubiese ido de vacaciones el primer día todo hubiese ido mucho mejor. En las altas esferas hubo quien acusó a Vanelli de haber sacrificado inútilmente toda una generación de agentes de elite.

De la noche a la mañana, una auténtica leyenda de Heracles se había desmoronado. Sobre sus espaldas recayó la responsabilidad de todo lo sucedido: estaba acostumbrado a dirigirlo todo personalmente y eso le hacía quedarse con buena parte de la gloria en las épocas de vacas gordas. Ahora habían llegado las flacas y el proceso se invertía. Las bajas habían sido enormes y los resultados minúsculos, por no mencionar que había sido engañado por una treta casi infantil. Palmer se frotaba las manos.



Heracles se mantenía fiel a su antiguo líder aunque la popularidad del "Tío Ho" se desvanecía rápidamente. Los miembros de Prometheus que habían presionado para que Vanelli dirigiese solamente a Heracles veían como el tiempo acababa dándoles toda la razón. La crisis de los Cortadores de Cabelleras no acabó inmediatamente con el viejo "Ho Chi Minn", nadie se sublevó contra él ni hubo sugerencia alguna para que dejase su opuesto, pero la moral entre los agentes estaba bajo mínimos. El grupo de investigadores de la Fundación llegado en los últimos días de la campaña fue reforzado por más personal proveniente de Estocolmo y se dedicó a preparar una estrategia válida para la temporada 82/83. Era evidente para todos que Vanelli no tenía un poder real si eran otros quienes tomaban las decisiones por él.

En noviembre de 1952, Vanelli se retiró discretamente ocupando el cargo de Coordinador Especial Adjunto de Operaciones.

Pero su red de topes es impermeable a cualquier crítica. A partir de 1982 se dedicó a ella prácticamente en exclusiva, aunque algunas misiones de especial importancia seguían siendo dirigidas por él de forma discreta. Paso a paso, la segunda mitad de la década de los ochenta vio como Vanelli volvía a ascender puestos. Sus infiltrados le proporcionaron grandes éxitos y todo el mundo era consciente de que no se podía prescindir de alguien con su experiencia sólo por haber dado un mal paso.

En la actualidad, Vanelli ha vuelto a ser el alma de Heracles-USA, no por el poder que le pueda otorgar su puesto, sino a base de prestigio y eficacia. Aunque nadie ha olvidado la catástrofe que supuso la crisis de los Cortadores de Cabelleras, jamás ha vuelto a cometer un fallo semejante. Su antiguo ego ha ido cediendo y ha aprendido bien la lección en lo que a compartir responsabilidades se refiere. Pero, por encima de todo, están sus topes. Por razones de seguridad, no guarda ningún registro escrito de las actividades de sus infiltrados: toda la información al respecto está a buen recaudo en su memoria y en la de sus ayudantes. Es muy probable que ni el propio K1 conozca todos los ases que guarda bajo la manga. La suya es una tarea complejísima (y más teniendo en cuenta que tras tantos años de actividad el C.D.F.C. le conoce demasiado bien) pero ninguna dificultad parece un obstáculo para él. Los rumores sobre los topes de Vanelli son continuos incluso dentro de Heracles, y sabemos de buena tinta que constituyen una verdadera pesadilla para Boulder. Algunos de sus agentes llevan más de 10 años esperando ser activados mientras ascienden lentamente por el escalafón del Comité. Podría hablarse incluso de una Heracles privada dentro de Heracles.

NOTA: En la actualidad, la estrategia que emplea el C.D.F.C. en sus campañas de reclutamiento viene a ser una versión refinada del viejo sistema de la cuadrícula. En esencia, se han limitado a reforzar algunos de sus puntos más débiles.

## HERACLES-USA

Desde sus primeros pasos, la rama norteamericana de Heracles ha gozado siempre de cierta independencia respecto a la central de Ginebra. A pesar de que Prometheus y la Fundación se han limitado a seguirlas pautas que se marcaban desde Europa, los EE.UU. han sido siempre el teatro de operaciones más importante de

## *FOXTROT EN BABILONIA (Bocetos).— J.A. Tellaetxe (1994-99)*

(1994)

ØRSTEDS acariciaba con manos sudorosas el maletín de cuero que llevaba bajo el brazo desde la tarde. La estación de Nørreport, en Copenhague, estaba prácticamente vacía, y en el fondo lo prefería así, a pesar del nerviosismo que le producía tanta desolación. Su contacto no tardaría, al menos eso pensaba mientras secaba las numerosas gotitas de sudor que le perlaban el rostro. La noche brumosa parecía haberle seguido hasta el interior de la estación subterránea, lóbrega como nunca. Pasaron tres minutos; seguía sudando. Miró alterado su reloj de pulsera y se preguntó la razón del retraso del tren de las doce. Accionó el pulsador y releyó la fecha por si se le hubiera escapado algo. Ahí estaba. Se bajó del segundo vagón del último tren de la incipiente madrugada de la capital de Dinamarca. Lo reconoció, y como habían convenido venía solo.

—¿Lo tiene?

—¿Y el dinero?

El recién llegado sacó un abultado sobre del interior de su gabardina, mirando a su alrededor.

—En marcos. ¿Dónde está el material?

Ørsteds abrió el maletín mientras ojeaba a derecha y a izquierda para mirar si eran observados. El hombre rubio de la gabardina se impacientó:

—¡Vamos que se me hace tarde!

Entonces lo comprendió todo. Quiso hablar pero no pudo, cerró el maletín rápidamente y comenzó a correr en una carrera que sabía que iba a perder. Tropezó con algo grande y perdió el sentido...

.....

La luz del mediodía se desliza sobre el desierto del Gobi, muy cerca de la frontera entre China y Mongolia. La imperturbable mirada del comandante Nanyang no dejaba

entrever la vorágine de pensamientos que le atormentaban, además de la sensación agobiante que le embargaba al frente de aquella misión; bastante tenía con los problemas que le acarreada el tener que lamer el culo de aquel cretino de Xi'An acerca de la conveniencia del segundo alumbramiento de su hija Li y el imbécil de su marido y la posibilidad de conseguir la transigencia de la administración. El Ministerio se había puesto muy duro en lo referente a los segundos vástagos de cualquier matrimonio, pero su yerno pensaba que siendo él uno de los hombres de confianza del cretino que ya había mentado, la cosa sería muy fácil... Amaba profundamente a su hija Li, tal vez porque, a diferencia de otros, a él y a su esposa les había resultado imposible engendrar un niño, y tras el parto se desvanecieron las posibilidades de intentarlo de nuevo. Li había llegado en buen momento, y a pesar de lo que pensaban los que le rodeaban, una hija era una hija, y prefería recordar las palabras del viejo Mao cuando le felicitó por el nacimiento de su pequeña...

Mientras se movía de un lado a otro, en el interior del coche, recordó a su superior y al hijoputa de Xi'An. Hablar con Xi'An significaba ceder, y a él le jodía mucho ceder, y más cuando su departamento se debatía entre la vida y la muerte. Hizo de tripas corazón y trató de entrever algo bueno en la misión que se le habían encomendado la tarde anterior. Repasó los datos que tenía apuntados en el manojito de papeles que le habían dado mientras trataba de ignorar los innumerables botes que daba el vehículo en el que viajaba por aquella mal llamada carretera que rodeaba las montañas resacas que bordeaban el valle por el que discurría. Habían dejado atrás la ciudadela de Vínchuan y se dirigían hacia el norte.

El ejército había desplazado hasta la zona a un pequeño retén que tenía la obligación de evitar a toda costa la intromisión de civiles, a pesar de que había sido un pastor de camellos quien había dado la alerta, y de que raramente se podría divisar por allí a un sólo alma que no tuviera que ver con la jodida misión, el pueblo temía a su bienamado ejército, y gustaba de alejarse de sus tejemanejes. Ante su mirada se levantaba un horizonte ocre de arena y tierra yerma, aplastados por la luz que reinaba en aquel enorme espacio abierto. Un oficial se acercó hasta el vehículo para pedirles las credenciales; no hizo falta que lo hiciera más; la enorme estatura y el voluminoso aspecto del comandante era bien conocida entre los integrantes del ejército. Su porte y su vestimenta de oficial hacían el resto. Una breve charla y Nanyang siguió a pie al oficial hasta lo alto de la loma más cercana, en el justo momento en que un helicóptero levantaba una enorme polvareda que casi les ciega. Erguidos, frente a la cortina polvorienta, tardaron unos momentos en percibir la llanura que aparecía al otro lado... y por fin lo vio, primero como una sombra grisácea, más tarde como lo que era, el enorme cráter que había surgido de la nada y que ahora cubría en tamaño la misma extensión que hasta hacía dos noches se conocía como una simple zona muerta, sin relevancia. Los sismógrafos no habían detectado nada, pero esto tam-

poco era nuevo, el servicio de sismografía cometía errores de bulto como el que tenía ante sí. Nada de radioactividad, nada de meteoritos... en una palabra nada de nada. Lo extraño del caso era que en los últimos meses habían surgido de la nada otros tres cráteres como éste, en otras tantas zonas del Gobi. La relación de pruebas atómicas de que disponía se alejaban bastante de las localizaciones de estas erupciones, y aquí es donde Xi´An debió encontrar la razón de peso para moverle de su despacho... «Cuando menos es extraño... y para este tipo de cosas creo que os tenemos a vosotros...». A Xi´An no le gustaba el Servicio; jamás le había gustado. Politiqueos. Moverle de su departamento parecía que le producía un placer malsano, pero en el fondo trataba de desprestigiar a Kunming, su jefe, frente al aparato. «No sé lo que tienes con ese hijo de puta de Xi´An, pero si no descubres lo que pide lo vamos a pasar bastante mal». Nanyang sí sabía lo que tenía con aquel hijo de puta, y maldijo a su yerno, y a la tonta de su hija...

.....

(1994)

El lugar era ciertamente sórdido, un cajón de tres metros de largo por dos de ancho y de una altura sin determinar, en el que apenas cabían el catre y el balde donde se suponía podría hacer sus necesidades. Se encontraba completamente a oscuras y no sabía cuánto tiempo llevaba en su interior, seguramente le habían administrado algún tipo de droga que le había mantenido fuera de combate.

Unos pasos sobre el techo le indicaron que pronto habría noticias mientras pensaba en lo estúpido que había sido por dejarse atrapar de aquella manera. Una trampilla que permanecía oculta en la parte superior se abrió, permitiendo que la luz de unos focos inundara aquel lúgubre ataúd de cemento y le cegara, un enrejado de metal dejó a la vista lo que le pareció la forma de un hombre y tras él creyó divisar vigas en lo alto, o algo que lo parecía, sosteniendo lo que podría ser una techumbre vieja de uralita, y supuso que el cajón en donde le tenían encerrado se hallaba a su vez en una especie de hangar o de fábrica...

—No le tendremos aquí demasiado tiempo —la forma difusa se fue haciendo nítida, el hombre llevaba una gruesa cazadora negra y le habló desde la altura en la que se hallaba, sobre el elevado techo y el enrejado, a través de la luz que penetraba en el habitáculo.

Hizo sombra con su mano para evitar la luminosidad que le dañaba los ojos y que ocultaba en su contraluz parte de la forma de donde surgían las palabras. Permaneció en silencio calculando que la forma se movía a unos tres metros sobre su cabeza.

—Resultaba necesario, espero que lo comprenda, los que me pagan querían que le retuviera alejado de las gaviotas —se rió ligeramente con una voz grave y serena, y pudo notar un reflejo blanquecino que coronaba su cabeza.

No contestó.

—En unas horas sabremos cuál será su próximo destino, ahora me veo en la obligación de pedirle disculpas por el necesario trastorno que le vamos a originar, y por la lamentable falta de oficio de mis hombres —hablaba entrecortadamente, como si estuviera fumando, cosa que no podía distinguir desde allí abajo y con las pupilas todavía doloridas por el cambio de luz.

Sí, fumaba, como pudo observar ahora que la sombra acababa de hacer un gesto a alguien que se movía al otro lado de la portezuela de metal que le separaba del mundo y que comenzó a moverse hacia afuera. Dos hombres entraron en el rancio espacio que le habían adjudicado, uno de ellos, el de menor estatura, llevaba lo que le pareció una mesa de pequeñas dimensiones; el otro, bastante más grande, le flanqueaba mientras avanzó unos pasos. El hombre de la cazadora les observaba desde arriba; el más corpulento trató de agarrarlo por los brazos, cosa que impidió con un brusco movimiento mientras decía:

—No hará falta, ¿qué quieren?

—Dejadle —ordenó la voz—, sólo necesitamos una pequeña muestra de su persona, con el meñique de la izquierda nos basta.

Se sentó en el catre y puso su mano sobre la mesa, mientras el pequeño acercaba hasta ella unas tijeras de podar que pudo ver perfectamente.

(1994)

EL movimiento de los enormes neumáticos rompió la superficie de gravilla humedecida, levantando una nube gris que se fundió con el humo escupido por los tubos de escape. Los potentes focos del deportivo azul oscuro abrieron camino entre los árboles por los que se perdía la avenida que habría de llevarlo hasta la carretera principal, tras la verja que separaba la residencia del resto del mundo.

Aceleró. Una batería de monitores, en la sala de seguridad, atomizaron y disecionaron estroboscópicamente su marcha, mientras la escolta personal comenzó a seguirle a corta distancia, de forma prudente, a bordo de un Audi.

Se alejaron tomando la dirección que habría de llevarlos a la ciudad, atravesando Alte Brücke derechos a sus entrañas, lentamente. Las luces delanteras del Porsche abrían las silenciosas calles de Francfort, el gran centro financiero alemán, la escolta le seguía enganchada a la estela de rojos que se reflejaban en la superficie mojada del asfalto y que se repetía una y mil veces, mientras un caleidoscopio de colores y luces dibujaban extraños diseños, una y otra vez, en los cristales de los dos vehículos. La ciudad ofrecía una tranquilidad casi mágica, la nieve no había sellado aún las

calzadas y todavía circulaban coches. El conductor del deportivo aceleró para girar hacia el interior de Bleich Star, a su izquierda, elevando de nuevo la velocidad; los hombres del Audi le siguieron, acostumbrados a no perderle de vista, mientras se sumergían en la zona más concurrida, llena de bares, atestada de gente joven que se arremolinaba en las entradas de los innumerables locales de diversión, entre vehículos de dos y cuatro ruedas. El Porsche redujo la velocidad y se dejó alcanzar por el Audi. Semáforos, tranquilidad, Neue Mainzer, Untermain, de vuelta a casa tras un corto recorrido nocturno. Otro giro, abrupto, sin marcar, acelerando, y el Audi quedó descolgado entre dos coches mientras lo veían girar de nuevo a la derecha por Kaiser. Trataron de alcanzarlo pero no lo consiguieron, la señal del chivato de seguimiento desapareció en un cruce. Los dos hombres bajaron del coche tras recorrer algunas calles más sin conseguir resultado alguno. García buscó instintivamente su pistola bajo la chaqueta y escrutó las calles intentando ver algo; exhalando bocanadas grises.

—¡Mierda!

—Déjalo, habrá vuelto a casa... —le dijo su compañero.

—Y el chivato...

—Se habrá estropeado o lo habrá tirado, ¿yo qué se?, él también tiene derecho a su vida privada, ¿no te parece?

García seguía con la mano congelada bajo la chaqueta mientras Reuther se inclinaba para coger la radio, su instinto le decía que los problemas acababan de comenzar aunque su compañero trataba por todos los medios de tranquilizarlo. La seguridad era una pasión para aquel hombre; él, personalmente, revisaba una y otra vez el coche de su jefe y vigilaba para que nada fallara. Por alguna razón el chip había dejado de funcionar, y aquello sólo podía significar que le acababa de ocurrir algo.

—¡Lo hemos perdido...! —anunció Reutter por la radio, esperando una respuesta.

Volvieron a ocupar sus asientos y se pusieron en marcha. Siguiendo las instrucciones de la Central de Seguridad dieron una última vuelta por la ciudad, por si acaso encontraban alguna huella del patrón, sin hablar.

Tres camionetas grises salieron zumbando de la residencia, en su interior el mejor equipo de seguimiento y rastreo electrónico que se pueda imaginar, apoyado desde el aire por un helicóptero. Dentro del Porsche un hombre serio y apesadumbrado pensaba en gaviotas mientras avanzaba por la autopista con dirección al aeropuerto.

.....

La llama de un zippo alumbraba las paredes desconchadas de un cuartucho oscuro y de mala muerte de una vieja pensión de las afueras. Mientras giraba el puro habano,

la cara de Alonzo se iluminaba a borbotones acompasados, siguiendo el ritmo de las bocanadas ruidosas, previas al encendido. Joven, treinta y tantos, su pelo cano le hacía aparentar más edad de la que en realidad tenía. Apagó el mechero con un golpe seco y propinó al cigarro una profunda succión para devolver, pasados unos instantes, una densa nube de humo blanquecino que subió para estrellarse contra el techo, también desconchado, de la lóbrega habitación, mientras cambiaba de color, tiñéndose de rojos y azules.

Gaviotas planeando sobre un acantilado donde rompía el mar azul, cerca de una playa de guijarros grises. Chatham abrió los ojos y se levantó de la cama, despejándose groseramente bajo la atenta mirada de Alonzo quien le observaba entre los destellos de un neón cercano, que palpitaba con un suave zumbido que llenaba la habitación de colores y de ruidos.

Se acercó a su jefe, encendiendo la única bombilla que pendía del techo, sonriente y satisfecho.

—Todo tuyo.

El hombre de pelo gris apartó el puro de su boca y habló con tono grave, mirando a los ojos del que acababa de levantarse:

—¿Estás seguro?

Chatham había trabajado para Alonzo en numerosas ocasiones desde que se conocieron. El CDFC necesitaba gente como él, y la nueva organización también. Chatham cobraba mucho y trabajaba bien, y las preguntas de su cliente le molestaban aunque no lo suficiente como para hacerle perder los estribos; además, conocía bien a Alonzo, su concienzuda forma de hacer las cosas, lo duro que resultaba cuando no se obtenían los resultados esperados.

—Nunca te he fallado, ¿dudas ahora?

Era cierto, nunca había fallado. Alonzo le contestó mientras exhalaba humo blanco a través de las fosas nasales de su rectilínea nariz:

—Ninguna operación había sido como ésta, una cosa es la transmisión de datos, el mirar un poco en la cabeza de otro...

Chatham, quien se ponía bien la camisa ocultándola bajo la cintura del pantalón, le cortó en seco.

—Vamos, Alonzo, es verdad que nunca lo habíamos intentado durante tanto tiempo, pero me darás la razón si te digo que salvadas las primeras reticencias el final resultaba claro —esperó un momento antes de continuar—, una depresión inducida no es cosa fácil, pero tampoco hacía falta ningún milagro, es como trabajarse a una chica para llevártela a la cama. Primero una gaviota en mitad de la nada, después otra, y cuando el objetivo la reconoce como suya pones la playa, y continuas trabajando el decorado hasta que acaba siendo un recuerdo, un anhelo, y luego más gaviotas... ¿Has traído la pasta, verdad...?

Alonzo propinó otra bocanada profunda al cigarro puro que se iluminó en el extremo mientras movía afirmativa y lentamente la cabeza. Antes bien, preguntó para cerciorarse:

—¿Estás seguro de que se dirige al punto elegido?

Chatham, ahora estaba visiblemente molesto por tanta pregunta sobre los resultados de un trabajo que le había parecido sencillo:

—Empiezas a joderme Alonzo —hizo una pausa medida—. Nunca he trabajado con imágenes más nítidas. Ha sido pan comido, el tipo estaba predispuesto, sólo tuve que dirigirle un trecho, al principio, el resto lo ha hecho él solito. Cien sobre cien a que se dirige a ese puto lugar de la costa de Inglaterra. Págame y acabemos que tengo prisa.

—Quien nos paga no admitirá errores...

El irlandés no contestó, recogió su chaqueta y comenzó a ponérsela ofreciendo inconscientemente la espalda a su interlocutor. Alonzo, con un rápido movimiento, le lanzó hacia delante, aplastándole contra la pared, atenazándole por el cuello, golpeándole la cara contra el muro; una, dos veces. Agarrando el largo mechón de pelo cobrizo que surgía de su frente ensangrentada, y tirando con fuerza hacia atrás, le aplastó la nuca aplastando las cervicales. El crujido seco anunció también la rotura de la base del cráneo; Chatham se desplomó inerte, con los ojos abiertos, llenos de incredulidad. Alonzo esperó un instante tratando de escuchar cualquier signo de vida en el interior del telépata, sólo el zumbido del neón que llenaba intermitentemente la mal alumbrada estancia.

Se sentó en la silla, contemplando su obra y recordando los pormenores que le habían llevado hasta allí mientras seguía fumando.

Pasó así un momento largo, entre bocanadas y succiones, paladeando el instante y el humo, sin apartar la vista del cuerpo que yacía en el suelo.

Se levantó de nuevo y alzó la pierna derecha sobre la cara ensangrentada de Chatham. El golpe, brusco y contundente, pulverizó la extraña mueca del irlandés —destrozando la dentadura superior y haciendo añicos la mandíbula inferior—. Alonzo se limpió con la mugrienta sobrecama el tacón de su zapato, y maldijo las manchas de sangre que decoraban el calcetín; abrió el tapón de una petaca de cristal que llevaba en el bolsillo interior de su cazadora y derramó su contenido sobre la cara de Chatham, o lo que quedaba de ella. Ácido sulfúrico que siseó en contacto con la carne abierta, humeando. Después de la cara los dedos de las manos, con minuciosidad patológica, eliminando rastros y posibilidades. Se volvió a sentar y con un gesto maquinal recogió del suelo el maletín que había traído, con la mano enguantada que sujetaba el puro. Una pausa para dar otra bocanada —ahora agarrando fuertemente el cigarro con sus dientes, en una extraña sonrisa que le obligaba a entrecerrar los ojos—, y abrir el maletín que descansaba sobre las perneras de su inma-



culado pantalón de hilo. Dinero, billetes usados de diez Libras, en montoncitos similares, y otra vez el recuerdo de cómo conoció a Chatham, en Illinois, en el verano del 86, en un asunto del CDFC.

Apagó la luz y sepultó en parte el cadáver del irlandés bajo los billetes, después tiró el maletín sobre el camastro y salió por fin de la habitación quitándose los guantes, el neón siguió parpadeando, como si lo despidiera. Mientras se marchaba lamentó la pérdida de su mejor telépata, pero así tenía que ser, y en el fondo los dos lo habían sabido siempre.

Se alejó recordando la luz y el zumbido del neón que le había acompañado desde su llegada al local; la oscura mancha de humedad que había en el techo de la habitación; la ventana que dejaba filtrar el aire frío de la madrugada de Francfort, y el olor pestilente del ascensor que les llevó, a él y a Chatham, hasta el tercer piso de la Oberlindau; también pensó en gaviotas.

.....

(1995)

La habitación era grande y estaba decorada con papel caro pero gastado, de chillonas flores encarnadas que subían por las paredes hasta el alto techo. En el centro una cama con dosel, en su parte superior un espejo de dimensiones considerables; la sobrecama: escarlata, al igual que las cortinas y la tapicería de las sillas. Sobre el aparador un variado grupo de frascos de perfume y material de maquillaje. Aquella era la habitación en donde trabajaba y dormía Belle, lejos de las de las pupilas y al amparo de ruidos, ofreciendo el silencio y la intimidad necesaria para salvaguardar la identidad de sus clientes. La luz surgía suavemente de una pequeña lámpara que se encontraba sobre la mesita de cabecera dando a la habitación una delicada sensación de penumbra; la tulipa también era escarlata lo que originaba el color rojo que inundaba la estancia en la zona iluminada. Siguió mirando alrededor, como tratando de descubrir cosas nuevas en un entorno tan familiar como aquel. A su lado divisó una fusta de cuero, sin duda recuerdo de algún servicio a la flor y nata del engranaje político y económico de París, quienes se pegaban por disfrutar siquiera un rato de la vieja, cuestión que había llevado a Dumas a integrar a Belle en el engranaje informativo de Heracles sin pensárselo dos veces.

Las reuniones siempre tenían lugar en aquella habitación, se había convertido en una tradición que Bouchon cumplía escrupulosamente.

No estaba acostumbrado a los retrasos y trató de relajarse mientras continuaba esperando. Conocía el historial del agente que tendría que tener delante, y sin querer realizó un repaso mental a su información: «Jean Castellet comenzó como especialista en explosivos en la Legión Extranjera para después pasar a la vida civil como submarinista en Madagascar. Fue reclutado por el Bureau Mirage en el setenta, cosechando

un magnífico historial, primero como agente telequinético base y más tarde como Jefe de Operaciones en el exterior, donde se granjeó una bien merecida fama de duro, en la época en la que trabajó tras el telón de acero. El tiempo y su fidelidad le convirtieron en el responsable de la seguridad del edificio que contenía al organigrama operativo del Bureau». Si alguien podía saber los entresijos de la operación que iba a tener lugar ese era Castellet.

Bouchon se movió intranquilo. La operación exigía seguridad, y todo parecía irse al traste. Instintivamente sopesó la razón por la que le habían elegido a él como partenaire de un peso pesado como Castellet. Al principio no tuvo inconveniente alguno en hacerse cargo del asunto, al fin y al cabo sólo era un mero trámite: cambiar unas fotografías comprometedoras por una información vital, y aquello, además de halagarle por la confianza y responsabilidad que suponía, le gustaba. Tenía por misión interferir limpiamente una operación de entrega de un agente ruso al Servicio M francés; un puro cambio de información, un limpio chantaje. Un trabajo en principio tranquilo, pero ahora, tras la incertidumbre del retraso, se encontraba un tanto aturrido sumergido en inconvenientes que no había sabido ver al comienzo y que comenzaban a despuntar. Tal vez se había precipitado, llevaba siguiendo a Ajmàtov desde hacía un año, sabía casi todo sobre su vida operativa, sus problemas y sus intenciones. Ajmàtov era sumamente importante para la organización y por nada del mundo habría deseado que fuera otro, y no él, quien lo llevara a manos de Dumas, aunque tuviera que pasar por un asunto que no le merecía la más mínima garantía. Se juró que no volvería a ocurrir.

Sentado en el butacón de orejeras que había cerca del aparador hizo una pausa en su verborrea mental para coger la cajetilla de cigarros del interior de su chaqueta, y pensar en Dumas. Encender uno, y tras una profunda aspiración pensar en el visitante. Otra calada más, y observar la calle nevada a través de las cortinas. Una última calada y pensar en que debía dejarlo antes de que el tabaco acabara con él. Se levantó de la silla y caminó lentamente por la habitación, impaciente, mirando hacia los lados y a través de la ventana. Al poco entró de nuevo Belle, esta vez acompañada: el hombre que estaba a su lado encajaba perfectamente con el perfil de Castellet.

—Buenas noches —dijo al visitante.

El hombre miró ceñudamente al agente y repasó la habitación concienzudamente, sin decir palabra. Belle hizo amago de dejarles solos, en ese momento el funcionario la cogió por el brazo y dijo en voz alta:

—Quédese, me hará falta.

Sorprendido, Bouchon hizo un gesto a Belle para que se quedara, no quería problemas con el telequinético aunque entendía su precaución. Ella accedió. Castellet miró a Pierre con una mirada agria, como si estuviera midiendo la calidad del hombre que había enviado Dumas.

—¿Le han puesto al corriente?

—Supongo —contestó maquinalmente.

Castellet sonrió mientras se quitaba el abrigo marrón que le cubría.

—Déjese de idioteces.

—¿Quieren que les prepare algo? —interrumpió Belle.

La mirada de Castellet fue brutal. Belle no se movió de su sitio.

Bouchon tenía órdenes de someterse a todas las peticiones de Castellet y sintió cómo una rabia profunda le subía desde el estómago. Podía entender su precaución previa, pero el cariz que estaban tomando su carácter y modales le molestaban. Se puso en alerta, el individuo que tenía enfrente podía salir por cualquier sitio, y aunque Heracles le tenía cogido por la pelotas a cargo de un asunto que podría hacer añicos su matrimonio y su situación dentro del Bureau, todo indicaba que el funcionario iba a resultar un hueso muy duro de roer y que pediría bastante más que las fotografías que llevaba en el bolsillo interior de su gabardina.

Bouchon, sonrió forzosamente y sintió ganas de percibir el calor del humo de un cigarrillo en los pulmones, pero se contuvo.

—¡Gracias, Belle! de momento no nos hace falta nada.

Algo había cambiado en el semblante de la mujer que tenía delante. Los ojos le brillaban con un aire extraño desde el interior de la cara ovalada, perfilada por una larga melena rubia que acababa de ser cepillada, y resaltada por el color azul que decoraba sus ojos y el carmín rojo en los labios. Su aspecto frágil anunciaba un profundo miedo al visitante y sus intenciones; tal vez los años de experiencia con hombres de todo talante y condición le estaban avisando de algo que Bouchon no podía percibir todavía.

Castellet sonrió desganadamente satisfecho, consciente de la relación de amistad que había entre el agente y la prostituta y de que esa era precisamente la baza que debería jugar. Era alto y en cierto modo desgarrado, su silueta semejaba a la de una garza acechante. La prominente nariz ayudaba a endurecer sus facciones y la mirada de sus ojos oscuros. Bouchon supo de inmediato que Castellet trataría de meterle el miedo en el cuerpo, y que si lo conseguía perdería la partida. Interiormente maldijo a Dumas, de haberlo sabido habría pedido protección y no se habría presentado en solitario.

—Voy a ser claro. No soltaré prenda si no tengo los negativos...

Bouchon permaneció quieto, los tenía, pero no se los iba a dar tan fácilmente.

—Creo que hay un malentendido.

Nadie se movió en los instantes siguientes. Bouchon lo hizo al fin y tras hurgar en el interior de su gabardina lanzó sobre la cama el sobre de color manila que contenía las fotografías, sintió el roce de su pistola en la axila. Castellet volvió a sonreír maliciosamente, como un niño que está a punto de cometer una tropelía y disfruta

con sólo pensarlo. Señalando a Belle y esgrimiendo su pistola, pequeña, pero que a aquella distancia podía ser tan letal como las grandes, les dijo:

—Ella está en el precio... —para su sorpresa, hablaba en serio— ...y me temo que el que no ha entendido ha sido usted... —Pierre trató de recuperar las riendas, llevándose la mano al interior de la chaqueta.

La mirada de Castellet era fría y no dejaba dudas sobre sus intenciones por lo que Bouchon desistió en su idea de presentar batalla y levantando las manos para que viera que no llevaba nada se decidió a hablar.

—También he traído los negativos, no hay copias.

—¿Cree que soy estúpido? han podido hacer miles de copias. Quiero dinero, seguridad y algo de placer; visto lo visto no me parece demasiado —observó minuciosamente a Belle.

Sacando unas esposas del interior de su chaqueta se las dio a la mujer para que atara a Bouchon a uno de los mástiles del dosel de la cama. Pierre trató de ganar un tiempo que se le perdía por entre los dedos y los pensamientos confusos sobre qué coño estaba pensando Dumas al ponerle en manos del hijo de puta que tenía enfrente.

—No se a qué tipo de pacto habrá llegado con mis superiores, pero no creo que esta actitud sea la correcta para una negociación. He venido a negociar y hasta el momento he cumplido con mi cometido.

Castellet recogió la pistola que el franco-argelino había depositado amablemente en el suelo —tras ser invitado a ello— y se sentó en el sillón de orejeras, observando cómo Belle acababa su trabajo y haciendo como si no hubiera escuchado las últimas palabras de Bouchon.

—No se qué le habrán contado sus superiores —devolvió la frase—, pero si pensaban que con las fotografías..., estaban equivocados. Ya le he dicho que quiero más, o no habrá trato —sus palabras encerraban una especie de advertencia.

Bouchon trató de ganar la baza de la negociación pura y dura, y a tal efecto comenzó a hablar de Ajmàtov, de lo necesario y útil que resultaba para ambas partes que el agente ruso acabara en las manos de Heracles; de los inconvenientes que acarrearía no llegar a buen puerto en el trato que trataban de realizar, mientras la sospecha de que Dumas tal vez se la estuviera jugando comenzaba a planear de una forma pesada y concisa sobre su conciencia.

—Ajmàtov era un imbécil, como usted —sentenció Castellet hablando del ruso en pretérito—, que se creyó la bobada de que íbamos a protegerle. Tengo las piezas que su organización quiere, y por mucho que por un breve tiempo los suyos hayan llevado las riendas en este asunto, le puedo jurar que si no acceden a mis pretensiones no habrá nada de nada... ¡acércate vieja! ¿No te recuerda nada, argelino de mierda? —Castellet miraba con disfrute la cara de sorpresa de Bouchon.

El agente recordó la muerte de los abuelos en un atraco y el cierre definitivo del comercio. Su madre tuvo que trabajar limpiando portales hasta acabar haciéndolo de prostituta para que él pudiera terminar los estudios. Se movió en un esfuerzo inútil, una rabia infinita le estaba lacerando las entrañas. Sentía asco y miedo. Belle, serena, le calmó:

—Tranquilo Pierre, estoy acostumbrada.

Castellet ganaba terreno a marchas forzadas y Bouchon comprendió que estaba jugando con él, que por alguna razón sabía de su pasado —tal vez a través de los ficheros del propio Bureau—, y luchó por alejar de su mente los ruidos que surgían de la habitación de su madre cuando trabajaba. Una vorágine de sentimientos encontrados se alzaron desde su pasado para apabullarle mientras se movía instintivamente para soltarse. Al otro lado Belle se dejaba manosear mientras Castellet le miraba esperando algo.

—¿No te recuerda nada, imbécil? —volvió a mirarle con ojos acerados y brutales.

Estaba tratando de desestabilizarlo, el infierno de ver a los clientes en casa terminó definitivamente cuando su madre murió de tuberculosis en el ochenta y tres. Recuerdos que volvían sin haber desaparecido del todo.

—Déjela, ella no ha hecho nada, tiene las fotos y los negativos, y mi promesa de que el trato se habrá de cumplir por completo en cuanto tengamos a Ajmàtov.

—Tu palabra no me vale de nada, y esta vieja está haciendo lo único que sabe hacer, como tu madre. Quiero un millón de francos en billetes pequeños, los auténticos negativos y pasar un buen rato... —mirando a Belle— ...¿no es cierto puta?

Bouchon hizo un esfuerzo por mantenerse sereno.

—Suélteme y concretaremos lo del dinero, las fotografías ya las tiene, no hay más negativos... ¡déjela de una maldita vez!

Castellet se movió, y agarrando a la mujer por el brazo la lanzó de bruces contra el aparador que tembló ante el impacto, originando la caída de los frascos de perfume.

—¿Crees que soy idiota, Pierre Alí Galland?

Escuchar su auténtico nombre en boca de aquel cabrón acabó por dejarle helado. El Bureau sabía de su vuelta a Francia, y si lo sabía podía haberle estado siguiendo desde que desembarcó en noviembre del noventa y dos, y si era así toda la red de Heracles en Francia podía estar en peligro. La situación en la que se encontraba tenía ahora unas dimensiones que le aterraban. Galland gritó:

—Déjela, ella no tiene nada que ver en esto.

—Quiero gozar con ella de lo lindo, ¿lo has entendido? Quiero que lo entiendas del todo...

Pierre entendía lo que trataba de decirle aquel malnacido, pero ahora sólo pensaba en salvar a Belle de las manos del animal que había comenzado a golpearla sin ningún tipo de medida en los riñones, en las piernas, en la cabeza, intentando hacer el mayor daño posible. Belle se retorció en el suelo, tratando de evitar, sin resultado, los golpes, anteponiendo los brazos y situándose en posición fetal.

—...si no te callas y escuchas, seguiré golpeándola —lo decía con fruición, deleitándose por el paulatino derrumbamiento de Galland—, seguiré golpeando y golpeando.

Alguien tocó con los nudillos al otro lado de la puerta, y volvió a hacerlo cuando se hizo el silencio en el interior de la habitación. Castellet apuntaba su pistola a escasos centímetros de los cabellos revueltos de Belle y miraba a Galland, hasta que la madame dijo en voz alta lo que el funcionario estaba esperando:

—Tranquila Gracielle, no pasa nada, vuélvete a la cama. —Unos pasos que se alejaban a lo largo del pasillo fueron la única respuesta.

La tensión de sentirse impotente ante el ataque de aquel energúmeno sobre la indefensa mujer, y lo violento de la situación que estaba viviendo, le revolviéron las tripas. La rabia no le dejaba pensar, un nudo inmenso en el estómago le provocaba náuseas, unas náuseas indescriptibles. El miedo le atenazó, su corazón palpitaba desenfrenado y sudaba. Calló y se juró que acabaría con aquel cabrón en cuanto estuviera libre. Castellet alzó a Belle por los pelos arrastrándola por el suelo durante un corto trecho, y la volvió a tirar sobre el aparador, rompiendo el espejo y desparrramando los frascos que todavía quedaban en pie. La cara de la mujer mostraba una mueca grotesca, con el maquillaje y el carmín mezclándose con la sangre que salía por la nariz y con el cabello que le cubría la cara, reflejándose en los pedazos cuarteados del cristal como si la fortuna adversa que había dejado indefenso a Pierre quisiera burlarse de su incompetencia al dejarse cazar en una emboscada emocional, devolviéndole la imagen repetida en cada pedazo de cristal de una víctima inocente e indefensa.

Castellet abrió de un patada las piernas de Belle que cayó con los brazos extendidos sobre el aparador, aplastada por el empujón del hombre que iba a violarla, y le levantó bruscamente el vestido hasta la cintura, rasgándolo por la costura:

—¿No te acuerdas a tu madre, argelino de mierda? Una puta, era una puta como esta, ¿cuántos disfrutaron de su culo mientras tú mirabas?

Galland no contestó, el infierno de ver a los clientes en casa terminó abruptamente cuando ella murió: tenía treinta y seis años, él sólo dieciocho, y jamás se lo perdonó. Incapaz de articular palabra intentó hablar, suplicar clemencia para Belle, pero no lo hizo, sabía que si lo hacía sería peor a pesar de la rabia descontrolada que le hacía migas el cerebro y el estómago, del miedo que le estaba situando al límite de resistencia emocional. El funcionario trataba de reírsele a la cara maltratando a la

mujer. Trataba de sacarle de sus casillas, era un psicópata, estaba loco y lo mejor sería dejarle hacer mientras Belle aguantara. Castellet miró con rabia a Pierre, una rabia nacida de lo peor que llevaba dentro, activando las emociones más brutales del agente, hurgando en los desperdicios de su pasado, poniendo en acción su miedo y desperdigando toda la mierda que llevaba dentro por su cerebro. Siguiendo una pauta muy trabajada, el hombre del Mirage estaba destrozando la integridad mental del agente de Heracles que no se había percatado de que no era sino una simple marioneta en manos de un controlador emotivo que sabía hacer muy bien su trabajo. Dumas le había engañado y él había caído en la trampa.

—Contesta, imbécil o volveré a golpearla.

En el duro juego de la activación por vía física y la respuesta mental del objetivo, Galland llevaba las de perder. Confiado en que Castellet sólo era un telequinético había dejado desprotegido su nivel de defensa emotiva y navegaba inexorablemente hacia las rompientes que hábilmente le estaba proponiendo un individuo que no dudaría en hacer el mayor daño posible a la mujer que tenía bajo sus manos con tal de acabar por destruir al hombre que más sabía sobre Ajmàtov en todo Heracles; con su muerte el Bureau y Dumas ganaban en tranquilidad, y de paso Castellet se divertía. Ella intentó moverse para facilitar la faena al animal que tenía a la espalda, aquella bestia quería hacerle daño y lo iba a conseguir.

—¿No te recuerda nada, Pierre? —Castellet había dado en la diana.

Las escenas dantescas, imaginarias y reales, reiterativas y dolorosas, del recuerdo de su madre trabajando al otro lado del tabique de su habitación, desmoralizaron a Galland quien había caído al suelo e intentaba recuperar desesperadamente el aire que le permitiría seguir respirando siquiera unos momentos más. Los músculos de su tórax no respondían, boqueaba. Sentía una rabia desbocada que se volvió vómito y dolor de vientre. Se ahogaba sin remisión, envuelto en una dinámica destructiva que acabaría con él en unos instantes. Y lo comprendió. Estaba asustado por lo que le estaba ocurriendo, estaba asustado porque se sabía en manos de aquel hijo de puta. Una última andanada de emociones de rabia y de indefensión se agolpaban en su mente aumentando el nivel de ansiedad. Su corazón cabalgaba a un ritmo frenético hasta que llegó el colapso. Se sentía infinitamente vendido por su superior y cansado para seguir. Intentó gritar con un esfuerzo titánico, mientras procuraba vanamente evitar lo inevitable.

—¡Déjala de una mal...

Belle gritó de dolor ante las embestidas de Castellet; había comenzado a moverse como un poseso aferrado a la grupa de la mujer que trataba de satisfacerle como podía, a pesar de que entre empujón y empujón perdía el sentido, golpeada su cara contra el cristal astillado del espejo que rompía para siempre su semblante. Lejos, Galland yacía inerte, hacía un instante que había muerto.

Un leve movimiento de aire, una extraña sensación de electricidad en el ambiente. Al otro lado de la puerta alguien estaba activando desmesuradamente los resortes neuronales del hombre que estaba destrozando a Belle, y lo hacía cargado con una fuerza desconocida y quirúrgica. Durante un instante la habitación se llenó de un intenso olor a ozono y Castellet se crispó en una postura incomprensible para caer al suelo con los ojos abiertos y los dientes apretados, sin vida.

En algún lejano lugar sonaron las campanadas secas que delimitaban la frontera rebasada de las dos de la madrugada. Belle, empapada en sudor y tiritando, lloraba acariciando la cabeza del agente de Heracles. La cara ensangrentada de la mujer que había sufrido lo indecible por nada, miraba a los ojos del franco-argelino buscando una respuesta que no habría de encontrar, sus labios besaban compulsivamente la frente al muchacho mientras lloraba y acariciaba los brazos sujetos al dosel de la cama. Castellet yacía muerto en el suelo de la habitación, finos hilillos de sangre surgían de los oídos y de las cuencas de los ojos que miraban hacia un espejo roto, encima del aparador revuelto, al lado de un sillón de orejeras, muy cerca de la ventana que daba al exterior.

.....

Igor Tsvietaiev se despertó sobresaltado. Su esposa Marina murmuró algo sin dejar de dormir, acostumbrada a las continuas pesadillas de su marido. Igor miró el reloj de pulsera que descansaba en la mesilla, hacía un frío de mil demonios en aquella madrugada de Kíev. Se levantó, alargándose las perneras de los calzoncillos largos hasta que le cubrieron los tobillos; se alzó los calcetines de lana y se puso las zapatillas de felpa, después se cubrió con el abrigo que descansaba en el perchero de la habitación contigua. Avanzó lentamente hasta sentarse junto a la ventana y miró a lo lejos, a través de las sombras que dibujaban la ciudad en el horizonte negro, escuchando mentalmente por si oía algo más. Durante un buen rato no pudo dejar de observar la oscuridad que dominaba la gran ciudad, esperando escuchar algo, como si su interlocutor hubiera callado por un momento y fuera necesario seguir alerta hasta conseguir oírlo de nuevo.

Tsvietaiev tenía un aspecto nada apropiado para su rango de oficial del GK ex-soviético. No era mutante, pero su amigo sí, y estaba seguro de que había recibido un mensaje mientras dormía. Siguió allí, frente a la ventana, parado, durante unos minutos más, hasta que la certeza se fue haciendo clara en su entendimiento. Ajmàtov era un buen hombre, leal y noble con los amigos, buen contendiente para los enemigos; resultaba difícil concebir que pudiera haberle pasado algo, y sin embargo ahora sentía que sí, y lo notaba con amargura. Se conocieron en una misión en Sudán unos años antes de que Katerina se fuera definitivamente de su lado. La extraña amistad nacida entre los dos hombres había durado diez largos años, diez años de servicio y



de dudas en el engranaje, y pensaba en pretérito pues era consciente de que a Mijail Ajmàtov le había ocurrido algo. La lealtad y amistad que le había dispensado aquel hombre de rubios cabellos y ojos grises era lo único que le quedaba en el recuerdo y lo único bueno que había encontrado entre la mierda del aparato demoledor de los servicios especiales de la vieja Unión Soviética, que destrozaba a sus agentes como a sus enemigos, sin remilgos ni componendas y que había acabado relegándole a él a un oscuro despacho, perdido y sin ningún sentido, lejos de los centros de decisión de Moscú.

Su mirada seguía vagando de forma incierta entre los innumerables edificios grises de Kíev y suplicó hacia lo alto, como le había enseñado su madre, para que a Mijaíl sólo lo hubieran capturado, mientras juraba que cuidaría de su cachorro. A primera hora hablaría con Petrov y comenzaría la loca carrera que habría de llevarle hasta el lugar donde Mijaíl había enterrado a su hijo, lejos de las fauces de los investigadores y científicos que anegaban los laboratorios secretos de Kalinin y Kishiniov.

Marina, ya levantada y envuelta en una rancia bata de compuesto acrílico, se acercó por la espalda y le puso enfrente una humeante taza de café cubano —el café y los cigarrillos Camel que descansaban en el alféizar de la ventana constituían uno de los pocos beneficios a los que tenía derecho un oficial del Servicio M de la CEI, el resto formaba parte del ponzoñoso fango de pobreza que engullía a la patria desde hacía demasiado tiempo—. Agradeció a Marina su desvelo y tras agarrarle cariñosamente las manos le dijo taciturno:

—Salgo mañana hacia París.

(1995)

OBSERVÓ por los retrovisores cómo se movía el soldado, cómo avanzaba con paso firme y lento, cómo miraba y remiraba la carrocería y lo que dejaban ver los cristales, cómo sujetaba su Enfield con sus gruesas manos enguantadas mientras revisaba meticulosamente la parte trasera del Rover con ayuda de una pequeña linterna; a su lado, el otro militar, el que había quedado ligeramente rezagado cubriendo a su compañero, le alumbraba con su potente reflector portátil arrastrando sombras por el interior de la tapicería y deslumbrándole al chocar con los espejos. Esperó sentado frente al volante mientras el soldado que hacía la inspección se agachaba y observaba detenidamente los bajos del coche. Apartó la vista y la dejó vagar a través de la luna delantera, como una sombra que se destacaba ligeramente más allá de los focos vio a otro soldado, que permanecía de pie, en posición de alerta, cerca del vehículo blindado que ocupaba la mitad de la calzada y en cuya parte superior se veía a otro soldado más, agarrado a la silueta de lo que parecía una ametralladora ligera; posiblemente, pensó, entre la oscuridad del follaje que rodeaba la curva se hallaría otro u otros, preparados para cualquier eventualidad; sino fuera porque sabía dónde es-

taba, habría jurado que se encontraba en mitad de un control de carreteras en las cercanías de Belfast. Los habitantes de Annan llevaban muchos años sin ver un despliegue militar como el que les rodeaba aquella noche. Los medios de comunicación habían advertido de la posible presencia en las inmediaciones de un preso fugado, de gran peligrosidad, que llevaba dirección hacia el sur y que buscaba la policía con ayuda del ejército. Lo cierto era que la policía apenas había hecho acto de presencia, y que pelotones enteros de soldados británicos peinaban todavía la zona, buscando entre los árboles, en el interior de los graneros y casas, y cerca de las vallas que rodeaban los pastos. La noche anterior algunos vieron fuego en el cielo, y escucharon el rugir de los motores de varios reactores, sobre las colinas de Galloway, como si hubiera habido un combate aéreo del que nadie se había hecho eco.

—¿A dónde se dirige? —la cara del soldado asomó por la ventanilla abierta, exhalando una bocanada blanca, todavía no le había devuelto los papeles.

—Mañana por la mañana tengo que estar en Leeds para un asunto familiar y por la tarde tengo que estar de vuelta en Dumfries... es de donde vengo... ¿pasa algo?

El soldado le miró con cara seria:

—¿Le importaría abrir el maletero, señor Kenobi?

—No tengo inconveniente —contestó mientras abría la portezuela derecha y se apeaba sumergiéndose en la fría y húmeda noche.

Los dos hombres se acercaron a la parte trasera del vehículo bajo la mirada fría del otro soldado y la luz de su linterna, cuando el reflejo de unos focos anunciaron que se acercaba otro coche. El soldado que se hallaba unos metros delante levantó el brazo izquierdo e hizo indicaciones, arriba y abajo, con el reflector, para que el conductor que se acercaba redujera la velocidad y se situara en el arcén tras ellos. Después de revisar el portamaletas, el primer soldado le tendió el carnet de conducir y el resto de documentos. Haciendo un saludo militar le dijo por fin:

—Tenga cuidado y no se separe de su ruta Obi Wan.

—¿A quién buscan..., es a ese preso?

El soldado asintió con la cabeza y se dirigió adonde estaba su compañero en compañía de la pareja que conducía el pequeño Ford.

(1996)

—Ahí están —anunció Croft.

En un instante el vagón se llenó de ruidos que lo envolvían y de luces de linternas que sesgaban su interior, salpicando los mamparos y el techo. Los rotores de varios helicópteros comenzaron a rugir sobre sus cabezas, y los potentes focos que llevaban se adentraron para no dejar ningún lugar a oscuras. Cerraron los ojos ante la descarga de luz que les cegaba desde los Hind; afuera el ruido que produce una unidad militar cuando se despliega rodeando una posición, e infinitos chasquidos metá-

licos que sólo podían indicar que estaban poniendo en guardia sus armas, cuando el rugido de los motores aéreos los dejaban escuchar. Voces, gritos y movimientos que cesaron en otro instante, mucho más largo y en el que Hammond tuvo tiempo de hacer repaso sobre su vida. Si alguna vez había temido por ella era en ese preciso momento. Se encontraban cercados y perfectamente controlados. La hospitalidad que les habían dispensado parecía, ahora, la dentadura de un perro de presa que te tiene cogido y sólo espera la orden de su amo para morder.

El vagón se movió entonces, con una fuerte sacudida seguida del movimiento hipnótico de las luces al cruzar las ventanas, arrastrando sombras. Avanzaban hacia atrás, lentamente, hasta que volvieron a parar del todo. Un ruido familiar delató que alguien, en la parte trasera, estaba ajustando los pernos y cadenas que sumaban un nuevo vagón a aquel extraño expreso. Por alguna razón Neil se había imaginado que la reunión tal vez tuviera lugar en alguna vieja dacha o casona del recorrido, pero en ningún momento había sospechado que fuera a llevarse a cabo en el mismo tren. En cierto modo aquello era muy propio de las babushkas. Sin lugar a dudas alguien muy importante se hallaba enganchado a aquel convoy, a escasos metros de donde se encontraban ellos.

Los potentes focos de los helicópteros dejaron de alumbrar el interior del vagón, para recorrer la superficie nevada que les rodeaba por todas partes, cuando se alejaron, dejando a la vista varias unidades motorizadas entre las que se podían divisar al menos un par de T-90 que les apuntaban con sus enormes cañones. Acostumbrados a la nueva luminosidad, esperaron mirando las luces encendidas al otro lado de la portezuela de separación entre vagones y la centena de hombres que se repartían alrededor del tren, visibles desde las ventanillas. Transcurridos diez minutos se abrió el portón que unía los dos vagones. Tres hombres, al parecer todavía vestidos con el viejo uniforme del ejército soviético, avanzaron hasta ellos, una vez cerca Hammond y los suyos pudieron observar que la variante que vestían difería bastante de las llevadas por las otrora unidades regulares. Los americanos permitieron el cacheo reglamentario bajo la atenta mirada del oficial, mientras el tercer hombre hacía guardia.

El hombre al mando del grupo de recibimiento les habló en un perfecto inglés:

—¿El Coronel Afanásiev?

Croft fue a buscarlo bajo indicación directa de Hammond.

—Sólo Afanásiev y usted —el oficial se dirigía a Hammond.

Lambers se movió inquieto, secundado por Steness, pero Hammond los contrainformó, asintiendo a lo que acababa de decir el oficial y solicitando la presencia de Croft a su lado, no llevaban armas y no iba a entrar sin un apoyo. Esta vez fue el oficial quien asintió con un movimiento seco de su gruesa cabeza bajo la gorra de plato que la coronaba. El coronel ruso, con las manos esposadas y liberado de las cadenas

de sus pies, Croft y el propio Hammond se adentraron en el otro vagón dejando atrás a Lambers y Steness.

Hammond, mientras esperaban en lo que parecía la antesala de un vagón militar preparado como albergue de oficiales, se miró por un instante en los ojos lánguidos de Afanásiev quien le sonrió, como exculpándole por lo que tenía por certeza iba a ocurrir. Dos soldados armados con AKRs les vigilaban constantemente mientras otros dos habían quedado atrás con los agentes americanos. El oficial que había desaparecido hacía un momento entró de nuevo acompañado por un hombrecillo pequeño de grandes ojos negros que comenzó a mirarlos uno a uno; acompañado siempre por el oficial se adentró en el otro vagón y al parecer realizó la misma operación. Sin duda era un lector bioenergético de los denominados inspectores, y cuya misión consistía en determinar si existía algún agente M entre el equipo desplegado por Boulder. Los inspectores eran ojeadores ofensivos y disponían de una cierta capacidad para desestabilizar las posibles barreras mentales que pudieran presentar los objetivos, momento que utilizaban para descargar sobre ellos una letal carga energética, una onda psiónica de baja presión, capaz como las grandes de matar a cualquiera en un radio de acción corto, como era el caso. Hammond sabía de su existencia y de su presencia en cuantas reuniones importantes tuvieran lugar, por lo que se había hecho acompañar de personal laico.

Al volver sobre sus pasos, el inspector ruso miró de nuevo a Afanásiev quien pareció no darle importancia, mientras Hammond sentía erizársele los cabellos de la nuca. Otro intermedio silencioso con abundantes cruces de miradas entre rusos y americanos y el oficial volvió a aparecer de nuevo.

—Sólo usted —señaló a Hammond.

Neil abandonó a Afanásiev y a Croft, y recorrió los pocos metros que atravesaban un corto pasillo que daba directamente a una estancia ricamente decorada en tonos rojos y verdes. Largos cortinajes opacos cegaban las ventanas del tren que seguía impasiblemente quieto. En el centro de la habitación una mesa rectangular de aspecto cuidadosamente limpio y estupendamente trabajada por el ebanista que la creó y que sin duda fue el artífice de la magnífica taracea que representaba el símbolo del viejo Grupo de Kalinin sobre su superficie. Tres sillas de idéntica calidad y trabajada manufactura completaban el conjunto con asientos en terciopelo carmín, con remates en brocados dorados. Por indicación del oficial tomó asiento en la que se encontraba más cerca, en el lado estrecho de la mesa.

Un instante más y detrás de los cortinones del fondo apareció una silla de ruedas ante la que el oficial se cuadró inmediatamente. Sobre ella un hombre de aspecto enfermizo, extremadamente delgado y viejo, demacrado, con el pelo cano, de su cabeza y perilla, cuidadosamente peinado, y las manos sobre los soportes laterales. De su aguileña nariz salían un par de tubos transparentes que terminaban en una válvula

sujeta a una pértiga metálica y sobre ella descansaban unas pequeñas gafas. No vio el botellín de oxígeno que sin duda alimentaba de aire a aquel anciano de mirada limpia y elocuente. En su brazo derecho se encontraba el apósito que tapaba la aguja y el orificio de entrada del suero que caía desde el contenedor que compartía espacio con la válvula de oxígeno. La silla era empujada por una mujer de aspecto duro y robusto, vestida inmaculadamente de blanco y con cofia de enfermera que dejaba ver la cabellera rubia de infinitos tirabuzones que se recogían en un moño. Tras afianzar la silla en el lado opuesto al que ocupaba Hammond se quedó quieta un par de pasos atrás.

—Bienvenido Señor Hammond —el saludo fue pronunciado en ruso.

La voz surgía rota y suave a través de una boca que apenas se movía. Valentin Tijonov se encontraba peor de lo que imaginaban en Boulder, y lo cierto es que si había accedido a presentarse así, con su auténtico aspecto, demacrado y senil, era porque las cosas en Rusia estaban peor de lo que llevaban tiempo argumentando los expertos.

—Gracias Almirante.

El viejo sonrió levemente mientras trataba de levantar la cabeza sobre un cansado cuello reforzado por un soporte de plástico de factura occidental.

—Veo que ha cumplido su parte del trato —continuó lentamente—, ¿quiere algo de beber? yo no puedo —hizo un gesto elocuente sobre su estado físico con los ojos y las manos que apenas se levantaron unos centímetros de los laterales de la silla.

—De momento ambos hemos cumplido nuestra parte del trato.

Sintió una especie de compasión por “el viejo oso” que comandaba férreamente las bridas del Servicio de la CEI desde los tiempos del GK, y que había sobrevivido milagrosamente a cuantos intentos por derrocarlo le habían puesto en el camino, incluyendo a Revenko y a Volkov, quien detentaba oficialmente el cargo, todavía. Ante su aspecto frágil percibió que se desvanecía la leyenda que durante tanto tiempo había formado parte de su particular mitología.

—¿Es el Coronel Afanásiev el que ha venido con usted?

—En efecto —contestó lacónico.

Un gesto de los dedos de Tijonov y el oficial desapareció por un instante con dirección a la antesala donde se encontraban el ruso y Croft. Sonó un disparo seco y Hammond comprendió que acababan de matar a Afanásiev ante sus propias narices. Se incorporó y miró a Tijonov, lleno de furia.

—¿Qué quiere tal vez habría sido mejor haberlo dejado para más tarde...

—Era un buen hombre... —la rabia latía en sus sienes.

—No se trata de ser hombre bueno o malo, se trata de ser útil o no...

Neil pensó en lobos y en perros, en las palabras de Valerii, en sus fantasmas y en que sabía que él formaba parte también del decorado. Tijonov acababa de hacerle un envite para ver hasta qué punto estaba en buena disposición de negociar. Sin quererlo, él, Neil Hammond, había sido la sentencia de muerte de un muñeco llamado, hasta hacía unos instantes, Valerii Afanásiev, y sintió un profundo dolor que le obligó a cerrar levemente los ojos y pensar en la maldita granja con la que había soñado durante tanto tiempo. Nada de lo ocurrido habría sucedido si no mediara el maldito trato; Afanásiev había sido elegido para cotejar la calidad del hombre enviado por Boulder, para nada más, en ningún momento nadie había creído que pudiera valer lo que Osprey. Su vida, sus sueños, su supuesta importancia, no significaban nada para aquella máquina que lo único que trataba de cifrar era la solvencia de Hammond, lo mismo les habría dado otro de los veintitantos agentes que permanecían capturados en Norteamérica.

Tijonov le devolvió a la realidad.

—Sus buenos sentimientos dicen mucho de usted. No suelo fiarme de los hombres que demuestran frialdad ante acontecimientos inevitables pero dolorosos. Si quiere comenzamos.

Los ojos vidriosos y negros del viejo Tijonov escrutaban cada movimiento del americano quien recobró la serenidad y trató de verlo como lo que era: un maldito carnicero que interpretaba el papel de perro viejo y lastimero para ganar una ventaja que no iba a cederle mientras se mantuviera sereno, y eso era, precisamente, lo que iba a tratar de hacer en los próximos minutos.

—Tenía ordenes de entregarle a Afanásiev y de escucharle. Ya le he entregado al coronel —sus palabras eran ahora duras— ¿dónde está Osprey?

—El Mayor Osprey no está aquí, pero no tema, se lo entregaremos. Bien, si hemos accedido a dar lugar a esta situación —continuó hablando el almirante— ha sido porque necesitamos de su ayuda para mantener el control a lo largo y ancho de nuestra estructura de defensa, bastante maltrecha, por cierto, como ya sabrán —movió ligeramente la cabeza—, su hombre no nos interesa especialmente.

Hammond se mantenía callado, esperando en cada palabra de aquel anciano el aullido que lo delataría.

—El trato es sencillo de comprender. Nosotros les permitimos llevar a cabo buena parte de su Manhattan Transfer y ustedes nos evitan el problema G2; de regalo les ofrecemos la red informática de Madriguera que en estos momentos hace aguas y corre peligro de acabar en manos poco delicadas, la posición concreta de Kishiniov y les devolvemos a su agente. Así de sencillo.

—No conozco ninguna operación denominada Manhattan Transfer.

—Vamos, vamos... Señor Hammond. En estos momentos todo el mundo sabe de qué se trata el último juguete de Palmer y la incidencia que tendrá en el nuevo orden

—tosió por el esfuerzo realizado—. Sin la red informática de esa pandilla de tarados que dirige Kaufmann desde Ginebra.... —esperó un instante para recuperar el resuello y continuar—, el CDFC tendría problemas para asegurar el control sobre Europa sin que nadie le hiciera sombra. Pero existe un serio problema para sus intereses —hizo una pausa para inspirar otra ración amplia de aire—, pudiera ocurrir que parte de nuestro dispositivo en occidente no estuviera por la labor de aceptar ofrecer una ventaja tan sustancial al viejo enemigo americano.

—Perdóneme pero no sé de que me habla. Tengo el deber de escucharle, pero con recoger a Osprey me basta...

Tijonov le observó por un momento, sin decir nada. Por fin comenzó a hablar de nuevo:

—No insista Señor Hammond. Tradicionalmente ustedes pinchan nuestras redes y nosotros hacemos lo propio. Manhattan Transfer no es un secreto, al menos para nosotros, sin embargo sin nuestra ayuda la cuestión puede torcerse —volvió a inspirar aire con esfuerzo.

—¿En qué sentido?

—La operación que se desatará en los próximos días puede irse al traste si no hacemos, nosotros, algo para evitarlo; y sólo lo haremos si Boulder neutraliza la amenaza que nos supone el G2 y sus engendros —su voz surgía como un hilillo al que es necesario no maltratar.

—Me temo que no hay garantías suficientes al respecto. Volkov maneja los hilos oficialmente y aunque sabemos que el arnés está sujetado por su mano —Hammond hizo una indicación leve con la suya hacia el cuerpo del propio almirante—, no podemos confiarnos tanto. Moldavia busca la independencia y eso dejará fuera de juego a Kishiniov lo quieran o no.

—No nos subestime, se lo ruego.

—No les subestimamos aunque pueda parecer lo contrario.

—Van a ayudarnos, o deben hacerlo, como prefiera. Volkov es un títere a nuestro servicio. La totalidad de nuestras fuerzas, si hacemos la salvedad con el grupo de Kolpov, y no por las razones que usted argumenta —intercaló—, incluyendo el incipiente movimiento en las filas ucranianas, sigue nuestras órdenes y no se desviarán ni un ápice de lo marcado, le doy mi palabra, y yo que usted lo creería.

—De todas formas sabemos poco del G2, y eso supone un serio peligro.

Tijonov sonrió ligeramente, mirándole a través de sus ojos enfocados hacia el suelo por la inclinación de la cabeza.

—Eso está mejor..., también conocen poco de lo que se les avecina antes de ponerse en movimiento... —contestó de una forma demasiado convincente, para continuar hablando poco después de que la válvula siseara de nuevo—. Saben lo suficiente y entiendo que no lo admitan. El Coronel Kolpov dirige los siete operativos del

Generación 2 desde Kishiniov y en estos momentos está trabajando entre bastidores para hacerse con el control absoluto del GK. Comprenderá que no podamos consentirlo —alzó ligeramente la cabeza.

—La existencia de mutantes superdotados no deja de ser un enigma sin resolver...

—Para ustedes tal vez. Los hay, aunque sean una pandilla de abortos del diablo —tragó saliva de forma grotesca, abriendo su boca con un gran esfuerzo—, Kolpov los dirige y controla a la perfección —continuó—, ahí radica su poder y no es algo que se pueda tomar a la ligera sin lamentarlo. Kolpov es duro y jugará sus bazas de una forma eficiente, no lo dude —le lanzó una mirada ceñuda que endureció el aspecto aguileño y acerado de su cara cansada y vieja.

—Bien, sus hombres nos dejan hacer y conseguimos culminar la operación de pinchazo; Madriguera se desmantela desde dentro y conseguimos el control sobre ellos y usted me quiere hacer creer que con eso basta. Me temo que no está jugando limpio conmigo, la cosa parece demasiado barata para que nos movamos siquiera un palmo. Podemos esperar a que el grupo de Kolpov acabe con ustedes, la historia de Madriguera seguiría su curso y Manhattan Transfer nos ofrecería una ventaja sustancial sobre lo que quedaría en su propio país.

Tijonov sonrió de nuevo, Hammond no era una pera en dulce, precisamente.

—Veo que está usted más preparado de lo que en un primer momento cabría esperar de un agente de academia —sonrió—. Sí, tengo una carta marcada, pero espero de su inteligencia que no piense que voy a descubrirla. El teatro volverá a estar equilibrado aunque ustedes pinchen la red informática de Madriguera y la controlen, momentáneamente —volvió a recalcarlo—, siempre y cuando neutralicen al G2, sin esta última premisa, los que van a perder la partida serán los suyos —le lanzó una mirada fría que no dejaba lugar a dudas sobre lo que significaba—, no lo dude ni siquiera un instante.

Hammond se levantó y comenzó a caminar lentamente alrededor de la silla que había ocupado hasta ese momento.

—Pretende que vayamos a ciegas, ¿es eso lo que quiere?

—Así es —contestó el almirante Tijonov mientras la válvula volvía a sisear.

—Me temo...

—Hoy por tí y mañana por mí —argumentó sardónicamente el máximo dirigente en la sombra del Servicio de la CEI.

Hammond recaló sobre el respaldo de la silla que había ocupado.

—Volviendo a lo del Generación 2..., si existen, como usted me asegura, los agentes superdotados ¿cómo podremos neutralizarlos como pretende que hagamos?

—Ese va a ser su problema, pero puedo decirle que por sí solos no son nada. Kolpov necesita mantener en su alrededor un equipo competente que se nutre de



nuestras filas —respiraba ahora con mucho trabajo—. Sin esos hombres de élite, el G2 es prácticamente inútil, y de la carencia de apoyo se encargarían mis hombres, ustedes sólo deben ocuparse de neutralizarlos y eliminarlos —bajó la cabeza cansada por el esfuerzo.

—¿Y si no lo conseguimos? Mañana es día nueve, un error...

—No me subestime, se lo ruego —parecía un abuelo que recrimina cariñosamente a su nieto—. Me consta que el G2 ya les supone un problema que no saben resolver, por lo que intuyo que tendrán preparado algo para un tipo de eventualidad como esta ¿no?

Hammond lo admitió con su silencio. Tijonov volvió a sonreír a través de los tubos que le cruzaban la cara ya desencajada del todo por la extenuación que le estaba suponiendo la entrevista, sin que Hammond entendiera el sentido del humor que mostraba el viejo almirante.

—Ciertamente podríamos ponerle las cosas muy difíciles en casa al bueno de Anatoli, pero ello conllevaría una nueva... —hizo una pausa para tragar de nuevo saliva— ...y previsible convulsión en nuestra amada patria. Estuvo muy bien lo de las promesas en las que creyeron los idiotas de la glásnost y la perestroika, ahora ya tenemos la Coca Cola en nuestras calles y nuestros jóvenes consumen la misma droga que en Los Ángeles o Nueva York —se estaba agotando—, pero no ha habido nada más. Es el momento de que ustedes muevan ficha y de que nosotros les ayudemos tácitamente. La pelota está en su tejado y seguirá en él al menos durante unas cuantas horas —levantó la mano ante las palabras que le susurró al oído la enfermera.

Hammond escuchaba sin mover un músculo.

—La verdad es que lo han hecho muy bien, bastante bien —Tijonov cambió de tema, recompuesto momentáneamente—. Entiéndame, amo a mi patria y no me gusta verla como está ahora, pero tampoco creo en los politiqueos de los necios que auguran una nueva época en la que la fraternidad y la solidaridad nos harán a todos mejores. El capitalismo nos ha socavado hasta las entrañas y estamos... —dudó por un momento— ¿cómo diría para que me comprendiera?

—Como una novia virgen en la noche de bodas —le ayudó Neil.

Tijonov empezó a toser por la risilla que le había entrado y apartó de un movimiento brusco a la enfermera que se le había acercado precipitadamente para ayudarle. Una vez recuperado el resuello, tras una larga inspiración que siseó a través de los tubos transparentes:

—Tiene usted el mismo sentido del humor que Zachary, por cierto... ¿cómo está el viejo?

Aquella pregunta le sorprendió.

—¿A qué se refiere?

—Evidentemente a cómo se encuentra Palmer, su jefe.

La respuesta le sorprendió todavía más por la familiaridad con la que se refería a «Capitán América», parecían conocerse, y que él supiera nunca se habían visto, ni siquiera de lejos.

Tijonov apreció el turbamiento general que consumía al agente que tenía enfrente.

—No se altere, hoy no es el momento. Algún día, si vivo para ello —miró de reojo a la enfermera mientras abría la boca para favorecer la entrada del aire que necesitaba tanto— yo mismo le contaré las andanzas de dos viejos lobos tras el Telón de Acero. —Tras una larga pausa continuó— ustedes los jóvenes no entienden de matices, como dicen en mi tierra: una cosa es la familia y los amigos, y otra bien diferente los negocios, y ambas cosas deben convivir.

El semblante del viejo almirante se hizo duro y parecía frío como una máscara de cera, mientras la enfermera se había situado a escasos centímetros de su espalda manejando cuidadosamente los aparatos que necesitaba Tijonov para seguir con vida.

—No me dejan hablar más. Dígale a Zachary que todavía me debe un par de favores y que necesito que me quite de encima a Kolpov —respiró con mucho trabajo—, a cambio: el éxito completo de Manhattan Transfer —balanceó ligeramente las manos—, creo que la oferta es buena y sé que él sabe cómo cumplir su parte. Dispone de una hora para que nos den una contestación, en el caso de una negativa, mis hombres les llevarán de vuelta a Moscú junto al Mayor Osprey y Palmer perderá una oportunidad única para salvar sus propios asuntos familiares; en caso afirmativo... discutirá los pormenores con el General Chavanidzé, yo me encuentro cansado.

—La decisión tendré que tomarla yo —contestó Neil mirándole directamente a la cara.

Tijonov hizo un último gesto y la corpulenta enfermera procedió a retirarlo de la mesa. Mientras se alejaba tuvo todavía fuerzas para despedirse:

—Tanto mejor, creo que «Capitán América» ha hecho una buena elección en usted, aquí encontrará lo que necesita. De todas formas ¡buen viaje de vuelta o feliz estancia!

.....

«Jodido lo tienes...». Bien sabía que lo tenía mal. Se concentró en el techo mientras trataba de evitar las palabras que retumbaban todavía en su cerebro. Lo tenía mal, muy mal. El golpe punzante volvió a fastidiarle las sienes; un dolor agudo, seco, que le recorría las venas de la cabeza y que le había obligado a levantarse. Se tocó maquinalmente y cerró los ojos mientras trataba de recordar las manos suaves de Brenda cuando le acariciaban la espalda. El dolor desapareció por un momento para volver

de nuevo, al poco, crispándole los nervios y los músculos de la cara. Había pedido permiso para quedarse descansando en la celda mientras los demás se hacinaban en el patio; tampoco es que lamentara perderse el paseito matutino.

«Jodido lo tienes...». Mal, muy mal lo tenía. Bien era cierto que se había visto envuelto en otras peores, pero encontrarse metido así en una mierda en la que ni había comido ni bebido, le jodía bastante. Hizo acopio de fuerzas y acercó hasta el pequeño lavabo. Se miró en el espejo desgastado, las sombras le endurecían el rostro, el dolor en las sienes le obligaba a mantener los ojos entreabiertos. Abrió el grifo y se mojó la nuca, la cara, el pelo; abrió los ojos y se concentró en el otro lado, en el semblante endurecido que le miraba.

La jueza había desestimado el recurso, por enésima y última vez. Tenía que acostumbrarse a aquella mierda si no quería perder los estribos, como le había recomendado su abogado, un pisapapeles de tres al cuarto en el que no debía haber confiado jamás. No había una puta prueba sobre la mesa y sin embargo el marrón se lo iba a tragar solito. Veintidós años a la sombra, cuando saliera sería un puto abuelo sin nada mejor que hacer que rascarse la barriga en algún parque.

«Jodido lo tienes...»; sí, muy jodido lo tenía, como le había comentado, una y otra vez, el pesado de Amos, su compañero de celda. En verdad que lo tenía jodido, y más con aquel maldito dolor de cabeza que no le dejaba en paz.

.....

(1996)

PALMER le había otorgado atribuciones para decidir en todo momento lo que creyera conveniente, por lo que el tiempo de reflexión que le había cedido el almirante le había servido únicamente para realizar, en solitario, un pequeño receso y valorar así la posibilidad de meterse de lleno en la propuesta que habían puesto sobre el tapete los rusos. Tal vez aquel interior de estación en donde se encontraba junto a Lambers, no fuera el sitio idóneo para recapacitar en nada salvo en la extraña situación que le estaba tocando vivir. Había traído a Afanásiev con la intención de cambiarlo por el agente Philleas Osprey y de paso escuchar a las autoridades del Kalinin a las que tendría que entregar las coordenadas de actuación del CDFC durante el asalto a la sede central de Madriguera en París intentando que a cambio éstos le dieran la localización exacta del laboratorio central de Kishiniov. La entrevista con el viejo y caduco jefe del Servicio M soviético no entraba en los planes —habían previsto únicamente una reunión con alguno de los jerarcas, pero nunca con el número uno—, como tampoco entraba en aquel tinglado el asesinato a sangre fría del coronel que habría de canjear; menos aún la dilación que habían impuesto sus anfitriones en la entrega del traidor americano y todavía menos la petición de ayuda y la velada

amenaza que le había dejado entrever Tijonov. Era consciente de que estaba pisando arenas movedizas y que necesitaba encajar las nuevas piezas si quería conseguir algo.

Se movía pisando fuerte, tratando de desentumecer los músculos y de recomponer su propio esquema mental, mientras escuchaba los golpes producidos por sus zapatos sobre el pavimento enlosetado con baldosas negras y blancas, vigilado por Lambers y la docena larga de soldados rusos que les observaban desde el andén, a través de las ventanas y la puerta. El vagón y la locomotora estaban parados en aquella estación perdida, remota y sin nombre, donde se había dirigido tras abandonar el lugar de la reunión. La construcción donde se hallaban era pequeña, de ladrillo y madera, y todavía disponía de varios asientos corridos que ocupaban la parte central, frente a la expendiduría de billetes y la entrada principal que se abría a una noche que devoraba lo que parecía la linde de un bosque cercano enmarcándolo en una arcada de piedra y metal forjado, como si fuera un enorme cuadro. Sobre la pared más grande, junto a un retrato de Yeltsin, una sombra circular delataba el lugar donde sin duda había estado dipuesto un reloj que no aparecía por ningún lado, como tampoco se observaba indicación alguna sobre la situación exacta de aquel enclave. A su espalda tenía la puerta acristalada que daba a los lavabos y las oficinas del jefe de estación. Hammond supuso que por el aspecto limpio que presentaba, aquel apeadero tenía que hallarse cerca de alguna población que no habían podido divisar al llegar, y que se utilizaría de forma habitual, tal vez una o dos veces al día, dando servidumbre a los habitantes de la zona. La iluminación era pobre y rancia, como el olor que lo embadurnaba todo. Las poblaciones rurales y campesinas se unían a los entramados industriales a través de ferrocarriles eléctricos, y sobre la vía había una catenaria de aspecto cuidado, también, por lo que la suposición se volvió clara certeza: aquella estación estaba en uso, y las fuerzas de seguridad la habían tratado minuciosamente para que no supieran en dónde estaban, intentando que en todo momento el viaje y las reuniones se llevaran a cabo en lugares sin nombre. Había leído cantidad de informes que hablaban de aquella particular forma de hacer que tenían los rusos con sus huéspedes, pero hasta aquel preciso momento no había tenido ocasión de percibirlo tan claramente, ni nombres, ni letreros, ni relojes...

Se acercó a la ventana para mirar hacia lo alto y ver de lejos la gélida noche continental, atestada de estrellas; había dejado de nevar pero hacía un frío que le secaba los pulmones en cada respiración. Tenía enfrente el vagón, y por una de las ventanillas iluminadas pudo ver a Croft y a Stenness conversando.

—¿Por qué no volvemos al interior?

—Sí, no ha sido una buena idea bajar —Neil hizo un ademán a su hombre para que le siguiera.

Mientras avanzaban para introducirse de nuevo en lo que había sido su hogar en las últimas horas continuó pensando en lo ocurrido; no se fiaba de las palabras del

almirante pero no le quedaba más remedio que comenzar a andar por aquella garganta flanqueada de colmillos en la que se había convertido el trato y lo que conllevaba. Todavía disponía de casi un día completo antes de que las fuerzas americanas empezaran a moverse y debía completar su partida particular, y con éxito, para aquel momento; Osprey tenía que estar de vuelta antes del once. Si se negaba a entrevistarse con Chavanidzé tendría a su hombre —así se lo habían prometido—, pero perdería una oportunidad única por desmadejar aquel ovillo de informaciones y contrainformaciones que ocultaban algo, y su instinto de observador analítico le decía que aquello que desaparecía ante sus ojos encerraba un secreto que necesitaba develar.

Conversó con sus hombres, poniéndoles en antecedentes: aceptaría definitivamente la propuesta previa con todas sus consecuencias; las cosas ya se habían torcido —aunque parcialmente—, por lo que, y a falta de nada mejor, en las próximas horas se encontraría cara a cara con el lugarteniente de Tijonov y vería cómo y por dónde continuar. En Boudier querían saber dónde estaba la central del Generación 2, y el general se la iba a dar, por lo que apenas cabían dudas respecto a lo que tenía que hacer. Buscó al oficial Kobalenko —el férreo militar que había matado a Afanásiev y que les había acompañado durante el segundo viaje— para informarle personalmente de su decisión y aquello sirvió para que comenzaran los preparativos para un nuevo traslado. El tren empezó a recorrer el camino de vuelta que les acercaría a la arteria principal del Transiberiano para continuar con dirección Este; de nuevo hacia la nada, a la espera de "órdenes concretas", y decidió aprovechar el tiempo que le quedaba para asearse y descansar un poco, le iba a hacer falta.

Mientras desenfundaba el material de afeitado colocándolo cuidadosamente sobre el lavabo y se quitaba el abrigo y la chaqueta, pensó en aquel fantasma que había surgido de la historia más profunda de los Servicios M con su aspecto patético, pero que había tenido a gala demostrarle que todavía seguía manejando las riendas del enigmático operativo ex-soviético, por encima del mismísimo Volkov. Mirándose en el espejo, desanudando la corbata, recordó la conversación mantenida. La charla se le antojaba una muñeca katyusha que encerraba a otras, y a otras..., y sin querer comenzó a pensar en Vermont, en su niñez y en la del pequeño Neil, su hijo; también pensó en los ojos triste de Afanásiev.

El mundo occidental descansaba en la confianza que tenía en sus dirigentes, malgastando el tiempo y el dinero en buscar extrañas componendas espirituales; él y otros muchos como él, trabajaban a destajo para permitir que todo siguiera igual mientras los lobos simulaban ser perros que velaban por la libertad y el derecho a vivir; allí radicaba la enorme incongruencia de la que era un mero actor. Su honradez ayudaba a que los lobos siguieran en su sitio, sin importarles para nada si los hombres y mujeres a los que decían defender como perros guardianes, creían o no en

ellos, siempre habría un conflicto con el que elevar el índice de popularidad, o un problema que necesitaba ser resuelto con una profunda restricción económica que sólo beneficiaba a unos pocos. En el caso ruso, los lobos ni siquiera

Entre los vaivenes del vagón, escuchando el rasgado susurrar de la cuchilla contra su cara, siguió pensando en la reunión, en sus posibilidades, todo lo que tenía ante sí no era sino una vulgar maniobra para tratar de desenmascarar al enemigo, tratando de evitar que el enemigo lo desenmascarara a él, lo que siempre resultaba inevitable: el enfrentamiento de fuerzas se basaba en el conocimiento de lo que trataba de hacer el contrario, la información era más vital que la propia acción. Durante décadas, las dos superpotencias habían luchado en el plano de las informaciones, y la lucha en los teatros operacionales, tanto militares como M, no eran sino formas de concretar lo que se sabía o intuía. Boulder quería la certeza absoluta sobre la localización de la base de Kishiniov porque conocía previamente dónde estaba, y porque no quería desgastarse concretando sus sopechas, y Tijonov cedía aquella información porque necesitaba la ayuda de los americanos contra la facción dirigida por Kolpov, a cambio de permitirles que la operación más secreta del CDFC tuviera éxito. Sin duda Tijonov temía lo que sabía Kolpov, y otra vez tenía ante sí el contraste efímero de informaciones. La misión parecía concluida pero se diluía para convertirse en otra, y mientras la sensación de agobio volvía a hacerse presente en su interior, comprendió que si quería terminar correctamente con lo que le habían pedido sus superiores no le quedaba otro remedio que dejarse llevar durante un largo trecho y tratar de salvaguardar el éxito de Manhattan Transfer mientras encontraba el filón de lo que sabían los de Kishiniov, aquello volvería a dar ventaja a los suyos, y la ventaja permitiría establecer de nuevo el equilibrio, y de aquel maldito equilibrio dependían las vidas de muchos agentes; tal vez Palmer no hubiera tenido una mera galantería con él, si lo había elegido para la misión era porque el viejo «Capitán América» había intuido desde un principio que las cartas que se iban a jugar eran idénticas a las que estaba acostumbrado a manejar en Boulder: hipótesis, datos, concreciones...

Continuaban avanzando en dirección a una zona indeterminada, que como la primera y la segunda, tampoco habría de aparecer en ningún mapa, y Hammond seguía pensando en lo ocurrido; en el Grupo de Kalinin sabían a la perfección de qué trataba Manhattan Transfer —ya no tenía ninguna duda—, y aquello no estaba en el guión, por lo que le molestaba bastante la certeza de estar metiéndose en un atolladero sin salida en lo que a salvaguardar la operación se refería; gracias a Redman y los chicos del Talking Head los riesgos habían sido reducidos a sus mínimos, pero aquello no significaba que no siguieran existiendo; bien mirado Chavanidzé podía tratar de indagar, a su través, en el propio Manhattan como él iba a hacer en lo referente a Kishiniov. Básicamente su misión consistía en entregar al Coronel Afanásiev y negociar más tarde la posibilidad de compartir con los rusos el acceso a Madriguera,

según lo cual, y siempre bajo las predicciones de los analistas a los que dirigía personalmente, se reducirían los riesgos propios de una operación como Manhattan y de paso se configuraba una sustanciosa oferta para que los rusos mordieran el anzuelo, el pedazo de pastel bien valía la información que necesitaba; pero el Almirante Tijonov le había sorprendido poniendo a Kishiniov sobre la mesa, ganando la primera de las bazas, y tenía que admitirlo si quería continuar. Dejó la maquinilla sobre el borde del lavabo y apoyando las manos en él se miró sonriente en el espejo mientras comenzaba a entrever algo que se le había pasado por completo.

—Has sido un idiota Neil, un perfecto idiota.

Osprey era la pantalla americana como Afanásiev era la rusa. Tanto Tijonov como Palmer querían hablar de algo diferente, y no habían tenido mejor ocurrencia que enmascararlo todo bajo el aspecto de un simple canje de agentes. Osprey valía una mierda, conocía al dedillo el historial del oficial que delató la red estadounidense en la RDA durante los últimos años de la década de los 80, mientras seguía ejerciendo de hombre de confianza de Hermann. Un topo vale su peso en oro mientras trabaja, pero una vez es desenmascarado ya no tanto, la red se recompone y punto. Todo el tiempo se había devanado los sesos intentando vislumbrar el interés que seguía teniendo Boulder en aquel agente, y ahora lo veía claro. Osprey no valía nada, ni para los suyos ni para los del Kalinin y de haberlo sabido antes habría obrado de diferente forma, sobre todo porque habiéndolo hecho habría facilitado que Valerii siguiera con vida. Cuánta razón llevaban las palabras del Coronel Afanásiev cuando le dijo que él no podía entenderlo; él sí lo sabía, lo había sabido todo el tiempo y había decidido cumplir con su parte, su inmólación facilitaría las cosas. Una sombra de tristeza le recorrió el semblante mientras se anudaba la corbata y se ponía la chaqueta, seguía haciendo frío a pesar de la calefacción. Recogió la brocha y la maquinilla después de pasarlas por el grifo de agua tibia y secarlas con la toalla; volvió a enfundarse el abrigo y se acomodó en el asiento mientras miraba pasar los árboles oscuros del infinito bosque inanimado que los rodeaba y que perfilaban la frontera entre el mundo por donde deambulaba como un espíritu y aquel otro que permanecía oculto a sus ojos.

Cerró los ojos y comenzó a repasar los nuevos datos, una vez eliminado el problema envolvente de Afanásiev y Osprey, surgía ante su mente aquello a lo que se había referido Tijonov en forma de amenaza, la relación entre los de Kolpov y el Servicio M francés podían muy bien no ser tan desconocidos para Boulder, de esa forma se aglutinaba alrededor de la misión una nueva capa de informaciones por desvelar. «Capitán América» sabía lo que se cocía en el interior del Kalinin, ahora egregio Servicio M de la CEI, de no ser así no habría tentado la posibilidad de desenmascarar rápidamente la localización del Generación 2; Palmer sabía que Kolpov era una seria amenaza para Tijonov, más que el propio Volkov, y también sabía que el

almirante no se lo pensaría dos veces antes de ceder la posición de su enemigo interno ante la posibilidad de tener que vérselas en solitario con él. Madriguera era un buen cambio, y Tijonov lo sabía, pero no quería tensar la fina cuerda que unía las dos partes sin tomarse una precaución extra. En París estaba la clave, y Hammond empezó a vislumbra la posibilidad de que el apoyo que les iban a brindar los rusos en la capital de Francia no fuera sino una maniobra envolvente encaminada a redefinir las posiciones de inicio, ¿y si no fuera Kolpov quien andaba detrás del Bureau, y si fueran los propios hombres de Tijonov quienes estaban tras la operación francesa? Rechazó la idea porque se le iba de las manos, cualquier intromisión no serviría de nada, y menos a poco más de veinticuatro horas de que las fuerzas de Boulder se lanzaran contra el centro neurálgico del golpe interno que desestabilizaría Madriguera. Esto también lo tenían que saber en el Kalinin. Un descenso en la velocidad del tren le arrastró en volandas hasta la realidad, estaban llegando.

El tren estaba parando de nuevo en una zona limpia de árboles, cerca de lo que parecía una vieja población abandonada. Tras detenerse del todo, un suboficial subió al interior de la unidad y habló con Kobalenko y él fue quien le llevó hasta donde se encontraba el oficial que se haría cargo del “grupo americano”

Tras otra charla con el hombre que le esperaba en el exterior, comprendió que resultaría difícil hacer tragar a los rusos su necesidad de sentirse acompañado; al fin consiguió convencer al rudo teniente de que necesitaba tener a su lado al menos a uno de sus agentes, los otros podrían esperar en el interior del vagón.

—Tenemos que separarnos, sólo me consienten que sea acompañado por uno de ustedes.

—¿De qué van...? —Croft puso los primeros reparos mientras Lambers asentía con desgana.

—Tranquílcese Croft, de momento han cumplido con las garantías sobre nuestras personas, no tengo razones para sospechar que intenten algo contra nosotros, entre otras cosas porque no ganarían nada...

—Señor, me gustaría ser yo quien le acompañara —Steness dio un paso al frente.

—Bien, usted —señaló al afroamericano— y Lambers quédense hasta nuestro regreso. En el caso en que no lo hagamos, encontrará en mi portafolios un sobre con las indicaciones que deberá seguir al pie de la letra, aunque dudo mucho que sirvan de algo, lamento decírselo —quería ser sincero aunque pensaba seriamente en que aquella posibilidad no se daría jamás.

—Steness, acompáñame —Lambres se dirigió a su compañero.

—No, no quiero armas a mi alrededor —Hammond fue tajante.

—¿Está loco, Señor?, no creo que sea la forma correcta de actuar, debemos velar por su seguridad y mal que le pese lo haremos.



—Croft, le agradezco su preocupación, pero las armas no servirían de nada ni en el caso de que necesitáramos hacer uso de ellas, ¿me entiende, verdad?

Sí, el grandullón y sus compañeros

Avanzaron pesadamente a través de la nieve, envueltos en unos abrigos militares con capucha, y calzando las botas inmensas que les habían prestado y que se introducían hasta desaparecer en la alfombra blanca, pudiendo observar el aterrizaje de un helicóptero del que bajaron varios hombres; el dispositivo de seguridad que envolvía aquella zona descubierta le llamó poderosamente la atención, parecía un enorme campo de juego en el que las fichas entraban y salían; sin duda en aquel helicóptero acababa de llegar el General Chavanidzé, segundo de Tijonov, quien sería el encargado de demarcar las siguientes posiciones. Estaban solos en mitad de la nada más absoluta, a miles de millas de su patria; el trabajo que quedaba por hacer pasaba por introducirse en un contenedor de grandes dimensiones que aparecía pobremente iluminado, desde fuera, y rodeado por un reducido grupo de tropas de a pie, blindados con sus torretas artilladas y otro par de carros de combate como los que habían divisado antes de la entrevista con Tijonov, que permanecían quietos en una tensa y sombría vigilancia. En el interior del campo comprendió que donde se hallaban no era sino la parte visible de una zona de lanzamiento de misiles; si ésta estaba abandonada o no, o si formaba parte de la inmensa red que la URSS había tejido a lo largo y ancho de su territorio, sencillamente no importaba en aquellos momentos. El contenedor parecía una unidad móvil del ejército o del propio GK, posiblemente aerotransportada, con sus antenas parabólicas, sus pertrechos y servidumbres, entre los que se encontraba una central de energía en lo que simulaba ser —a aquella distancia no lo podía ver bien— un remolque de aspecto militar. El Servicio de la CEI no parecía, de aquella forma y con aquel despliegue, tan maltrecho como la conversación con Valentin Tijonov le había dejado entrever, aunque ya estaba acostumbrado a vislumbrar en las maniobras estéticas del viejo Kalinin, una cortina de humo que ocultaba una verdad rancia, llena de divisiones y fisuras, y de duros agujones que sería necesario no olvidar a lo largo de la negociación que se llevaría a cabo en breve en aquel pequeño habitáculo que ahora tenían delante.

El frío aire de la estepa entraba en sus pulmones con cada bocanada que respiraban y agradecieron llegar por fin al contenedor. Mientras se quitaban la ropa de abrigo, y Neil sus propios guantes; ante la mirada fría del oficial que no se había separado de su lado desde que salieran del vagón, repasó la información que tenía sobre el hombre con el que habría de entrevistarse en unos momentos. Evgueni Chavanidzé era lugarteniente del Almirante Tijonov, él fue el precursor de la maniobra envolvente que terminó con Revenko y a la postre con el propio Gorbachov, y que fue hábilmente ocultada durante meses, y muy posiblemente se encontraría detrás de la que había partido en dos la fortaleza interna de Volkov. La ilusión de un

Kalinin atomizado, y su consiguiente falta de operatividad, no había sido sino una encerrona en la que Revenko y Volkov habían caído como novatos, y los demás Servicios también. Si el GK era fuerte, si aún lo seguía siendo a pesar de la sensación de caducidad que ofrecía en aquellos momentos —aunque hubiera cambiado de nombre—, era porque gente como Chavanidzé cerraban filas alrededor de la monolítica imagen de Tijonov, el incombustible, lo demás era una burda pantalla que había acabado con más de uno y que terminaría con los que quedaban. Rusia era también así, en sus peores momentos se había levantado con una fuerza que había terminado con Napoleón, primero, y con Hitler después. Aquella fuerza desconocida y celosamente guardada, era en realidad un comodín dispuesto y preparado para saltar sobre la mesa; siempre lo sacaban sobre el tapete en el momento oportuno. La historia, que había maltratado al pueblo ruso, también había sabido demostrar, a lo largo del tiempo, que no hay que confiar nunca en las cartas puestas sobre la mesa por sus dirigentes. Se encontraba bien, preparado para cualquier eventualidad y se preguntaba dónde estaba metido ahora el maldito comodín que guardaba en la manga Tijonov y que con tanta precaución había sabido ocultar de su vista.

Mientras esperaban de pie entre aquellas cuatro paredes de aluminio que cerraban la antesala de la unidad móvil, sin que hubieran cruzado una sola palabra, Hammond hizo capítulo sobre lo sucedido, valorando lo que debería hacer poco después; el viento invernal ululaba en el exterior golpeando frenéticamente las paredes metálicas del contenedor. Resultaba precisamente claro que los rusos sabían lo que trataba de hacer Palmer a las 00:00 horas del diez de diciembre. Manhattan Transfer era una operación de gran envergadura que había sumido a todo el departamento en su preparación durante los dos últimos años y medio. Con la experiencia adquirida durante los días del Hot Wind, en el 68, el CDFC no quería volver a caer en los mismos errores cometidos. La neutralización de los objetivos habría de resultar lo más limpia posible, y no por lo que pudiera parecer a simple vista, sino por evitar las engorrosas explicaciones que tuvieron que darse al Senado y a otros organismos, incluyendo la propia Casa Blanca, por ello necesitaban la ayuda de un Servicio ruso aparentemente débil, pero que no lo era tanto. Palmer odiaba, aún más, a la burocracia y al papeleo que a sus enemigos más feroces. Hot Wind le había supuesto años de crudeza política vividos en segunda línea, y las cosas, con el paso del tiempo habían empeorado a pesar de los continuos aumentos de presupuesto, o tal vez por ello. A Palmer se la tenían jurada muy arriba y necesitaba entregar un plato fuerte, una victoria que supusiera un gran triunfo y pocas bajas para poder rentabilizarlas debidamente. Manhattan Transfer lo era; East Wind, el programa interno que dirigía Hammond personalmente, había sido preparado para delimitar, en la teoría, una posible incursión ofensiva en la antigua Unión Soviética a través de sus tentáculos en Europa, evitando una contraofensiva que se llamaba cariñosamente “Rojo Uno”.

Palmer no se podía permitir un nuevo error y había tomado todas las precauciones que estaban al alcance de su mano y para ello lo había enviado allí; si bien durante la conversación con Tijonov no lo había podido recordar, lo cierto era que el CDFC sabía de los problemas que estaba teniendo el GK con la gente de Kishiniov, y aquella era la información vital que tendría que llevar de vuelta a casa.

Un soldado grande, con bigote y perilla en un semblante ancho, anguloso y blanquecino, que llevaba la cabeza cubierta bajo la sempiterna gorra de plato de los integrantes del ejército regular, y al parecer también en el propio Grupo de Kalinin, apareció ante ellos.

—Buenas noches Señor Hammond —su voz severa pronunciaba perfectamente el inglés—, mi nombre es Strogoff, Capitán Mijaíl Strogoff —concretó—, y seré el encargado de llevarles hasta donde se encuentra el Camarada General Chavanidzé.

Hizo un rotundo gesto con la cabeza y Stenness, y él mismo, le siguieron hasta el interior de una pequeña sala de operaciones. Un amplio despliegue de material electrónico distribuido en un espacio no demasiado grande pero en el que cabía de todo. Por su disposición y poca iluminación, parecía el interior del puente de mando de un submarino. Pantallas y monitores presentaban datos que se reflejaban en las caras de los ocho hombres que se repartían el trabajo de manejar los ordenadores y el resto del equipo. Hacía calor allí dentro y se podía percibir el sonido de los difusores y ventiladores que nutrían de aire y calefacción a la unidad. Strogoff les rogó que le siguieran hasta el interior de otra pequeña dependencia que aparecía al fondo, tras una portezuela de metal. El lugar era minúsculo y bien iluminado, y en él se había habilitado una mesa adosada a la pared y a cuyos lados estaban dispuestos dos asientos corridos, para cuatro personas que podían sentarse, un poco apretadas, mientras comían o tomaban café o té, cerca de los servicios generales de la pequeña instalación. Completaba el panorama otra puerta metálica que permanecía entreabierta, y a través de la cual se divisaba lo que sin duda era un espacio medianamente amplio. Se quedaron allí, de momento. El capitán desapareció durante un instante para aparecer de nuevo, seguido de otro soldado que les abandonó definitivamente con dirección a la sala de control mientras realizaba un severo saludo a los presentes.

Hammond seguía pensando en la personalidad con la que debería de entrevistarse en breve. Chavanidzé era nieto de uno de los hombres de confianza del propio Lenin, participante inicial en el Soviet de Petrogrado y combatiente del Ejército Rojo antes de hacerse cargo de responsabilidades en la Tcheka y más tarde en el GPU, desde donde llegaría al Kominform. Así mismo era hijo del General Chavanidzé que permaneció en el Comité Central tras el XXIº Congreso y el periodo de desestalinización; siendo nombrado, tras aquello, miembro permanente del Politburó, y que influyó profundamente en el *appatchick* durante la gestación del propio GK, con el apoyo explícito al joven Tijonov. El actual General Chavanidzé tenía unas buenas se-

ñas de identidad, por línea familiar y por méritos propios, y controlaba todos los directorios del GK tras los problemas generados por la reestructuración llevada a cabo por Revenko y concluida por Volkov. Era un hombre de campo que había sabido luchar en el frente como soldado y a las órdenes de Tijonov como oficial no mutante. La estructura moderna del Servicio de la CEI descansaba en buena medida en la jerarquía establecida por el propio Tijonov y su delfín Chavanidzé, quien sería, sin lugar a dudas, su sucesor directo tras el más que seguro agotamiento de Volkov.

—Todavía disponemos de tiempo —Strogoff miró su reloj de pulsera—. Supongo que tendrá ganas de cenar algo, ya he ordenado que alimenten a sus hombres.

Steness rechazó la oferta con la cabeza, consciente de que en todo momento tendría que mantenerse en alerta, previendo cualquier tipo de incidencia; Neil hizo lo mismo. El capitán rebuscó entre unos papeles cuidadosamente dispuestos sobre la pequeña mesa, para entregar a Hammond una parte de ellos.

—El General Chavanidzé me ha pedido que le entregue estos informes y que espere instrucciones; si quiere comunicarse con su gente podrá hacerlo sin ningún tipo de inconveniente, esta unidad está dispuesta para comunicar con Boulder.

Hammond solicitó tiempo para estudiar lo que acababa de entregarle. Una estructura que organizaba la reunión que tendría lugar en breve, y que se dividía en tres puntos:

1º: Golpe interno en Heracles, desarrollo de la operación francesa y consecuencias.

2º: Posibilidad de un ataque combinado entre fuerzas del Bureau y de una facción del Kalinin, en territorio francés.

3º: Consecuencias de la intervención francesa.

El resto del material eran pequeños resúmenes que trataban de establecer los antecedentes sobre lo que ya conocía Hammond y que Neil observó por encima. No iba a llamar a Boulder, eso estaba claro, la línea de actuación aparecía diáfana, y salvo las novedades que ya había vislumbrado, poco más quedaba por conocer salvo las auténticas intenciones de los mandos del Kalinin.

—No voy a contactar con mis superiores, así que me gustaría entrevistarme con el General Chavanidzé cuanto antes —informó a Strogoff.

Por indicación del capitán, Hammond y su escolta le siguieron hasta la sala de reuniones y se introdujeron por una pequeña puerta que había permanecido oculta a su vista. Los tres hombres descendieron por una angosta escalerilla hasta que se encontraron bajo el contenedor, en lo que parecía la antesala de entrada a un ascensor.

—Entren, por favor —Strogoff les indicó con la mano el espacio cuadrangular que surgía iluminado tras el portón enrejado.

Se encontraban en la parte superior de un silo de misiles, como ya había intuido Hammond. Tardaron cerca de seis minutos en descender hasta un lugar bien iluminado, pero en el que no había ni un alma. Aquello formaba parte de la gratificante bienvenida que les estaba dando el General. Que les hubiera recibido un oficial bien dispuesto y que no hubiera nadie a su alrededor venía a significar que podían sentirse como en casa, cosa que ni Stenness ni él estaban por la labor de creer, al menos sin otro tipo de constancia; a buen seguro sus movimientos por las diferentes zonas y pasillos estarían siendo vigiladas por las innumerables cámaras que regaban el recorrido. Tras dar un par de vueltas por el interior hermético del silo subterráneo, acabaron llegando a lo que parecía un pequeño andén. Subieron a un pequeño corre-caminos eléctrico, y con Strogoff a los mandos se introdujeron a través de varios túneles horadados en roca viva, perfectamente iluminados, que les llevarían hasta las entrañas del entramado. Poco a poco, Hammond empezó a comprender que aquel lugar no estaba tan muerto como parecía, y que tal vez no fuera el silo intuido, sino parte de algún laboratorio del Grupo de Kalinin, e incluso pudiera ser que se hallaran en el interior de “Great Catalina”, el complejo más sofisticado de que tenían noticias en Boulder y que siempre supusieron que descansaba secretamente en algún lugar cercano a la base de lanzamientos de Irkutsk, en las cercanías del Bajkal, al sureste de Siberia.

—¿Por qué se toma tantas molestias el general?

—No lo sé, Señor, sólo cumplo órdenes —contestó el capitán, dando por concluida la conversación.

Tardaron menos de lo que Hammond había previsto, en un par de minutos habían llegado a otro andén, a través del cual accedieron a un corto pasillo que terminaba en una sala de grandes dimensiones, rodeada de pequeños habitáculos con sus respectivas puertas. A primera vista aquella sala, custodiada por dos soldados, presidida por una mesa gigantesca en la que se dibujaba un mapa geográfico que abarcaba toda la extensión de la antigua Unión Soviética, y sobre la que aparecía un grueso portafolios, era sin lugar a dudas el centro de reuniones del complejo.

Un hombre grande, de cara limpia y semblante sereno, que llevaba la cabeza afeitada y descubierta, y que vestía un impecable uniforme militar de campaña, blanco como la nieve, apareció ante ellos; sin duda era Chavanidzé y les estaba esperando mientras se dirigía hacia el portafolios, rogando a Strogoff que les dejara tranquilos.

—Buenas noches, señores —hablaba en ruso.

En un par de zancadas se acercó hasta un lugar en el fondo de la sala donde estaban dispuestas, entre otras cosas, una enorme bandeja con alimentos fríos, pan y varias copas de cristal junto a unas botellas de vino, de brandy y una de vodka, todo ello en perfecta alineación.

—Esté tranquilo, nadie nos molestará en este lugar, nos encontramos a cien metros bajo la superficie —se dirigía a Hammond—. No hay lectores cerca, se lo puedo asegurar, por lo que le ruego se relaje y se concentre en el trabajo que vamos a realizar —ya había dispuesto sobre los Urales una serie de papeles y continuaba hablando únicamente a Hammond, como si Stenness, un poco apartado, no existiera—, pero antes coman un poco, les hará falta.

Hammond rehusó hacerlo, como antes, en el contenedor, ya había hecho su escolta y volvía a hacer ahora; después de lo ocurrido con el coronel Afanásiev, lo cierto era que no tenía ninguna gana de comer.

—Beberé un vaso de vino, no tengo hambre; de todas formas: gracias.

El General enarcó las cejas mientras tomaba asiento y le indicaba que hiciera lo mismo en una de las sillas que rodeaban la inmensa mesa:

—Como prefiera. El Camarada Tijonov me ha pedido que conteste a sus preguntas y le ponga en antecedentes sobre los asuntos que ya ha hablado con usted, sin embargo, me he tomado la libertad de organizar la reunión y veo que ya tiene constancia de ello —miró hacia los papeles que todavía sujetaba Hammond en las manos—. Hace mal en no comer —insistió de nuevo, mientras Hammond agradecía la preocupación desestimando la oferta de nuevo.

—Hágame un favor —continuó—, el Camarada Almirante le ha dado palabra de que aquí, con nosotros, no habrá de pasarle nada —sonrió ligeramente mientras apartaba sus manos de la copa de vino y miraba de reojo al hermético Stenness—, aunque ya hemos observado en el interior del vagón que les trajo aquí —miró a Hammond a la cara—, que ustedes se habían tomado unas tontas precauciones ocultando armas. No harán falta, así que déjese de envaramientos, Afanásiev tenía los días contados, y usted debería haberlo sabido, de todas formas, y antes de nada, debo darle las gracias en nombre del Camarada Almirante y en el mío propio por haber tenido a bien en continuar a nuestro lado; en un par de horas podrá ponerse en contacto con sus superiores desde esta modesta unidad si le convencen nuestros argumentos... Bien —continuó, acercándose ahora el bloque de papeles y mirando su reloj de pulsera—, en el meridiano 0 son las 17:38 horas, y a las 00:00 de pasado mañana, hora de París, el CDFC —le miró directamente a la cara— dará comienzo a una operación que necesita de nuestra colaboración, cuestión que a partir de este momento formará parte de la negociación, si le place, porque no me parece interesante desperdiciar el poco tiempo que tenemos hablando del golpe en el interior de Madriguera, nos consta que ustedes están bien informados al respecto.

—Ya me había informado de ello el propio Almirante Tijonov... —bebió un sorbo de su copa.

—Lo sé.

—Lo que no le ha dicho es que los franceses darán comienzo esta misma noche a una operación de limpieza del interior de su capital sobre su gente, con ayuda de unos cuantos de los nuestros, o mejor dicho de los de Kolpov.

Hammond se quedó quieto en su silla, la noticia le sorprendía, pero sólo en cierto modo, interiormente dudaba de que en Boulder no se supiera nada sobre el asunto; una palabra: «Omaha», surgió como un relámpago en su cabeza para desaparecer pasado un instante. La amenaza velada que le había brindado Tijonov comenzaba a tener consistencia.

—¿Cómo lo saben?

—Lo sabemos, y eso es lo que cuenta...

El Bureau Mirage mantenía una buena relación con el CDFC en aquellos momentos; de hecho, varios hobos estaban entre las filas de una unidad de intervención francesa que apoyaría el golpe de mano que se llevaría a cabo en el interior de Madriguera contra sus responsables, aquello también formaba parte de Manhattan Transfer; sin embargo, en el tumultuoso mundo de las operaciones M, cosas peores se habían visto, por lo que decidió que lo mejor sería escuchar.

—De no habérselo dicho yo, todo habría parecido una mera serie de inconvenientes totalmente fortuitos, hasta que lo descubrieran ¡claro está! Lo cierto es que París no quiere testigos ni compañeros de viaje a bordo de su nuevo y flamante barco.

—¿Puede ofrecerme datos?

—Desde luego —le tendió una serie de documentos confidenciales del servicio francés, y una amplia información generada en el interior del propio Servicio de la CEI.

Hammond tardó unos instantes en revisar el material y cerciorarse de su autenticidad. Los papeles mencionaban una serie de acontecimientos que habrían de tener lugar en las próximas horas y que tenían como objetivo preferente la cúpula de la organización denominada “Heracles”; Jean Claude Dumas, jefe de Madriguera en París, Otto Berger, máximo dirigente de la misma organización en Alemania occidental y Alexandr Cheptsov en Moscú, aparecían perfilados como los responsables de un golpe de mano con el que se harían con el control de la organización durante la noche del día nueve de diciembre; un equipo especial de hombres del Bureau Mirage les ayudarían a conseguirlo. En otro de los informes aparecían perfectamente detallados los efectivos del CDFC en el interior de Francia, con sus localizaciones, sus horarios y sus estructuras de cobertura, así como la hora de llegada de un contingente que estaría sobrevolando el Atlántico, para entrar en Francia a través de la frontera con Alemania y apoyar así el movimiento en la capital. Tras una rápida ojeada, apareció la necesaria mención a la discreción de los operativos desplegados para la operación “Requin”. Todo parecía material decodificado, y por haberlos visto antes, sabía que

los códigos de acceso numérico correspondían a los que utilizaban las redes informativas francesas para su comunicación interna.

—¿Requin?

—Tiburón en francés —contestó el general mientras preparaba más papeles—. Basicamente se trata de una operación pinza. Todos sus hombres se encontrarán preparados para la eventualidad de una respuesta ante la aplicación de Manhattan Transfer, o sencillamente preparando la operación en sí, tanto desde Francia como desde las bases americanas en territorio alemán; por ello, sus superiores han tratado por todos los medios de asegurar el control de la situación poniéndose tácitamente a disposición del engranaje francés que a su vez apoya a la facción golpista de Madriguera... —esperó un instante mientras apuraba de un sorbo el contenido de su copa— ...la trampa no ha surtido el efecto deseado y París no se lo ha pensado dos veces, sabiendo de nuestra delicada situación, tanto dentro como fuera de sus fronteras, ha encontrado en Kolpov un canal de ayuda que le permitirá cazar no una, sino dos piezas con el mismo esfuerzo..., adelantándose unas horas al movimiento americano, pero de esto hablaremos un poco más adelante.

Hammond permanecía impasible mientras seguía escuchando.

—Apoyando el golpe interno en Madriguera, Francia se asegura su hegemonía en Europa ante las nuevas tendencias que han originado un amplio trasvase de efectivos M hacia la periferia y que podemos asegurar ya han llegado a manos de algunas facciones neonazis. El entramado que dirige Kaufmann no está pasando por uno de sus mejores momentos; las continuas ingerencias en el exterior lo han desgastado, su macroestructura ya no soporta el secreto con el que debería trabajar —hizo una pausa—, y su desestabilización interna —pareció concluir, para continuar pasados unos segundos—, ha originado que la organización sea poco menos que un polvorín a punto de estallar, envuelto en desertiones, convulsiones y reacciones contra sus propios miembros que poco o nada tienen que envidiar a los que hemos realizado nosotros. Francia teme que una explosión sin control derive en una afloración más abundante de mutantes entre las filas del terrorismo internacional o de la extrema derecha —le miró a la cara, como esperando un gesto afirmativo que no supo dispensarle—. Nos consta que el CDFC también anda sobre esta misma pista, pero al parecer, ustedes no han encontrado las mismas facilidades para localizarlas que nuestros amigos.

Era cierto. EE.UU. había trabajado en firme para determinar los posibles focos de transferencias de mutantes —como denominaba a aquello Chavanidzé— hacia las cada vez más potentes organizaciones libres y entre las que se podían apreciar desde grupos islámicos hasta mafias tradicionales o grupos paramilitares de claro enfoque involucionista. Rusia, tal vez jugando un doble juego, había pedido ayuda a los de casa, como había hecho con Francia, cediendo en parte de sus pretensiones geoes-



tratégicas y clarificando alguno de aquellos puntos negros, pero lo cierto era que se había avanzado bastante poco. Seguía escuchando.

Un hombre de mediana estatura acababa de hacer acto de presencia en la sala, llevaba un grueso maletín de cuero en su mano derecha. Neil lo conocía bien: Kliment Bilibin, Coronel en servicio, Responsable de Inteligencia Interna del Servicio de la CEI, un hueso duro de roer y hábil hasta decir basta.

—¿Conoce al Coronel Bilibin? —Chavanidzé se había incorporado y se dirigía a Hammond que permanecía sentado y asentía con la cabeza—. El Coronel acaba de llegar desde Moscú, y nos ayudará a realizar nuestro trabajo con mayores garantías.

—Buenas noches señor Hammond —hablaba inglés con el mismo acento rasgado que Afanásiev, Neil le devolvió el saludo estrechando su mano pequeña.

Bilibin era un individuo de tez blanquecina y pelo negro, que conocía a la perfección los entresijos de cuantas operaciones tenían lugar en Europa occidental, por ser su diseñador específico, a pesar de que su cargo oficial como responsable de la Inteligencia Interna pudiera indicar lo contrario. Chavanidzé continuó con su exposición, ahora vigilado por Bilibin quien se había situado a su lado, frente a los americanos.

—Con la ayuda de Kolpov, el Bureau puede golpear muy duro sobre los efectivos americanos que confían en la entente que se está viviendo en estos momentos en el interior del territorio francés, ya sabe, EE.UU. y Francia tutelan a nuestros efectivos mientras nosotros limpiamos nuestra casa... me entiende..., y máxime cuando todavía creen tener un espacio de tiempo del que no disponen —la elocuencia de su planteamiento, y el gesto que iluminó su cara, no pasaron desapercibidos para Hammond—. En las dos primeras horas de esta madrugada, el Bureau tentará la situación generada en el interior de Madriguera, esperando que el camino se haga franco; una vez hayan dado las 02:00, empezará la auténtica sesión de limpieza.

Bilibin apostilló:

—Nuestro presidente solicitó ayuda a los gobiernos francés y americano para permitirnos reestructurar nuestro propio organigrama interno. Las viejas tendencias todavía se muestran reacias a los cambios, y era necesario mantener una tregua que nos permitiera trabajar en el interior de nuestro territorio con las debidas garantías, al menos durante un tiempo prudencial, esa es al parecer la brecha que tratarán de ampliar los de París para hacerse con los suyos —le dirigió la mirada—, en mitad de una tregua de estas características, Francia pretende, sobre el papel, deshacerse del incómodo amigo yankee, pero nosotros sospechamos que si Kolpov ayuda, es porque también nuestras fuerzas están en peligro. Volkov, con la ayuda de Yeltsin, se ha mostrado en exceso débil —continuó—, y no creemos que Kolpov deje pasar una oportunidad así, esa es la realidad.

Hammond conocía la base teórica de aquello que comentaba el general: Rusia había cedido en buena parte de sus pretensiones en el centro de Europa dejando, a cambio, el paso libre al CDFC, y aquello molestaba en cierta medida a Francia. Chavanidzé siguió adelante con su disertación, pormenorizando cada elemento preliminar, hasta que enlazó de nuevo con el núcleo fundamental de la cuestión, la reacción francesa con el apoyo del molesto jefe del Generación 2 de Kishiniov, el egregio Coronel Kolpov, el enemigo número uno de Tijonov y de Palmer.

—Francia esperará tranquila mientras los efectivos opuestos a la insurrección se desgastan intentando contrarrestar la insurgencia en Madriguera, tras lo cual su golpe será más eficaz y certero, porque los independientes se encontrarán literalmente fuera de juego. Como sabe, estamos viviendo una época ciertamente extraña, en donde cada grupo busca nuevas alternativas a los caducos sistemas de control. Madriguera, gracias a un impecable sistema de trabajo, se ha granjeado el respeto de las otras agrupaciones y ocupa, en estos momentos, en centro neurálgico de cualquier movimiento que trate de controlar al resto de contrincantes. La red denominada TESEO, hace tiempo que ha entablado —titubeó—, una especie de acoplamiento con nuestro sistema de trasvase de información —bonito eufemismo para denominar a un vulgar pinchazo de las redes informáticas del viejo Grupo de Kalinin, pensó Neil— que ha originado que sea el canal más apetecido por ustedes, por nosotros, y por algunos grupos más. Lo sabemos bien, y como le ha dicho el Camarada Almirante, les ayudaremos en lo concerniente a la parte que le interesa al CDFC, pero hay más.

Hammond sabía que había más, de no ser así aquel grueso hombre no se estaría tomando la molestia de informarle de lo que trataban de hacer lo franceses.

—Francia también quiere TESEO, y aprovechando la entente entablada por lo políticos de su país y del nuestro, también quiere aprovecharse del momento que se le presenta. El Bureau ha preparado concienzudamente una operación que acabará con su principal enemigo en Europa: ustedes. La ignorancia americana de lo que he expuesto, permitirá a los franceses hacerse con el engranaje de los independientes en un abrir y cerrar de ojos, en primera instancia, para disponer de esta forma de las manos libres para actuar contra ustedes y contra nosotros, nos tememos. Las dos mayores potencias quedarían fuera de juego y Madriguera no molestaría más; mientras tanto, París consigue tiempo para seguir buscando afanosamente una salida para sus propias unidades G2; cuando las consiga, el Bureau Mirage será la fuerza más devastadora que se conozca, tras Kolpov y los suyos —subrayó esto último—. Están mucho mejor preparados que ustedes y nosotros, y su enorme capacidad diplomática les ha abierto puertas que todavía nos están cerradas por la gran cantidad de errores que se han cometido en el pasado. Ha sido una ardua labor que les ha llevado

años de trabajo; sin embargo, Kolpov les guarda un pequeño regalo para cuando todo termine, por ello necesitamos quitarnos al Grupo de Kishiniov de encima.

—En realidad a Kishiniov y al Bureau...

—Efectivamente, primero al Bureau y después a Kolpov —Bilibin se mostraba preciso en su intervención.

—El trabajo llevará tiempo...

— En cuanto se pongan en marcha los franceses tendremos el cronómetro a cero y veintidós horas para concluir la operación conjunta.

—¿Conjunta? —Hammond se mostró más sorprendido de lo que realmente se sentía.

—Como comprenderá, una actuación de respuesta como la que planteamos necesita del concurso de las dos partes.

—¿Y cómo han pensado...?

Chavanidzé fue quien retomó la palabra:

—Hemos planteado la acción en dos partes bien diferenciadas: primero la que atañe a esta madrugada que viene —miró instintivamente su reloj de pulsera—, y segundo la que cubrirá su avance, en la madrugada del diez, mientras dure la primera ofensiva del Manhattan Transfer.

—¿Alguna propuesta específica?

Chavanidzé se levantó colocándose tras la silla donde estaba sentado cómodamente Bilibin.

—Seamos sinceros; a nosotros —indicó con la cabeza a su coronel—, que estamos a pie de trinchera, no nos gusta del todo el planteamiento general de la operación, seríamos más partidarios de que fueran ustedes, por su parte, y nosotros por la nuestra, quienes solucionáramos nuestros respectivos problemas. Es cierto que Kolpov y los suyos son un escollo difícil de mantener oculto y que basados en esa premisa hemos pensado compartir tarima con nuestros tradicionales enemigos, al menos durante unas horas y siempre que medie su interés.

—No entiendo entonces por qué no lo hacen en solitario.

—Vuelvo a indicarle que por imperativos del guión; ustedes nos necesitan, y en cierto modo también los necesitamos nosotros...

—Perdóneme pero suena a eufemismo...

—No se engañe —Bilibin se había adelantado reposando los codos sobre la mesa.

—Tal vez no me he explicado suficientemente claro, lo que quiero decir es que desde su punto de vista, a la tarima saltamos primero nosotros por aquello de que los franceses quieren nuestra cabeza esta noche. Me parece muy bonito lo de los papeles y todo eso, pero la operación “Requin”, y sus auténticos objetivos, están todavía por ver.

—Si nos deja continuar tal vez aclaremos mejor sus dudas comprensibles, y las que no lo son tanto.

—Como guste, empecemos por la operación francesa...

Chavanidzé reorganizó sus papeles una vez se sentó de nuevo en su silla.

—¿Le suena el nombre de Gabriel Menjou?

Hammond negó con la cabeza.

—Trabajó en nuestro territorio a principios de la década de los ochenta y logró una serie de éxitos que lo convirtieron en una especie de emblema dentro de las filas del Servicio M francés durante ese periodo. Básicamente gobernaba eficazmente una pequeña red de agentes que se introdujeron muy dentro en nuestra propia estructura, socabándola y haciéndonos mucho daño, sobre todo en lo referente al Directorio Itinerante dirigido por Gogol. Iliá Alexandrovich Gogol era un engreído que acabó siendo depurado durante las breves purgas que tuvo ocasión de acometer Revenko —miró a Neil esperando una aprobación sobre lo dicho que el americano no supo o no quiso dispensarle—, lo cierto es que siempre hemos tenido peores enemigos dentro que fuera... —Chavanidzé se tomó un respiro—, Gogol gustaba mostrarse continuamente enfermo para cotejar y valorar la calidad y lealtad de los hombres que le rodeaban, como todavía hoy le gusta hacer a nuestro presidente..., bien, como decía, aquellas estupideces dejaron al Directorio Itinerante en una situación lamentable de falta de autoridad y por lo tanto lesionado en su operatividad. Menjou aprovechó, con su pequeño operativo, aquella fisura y se lanzó directo sobre uno de los secretos mejor guardados. Kolpov era por aquel entonces un simple Mayor encargado de velar por las incipientes investigaciones en la ciudadela de Kishiniov, lugar en donde llevaba a cabo sus experimentos el judío polaco Selhinsky...

—¿Tiene eso algo que ver con el agente Ajmàtov? —preguntó Hammond para ganar tiempo mientras recomponía su cadena de pensamientos ajustándolos a las nuevas informaciones.

Aquella pregunta sorprendió y molestó a los dos hombres, y la sorpresa de sus interlocutores al propio Neil.

—Ajmàtov era un elemento libre —dijo Bílibin—, un hombre al que dejamos partir controladamente. Su cobertura ha sido desmantelada... formaba parte de los tratos llevados a cabo por el Bureau y Madriguera; evidentemente el Bureau jugaba con cartas marcadas porque la trayectoria de nuestro hombre se la había marcado Kolpov, y de su captura o ejecución se han encargado sus colegas —le miró a la cara.

Hammond callaba. Chavanidzé le ofreció entonces otro pequeño montoncito de papeles con el viejo sello del Kalinin y llenaba de nuevo los vasos mientras daba por zanjado el asunto Ajmàtov, acercando una copa a Bílibin. Neil Hammond hizo como que no los veía y volvió a preguntar por el agente ruso. El CDFC se había to-

mado mucho trabajo en seguir a aquel oscuro hombre de limpio expediente que había decidido pasar información a Madriguera y que a aquellas horas ya habría sido neutralizado. El coronel Bilibin contestó:

—Debe perdonarnos, no esperábamos que Ajmàtov fuera de su interés.

Hammond había tocado un primer punto débil, al menos así lo parecía, por lo que continuó aparentando que aquel hombre al que el CDFC había dado pasaporte favoreciendo a los franceses, tenía para los Estados Unidos un valor del que realmente carecía, hasta ese preciso instante.

—Si vamos a jugar quiero todas las cartas sobre la mesa.

Los dos oficiales rusos se miraron durante un corto periodo de tiempo. Bilibin fue quien rompió el hielo:

—No conocemos lo que ustedes saben sobre Ajmàtov...

Hammond iba a jugar la primera baza de la noche:

—No se trata de lo que sabemos sino del interés que tenía Ajmàtov para Madriguera, y según lo que ha comentado el general...

—Ya le he dicho que era un elemento controlado, disponía de una información que aparentemente resultaría vital para los intereses de Madriguera en una serie de investigaciones que están realizando pero que no tiene nada que ver con el Generación 2 —Chavanidzé bebió un sorbo de su copa de vino— ...realmente la muerte de Ajmàtov puede considerarse meramente coyuntural, estratégica si lo prefiere.

El general era un perro viejo, estaba sondeando la calidad de la información en manos de Hammond y de esa forma Bilibin sabría por donde sortear el obstáculo que acababa de presentarles. Neil hizo un breve receso sobre la situación y aventuró una salida bastante forzada.

—Me temo que la información que llevaba Ajmàtov a Madriguera resulte ahora muy importante, dado que el Coronel Kolpov se tomó la molestia de desvelar su recorrido para facilitar su eliminación, y que el Bureau nos pidiera el favor de mancharnos las manos.

—Cierto —contestó cansinamente Chavanidzé.

Bilibin revisaba unas notas entre los papeles:

—Mijaíl Ajmàtov disponía de información sobre los experimentos G2, por suerte tuvimos acceso a su fuente y la intervinimos para soltarla de nuevo con la conveniente censura, vuelvo a repetirle que de todas formas no tiene nada que ver con el auténtico Generación 2.

—A Kolpov no debió parecerle que la información que transportaba fuera tan inocua...

—Así es... —Bilibin esperó unos segundos antes de continuar—...no pudimos censurarlo todo; de todas formas en Madriguera saben lo suficiente como para que la información de Ajmàtov nos fuera lesiva de haber llegado a sus manos.

Hammond avanzaba a pasos agigantados por un extraño lugar que hasta aquel momento le había resultado completamente desconocido; estaba acorralando a sus interlocutores y todavía no sabía si para bien o para mal.

—¿Para ustedes o para Kolpov?

—Como ha dicho usted, si vamos a jugar hagámoslo con todas las consecuencias —las palabras del coronel sonaban barnizadas de cierto tono de amenaza—. Conocemos lo que buscan en Tuzla, nosotros también lo buscamos y por qué negarlo, Kolpov también. Ese maldito aparato está llevando de calle a buena parte de los operativos desplegados en Europa Central, tanto nuestros como suyos... y ahora contésteme usted ¿cómo lo han sabido?

—¿Qué importancia tiene eso? —Neil estaba ganando tiempo ante la pregunta de Bilibin.

—La misma que Ajmàtov para ustedes.

Hammond se sentía en su salsa, los juegos intelectuales le apasionaban y Bilibin daba la talla de contrincante, si salvaba aquella prueba dispondría de abundante material con que apoyar los flecos del East Wind, aunque a aquellas alturas pudiera servir de bastante poco.

—Si no nos dice de dónde han sacado la información, me temo que no podremos hablar de la incidencia de la información que portaba Ajmàtov, ¿queda claro? —sentenció el coronel.

Evidentemente quedaba claro el punto, y también que Neil se había metido sin querer en un auténtico agujero del que podía muy bien no salir.

—No puedo revelar el origen de nuestras fuentes pero puedo aventurarle que surgió en Alemania; supongo, dado lo abigarrado del despliegue de sus operativos, que ustedes accedieron a la información del lugar de la misma forma que nosotros, lo que no me queda tan claro es lo que pinta Kolpov —había lanzado una sonda pensando en el esfuerzo titánico que estaba realizando el JK-57 en la misma zona.

—Kolpov quiere destruirlo —Chavanidzé fue tajante—. ¿Quiere también certezas sobre ello...?

Si Kolpov quería destruir el aparato, y el GK y el CDFC trataban de localizarlo —por no mencionar al Bureau ni a los alemanes—, era, sin duda, porque tenía que ver con el secreto encerrado en Kishiniov que Tijonov quería eliminar, y por supuesto con la información que, en teoría, tenía que entregar Ajmàtov a Madriguera.

—Me temo que no están siendo leales conmigo —afirmó Hammond, tratando de desviar la conversación hacia un lugar con menos problemas—, Ajmàtov sabía

algo que ni ustedes ni nosotros conocemos y que sin embargo intuyó Kolpov, ¿no es cierto?

—Pudiera serlo —a Bílibin parecía gustarle el juego que se estaba llevando a cabo en el interior de la sala de operaciones; sin embargo, Chavanidzé se mostraba silencioso.

Seguir por aquel camino sería peligroso, al menos de momento, por lo que Neil decidió variar su estrategia y retomar el punto dejado atrás.

—Hablaban usted de Menjou, si el Directorio Itinerante estaba falto de gobierno, quién fue quien permitió que Menjou llegara a las investigaciones de Selhinsky...

—No he dicho que llegara, de hecho no lo hizo, pero sí conoció a Kolpov.

—¿Y...?

—Kolpov, como ya le he comentado antes, era un simple Mayor, ávido de poder y con ganas de trepar apoyándose en lo que fuera. Tácitamente, el Directorio Itinerante estaba gobernado por Víktor Petrov, pero éste no supo ver a tiempo la operación que se estaba llevando a cabo bajo sus propias narices. Menjou había encontrado lo que buscaba y negoció con Kolpov y acabó con la vida de muchos —por alguna razón, aquellos recuerdos le dolían al general, quien bajó los ojos, ensombreciéndose ligeramente—. Menjou es una avispa carnicera y es él quien está al frente de “Requin”.

Ante el sostenido silencio, Hammond preguntó:

—¿Y bien?

—Sospechamos que la relación “amistosa” entre Menjou y Kolpov es la que ha originado la nueva situación —contestó Bílibin—, y a tenor de las informaciones que tenemos, podemos aventurar...

—¿Sospechan, sólo sospechan?, parece claramente definido que la relación afectuosa entre Kishinirov y el Bureau bien puede surgir de lo que me acaba de contar, pero no veo el interés que supuestamente tienen los franceses sobre mis compatriotas por ningún lado, la tradicional enemistad se ve empañada por un pequeño elemento, ¿les suena el tratado de New Hampshire?

—Ese tratado es papel mojado —vociferó por primera vez el general—, está muy bien establecer treguas y demás bobadas, también lo está pedir ayuda a los enemigos como ha hecho el bastardo de nuestro presidente, pero lo cierto es que desde que se firmó nadie lo ha respetado. Francia tiene en estos momentos una oportunidad única, y no la va a desaprovechar porque medie un tratado firmado en un despacho...

—¿Me están tratando de decir que Francia se va a saltar los protocolos firmados en el 92 porque un tal Menjou lleva las riendas del “Requin” con el apoyo de Kolpov?

—Sí.

—¿Me toman por idiota?, nadie en su sano juicio iniciaría una operación de esa forma tan estúpida.

—Ustedes lo van a hacer con su Manhattan Transfer —contestó relajadamente Bilibin.

Era evidente que la actitud estadounidense no era demasiado respetuosa con el tratado de New Hampshire, pero también era cierto que en sus protocolos de acción, el Manhattan Transfer era coherente con el espíritu de lo firmado por Clinton, Mitterrand y Yeltsin.

—No es lo mismo, no se puede considerar igual una operación circunstancial con un movimiento de neutralización como el que me están dibujando, si Francia está tan loca como para actuar así, acabaremos en otro Hot Wind.

—Tiene razón —Bilibin acababa de sacar de su propia chaqueta una serie de papeles —fotocopias y faxes, fundamentalmente—, convenientemente albergados en el interior de un sobre largo—, pero le ruego mire esto —se los tendió para que los mirara—, antes de precipitarse en su negativa a entender lo que tratamos de decirle.

Hammond tenía ante sí una serie de reproducciones obtenidas desde gran altura en las que se observaban las inmediaciones de una zona de Nuevo México que le resultaba muy familiar.

—Están tomadas por nuestros satélites.

—Ya lo veo.

—La aglutinación de la mayor parte del dispositivo interno de su Servicio en el propio Boulder nunca nos había cuadrado y conseguimos por fin acceder a su localización.

Neil Hammond sabía que aquellas fotografías delataban la posición de uno de los mayores quebraderos de cabeza de Palmer.

—¿Y bien?

—¿Recuerda la suerte de infaustos acontecimientos que tuvieron lugar en el desierto de Colorado? —Bilibin sabía lo que se hacía.

—Creo que sí.

El coronel le acercó otro pequeño montón de papeles:

—Están sacados del interior del Bureau, exactamente son copias de los que fueron entregados a la unidad de Kishiniov.

—¿Qué me trata de decir?

—Que los accidentes fueron, como ya supondrían en su momento, fruto de un hábil sabotaje perpetrado por nuestra gente en connivencia con el Bureau. Mire la firma.

—¿Quién es «Amphora»?

—Buena pregunta —contestó Bilibin—. No lo sabemos con certeza pero creemos que se trata del propio Menjou —le miró solícito, buscando comprensión para el



primer problema operativo que afirmaban tener los rusos—. Parece que actualmente es un eslabón importante en la relación establecida entre los franceses y Kaufmann y que... —Chavanidzé movía la cabeza afirmativamente.

—¿Con Kaufmann?

—Sí, Madriguera está tratando de buscar apoyos en el Bureau a través de Dumas, todo indica que forma parte de un movimiento interno que más tarde detallaremos, si me permite continuaré con la relación entre Menjou y “Twin Mesa”.

Twin Mesa era un laboratorio secreto del CDFC en la zona norte de New Mexico, delimitado a la perfección por los satélites rusos en las fotografías que tenía delante. No podía recordar todos los detalles, y si Talking Head le había permitido mantener despierto lo poco que recordaba del asunto era sencillamente porque en Boulder ya se temían que el GK estuviera al tanto de ello. Bílibin continuó:

—El perfil del trabajo y la calidad de las informaciones que acabaron en manos de Kolpov, nos permiten entrever a Menjou a pie de obra —alzó los ojos hasta enfrentarlos a los de Neil—. Puede desestimarlos si quiere, pero no podemos darle más datos. Twin Mesa es uno de nuestros actuales frentes de trabajo y forma parte del trato que vamos a llevar a cabo.

—Bien, demos por bueno que el Bureau andaba metido tras los accidentes que tuvieron lugar en “Twin Mesa”, pero sigo sin observar que eso tenga que ver con la intención, supuesta, de neutralizar a nuestros hombres en Francia.

—Menzou dirige “Requin”, Menjou trabajó en nuestro país y conoció a Kolpov; Menjou dirigía y organizaba la misión informativa que destapó Twin Mesa, nos consta; Kolpov sube como la espuma en nuestro engranaje y Menjou en el suyo, Kolpov necesita una victoria que lo afiance y sabemos que Menjou no lo está pasando demasiado bien en su país; ambos Servicios forman un frente común para terminar con Madriguera...

—Y el CDFC está en el paquete —concluyó Hammond.

Los dos oficiales rusos miraban al americano que empezaba a entender el trasfondo que le presentaban. Steness permanecía separado de todo lo que se hacía y decía en aquel lugar, apoyado contra la pared.

—El riesgo es demasiado grande...

—Me temo que el Bureau ya lo ha asumido porque nos consta que Kishiniiov también lo ha hecho, la práctica totalidad del G2 se encuentra en París.

Chavanidzé adelantó más papeles, esta vez relacionados con el favor solicitado por Tijonov.

—Aquí está la señalización del lugar donde se cobija el Generación 2 de Kolpov, durante dos horas, de las 03:00 a las 05:00 de la madrugada de mañana, se generará un pasillo aéreo libre de defensas que les permitirá bombardearlo con tranquilidad, un simple apagón. Como ya le ha dicho el Camarada Almirante, por razones que

le serán fácilmente comprensibles, necesitamos que lo hagan ustedes —y le ofreció otro grupo de papeles en los que aparecían cifrados varios edificios, sus índices de resistencia y su localización exacta.

—Así las cosas tenemos que hacerles el favor de eliminar Kishiniov del mapa para que ustedes nos ayuden... —se inclinó sobre la mesa para coger los planos y fotografías— ...al parecer Tijonov está dispuesto a jugar duro con su compatriota —miró a sus interlocutores—. Esto parece auténtico. Si accedo a poner esta información en manos de mis superiores y se habilita una intervención, nada podrá impedir que ustedes —enfaticó esta parte de su afirmación—respondan mañana mismo avalados ante la comunidad internacional por los hechos, nada me hace entrever que sus efectivos puedan ayudarnos en París aunque acepte esta parte del trato...

Chavanidzé le miraba con una soberbia tranquilidad, sabía lo que hacía pero guardaba cartas, y Hammond iba a tratar de descubrirlas.

—El riesgo es grande para nosotros, en todos los aspectos, como verá más adelante, de momento debo rogarle que acepte mi palabra de caballero y militar de que les ayudaremos durante el plazo establecido.

—Una vez concluya Manhattan Transfer volveremos a odiarnos como amigos de toda la vida —a Neil se le escapó una sonrisa.

El general asintió con la cabeza. Hammond intentó avanzar por el camino que ya estaba trazado. Su fuerte eran las vertientes intelectuales donde se funden las verdades y las mentiras, había ganado una primera baza con lo de Ajmàtov y había perdido otra con lo de Twin Mesa y Menjou, pero estaba animado a ir a por la segunda.

—Me está dibujando un paisaje realmente divertido, casi idílico —continuó—. Los franceses y su amigo Kolpov nos van a tomar el pelo en París mientras hacemos el gilipollas bombardeando tácticamente una de sus posiciones vitales y ustedes me dicen que no va a pasar nada. New Hampshire se hará añicos y no por la intervención francesa sino por la nuestra...

—Me temo que nos subestima, ni ustedes son tan idiotas como parecen sobre el papel ni nosotros somos tan imbéciles como para pensarlo. “Omaha” no llegará ni siquiera a activarse, y si nos hacen caso ni siquiera hará falta.

Hammond dudó por un instante ante aquella palabra y el general lo notó, le acababa de devolver el golpe ante sus insistentes dudas.

—Nosotros también limpiamos a nuestros hombres cuando viajan lejos de casa. Le devolveré un poco de la memoria hipotecada por su gente antes de su visita a nuestro territorio. Manhattan Transfer tiene cobertura propia, “Diamond”, que saltará por los aires a las primeras de cambio, los franceses conocen cada uno de los protocolos de acción, y no se quedarán quietos. Omaha es el nombre clave de una operación diseñada por ustedes para joder de parte a parte a los franceses tras entregarles en bandeja Madriguera y lanzarse, así, sin problemas, contra nosotros, pero

les va a faltar apoyo y tiempo, como ve New Hampshire se vuelve a venir abajo, hágame caso y un enorme favor a sí mismo, olvídense del tratado, hace tiempo que no sirve de nada.

La cabeza de Neil daba vueltas mientras minúsculas partículas de memoria se reorganizaban; necesitaba recordar lo borrado en Boulder si quería enfrentarse a sus dos contrincantes. “Omaha” era en realidad lo que le estaba relatando el general, una operación de reserva que se asentaba sobre su propio trabajo, East Wind.

—...lo sabemos, y los franceses también —Chavanidzé bebió de un trago el contenido de su copa haciendo un mohín de asco mientras Neil retomaba una frase comenzada en algún lugar que había perdido—, lo siento pero prefiero el vodka. Palmer necesita una victoria política —continuó—, para que el Departamento de Estado, la propia CIA y el FBI acaben por dejarle tranquilo, y nosotros somos los únicos que podemos otorgársela, siempre y cuando paguen el precio —le volvió a mirar a los ojos mientras sus manos se depositaban pesadamente sobre los papeles que había encima de la mesa.

Chavanidzé se había levantado en toda su envergadura y comenzó a señalar un punto en el mapa: Moscú, bajo la atenta mirada del coronel Bilibin y de Steness a su espalda.

—Si los suyos acceden a Madriguera en Moscú —hablaba como si conociera al dedillo Manhattan Transfer—, una vez los franceses les hayan allanado el camino, toda nuestra estructura se vendrá abajo, momentáneamente, pero no habrán ganado nada más porque los franceses por un lado y nosotros por el otro, no les dejaremos continuar. Las bajas en Francia serán un serio escollo para la continuidad de «Capitán América» al frente del CDFC.

Chavanidzé seguía con su discurso y Bilibin continuaba mirando.

—Madriguera está al corriente de “Omaha”, de hecho esperan el cambio de mano tras el golpe, con los brazos abiertos... Dumas y compañía están esperando la intervención yankee, pero carecen de la totalidad de los datos —enfaticó este punto—, Klunge no se ha estado quieto estos últimos años y una red interna de información se ha encargado de alterar los archivos que están a disposición los facciosos y que forman parte también del repertorio que una filtración en Fundación Kaufmann ha puesto en las manos de Wohlfarth y los suyos.

—¿Quién es Wohlfarth?

—Lo siento, pero esta información todavía no está en situación de disponible —le dijo Bilibin—, pero tranquilícese, de los movimientos neonazis suponemos que ustedes saben lo mismo que nosotros aunque usted, particularmente, no recuerde nada.

Hammond dio por buena la referencia a la labor de Talking Head y preguntó:

—¿Esperaban algo parecido en Madriguera?

Chavanidzé miró a Bilibin instándole a que contestara.

—No podemos afirmarlo del todo, apenas nos cabe dudas de que en el interior de Madriguera hace tiempo que se tiene constancia de la posibilidad de un golpe interno. “Búho Nival” es el nombre clave de una actuación interior que tiene como cometido el elaborar un nuevo contexto en su propio engranaje. Las purgas, las deserciones, la propuesta de desaparición de equipos Charlie..., todo ello ha ido encaminado a hacer controlable una convulsión, siempre en la medida de lo posible y con el apoyo de Londres, New York y Barcelona. Para ser sinceros, Kaufmann y Klunge se la han estado metiendo doblada a su propia gente en base a la teoría de la reorganización. Poco a poco han ido levantando, meticulosamente, un auténtico muro de contención en el propio interior de las tripas de la organización, tiene todos los datos necesarios en estos papeles —y le ofreció otro pequeño montón de informes.

—A mí tampoco me encandila el vino, si tiene un poco de vodka se lo agradecería —Hammond necesitaba un trago, y de los buenos.

El general sonrió dejando ver su dentadura blanca.

—Necesito más datos —Neil espetó a Chavanidzé mientras servía el transparente líquido en tres copas pequeñas. Sopesó entonces la posibilidad de estar metiéndose en una zona de arenas movedizas. Demasiados datos, demasiadas certezas que encajaban como un maldito puzzle y algo de grandes dimensiones que planeaba sobre todo aquello como la sombra de un buitre.

—Los chicos de Madriguera saben lo que se les avecina —continuó Chavanidzé—. Una operación, cifrada como FOXTROT, se ha puesto en marcha la madrugada pasada, y todo parece indicar que su función es neutralizar el golpe de mano antes de que tenga lugar, lo que nos ofrecerá una pequeña ventaja que no debemos desaprovechar, esto no lo saben ni Kolpov ni los franceses. Si no nos hacen el favor que les pedimos pueden perder de un golpe el Manhattan Transfer y Madriguera, y creo que eso no le gustaría a su gente.

—Habrà oposición.

—Me temo que sí. Desde el aparato organizativo de Madriguera se han estado pertrechando para lo peor, y dado el cariz que toman las cosas cuando intervienen, apostaría porque ustedes se quedarán sin la parte de Madriguera que necesitan para alcanzar nuestra propia red de información si no nos ayudan.

Las cartas que manejaban en Moscú eran de primera. Era cierto que el movimiento a la defensiva de los independientes ayudaría a clarificar las cosas en Francia y que podría evitar la necesaria victoria del CDFC, pero seguía sin entender qué demonios pretendía Tijonov con tanto ir y venir de información, con tanto peón cedido ante evidencias tan claras como la que acababan de soltarle a la cara. El maldito comodín seguía sin aparecer y ya se estaba haciendo tarde. Podía negarse a seguir, con

lo que no ganaría nada; o podría acceder a continuar en el juego y ver hasta qué punto estaban dispuestos a llegar los rusos.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Lo que ya ha comentado el Camarada Tijonov: cargarse a los G2 desplegados en París y acabar con la base de operaciones del Generación 2 en Kishiniov antes de las 05:00 de la madrugada de mañana —miró su reloj de pulsera—; una vez concluido su trabajo, y aunque hayan perdido parte de sus hombres en Francia, los nuestros contraatacarán permitiéndoles hacerse con Madriguera si los franceses lo han conseguido primero; o si no lo han hecho, se lo permitirá el emulador que les entregaremos para acceder a TESEO sin que muevan un solo dedo; Manhattan Transfer se habrá puesto en marcha con un adelanto de veinticuatro horas y tenga por seguro que será un completo éxito; de esta forma, parte de lo que ustedes llaman “Mamá Rusia” estará bajo sus manos, digamos que durante un tiempo prudencial, hasta que los caballeros del Pentágono y el Senado dejen tranquilo a su jefe, todo ello sin necesidad de que malgasten los dólares de sus ciudadanos; es un buen trato.

—Lo siento, pero sigo sintiendo que estamos en sus manos y no me parece correcto.

Chavanidzé se removió ruidosamente en su silla mientras recogía un cigarro puro del interior de su guerrera y se lo tendía a Hammond quien lo rechazó de forma cortés. Llevandoselo a la boca y tras cortar con los dientes la punta, y retirar con los dedos el pedazo arrancado, el general comenzó a encenderlo, lentamente, mientras miraba al hombre de Boulder. Bílibin avanzó sus brazos sobre la mesa:

—Me temo que no hay tiempo para valorar si están en nuestras manos o no. Lo que ustedes llaman Hot Wind va a parecer un remedo de fiesta de adolescentes comparado con lo que se desatará si los franceses aprovechan su ventaja. Debemos impedirlo, por nuestro propio bien y por el de todos. Nosotros ganamos con la operación, y ustedes también, no le dé más vueltas. Una vez pase esta noche, y según valoremos los resultados, mañana a esta misma hora hablaremos de nuestra ayuda en Omaha, pero esa parte tendremos que dejarla por hoy.

La situación podría definirse como de tablas si no fuera por un pequeño detalle: había demasiadas piezas sobre el tablero. París sería un hervidero en el triste plazo de unas horas. Manhattan Transfer era una operación de grueso calibre que podía triunfar, si los franceses —con ayuda de Kishiniov o sin ella—, no acababan de cuajo con la primera andanada, o como empezaba a creer ya: no se ponían en movimiento aquella misma noche; de todas formas Hot Wind parecería una fiesta de párvulos al lado del festejo que se iba a organizar, como bien le había mencionado el coronel. Moverse en las propuestas definidas como intervención conllevaba un serio riesgo; el movimiento de células operativas se realizaba al amparo de grandes operaciones de cobertura que intervenían sólo si era necesario; si bien la guerra soterrada que se de-

sarrollaba no era sino una minúscula parte del enorme iceberg al que pertenecía, lo cierto era que un desliz podía hacer emerger el enorme volumen real, con lo que ello acarrearía. En Boulder habían previsto cualquier tipo de problema y habían preparado todo tipo de respuestas para evitar un nuevo Hot Wind, pero nada podría evitar algo peor si, como le estaban diciendo, el Manhattan Transfer encontrara una oposición no calculada y antes de tiempo. Por otro lado estaba la situación en la vieja Yugoslavia; en la zona de Tuzla se estaban partiendo la cara por algo que desconocía, pero que resultaba de suma importancia para el mantenimiento hegemónico de Kolpov y los suyos. Supuso, aunque no lo recordaba, que en casa sabrían de qué se trataba.

Jugar con un enemigo potente, como era el caso de Rusia, que dispone de dos flancos inestables, es siempre un riesgo accesorio; tras el ocaso de Revenko y la presencia como títere de Volkov, en Boulder se había definido la situación interna del viejo GK como de latencia, pero nadie, en su sano juicio, había sabido entrever que a las convulsiones políticas les estaba siguiendo un cambio de rumbo en el interior del Servicio M. Palmer consideraba al GK como uno y aquello era un serio impedimento para el desarrollo del Manhattan Transfer, pues si bien se tenía control sobre la frontera delimitada con su oponente, lo cierto era que una facción bastante poderosa se encontraba, ahora, fuera de él, y lo que era peor, apoyando a un lobo que apuntaba a la garganta del servicio americano. Acabar con Kishiniov era una buena salida pues se ganaría un tiempo precioso para intentar contrarrestar el comodín que seguía estando en la manga del viejo Tijonov y que a tenor de lo que le acababan de comentar, podía muy bien estar relacionado con el propio Omaha, pero aquello le inquietaba, primero porque la información que quería Palmer ya estaba en sus manos, y segundo porque aquella ventaja se iba a diluir como agua a través de un sumidero una vez se cumpliera el pacto: conocían el lugar exacto de la base de Kishiniov, pero a partir de la 05:00 horas, en aquel maldito lugar ya no habría nada.

Hammond realizó un último esfuerzo por desentrañar la base específica del juego al que estaba jugando. El GK nunca cedía fichas si no ganaba algo, y seguía sin saber qué demonios era aquel algo.

—¿No temen que Francia les ataque primero a ustedes?

Chavanidzé se levantó de nuevo:

—El Bureau nos considera poco menos que la nata de un pastel mayor. Kolpov les ha aleccionado sobre “nuestra pobre situación interna” y ha puesto sobre el tapete cada uno de los nombres y coberturas, de cada uno de nuestros agentes en suelo francés; no temen nada salvo que tardemos en caer más de lo que Kolpov les ha prometido. Nos tienen, en teoría, tan cogidos por las pelotas como a los suyos, por eso se hace necesario que trabajemos juntos. El Servicio M francés no se moverá antes de tener la certeza de que en Madriguera la facción golpista haya conseguido

sus objetivos preliminares. Como ya le hemos mencionado, antes de las 02:00 no existirá Bureau Mirage, esa es nuestra pequeña ventaja.

—¿Y si se mueven antes de esa hora?

—Intentaremos que no lo hagan.

Intentar no era la palabra que le habría gustado escuchar. El Bureau era bastante poderoso de por sí; con la ayuda de un Kolpov hambriento el Servicio M francés se podía convertir en el peor enemigo que cabría encontrar.

—Supongo que tendrán algo preparado...

Bilibin fue el que se había levantado ahora:

—Señor Hammond, empiece usted a cansarme con tanta precaución. Claro que tenemos prevista nuestra propia operación en caso de que París mueva ficha antes de lo previsto, pero no somos tan ingenuos para decírselo; de todas formas, el Bureau no lo hará...

—¿Pero y si lo hace? —insistió Neil.

—La habremos jodido, y permítame la expresión —el coronel le miraba con ojos encendidos.

—Supongamos que no accedo a comunicarme con mis superiores.

—Déjese de bobadas, no puede hacerlo —Chavanidzé fue cortante.

—Sigo diciendo que necesito más datos sobre lo que ocurrirá si evaporamos Kishiniov, no me vale su argumento de que ganamos en tranquilidad y las otras pampinas. Voy a decirles algo —el tono duro que estaba utilizando animó a Stenness a acercarse unos pasos—, Kolpov puede ser una amenaza para ustedes, no lo pongo en duda, pero sigo sin ver su potencia en lo que a nosotros respecta. A mi modo de ver todo puede ser una cortina de humo que nos están largando para quitarse al Grupo de Kishiniov de encima y dejarles vía libre en sus intereses internos y externos, sólo eso.

Bilibin le contestó sin dejar de mirarle:

—Está subestimándonos y eso es realmente peligroso...

Hammond se levantó de su asiento.

—Al contrario, les estoy otorgando su auténtico valor; me están escondiendo datos y lo entiendo, pero no traten de que me ofrezca atado de pies y manos a las suyas... no tengo garantías, y me temo que no pueden ofrecérmelas, eso es lo que pienso.

—Ya están en nuestras manos...

Aquella afirmación le cogió por sorpresa.

—...déjeme que le diga un par de cosas —continuó Chavanidzé—. No voy a caer en la estupidez de atribuir a su juventud e inexperiencia la falta de comprensión ante nuestra propuesta, aunque lamento decirle que ya estaba en el guión. Su jefe... —enfaticó con su silencio la tensión que se iba acumulando en la mente del ameri-

cano— ...ha preparado su reunión con nosotros, entraba dentro del juego; ustedes llaman porque tienen problemas y nosotros les ayudamos... —los ojos de Bilibin parecían dos arpones que le tenían por blanco.

Hammond permanecía rígido tratando de no mostrar lo aturdido que comenzaba a sentirse por las palabras del General Chavanidzé, y por la cantidad de elementos que le habían pasado inadvertidos y que seguían encajando, su elección para la misión era uno de ellos.

—...el viejo Zachary tiene serios problemas políticos y nosotros también. Nos hacemos falta. Si los franceses ganan la partida perdemos un contrapeso y obtendremos numerosas bajas; si los de Kolpov ganan la partida ustedes y nosotros tendremos un serio problema, muy pronto... puede creermelo o no, basta con que se siente a esperar, o que salga ahora mismo hacia su país para que compruebe mañana que todo lo que le hemos dicho es cierto —permaneció en silencio y dio una profunda succión al cigarro puro— ...Kolpov trata de desestabilizar la balanza que nos es favorable y que de momento no se inclina de su parte. Si gana, no quedará nadie para hacerle frente, ese es el problema que tenemos las dos partes. Usted es un hombre de paja, sin una reunión de estas características no habría credibilidad, y en el fondo, hacen tanta falta la acción como la credibilidad, ya me entiende —le apuntaba con la mano que sostenía el enorme cigarro bajo la mirada atenta del coronel Bilibin—. Los datos que le he puesto en la mano son los que nos ha pedido su superior, ni más ni menos.

Hammond comenzaba a ver una luz que no le gustaba nada, al fondo del túnel por donde había navegado durante tanto tiempo como un perfecto cretino.

—...los dos bandos necesitamos mantener el fiel en el punto exacto en el que está, y usted debe cumplir con su cometido; si no lo hace tanto da, los datos llegarán a manos de sus superiores en el plazo convenido, por lo que le ruego interprete su papel y sea usted mismo quien los entregue, de esa forma todo el mundo estará convencido de que las cosas siguen su perfecto curso.

—¿Cuál es la baza que guardan?

—No me tome por idiota, se lo ruego. Entregue el material y organice la situación como mejor guste. Si no acceden a ayudarnos, mañana a las 05:13 un bombardeo nuclear táctico acabará con las instalaciones del Generación 2 en Kishiniov y tendremos las manos libres para hacer lo que queramos, esa es la trampa, si no cumplen con lo que se espera que hagan, nosotros tendremos una ventaja que sabremos aprovechar en todos los terrenos, no lo dude. Si esta madrugada “nuestros amigos americanos” no cumplen con lo que se espera de ellos, mañana no habrá reunión y Omaha será cancelada, y eso no les gustará a sus jefes ni a los superiores de sus jefes, así que métase en la cabeza que el mango de la sartén está en nuestras manos...



Hammond sopesó los pros y los contras de lo que se avecinaba, el CDFC estaba en mitad de un fuego cruzado, y por alguna razón que no entendía se había colocado allí él solito. Palmer, más preocupado por salvar sus pelotas que por las consecuencias, había decidido ponerse en manos de un enemigo al que había infravalorado, para obtener una victoria pírrica frente a los políticos; a tenor de lo que estaba entreviendo, el viejo «Capitán América» confiaba más en la supuesta desastrosa situación interna del Kalinin que en sus propios hombres. East Wind lo había tenido en cuenta y lógicamente allí residía la razón por la que le habían enviado a él, y no a otro, a realizar aquella operación de mero maquillaje. Le habían utilizado para cubrirse las espaldas y quitárselo de en medio, y en el fondo le habían entregado una coartada al enemigo. La dureza de todo aquello le obligó a recomponer sus esquemas mentales, él era un teórico, un intelectual puesto al servicio del gran juego, un perro trabajando para los lobos, y recordó las palabras de Afanásiev; estaba claro que no pintaba nada. El Manhattan Transfer era papel mojado antes de ponerse en funcionamiento, al igual que Omaha. Tal vez fuera el exceso de sencillez de la trampa lo que le ponía nervioso, o aquella terrible sensación de que se encontraba ante una bestia de dimensiones colosales, perfectamente engrasada y largo tiempo ocultada, que no dudaría en ponerse en marcha como ya lo hiciera con Napoleón o con Hitler.

—No le queda demasiado tiempo —recordó Bilibin—.

Hammond lo sabía, como sabía que tampoco le quedaban bazas por utilizar. Iba a jugárselo todo en base a una hipotética cortesía rusa, solicitada por Palmer a cambio de qué...

Kishiniov no era el pago, de eso estaba seguro. Zachary J. Palmer jugaba sucio con todo el mundo y esperó que también lo estuviera haciendo con la vieja Rusia que tenía desplegada en el tablero de aquella mesa y que no estaba tan herida como se pensaba. Lamentó no poder volverse hacia Stenness para preguntarle por el nombre del escultor francés que había creado la Estatua de la Libertad, porque aquel maldito nombre le habría permitido llegar a otro lugar recóndito de su violada memoria. Con las manos atadas no podía hacer mucho, salvo rezar para que lo que se les echaba encima no acabara con todo como ocurrió en el 68. Se sobrepuso a sus propios sentimientos y recapacitó sobre la integridad de su jefe, su capacidad para adelantarse a los acontecimientos. Estaban jugando una inmensa partida de ajedrez con las piezas desplegadas y en la que Palmer y Tijonov ya habían pactado el final, el resto era sólo una pequeña demostración coreográfica para la galería. Recordó su adolescencia cuando aprendía los rudimentos del juego, las explicaciones de Ryan sobre las defensas posibles, la utilización de las reglas una vez asimiladas en base al propio juego. La destreza surge del conocimiento de todo aquello que puede acontecer en el interior del maldito juego, y a ese conocimiento sólo se accede a través de la memorización y de la práctica, la primera para poder vislumbrar cuál es la mecánica que utiliza el ad-

versario, la segunda para superarla. La intención de los contendientes es gobernar el tablero, y para ello se merma la capacidad del oponente utilizando tácticas envolventes o agresivas, pero siempre tácticas que son útiles a una táctica superior, a un gran movimiento que tiene por finalidad la destrucción del contrincante, su eliminación definitiva del campo de juego. Nadie puede ganar si no conoce lo que está haciendo el enemigo y se adelanta, ahí radica el quid de la cuestión.

Sin embargo, se estaba jugando una partida cuyo fin era el empate de fuerzas y posiciones, y aquello no entraba en sus cálculos. A Palmer le gustaba jugar al ajedrez; le había visto hacerlo al menos en una docena de ocasiones en el interior de Boulder, y a tenor de los comentarios era bastante bueno; si había decidido ponerle a él y a sus hombres dentro del campo enemigo tendría que deberse a una poderosa razón que no sabía ver, o que no recordaba, porque en lo más profundo de su ser se negaba a asumir que aquel bastardo a quien servía se hubiera tomado la libertad de permitirle hacer el idiota frente a los dos oficiales que tenía delante. Se negó en redondo a darse por vencido ante la evidencia de que «Capitán América» iba a sacrificarlos por nada.

—Bien, si no me equivoco todo se reduce a que he traído al Coronel Afanásiev para que ustedes lo mataran frente a mis narices y me dieran datos sobre la situación exacta donde el Generación 2 prepara y articula todos sus operativos —Hammond hablaba de una forma mecánica y fría—. Es cierto que han cumplido con esta parte, pero me temo que la información no servirá de nada pasadas las 05:00 de mañana, con lo que estamos como al principio. Digamos —se tomó una breve pausa— que Basicamente todo se ha tratado de una sencilla operación de maquillaje en la que Afanásiev y yo mismo no pintábamos nada ¿me equivoco...?

Los dos oficiales asintieron.

—...sin embargo, les rogaría que tuvieran a bien el decirme frente a quién, es un favor personal, entiéndanme.

Bilibin parecía comprenderle mejor la situación del americano que Chavanidzé y fue él quien se decidió a contestarle, conocía muy bien cómo se siente un oficial de Inteligencia cuando es engañado por sus superiores.

—En estos momentos una comisión estadounidense y otra rusa se están entrevistando en Lausanne, de esas conversaciones se derivará una nueva situación política para cuando todo acabe, por supuesto que no han sido invitados los franceses. Usted y nosotros servimos de garantía frente a lo que los políticos están dilucidando.

—¿Un nuevo tratado?

—Que al igual que el de New Hampshire tampoco servirá de nada —continuó Chavanidzé—, pero ya conoce cómo son nuestros gobernantes.

—¿Saben mis superiores lo que tratan de hacer los franceses?

—No, en ese aspecto hemos sido francos con usted. En Boulder sopesaban la posibilidad, pero carecían de la certeza de que el Bureau tuviera la intención de ir por su cabeza a partir de las 02:00 de esta madrugada, por ello le rogamos cumpla con lo establecido y se ponga en contacto con su propio equipo, les queda poco tiempo; de hacerlo nosotros la situación podría irse de las manos.

—¿Y si algo falla? —preguntó al fin.

—Lo lamentaremos.

(1996)

FAENABAN a unas treinta millas de la costa de Colonsay, en las gélidas aguas occidentales de Escocia, abiertos por completo al océano Atlántico. El oleaje golpeaba rítmicamente el casco de la pequeña embarcación pesquera que se agitaba como una luciérnaga cernida de un hilo en mitad de la oscuridad más absoluta. Varias figuras se movían sobre la cubierta, empapadas por la fina lluvia que no había cesado de caer desde últimas horas de la tarde —momento en que habían comenzado a trabajar en el caladero— y ateridas de frío.

"Mierda de lluvia", masculló el más grande, el que llevaba una pipa apagada entre los labios y se cubría como podía bajo la capucha de goma mientras oteaba el horizonte negro, sentado entre unas cajas y jugando con un cabo entre sus enormes manos de pescador, acostumbradas lo mismo a izar cabos que a sujetar anzuelos. El barco parecía un pequeño árbol de Navidad. En el mástil, los potentes focos alumbraban la superficie viva del agua, y sobre la cubierta, las luces del puente regaban de reflejos los mástiles y los estayes que brillaban como si fueran estrellas a través de la atmósfera recargada y húmeda que lo envolvía todo. El ambiente resultaba tranquilo aunque el riesgo era grande: tras una escapada nocturna como la que realizaban en aquel momento, la faena podía reportarles un buen beneficio pero entrañaba cierto peligro, sobre todo si les localizaba el servicio de guardacostas o tenían la mala fortuna de coincidir con alguno de los barcos de la cofradía de pescadores de Islay; o lo que era peor, con algún malnacido irlandés que estuviera tratando de hacer lo mismo que ellos.

La rutina, por mecánica y conocida, se hacía pesada por la espera y la preocupación que embadurnaba la mirada de los hombres que habían lanzado las redes y esperaban la orden de recogerlas, mientras el casco ronroneaba por el efecto de los motores que lo movían trazando un círculo a estribor, surcando y rompiendo las olas que lo rodeaban, bajo las férreas manos de Morton, el patrón, al timón de su barco y atento a la pantallas del radar de superficie y del sonar que dibujaba entre verdes y negros los perfiles del cardumen. Estaban lejos de su demarcación, pescando en aguas prohibidas, a varias millas de su base de operaciones, bajo un cielo que se deshacía en agua y en mitad de la noche; podían buscarse un buen marrón si les locali-

zaban o se topaban con la proa de algún petrolero o mercante que siguiera la ruta hacia el sur de Inglaterra a través del Canal del Norte; como contrapartida podrían disfrutar de una buena cosecha que bien les podría arreglar el mes; las cosas estaban bastante jodidas desde la entrada en la CEE y Morton pretendía arreglarse a su manera, como hacía siempre, lejos del marco de la legislación para pesca y de los imbéciles que les defendían en Estrasburgo, flirteando con la meteorología que había anunciado un temporal de poniente para las próximas horas y cuyos flecos estaban saboreando en aquellos instantes. Su tripulación, aunque cabreada, le seguía a pie juntillas, pero había que estar en cubierta, bajo la lluvia y el viento, y eso era lo malo, el resto sólo costumbre y monotonía.

"Mierda delluvia", decía también el hombre grueso que se golpeaba los brazos con las manos enguantadas y miraba hacia el cielo lluvioso, por sotavento. De la vigilancia se encargaba el grumete, agarrado a la baranda sobre una proa que se hundía y levantaba acompasadamente sobre el mar, los demás esperaban a que La Beluga acabara de trazar su trayectoria, él fue el primero en percibirlo.

—¿Lo oís?

—Estás chalado, jilipollas... —comentó alguno, quitándole importancia.

Un ruido profundo comenzó a escucharse por el norte, similar al tronar de una tormenta o al batir de tambores de una compañía de alabarderos en los desfiles militares, y se acercaba. A medida que pasaba el tiempo resultaba más parecido al producido por un reactor volando a baja altura, como los que solían divisar haciendo maniobras sobre el mar, más al norte, en la zona utilizada por la OTAN para sus devaneos militares cerca de Stornoway y que también estaba prohibida para ellos.

—¡Va a tener razón el crío, avisa al capitán! —gritó el más grande mientras una sombra recorría a la carrera el trayecto que la separaba del puente.

La lluvia seguía cayendo, moteando de gris la superficie del mar que se movía como el pecho jadeante de una enorme ballena. En un primer momento no reaccionaron, la tripulación dejó sus quehaceres por unos instantes, abandonando el material, acercándose al mamparo de estribor. En milésimas de segundo tomaron conciencia de lo que se les estaba echando encima: primero una mancha oscura suspendida en la noche, después, una entidad alada que se acercaba a enorme velocidad, rugiendo, revolviendo el agua a sus espaldas en una nube de agua iluminada por los motores que lo impulsaban.

—¡Hijo de puta, nos va a volcar...!

Volaba a menos de diez metros sobre el negro mar y parecía que iba a estrellarse contra el barco. Se elevó ligeramente para evitar el mástil dejando ver la estrella roja sobre el timón de cola; gritaron como posesos, incrédulos, tapándose los oídos mientras la sombra restallaba al encontrarse cerca de la luz de los reflectores, sobrepasándoles y soltando lo que parecía una nube de papeles plateados que se dispersa-

ron a su alrededor. El barco recibió el impacto brutal de la onda expansiva y el golpe de mar, cabeceando bruscamente y moviéndose como una cáscara de nuez en mitad de una galerna. Los cristales del puente saltaron hechos añicos y varios aperos arrastraron a los hombres que se debatían en cubierta sin que nadie intuyera que tras la silueta que se alejaba se acercaba un misil de manera irremisible. Las luces de los motores del aparato se perdieron acercándose al agua, volando apenas a cinco metros sobre su superficie. Un centenar de metros detrás, el misil también descendió, variando suavemente la trayectoria, siguiendo la ruta radárica de un nuevo objetivo, para terminar su vuelo a unos metros del casco de la embarcación. La explosión iluminó la noche, estallando en naranjas y púrpuras, destrozando la embarcación y levantando hacia el cielo un millar de astillas de madera y metal junto a los cuerpos desvencijados de los tripulantes. En pocos instantes La Beluga era historia.

A través de la densa nube de vapores y humo, otro misil devoraba terreno tras su presa apenas unos instantes más tarde; libre de obstáculos avanzó siguiendo la estela del avión, acercándose fiel a cumplir su cometido. La cabina de la nave rusa zumbaba desenfrenadamente, anegando de luces rojas el casco del piloto y los instrumentos. La nave maniobró al borde de la estabilidad, temblando, jugando sobre el mar a la ruleta rusa, lanzándose en frenética carrera con dirección a los oscuros farallones de la costa cercana que se recortaban contra un cielo iluminado por la presencia de alguna población costera, buscando amparo en las innumerables columnas de roca que emergían desde el mar. Alabeó a babor, luego a estribor... siete segundos... seis segundos... cinco segundos, apertura con dirección a los acantilados, ...cuatro segundos y escalada al límite, rompiendo el silencio en mitad de la lluvia y la oscuridad; acelerando primero y apuntando la nariz hacia el cenit del techo nocturno como única escapatoria mientras soltaba otra tanda de chaffs, la última; volviendo a acelerar después para no entrar en pérdida.

Lejos, algunas rocas se desmoronaron sobre el agua y la arena mientras un temblor recorría e iluminaba el mar tras la explosión del misil contra los promontorios. En el interior del cockpit, un hombre se aferraba al mando de su avión aguantando la presión generada por el impulso que le comprimía brutalmente contra el asiento. A través de la suave nube de vapores y humo que rodeaban los restos desperdigados y en llamas de La Beluga, dos Tornado FMK2 de la base de Leuchars surgían de la noche siguiendo las huellas de los misiles que había lanzado el primero de ellos.

Girando hacia la costa de Ballantrae la primera sombra se elevó ganando altura y tiempo, estabilizándose como una saeta que busca la diana, consciente de que su velocidad punta le ofrecía una ventaja que no debía desaprovechar. El piloto sabía que tenía detrás una misión scramble en toda regla, y que le quedaba poco tiempo pues pronto tendría a toda la RAF sobre su pista. Agotado el combustible adicional, soltó el contenedor que albergaba la nave entre las góndolas motrices. Otro centenar

de metros hacia arriba abriendo postquemadores para alcanzar Mach 2, apurando la seguridad, sumergiéndose peligrosamente en los corredores civiles aéreos del noroeste de Gran Bretaña y esperando no tropezar con algún avión comercial que viajara hacia Glasgow mientras avanzaba entre jirones de nubes. Trepada a treinta grados realizando otra escalada, al final, para completar un rizo y descender violentamente para colocarse en mejor posición de ataque, otra vez entre las nubes, sobre las colinas de Galloway, buscando cortar el camino a sus perseguidores realizando un giro.

—...uno cero cinco, subiendo a doce mil.

—Roger, líder.

—Lima Charlie pasad a frecuencia Boulmer, repito: frecuencia Boulmer.

—Confirmado Benbecula, pasamos a Boulmer, repito: pasamos a frecuencia Boulmer. Boulmer, viramos Este Sureste...

—Entendido Lima Charlie dos, aquí Control de Misión, lo tenéis en uno cero dos, a trece mil y estacionario, virando...

—Roger, uno, ascendemos.... ¿has oído tres?

—A tus cinco y media... ascendiendo.

Un par de kilómetros detrás, las dos naves maniobraban tratando de alcanzar al avión ruso, en formación cerrada. Desde Boulmer y Bishops Court, en Irlanda del Norte, se trataba de coordinar una segunda misión que partiría desde Coningsby, al sur, trazando la trayectoria posible del Fulcrum que sobrevolaba tierra firme; dos FMK3 carreteaban por su pista para despegar con dirección al noroeste; en High Wycombe se preparaban para repeler un posible ataque sobre las posiciones civiles y militares del sur de

Inglaterra. El coordinador general de la Región de Defensa Aérea de Gran Bretaña esperaba lo peor, un mouse había sorteado con éxito el Flanco Este, y nadie sabía de sus intenciones. En el Ministerio los teléfonos sonaban sin cesar y alguien recomendó llamar al Primer Ministro sin que de momento nadie se atreviera a hacerlo.

—Bandido en uno cero uno, a trece mil quinientos, descendiendo y girando hacia vosotros.

—Negativo, uno, no lo vemos...

—Lima Charlie, estáis muy bajos, lo tenéis delante, tenéis que verlo... desciende a doce mil setecientos

—Lo tengo..., ¡mierda, lo hemos perdido! —crepitó la radio del punto.

En LC 2 y 3 los radares habían marcado la situación del MiG hasta que quedaron ciegos.

—Aquí LC dos, lo hemos perdido Ironmaiden, ¿qué ocurre ahí abajo?

En tierra la situación era similar, el blanco había desaparecido de las pantallas de radar como si se lo hubiera tragado la noche, la última posición lo delataba en cota doce mil doscientos.

—Lo hemos perdido también. ¡Ha desaparecido de la pantalla!... ¿Bishops lo tienes?

—Negativo, están fuera de nuestro alcance...

—Lo tengo, lo tengo, a la una y media —LC 3 acababa de percibir un chasquido luminoso en su radar— lo he perdido de nuevo... está ahí arriba.

—Control a partida de caza: seguid ruta tres uno cuatro y pasad a visual hasta nueva orden, lo tenéis a quinientos.

Los dos Tornado rasgaron el cielo tratando de divisar a una presa que había desconectado el IFF en el momento en el que el piloto escuchó a través de sus auriculares el sonido característico que anunciaba que los objetivos estaban dentro de su alcance; esperaría unos instantes a que estuvieran más cerca sabiendo que se la estaba jugando, un error y él también sería presa de sus propios misiles. ZG, accionó por fin el lanzamiento de los R—23R interiores, abriéndose a babor mientras aceleraba. "Spawn" percibió la señal demasiado tarde. Como un fogonazo el Fulcrum se materializó en la pantalla de su radar junto a dos puntos más, apenas a un centenar de metros a diez grados de su vertical.

—¡Lo tenemos encima, ha dado la vuelta, lo tiene... —el cockpit se llenó de destellos y de ruidos— ...maiday, maiday, misil, misil...!

—Salid de ahí... lo tenéis encima a la derecha...

—¿A la derecha?

—Negativo, negativo...

La cabina zumbaba en rojos por los cuatro costados. "Wild Boar" Alberts elevó el morro de su caza al observar la maniobra que acababa de hacer el líder de la misión tratando de evitar la trayectoria del primer artefacto y comenzando a efectuar un giro muy abierto hacia estribor, para esquivar el ataque frontal y situarse tras la cola de la sombra gris que aceleraba y comenzaba a perderse de nuevo; LC 2 estuvo a punto de tragarse el misil al tener un maravilloso ángulo muerto producido por su compañero; los mecanismos del artefacto actuaron por inercia estallando a corta distancia del primer Tornado, en el aire, en mitad de su maniobra de giro, desestabilizándolos a ellos mismos mientras trataban de realizar un medio tonel a babor intentando recuperar la estabilidad, enderezando la nave.

—¡Maiday, maiday...! —la voz de Andrews sonaba a través de los auriculares de "Spawn" mientras trataba de divisar al enemigo en su pantalla.

Alberts obligaba a su avión a salir del giro, apurándose a estribor para recoger la estela del avión ruso, recibiendo de lleno las turbulencias generadas por los potentes motores del Fulcrum mientras el segundo misil buscaba impaciente el volumen de LC 2 que trataba desesperadamente de recuperar la estabilidad ofreciendo una impecable posición de impacto. Una deflagración de combustible y piezas de metal, de cuerpos y explosivos, anunciaron sobre el cielo de Aberystwyth el final de tra-

yecto≤ para el líder de la misión. "Spawn" Brennan, el segundo de Alberts lo vio entonces, enfrente, a unas yardas, ligeramente elevado sobre su posición, girando otra vez. Trayectorias encontradas, fuego de 30 mm. que se abría paso en el fuselaje de LC 3, tocando el sistema de configuración alar y comprometiendo la versatilidad de la misión. La panza del MiG-29 pasó a escasos metros de la cúpula; la luz de posición de babor del aparato ruso pareció meterse hasta el fondo de la cabina del Tornado. El rugido de los motores del avión lo llenaron todo. El reactor tembló al encontrarse en el interior de las turbulencias generadas por la estela del ruso. Los papeles habían cambiado; el perseguidor era ahora la pieza a cazar. Alberts abrió postquemadores y lanzó su avión hacia el cielo profundo, tratando de escapar de una fuerza intangible que se abría paso tras la nave. Apertura dislocada hacia babor... intentando maniobrar para despegarse de una sombra que se movía a su cola y que continuaba escupiendo fuego mientras les seguía.

—¡Lo tenemos encima...!

—Te he oído —maldijo el comandante.

Looping cerrado con tonel a estribor...

—Ese hijoputa parece que lo huele.

—Prepara misiles....¡

Los dos aviones permanecían pegados mientras surcaban el infierno, alcanzando un paisaje de nubes azuladas bajo la luz de la luna, por encima de la lluvia.

—¡Prepara los misiles! —repitió.

—¡Estás loco!, lo tenemos muy cerca...

—¡Es una orden, prepara los misiles, no tenemos tiempo,

—Necesito espacio...

—¡Nos va a freír los huevos! —repitió Alberts aferrando el joystick con las dos manos—. ¡rmalos, lánzalos y reza.

—¡Roger, misiles listos, IFF desconectado! —Brennan sudaba y sólo escuchaba el fuerte latido de su propio corazón.

Descenso en picado. Vuelo a baja cota sumergiéndose de nuevo en la lluvia, tratando de encontrar un maldito ángulo con el que poder lanzar la carga ofensiva. En los retrovisores de LC 3 la proa del MiG que había dejado de disparar seguro de que pegado a la popa del avión británico evitaría la respuesta. Sombras bajo un cielo que se acababa de abrir descubriendo el trayecto de la ruta 470 hacia Cardiff mientras los dos aviones ejecutaban una macabra coreografía en plena ascenso. Trepada a plena potencia y descenso en fuerte picado, con giro cerrado a estribor, con el ruso pegado al timón de cola.

—¡Negativo, no puedo señalarlo, no puedo maldita sea!

—Voy a intentar rotura de contacto, agárrate... no nos queda combustible...

—Lima Charlie tres, aguantad, otra misión va en vuestra ayuda.



—Negativo, no hay tiempo, no hay tiempo...

—Salid a rumbo uno dos ocho, repito: uno dos ocho... evasiva.

—Confirmo rumbo uno dos ocho, once mil...

—Roger, Lima Charlie, once mil en uno dos ocho...

LC 3 elevó el morro para ganar un tiempo precioso mientras enfilaba de nuevo el cielo y cerraba un giro que le permitiera dejar descolgado al Fulcrum que se veía obligado a realizar una trayectoria más amplia; por un instante lo vieron en paralelo, adelantándolos. Un último intento por despegarse. LC 3 se abrió hacia babor, pero el ruso descendió ganando velocidad ejecutando un rizo que lo situó de nuevo tras la estela del avión británico que trataba por todos los medios de despegarse mientras conseguía acercar al ruso a la línea de interceptación de la misión de Coningsby.

—Nos tiene cogidos ¿por qué no dispara?

Alberts trazó un tonel y un rizo, en una maniobra desesperada por evitar lo inevitable, para acabar presentando la proa a su enemigo y tragarse de lleno una andanada que barrió el cockpit y alcanzó los depósitos de combustible.

El MiG-29 se convulsionó en el aire al recibir el impacto de la onda expansiva producida por la desintegración de LC 3. El piloto perdió por un instante el sentido, para recobrarlo mientras la cabina estallaba en ruidos y pitidos. El propulsor de estribor se había parado. La maniobrabilidad estaba comprometida, la aviónica inservible; navegaba a ciegas, con un solo motor, cuando los vio acercarse por babor, a las 2. Se dispuso a abandonar la nave mientras el líder de la nueva misión lanzada desde Coningsby identificaba su nave para que el punto táctico disparara los misiles que no iban a fallar.

Aceleró como pudo, elevándose unos centenares de metros, la cúpula de la cabina saltó entonces de sus goznes de sujeción, impulsada por las cargas detonadoras. Nervioso, accionó el mecanismo de eyección que tenía entre las piernas, tirando con fuerza, adoptando una posición rígida. El impulso del lanzamiento le comprimió contra el asiento mientras éste ascendía estrepitosamente hacia la noche. El dolor en la espalda se hizo insostenible; se dejó hacer mientras superaba el terrible empujón que comenzaba a remitir y la pértiga y el primer paracaídas estabilizaban el asiento y su ocupante. Momentos más tarde el K-36 se desprendió siguiendo una pauta preestablecida, cronometrada; y se abrió el paracaídas principal mientras su avión estallaba definitivamente en mil pedazos. Comenzaba su misión.

(1996)

La nevada le había pillado en mitad del Pigalle y se le hizo interminable la espera bajo el toldo de una pastelería. Alex llevaba retraso, y no era para menos, el tráfico se había hecho denso en la zona, y la gente se apretujaba, entre paraguas y gabardinas o abrigos, bajo los salientes de los edificios. A lo lejos divisó un automóvil que hizo

parpadear los focos: allí estaba su amigo. Dio una última calada al cigarro que llevaba entre las comisuras de los labios y lo aplastó en el suelo con el zapato para adelantarse hasta el límite de la acera, enfundado en su gabán verde oscuro y llevando la cabeza ligeramente sumergida entre los hombros. El Peugeot paró un instante y la puerta se abrió dejando ver la cara de pocos amigos que mostraba Alex:

—Sube.

No hizo falta que lo repitiera. Igor se introdujo en el interior del vehículo lo más rápido que pudo a la vez que Alex volvía a meter el automóvil en el río de coches que anegaban las inmediaciones de la plaza.

—Has tardado mucho... —trataba de quitarse la nieve que tenía sobre los hombros.

—Lo sé, ha habido problemas, vamos a dar una vuelta en coche y hablamos, dispongo de poco tiempo —le contestó de forma seca Gagarin.

El coche circulaba a baja velocidad, y en su interior sólo se escuchaba el golpeo rítmico de los limpiaparabrisas tratando de aliviar la gran cantidad de copos que aterrizaban sobre la superficie del cristal.

—¡Vaya mierda de tiempo!

Tsvietaiev sonrió, los agentes que llevaban tiempo lejos de Rusia solían acostumbrarse rápidamente a la bondad de otros climas y se quejaban siempre ante la primera inclemencia meteorológica; aquella nevada no era de las más crudas, creyó recordar.

—No sé de que demonios te ríes... —si lo sabía, sonrió, y haciendo un movimiento con su brazo señaló hacia el asiento trasero—, hazme el favor, cógeme un cigarro del bolsillo del abrigo...

—Espera, tengo yo —Igor sacaba su cajetilla y de ella dos cigarrillos que encendió a la vez—, ¿dónde me llevas? —preguntó entrecortadamente mientras colocaba el segundo cigarro a la altura de la boca de su compañero.

—Vamos a dar un paseo, acabo de enterarme de que a Coubert se lo han cepillado en el metro, hace escasamente un cuarto de hora...

Igor comprendió lo que quería su amigo antes de que concluyera.

—...y ya son tres los hombres de Menjou que se han muerto en las últimas veinticuatro horas... —resultaba claro que también se había percatado de la muerte de Poitier, y más cuando percibió que la cara del agente le miraba expectante, aprovechando un alto en el camino.

—Cierto —se concentró en su cigarro y el humo que despedía su boca.

—Mira, Igor... —calló un instante mientras ponía de nuevo el coche avanzaba de nuevo—, necesitas ayuda, y no voy a poder dártela si no me dices lo que se cuece. Tres de los hombres por los que me has preguntado han muerto, del cuarto no se

sabe nada —hizo otra pausa—, te presentas de improviso aquí y nos largan la orden de que te demos caza, como a Ajmàtov, me...

—¡Vale, vale, déjalo! —le interrumpió— necesito ayuda, ¡claro que la necesito! —perdió la mirada a través del cristal empañado de la ventanilla, tratando de esquivar lo que se le venía encima.

—No me preocupa tanto que te hayan puenteado como que...

—¡Es un maldito asunto familiar que nos atañe sólo a Mijaíl y a mí! Alex frenó en seco, originando que el vehículo que les seguía comenzara a hacer sonar su claxon.

—¡Y a ti qué coño te pasa, imbécil! —había bajado la ventanilla para que le oyera el conductor que ya les adelantaba.

Alex aparcó de mala manera el Peugeot, en un hueco:

—Estamos en alerta, Igor. Aquí, en París, y durante estos días no existen asuntos familiares que valgan —le miraba enfurecido—, las estamos pasando putas —hizo una pausa mientras se calmaba y lanzaba una larga humareda por su nariz—, la semana pasada han eliminado a dos de los nuestros, y la anterior a otro... —se sumió en un largo silencio.

Igor empezaba a vislumbrar que el puenteado al que le habían sometido tal vez tuviera mayor importancia de la que él le había dado. No querían joderle, ya le habían jodido.

—Saca el coche de aquí y llévame a un lugar tranquilo, tenemos que hablar largo y tendido.

Alex había aparcado el coche en uno de los muelles que daban directamente al Sena, bajo uno de los grandes pilares de piedra, enfrentado a unas cuantas barcazas de las que ofrecen al río un aire peculiarmente retro. Con el cigarrillo todavía en los labios y mientras miraba el perfil de Nôtre Dame, observó a su compañero:

—Suéltalo ya, Igor.

Igor Tsvietaiev tenía conciencia de haber metido la pata hasta el zancarrón, eran muchos años ya los que llevaba tras la mesa de un despacho, había perdido aquel instinto del que disponía cuando trabajaba de verdad. Maldijo para sí el haberse precipitado, porque la realidad le estaba demostrando que lo había hecho.

—¿Qué quieres saber?

—Todo... para empezar por qué te han dejado de lado en este asunto. Buena pregunta. Con el mismo cargo, en Moscú, y no en Kíev, sus funciones estarían en consonancia con el sistema; en la capital de Ucrania aquello no servía ni para papel de baño.

—No te dejes embaucar por la terminología, Alex. Mi puesto no vale nada, no lo ha valido nunca, mal que me pese.

—No me toques los cojones, Igor, para algo te lo habrán dado...

—Para quitarme de en medio, ni más ni menos —hizo una profunda pausa para retomar el habla a la vez que apartaba de su mente la tristeza que le acompañaba siempre cuando pensaba en ello—, hace tiempo que resulto molesto, Alex... Afganistán ha quemado a muchos, y yo soy uno de ellos.

La sociedad rusa había maltratado a los afgansis, a los que se jugaron los cuartos en el último intento de colonización soviético. Como ocurriera al otro lado del Atlántico con los veteranos de Vietnam, en Rusia se menospreciaba a los que no supieron coronar con el éxito una guerra que ya estaba perdida de antemano. Gagarin asentía con su silencio, había sufrido en propias carnes el ser un afgansi.

—¿Conociste a Mijail? —Igor cambió de tema.

—Un poco, en el 87 estuve con él...

—No, no le conocías —fue tajante, su mirada se perdió en un lugar muy lejano, atravesando el perfil grisáceo de París contra el horizonte—, Mijail era un agente de primera, tenía su cualidad y la sabía utilizar. Jamás me dejó en la estacada. Alex le miraba esperando en cada palabra algo en lo que poder afianzarse, sabía que en la historia del oscuro agente Ajmàtov se escondía parte del secreto que aclararía las cosas. Igor continuó:

—Fue en el 84, él y Katerina, la hija de Petrov, se vieron envueltos en una trampa tendida por el Bureau. Mijail estaba ocupándose de dismantelar una unidad francesa en el interior del propio Moscú, resultaba incómodo y Menjou, el jefe del operativo desplegado en nuestra capital, decidió acabar de una vez por todas con la molestia, para ello utilizó a Poitier y su gente; convencieron a Katerina para que lo abandonara —Alex le miraba con los ojos abiertos—, sí, no me preguntes cómo lo hicieron, pero lo cierto es que consiguieron desestabilizarla hasta el punto de que ella y el pequeño Misha abandonaron a Mijail para venirse a Francia. Mijail cambió —hizo una pausa—, me refiero a que aquello le trastornó y el asunto en casa se le fue de las manos —miró a los ojos de su compañero—. Petrov jugó muy duro por salvar las pelotas a su yerno mientras trataba de rescatar a su hija y a su nieto. Mijail, con el beneplácito de su suegro, recurrió a mí, y juntos nos trasladamos a esta misma ciudad —miró hacia el cielo plomizo e hizo un gesto elocuente con su manaza derecha—. Nikolai Borodin comandaba aquí a nuestra gente, y con su ayuda conseguimos recuperar al pequeño, Katerina se había suicidado cuando descubrió que la habían utilizado.

—No me jodas, Igor... —Alex no salía de su asombro y hablaba de forma suave y baja; al final aquello sí iba a resultar un mero asunto familiar— ...tiene que haber algo más.

—No hay más —Tsvietaiev miró a su antiguo subalterno con una mirada fría como el acero. Alex seguía tan sorprendido como al principio.

—¿Nada más...?

—Bueno, sí... —dudó por un instante para mirar hacia otro lado y callar de nuevo.

—¡Mierda, Igor, acaba de una puta vez!

—Mijaíl enterró a su hijo aquí, ni siquiera el viejo Petrov sabe de su existencia, le hicimos creer que los franceses habían acabado con él como hicieron con su madre. Petrov tragó el anzuelo y ordenó que acabáramos con los hijos de puta que se habían llevado a la tumba a su hija y a su nieto. Aquello duró unos años, hasta que canceló la operación por razones que nunca entendí —Alex no perdía palabra—, Mijaíl me pidió que le jurara que si algún día él faltaba, fuera yo quien se encargara de cuidar del pequeño, y ese día ha llegado.

—Acabáramos —Gagarin miró hacia el techo del vehículo, haciendo aspavientos con los brazos—, y tú, saltándote todos los formalismos, los protocolos y las zaramojas burocráticas de nuestro amado Servicio, te lanzas en solitario a velar por un huérfano —miraba a Igor con cara de incredulidad.

—Puedes no creerme...

—No te creo. No te creo —reiteró la afirmación aumentando el tono de su voz— porque nunca te has movido si no era por una razón importante; no te creo porque te estás jugando las pelotas por un simple juramento a un compañero de armas... y no me encaja.

Igor sabía que si seguía por aquel camino acabaría dándose de lleno con un muro de hormigón armado.

—Mijaíl implantó en la mente del crío una información que ahora puede volverse contra él —Alex recibió la noticia con mejor gana.

—¿De qué se trataba?

—No lo sé. Mijaíl quiso guardarse las espaldas, siempre sospechó que tras la trampa que le habían tendido se encontraba parte de nuestra gente. Yo mismo soy de idéntica opinión, ya te lo he dicho antes, y la vuelta que sufrió todo cuando Petrov decidió cancelar la operación de búsqueda de los de Menjou me mantiene en aquella vieja idea.

—Razonable —musitó Alex mientras encendía un nuevo cigarrillo y pensaba en la cantidad de veces que él mismo había tenido que sortear a los suyos en ambiguas emboscadas.

—No sé de qué trata la información que duerme en el interior de Misha, pero pienso que ahora puede tener una importancia que no podemos calibrar, por eso he venido.

—¿Cómo es Misha?—Y cómo quieres que lo sepa..., la última vez que lo vi creo que tenía doce años

—Tsvietaiev miró hacia los lados.

—¡De puta madre! —Gagarin observaba a Igor con una cara feroz—, ¿y por dónde ibas a comenzar tus pesquisas...?

—Por eso contacté con vosotros... quiero hablar con Eva y que me de acceso...

—Estás rematadamente loco, me lo imagino: ¡Hola Eva, aquí está Igor!, pero no te preocupes, sólo busca al crío de Ajmàtov, ¡ah, por cierto!, Mijaíl no es ningún traidor...

Igor rugió y agarró por la solapas a Alex, girándolo:

—Mijaíl no es ningún traidor, alguien está moviendo fichas para que lo creamos, imbécil, y puede muy bien que tenga que ver con la puta operación de los yankees, necesito tiempo, sólo eso —se sentía como una rata acorralada.

—¿Tiempo?, lo que necesitas es un puto milagro. Acaban de darle a Eva un salvoconducto para que te haga papilla, no gastará ni un instante en aprovechar la situación para comerte vivo.

—Si no es a través de Eva tendré que hacerlo en solitario, sólo debes cubrirme las espaldas. Veinticuatro horas, Alex, sólo veinticuatro horas...

—No tienes ni diez minutos, Igor; si Eva se entera de tu estupidez ten por seguro que te merendará crudo...

Igor lo sabía bien, acababa de presentarse con los pantalones bajados frente a una de las personas que más le odiaban en el interior del Servicio de la CEI.

—No tengo otra salida —dejó de zarandear a su compañero.

—¡Vale, vale! —Alex había levantado las manos ligeramente, apartando la cara de la vociferante faz de Tsvietaiev—, como prefieras.

Durante un corto periodo de tiempo, los dos hombres, en el interior del Peugeot, bajo los pilares del puente, se quedaron quietos hasta que Gagarin comenzó a hablar de nuevo.

—¿El chico está vivo?

—Su padre me dijo que sí...

A Gagarin todavía le resultaba complicado asimilar que se movía en un mundo de poderes especiales, si Igor le decía que Mijaíl le había pedido que cuidara del joven Misha era porque el telépata lo había hecho, no le cabía la menor duda, pero aquello resultaba difícil de digerir.

—Bien, Mijaíl te ha pedido que cuides de Misha porque está vivo —le miró de nuevo—, y tú has tratado de localizar a los hijos de puta que podrían haber dicho algo, pero están muertos —recalcó la última frase con un claro énfasis—; sólo nos queda Menjou, y de esa avispa no se sabe nada.

—Nos movemos en un mundo extraño, Alex, no somos un operativo corriente, tal vez nuestra forma de trabajar se parezca a la que utilizan los otros servicios de espionaje, pero en el fondo nuestra labor consiste en algo bastante diferente. Cualquier mierda puede permitirnos tomar una ventaja sustancial sobre el enemigo, nuestra

gente es capaz de sortear escollos impensables para un ejército, acercarnos hasta hacer sentir nuestro aliento en su nuca sin que se de cuenta de que estamos allí; batallamos en una guerra sin cuartel ni treguas, bajo la apariencia de otra, como las de siempre, en la que los esquemas se repiten y modifican para volverse a repetir otra vez. La guerra bacteriológica, la nuclear, cualquier forma de guerra se ha quedado vieja ante la forma que tenemos de trabajar. Introducimos fuerzas pequeñas que golpean de forma quirúrgica en los puntos neurálgicos; a pequeña escala deformamos grandes estrategias y obligamos al mundo a moverse a nuestra conveniencia, somos los peones de un enorme ajedrez, y como peones somos prescindibles...

—¿A qué viene esto?

—A que nos embotan la cabeza con grandes misiones, con complejos entramados que nada tienen que ver con la esencia de nuestra función. Poitier, Daumier, Castellet, Mijaíl, tú y yo mismo sólo somos peones, meros eslabones secundarios de una cadena que desconocemos porque no interesa que sepamos lo que somos. Mijaíl lo sabía y por ello siempre resultó difícil de controlar, y por esa misma razón han acabado con él.

—Todos están muertos, incluso Menjou...

—Piensa en el ajedrez, piensa que tras los peones hay alfiles, caballos, torres, rey y dama...

—Lo siento pero me estoy perdiendo —admitió Alex—, tal vez no tenga conciencia de lo que realmente soy, sólo sé que alguien se está encargando de nuestros hombres en esta puta capital y que vamos a contestar. A los franceses se los ha podido cargar la misma gente que nos está jodiendo a nosotros, o parte de ellos mismos, sólo eso...

Igor sonrió como única contestación.

—No me jodas Igor, el crío de Ajmàtov tiene una información que te parece vital, pero nadie se ha puesto a buscarlo salvo tú —le apuntó con su dedo.

—No lo sabemos.

—...sta sí que es buena...

—¿Cómo dices?

—Que te estás precipitando y que yo me he dejado encandilar con tus chorradas como un idiota.

Durante un breve espacio de tiempo no dijeron ni una palabra.

—Lamento decirte que puede que Misha siga tranquilamente mirando la tele o leyendo revistas, o metiendo mano a adolescentes, como hacen los chicos de su edad —hizo una larga pausa mientras encendía otro cigarrillo y ofrecía uno más a Igor—, por un momento pensé que tus argumentos eran más sólidos, que lo que estaba ocurriendo con la gente de Menjou tenía que ver con alguna operación lanzada desde casa o algo por el estilo, pero tus piezas no encajan como es debido, la actividad del

Bureau y tanta muerte tiene que ver con algo que se pondrá en marcha en breve, y sé lo que me digo.

Tsvietaiev estaba perdiendo su partida particular; sentía en su interior que su compañero se equivocaba, pero le dejó continuar.

—El Bureau y parte de los nuestros se van a merendar a los independientes, el jaleo empezará en breve. Como te he dicho antes, estamos en alerta máxima. Heracles va a sufrir una convulsión esta misma noche y en el juego están los del Bureau metidos hasta los calzoncillos, cubiertos por los yankees. Castellet era un enlace, y a falta de una mejor información, su muerte se ha debido a un ajuste porque a su lado encontraron el cadáver de uno de los hombres de Dumas. Poitier trabajaba manteniendo abierta la línea no oficial del Bureau con las familias y ha cascado en mitad de una refriega, y Coubert estaba teóricamente dado de baja del servicio activo, pero se encargaba de afinar la intendencia que permitirá al dispositivo francés ponerse en marcha esta noche. Te has quedado sin piezas —hizo otra pausa, más calmado, para continuar—, creo que has hecho el viaje en balde... Igor se revolvió en su asiento.

—...con esto que te digo me estoy jugando los huevos... —dio otra calada al cigarro—. Sospechamos que tras la eliminación de los nuestros se encuentra el propio Bureau en un intento por sopesar la integridad de nuestras fuerzas. Te han jodido del todo, Igor... entiéndelo —aquellas palabras se posaron como una losa de piedra sobre la mente de Tsvietaiev—; aquí nos estamos preparando para una noche caliente, hoy hay luna llena y será factible desplegar una unidad móvil que ampare a media docena de zelotes que actuarán sobre las entrañas del propio Bureau; ya están aquí —hizo un gesto rotundo con sus manos—, no hay hueco para tí.

París era zona de guerra, había elegido un mal momento para ayudar a Mijaíl, así son las cosas; necesitaba tiempo y protección hasta hallar el mecanismo que le permitiera continuar. Permanecía callado, escuchando las palabras de Alex sin mover un sólo músculo; sus piezas sí encajaban pero no podía decírselo. Misha estaba actuando... no le cabía duda.

—Necesito un poco de tiempo... —aquellas palabras surgieron con una fuerza inusitada.

—Igor, tienes que salir de aquí o te harán pedazos —Gagarin gritaba ahora como un poseso ante el empecinamiento del que fuera su superior.

Necesitaba tiempo y lo iba a conseguir a cualquier precio.

—Puedes hacerlo, Alex, —le miró directamente a los ojos—, debes hacerlo... recuerda lo que hice por tí en Praga —su voz se volvió dura.

.....



—Maldito hijo de puta, sabía que tarde o temprano acabarías recordándomelo...  
—había un cierto tinte de amargura en su voz, idéntico al que cubría la mirada de Igor.

—Lo siento.

Alex se envolvió en un silencio del que parecía no iba a salir sin ayuda.

—¿Me ayudarás?

El agente se tomó tiempo para contestar.

—Cuenta con ello, pero ya no habrá deudas de juego, ¿me entiendes?

—De acuerdo.

(1997)

La crepuscular estepa rusa pasaba delante de sus ojos a través del cristal helado del vagón, enmarcada en el vaho que empezaba a empañarlo lentamente, mientras se adentraban en la taigá repleta de bosques de abedules desnudos, como esqueletos grises y sin vida. Miró hacia su lado y observó la cabeza tambaleante de Stenness quien llevaba un rato dormitando, acunado por el vaivén continuo que provocaba el paso del tren sobre la vetusta vía. Afuera, en el pasillo que recorría de parte a parte el vagón de primera clase, Croft y Lambers hacían guardia envueltos en sus abrigo. Habían dejado atrás la populosa Cheliábinsk desde donde partieron. "Capitán América" había creído conveniente poner la misión en sus manos, una delicada deferencia que no acertaba a asimilar del todo; no le caía bien el viejo, y él lo sabía muy bien. Su preparación universitaria le había granjeado algunos disgustos entre los hobos, quienes miraban mal a los que como él habían salido de la academia y llegaban alto sin patear las calles. Estaba acostumbrado a las zancadillas que le regalaban de vez en cuando los que se creían algo por saber utilizar una pistola, sin embargo estaba convencido de que su trabajo resultaba útil al engranaje; entretenido y rutinario, se dedicaba la mayor parte de las veces a meras tareas de análisis de datos y a cubrir, posteriormente, con elucubraciones lógicas las lagunas que surgían después de cada misión; los de a pie no valoraban suficientemente aquella labor metódica que les salvaba el culo de cuando en cuando, aunque bien mirado tampoco tenían por qué hacerlo. Sin embargo recordaba poco de su último trabajo, Talking Head se había encargado de borrar la información importante para evitar posibles filtraciones que resultaran engorrosas.

Hacía calor en el interior de aquella unidad de primera clase. Por un instante pensó en el hombre que estaba en el compartimiento contiguo, y también pensó en lo que le esperaba mientras la oscuridad de la noche subártica comenzaba a lamer el territorio que se veía desde la ventana, cruzado por caminos de barro, alguna carretera descuidada y chozas de troncos de madera que aparecían entre vallados tan viejos como la historia del país que recorría el pequeño convoy. La nieve mostraba en su

superficie las hondonadas rectangulares que ocultaban los infinitos huertos con los que la población de aquellas zonas semidesérticas complementaban los pobres salarios o la sencilla pobreza que había engullido a la Rodina Rossiya desde el aperturismo oficial. Un gigante cuando se desmorona deja huellas como las que ahora veía, un paisaje yermo y sin ilusión que se mostraba blanco anacarado, violeta rojizo donde los últimos rayos del sol acariciaban la superficie nevada; de haberse comportado mejor la historia con aquel pueblo, allí mismo habría de apreciarse una riqueza que latía en realidad bajo la superficie y que por razones extrañas no había podido aflorar, aplastada por eras de hambre y de miedo, y, ahora, por la oscuridad que ganaba terreno. Pensó en el interminable paisaje gris de las afueras de Moscú, atestado de enormes edificios de apartamentos que digerían hombres y mujeres de carne y hueso que pasaban penurias por haber creído. Conocía Rusia desde los libros, las diapositivas, los informes, pero nunca había estado en aquel territorio magnífico. Rusia era una presencia constante en su mente desde que se encargó oficialmente de East Wind, debido, sobre todo, a su magnífico conocimiento del idioma de Tolstoi, una chiquillada de cuando tenía catorce años y decidió que su futuro se hallaría en las letras. Nesbit, su profesor en el instituto, le ayudó a comenzar el difícil camino que concluiría en la universidad, tras haber consumido toneladas de libros de poesía y narrativa rusa —poco asequibles en las reacias librerías de Vermont—, y tras haber degustado inolvidables pasajes musicales compuestos por los clásicos románticos rusos. Primero el conocimiento de la lengua traducida y los sonidos aprendidos, más tarde el sumergirse directamente en el dominio del idioma, del vocabulario, mientras comenzaba los estudios de graduación en Política Exterior para intentar llegar a ser lo que soñaron sus padres. Tiempo más tarde, cuando aquel afán por aprender le llevó a trabajar como traductor para la Ansil Lib. Editorial, fue cuando le convencieron para que atisbara la posibilidad de colaborar con el Gobierno. Pasó por alto el espacio de tiempo que invirtió en el Departamento de Defensa —al poco de terminar el servicio militar—, antes de su ingreso en la Agencia de Inteligencia Naval, primero, y en el CDFC después. Y volvió a pensar en el puesto que ocupaba en aquel preciso momento a pesar de los pocos motivos que tenían sus superiores para confiar en él. Conocía las tradiciones rusas, su idioma, su historia..., era un pensador, un intelectual al que le aterraba siquiera pensar en disparar un tiro mientras se refugiaba en su grupo de trabajo, en sus ordenadores y en sus fichas. No hacía demasiado tiempo habrían elegido para el mismo puesto a algún oficial que hubiera estado, al menos, en la Embajada en Moscú, ahora ya no hacía falta. Los adelantos electrónicos, la extensa información sobre cada uno de los recovecos orográficos, poblacionales, etc..., la cantidad ingente de diagnósticos, de estadísticas, de informes precisos, suplían el conocimiento directo; la red de satélites y aviones espías que recorrían a diario la superficie de Rusia podrían fotografiar a Yeltsin en calzoncillos en el mismo Kremlin,

mientras tomaba un vaso de vodka, y nadie se daría cuenta. La ventaja técnica había destronado a la experiencia de campo, y para él aquello era un paso hacia atrás, y más desde que había sentido lo que había percibido nada más llegar al aeropuerto, aquello difícilmente lo podían describir las fotografías ni los informes, ni tan siquiera los libros, aquello se metía dentro y de esa forma sí resultaba posible emitir dictámenes y proponer acciones como requerían de su función en Boulder.

Rusia parecía débil, sólo lo parecía. ...l era americano y entendía perfectamente la razón que había llevado a la superpotencia a aquel descalabro económico y político que la engullía sin ningún tipo de reparo y que en casa sabrían aprovechar en el momento preciso, sin embargo, desde que había llegado a Moscú sólo había visto tristeza, y la tristeza cuando se afinsa en el corazón de los pueblos es muy parecida a la muerte.

Sintió cómo la locomotora se detenía por un periodo de tiempo indeterminado —rechazó la idea de mirar el reloj— y dejó de pensar en Rusia hasta que pasado éste, el convoy volvió a ponerse en marcha con una fuerte sacudida, momento que aprovechó Croft para anunciarle que acababan de recibir la orden tan esperada. Volvió a recapacitar sobre la misión que le habían encomendado, , un hombre por un hombre y escuchar, sólo eso; un pacto era un pacto y confiaba en que se cumpliera, sin embargo aquella intuición no le tranquilizaba lo más mínimo. Cuatro hombres en territorio enemigo, a merced de lo que quisiera la hospitalidad rusa, sin cobertura ni salida trasera. Boulder los había elegido a ellos para llevar a cabo un trabajo especial por el que el propio Palmer había tenido la deferencia de acercarse, de materializarse a través del teléfono y abandonar la leyenda que lo envolvía para hacerse audible a los oídos de sus hombres. No veía al viejo "Capitán América" desde hacía un año, a pesar de que compartían el espacio del recinto fortificado. Las misiones siempre las ordenaba el anterior en grado y jerarquía, nunca el jefe; las reuniones siempre se planteaban entre los responsables de los diferentes áreas con el directo superior... así eran las cosas y así seguirían siéndolo.

Zachary J. Palmer era un sujeto astuto, su fama de hombre inteligente y capaz le había llevado a ocupar el puesto que desempeñaba tras demostrar que tenía arrestos suficientes para enfrentarse a quien fuera. Aquella soberbia propia de los que han tenido que ganarse a pulso un lugar entre los grandes, le había originado graves problemas con el engranaje político de Washington. Palmer creía en lo que hacía y sabía muy bien cómo sortear cuantas dificultades salían a su paso, pero estaba viejo, todos lo notaban, él mismo también, y por ello hacía tiempo que no se prodigaba en reuniones ni en cortesías. Apenas salía del búnker gigantesco de Boulder y siempre lo hacía para jugar alguna mala partida con sus oponentes en el Pentágono o en el Congreso, ni siquiera había querido supervisar las nuevas instalaciones en New

Mexico. El Presidente confiaba en él y aquella confianza le bastaba para continuar en su puesto, pero todos sabían que no iba a durar.

Volvió a perder la mirada en la oscuridad reinante afuera, mientras el solitario vagón era arrastrado por una locomotora diesel de cerca de 3.750 c.v., capaz por sí sola de llevar tras de sí a una veintena de vagones como aquel en el que viajaban a buena velocidad.

Habían desembarcado en Moscú hacía un par de días, y cierto era que en su breve estancia en la capital rusa las autoridades se habían desvivido por atenderles convenientemente. El día anterior habían subido a un Antonov militar que les había llevado hasta Kíev, lugar en el que hicieron transbordo hasta el pequeño aeródromo de Kurgan, al noreste, en un helicóptero también militar. Desde allí habían viajado en automóvil hasta Cheliábinsk durante varias horas, desandando camino, como si tanto ir y venir tuviera como fin el distraer a alguien o a algo, para una vez llegados a la enorme ciudad cercana a la frontera sur con Kazakhstan, embarcar directamente en el extraño tren de un solo vagón y su locomotora. Ni una palabra, nadie había dicho nada, ni civiles ni militares, nadie había tratado de hablar, tampoco, con Afanásiev, el hombre del otro compartimiento, el coronel ruso.

Unos pensamientos le llevaron a otros y sin querer se encontró acariciando el viejo sueño de retirarse a una granja en Idaho, con Patty y Neil junior, juntos para poder disfrutar de un descanso bien merecido. Miró de nuevo al interior del camerín en el que se hallaba y retornó pesadamente a la realidad. La decoración era artificiosa, olía a Rusia por los cuatro costados: mamparos de plástico simulando láminas finas de roble; cuero sintético, desgastado, en los incómodos asientos rellenos de goma espuma; una zafia alfombrilla, también desgastada, en el suelo, una televisión desconectada, arriba, cerca del techo. Letreros en cirílico y en inglés... Rusia era así —pensó—, un artificio que a duras penas se sostenía sobre débiles perchas. Se encontraba entumecido y se incorporó para estirar la piernas, y sin querer golpeó a Daniel quien seguía durmiendo como si tal cosa. Abrió la puerta del compartimiento y buscó a sus hombres al final del solitario pasillo.

—¿Queda poco?

—No lo sabemos, el oficial que acompaña a los maquinistas sólo nos ha comunicado que se acababa de recibir la orden —Croft alzó los hombros mientras Lambers miraba su reflejo a través de los cristales.

—¿Estáis cansados? —sonrió al ver el aspecto de sus hombres.

Lambers contestó:

—No más que de costumbre.

—Steness está durmiendo y quiero hablar un momento con el ruso. ¿Quién me acompaña?

Croft, el individuo grandote y de raza negra le siguió a unos pasos mientras golpeaba la puerta del camerín en donde se encontraba el coronel. Allí, en el pasillo, volvió a notar el frío que se le metía entre la ropa y agradeció la compañía adjudicada por su departamento, aquellos tres hombres que se encontraban a su lado valían su peso en oro, Croft unas cuantas libras más.

Una vez dentro tomó asiento frente a la figura menuda que se encontraba allí, mientras Croft franqueaba la puerta con mirada ausente, el mismo tipo de mirada que le dispensó el hombre enjuto y ceniciento que se encontraba enfrente y que comenzó a hablar inglés con un acento rasgado y duro en las erres.

—¿Por qué no me da una pistola y me deja terminar con todo esto de una vez? —levantó las manos esposadas a una cadena que las unía a los pies. Le observó con tristeza y el ruso lo percibió.

—Usted parece tener sentimientos, deme una pistola y déjeme en paz durante un par de minutos, no tardaré más.

—No puedo hacerlo, lo sabe —contestó mientras trataba de ser amable en aquella situación que le parecía profundamente lamentable.

El ruso no le hizo caso y siguió mirando desilusionado por el cristal, los brazos depositados en su regazo y los ojos clavados en un lugar lejano, inalcanzable.

—Sabe —comenzó a hablar sin girar la cabeza—, este es mi último tren, mi último viaje, la patria no quiere traidores...

El ruso movió la cabeza para mirar hacia el suelo, hacia la clónica alfombrilla que se repetía en cada uno de los nueve compartimientos de que disponía el vagón. Hammond pensó en aquel momento en el largo interrogatorio que le había llevado a sentir un cierto afecto por el taciturno oficial del Servicio de la CEI que tenía sentado delante.

—¿Me da un cigarrillo? —sus ojos brillaron por un instante.

—No fumo, ya lo sabe —Croft ya había adelantado su cajetilla.

—¡Gracias! —sonrió ligeramente.

Afanásiev se concentró en el humo y el aroma que llenaba su boca y apuntó con los dedos que sujetaban el cigarro hacia la cara del americano, balanceándolos ligeramente mientras fruncía el entrecejo.

—Nada ha cambiado, y lo que es peor, nunca cambiará. Usted no puede comprenderlo —dio otra calada que guardó como un tesoro en sus pulmones hasta que emergió por las fosas nasales—. Los lobos no pueden convertirse de la noche a la mañana en perros, pueden parecerlo, sí, pero nunca dejan de ser lobos, lo llevan en la sangre —arrugó la nariz y entrecerró los ojos, escrutándole.

De nuevo el pensamiento le llevó a la sala de interrogatorios de Boulder, a las largas charlas que habían desenmascarado secretos celosamente guardados que ahora no recordaba, y que le sirvieron para configurar East Wind. Sin embargo sí re-

cordaba la rotunda negativa del ruso por dar razón sobre los operativos humanos desplegados en Norteamérica, y aquella terquedad le había sorprendido hasta que comprendió que Afanásiev trataba de cambiar algo sin quemar a sus amigos.

—Le ofrecimos un asilo que rehusó...

No le dejó terminar.

—Me cree estúpido —sonrió tristemente, con un mohín de resignación en su cara cruzada de arrugas. Los lobos existen en todos los lugares del globo, nunca he creído que América fuera diferente a mi país, o a cualquier otro. Mientras exista un hombre que quiera el poder para aplastar a alguien, para dominarlo, el lobo que lleva dentro aflorará aunque parezca perro. ¿A visto alguna vez cómo cazan los lobos?

—No

—Lo hacen rodeando a su víctima y emplean para ello todo el tiempo del mundo.

—¿Y...?

Afanásiev parecía perdido en el interior de algún oscuro lugar, lejano, como si estuviera viendo una escena que ocurriera frente a sus ojos y que no podía percibir Neil.

—Yo las he visto...

—¿A quiénes?

—A las víctimas de los lobos, a muchachos y muchachas sentados en sus bancos de madera, desnudos, cubiertos por viejas máscaras de gas que les protegen únicamente de su propio miedo...

—No le entiendo...

—No me extraña, a veces yo tampoco lo comprendo.

El coronel Afanásiev luchaba con sus propios fantasmas desde que se entregó al CDFC en Dublín, y seguramente fueron ellos los que le animaron a tomar la decisión de abandonar las filas de su Servicio. Aquellos fantasmas que de cuando en cuando habían aflorado a través de las conversaciones que había mantenido con él, no eran sino el algo que había tratado de cambiar sin conseguirlo.

—En occidente todo es distinto, se nota.. —Hammond le dejó continuar sin interrumpirle—. Los he visto, créame, esperando mientras los lobos los rodean para darles caza.

Aquel algo que quería cambiar le había vencido, los fantasmas le habían derrotado, aquellos amigos a los que quería preservar seguían en su lugar, intactos, usurpando el esfuerzo de aquel hombre por ayudarlos. Consumió el cigarrillo en pocas caladas, como si cada una de ellas fuera la última, mientras el vagón se movía de lado a lado, cabeceando una vez ganada la velocidad de crucero que les llevaría a la cita programada.

Los Estados Unidos de América habían visto en aquel hombre una pieza útil y habían querido salvaguardarlo hasta que se barajó el nombre de Osprey y la maldita

conversación; él había sido el emisario de la propuesta tantas veces planteada y siempre rechazada, y ahora iban a canjearlo, así de sencillo.

—Mi país le dio garantías, no sería usted el primer caso... —Hammond retomó su propio diálogo.

—No siga Neil —Hammond agradeció que le hablara por su nombre—, se que usted cree en su puñetera patria como yo creo en la mía —bajó el tono de voz hasta que apenas fue algo más que un susurro—, no soy un traidor, soy un patriota, un patriota que ha tratado de cambiar el mundo a su manera... porque no conoce otra y que ahora resulta molesto a los que pretenden que todo siga como está —levantó la cabeza de nuevo.

—Sin embargo, cuando nos propusieron su vuelta a casa...

—Usted también es un patriota que sirve a su gente como mejor puede, déjelo estar —la mirada que le dispensó era dura y triste—, llévase al Mayor Osprey, les hará falta.

Se sintió molesto por las palabras de aquel hombre que parecía recorrer los últimos metros de una carrera que sólo él comprendía, y aquel afán por que le dejara a solas se le incrustaba en el alma, sin llegar a entenderlo del todo, ni siquiera en parte, y maldijo el trabajo de Talking Head y las lagunas que le había producido. Las largas horas de convivencia en aquellas cuatro paredes grises de la sala de interrogatorios, las cajetillas de cigarrillos, las discusiones con los superiores y el ajeteo de la revisión de informes y cotejo de datos vertidos, siempre verdades, siempre incompletas, le habían llevado a una situación que le había puesto al límite de su propia capacidad operativa, al menos eso sí lo recordaba. Una extraña amistad había surgido de la nada, un hermanamiento pernicioso con el enemigo. El ruso observó en su cara aquella maldita sensación que no le dejaba ni a sol ni a sombra desde hacía varios meses, cuando a través de sus palabras había comprendido que se trataba de un hombre que había perdido la fe en sus ideales, o que tal vez los había sustituido por otros, y que en el fondo sabía de un secreto del que no había querido hablar ni sujeto a la hipnosis, ni bajo la acción de los fármacos, ni bajo las exploraciones a las que le habían sometido los chicos mejor preparados de Boulder. Afanásiev era un secreto cerrado a cal y canto por propia voluntad, y aquella voluntad seca era la que le producía el desasosiego; ni en aquel maldito instante en que recorrían los últimos metros iba a cejar en su idea de callar lo que sabía, y aquella certeza le hacía todavía más amargo el trago que se avecinaba.

—Déjelo Neil. Este es el expreso a ninguna parte, al menos en lo que me concierne —ladeó la pequeña cabeza—. Usted continuará camino, conozco a mis superiores, siempre cumplen su palabra, tienen... cómo decirlo... un cierto sentido del honor —volvió a sonreír tristemente mientras él pensaba de refilón en aquellos presos

que esperan en el corredor de la muerte y que lo dan todo por perdido mientras miran al objetivo de una cámara que retrata sus últimos momentos.

Afanásiev era un tipo raro. La fortaleza mental de que hacía gala no encajaba con su aparente acto de traición. Aquello molestaba bastante en la cúpula y fue una de las razones que originaron el desmesurado interés por mantenerlo en casa, y más cuando fue barajado su nombre como elemento a canjear durante el transcurso de la misión. Palmer ocultaba algo referente a aquel hombre. Palmer siempre ocultaba algo, sin embargo lo dejó marchar, custodiado por tres agentes y un intelectual analista que debería definir la siguiente línea de acción una vez hubieran recogido a Osprey.

—Déjeme que interceda por usted.

—¿De qué serviría?

—Usted podría seguir vivo, sin que le tocaran, hasta podría volver de nuevo si reconsiderara...

—¿Está loco? —aquellas palabras le tocaron muy hondo, Palmer le había encomendado llevar a buen puerto la misión, y en ella iba incluido Afanásiev, si no encontraba garantías sobre su seguridad abortaría todo aunque le fuera la vida en ello, ni quince Osprey valían lo que un Afanásiev.

—Está loco —aquella afirmación tajante le recordó que tenía enfrente a uno de los mejores agentes telépatas del viejo Grupo de Kalinin, ahora Servicio de la CEI, y que cada pulsación de su cerebro era anotada en la pequeña cabeza del coronel. Valerii Afanásiev pidió otro cigarrillo a Croft quien le ofreció una cajetilla entera de Chesterfield, recién sacada de su chaqueta.

—Tal vez me suicide con ella —le dijo mirándole a los ojos.

—Lo dudo —contestó sonriendo Croft.

Dio una profunda succión al nuevo cigarrillo y miró a los ojos de Neil Hammond. Señalando a Croft:

—Le ve..., él sí sabe de qué va la cosa...

Neil miró la cara oscura de su agente sin comprender del todo mientras Valerii continuaba:

—...esto es un trabajo más, sólo eso...

Neil pareció no comprender, una vez más, lo que trataba de decirle el ruso.

—...si me acepta un consejo —vaciló— yo que usted abandonaría antes de que fuera tarde. Cómprese la granja que tanto desea y piérdase en cualquier pradera de Idaho, y dedíquese a traer hijos para que su patria se haga la ilusión de que podrá despedazarlos en cualquiera de los múltiples teatros operacionales que inventarán para seguir pareciendo perros que velan por la libertad, y luego enséñelos a discernir los aullidos de los dirigentes, y a defenderse de sus patrañas y sus mentiras. Hágame caso. Cumpla con esta misión y deme por perdido. Cumpla con sus superiores y pida



la baja, es una buena persona y tarde o temprano también acabarán con usted si se deja —realizó una profunda inspiración—; y ahora, si me permite, déjeme seguir disfrutando en soledad de la oscuridad que reina ahí fuera.

Perdió la mirada en el mismo oscuro lugar, invisible a través del cristal que devolvía el reflejo de un buen hombre que tenía las horas contadas y el rostro ajado por infinidad de heridas, y que sujetaba entre sus huesudas manos encadenadas una cajetilla de tabaco americano; no volvió a decir palabra.

Ya en el interior de su compartimiento bajó la ventanilla para que el gélido aire invernal le devolviera lo que había dejado en el camerín contiguo, en manos de un hombre deshecho que le había recordado sus viejos fantasmas, y pensó en un Neil Hammond que apenas se diferenciaba de Valerii Afanásiev y que delataba los pormenores de los oscuros entramados pergeñados en Boulder a un agente joven, del equipo de Inteligencia y Análisis del Servicio de la CEI, en un Moscú atemporal, o en el propio interior de la Central de Kalinin. Tal vez Osprey tuviera más valor del que pensaba.

(1998)

Llevaba un buen rato esperando en las cercanías del domicilio de Therrier. Jean Luc era un hombre de hábitos fijos, siempre salía de casa a las ocho y diez acompañado de su esposa, ambos se dirigirían después hacia sus respectivos trabajos, ella en autobús y él en su lujoso BMW serie 5 que descansaba en el interior del garaje adyacente al portal, antes Jean Luc siempre compraba los diarios matutinos en la esquina. Faltaban exáctamente dos minutos para que apareciera con uno de sus flamantes trajes, embutido en su abrigo, por el dintel de la puerta, junto a la despampanante Claudia. La gente se movía apresuradamente bajo la suave cortina de nieve que no había dejado de caer desde antes de haber despertado, a eso de las siete. Había dormido bien, pero seguía albergando serios recelos sobre el asunto que tenía entre manos; con la luz del día, los hechos analizados el día anterior cobraban una nitidez diferente a la percibida la tarde pasada; durante el corto trayecto en taxi que le había llevado hasta las cercanías de la vivienda de Jean Luc, había recapacitado al respecto y había comenzado a sopesar que el interés de la firma Barrat estuviera centrado en la mujer, único punto que quedaba sin contrastar, pero no entendía el por qué de tanto barullo alrededor de la investigación. Primero hablaría con Jean Luc y más tarde, a eso de las nueve, trataría de ponerse en contacto con su cliente, la señora Daumier; de una forma o de otra, quería ofrecerle una respuesta como había prometido. Llevaba las fotografías en el interior del guardapolvos que ya le calaba la chaqueta en la zona de los hombros.

El abogado apareció al fin, junto a su esposa. Se separaron tras darse un breve beso de despedida. Se puso en acción.

—Jean Luc, Jean Luc...

En un par de zancadas recorrió el espacio que les separaba. Therrier se mostró sorprendido y Claudia miró hacia atrás sin dejar de caminar:

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que hablarte y no he querido hacerlo por teléfono...

—¿Algún problema?

—Uno, y serio; si te parece hoy te invito al café yo, y me prestas un poco de atención.

—Tendrá que ser rápido, a las nueve tengo que personarme en el juzgado —los dos hombres avanzaban bajo el paraguas rojo y enorme del abogado, con dirección al pequeño establecimiento de la esquina.

Buscaron refugio en el café que lindaba con el local donde Therrier había comprado Le Monde, Le Figaro y La Republique —demasiados periódicos para el gusto de Gamboa al que le bastaba ojear los titulares de Le Figaro o de cualquiera otro que se le pusiera a tiro, porque no compraba nunca diarios salvo que le hicieran estricta falta—, y se colocaron enfrentados a la barra.

—Mira esto —Rosario le tendió el sobre grande que contenía las fotos de Daumier y su amante.

—¿Ya las has hecho?

—No, estas pertenecen a mi cliente.

Jean Luc reconoció al objetivo entre las piernas de la mujer.

—Pero... —titubeó— parece Daumier...

—Es Daumier, y es el problema del que te he hablado. Mi cliente es la esposa del hombre al que tu cliente quiere ver fotografiado. Ella busca razones para su divorcio y lo de tu cliente no lo tengo tan claro.

Therrier había encajado mal la información y se había quedado lívido sin tocar siquiera la taza de su café.

—No lo entiendo, Rosario, te juro que no lo entiendo. Barrat en persona me pidió que consiguiera hacer esas fotografías de Daumier y la chica...

—Nos queda una posibilidad, tal vez ella no sea ella, me explico, tal vez tu cliente quiera datos sobre ella y no sobre él, en ese caso...

El abogado se estaba perdiendo y su cara de asombro le delataba.

—Perdona «Chato», no te entiendo.

Rosario comprendió que sólo complicaría más las cosas intentando explicarle a su amigo lo de la doble identidad de la mujer, y comenzó a tomar más en serio la consideración que tal vez se hubiera equivocado al pensar que Anäis y Olga fueran la misma persona y que el señor Barrat, propietario de la firma Barrat, estuviera siguiéndola a ella y no a Daumier, ahora la cuestión ofrecía una mejor panorámica.

—Déjame un par de horas, te llamaré al mediodía al despacho, y trataré de asegurar la información que sigue sin encajarme...

—No sé de que me hablas...

Gamboa golpeó cariñosamente la espalda de su abogado mientras salían del café con dirección al garaje situado en los bajos de la casa donde vivía Jean Luc.

—Hazme caso, de momento no te preocupes, déjame ese par de horas y verás como para el almuerzo tenemos las cosas un poco más claras.

Therrier seguía lívido, extrañamente lívido bajo el paraguas.

—Mejor lo dejas Rosario, abandónalo hasta que hable con ellos.

—¿Hay algo más?

—Sí, pero aparentemente no tiene nada que ver con esto, te lo juro...

—¿Entonces?

—Creo que nos hemos metido en un buen follón, «Chato», y creo sinceramente que lo mejor que podemos hacer es quedarnos quietos de momento.

—¿Y el plazo?

—A la mierda con el plazo —Therrier había logrado recuperar la compostura y ahora parecía enfurecido por dentro—, ¿te acerco a algún sitio?

—No, gracias, tengo que comprar papel fotográfico y la tienda me pilla cerca de aquí.

—Como quieras.

El abogado se perdió tras el portón de entrada a los subterráneos donde dormía su coche y él se dirigió de nuevo hacia la tiendita donde Jean Luc había adquirido los diarios, no necesitaba papel fotográfico y sí un poco de aire en la cara, ahora que parecía que iba a dejar de nevar; había visto un libro de Ellroy que le apetecía comprar y leer, hacía mucho tiempo que no se sumergía en la lectura de un buen texto, y tal vez aquel día fuera el idóneo para retomar una de sus viejas aficiones. Dejaría la llamada a la bruja para primeras horas de la tarde y hablaría antes con Ariel; la auténtica identidad de la mujer que aparecía retozando con Daumier en las fotografías comenzaba a despertar su instinto dormido, y tampoco iba a desaprovechar aquello. Mientras cubría el corto trayecto que le separaba de la otra acera, un estampido seco, seguido de un fuerte ruido que retumbó a lo largo y ancho de la calle, le golpeó la cara advirtiéndole que sus problemas no habían hecho sino empezar, mejor sería dejar la lectura para otro momento. Miró hacia atrás, y por el hueco donde había desaparecido Jean Luc vio salir una oscura humareda mientras alguien gritaba en las cercanías del edificio que un coche había hecho explosión en el interior del garaje y que sería necesario llamar a los bomberos y a la policía.

Algún día tendrás que enfrentarte a ti mismo, y necesitarás vencer... Padre había sido un enigma para mí, un ser a caballo entre la extinción perpetua y el constante renacer, presente, distante, cernido en un espacio lejano del que era rey indiscutible y en el que apenas teníamos cabida, alejado del barro de mi infancia, los bloques nuevos de hormigón cubiertos de ladrillos rojos relucientes y la bola de cuero raído de Alfredo que pateábamos frenéticos después de la escuela, mientras soñábamos con los gritos de una afición que nos jaleaba desde las ventanas, entre las sombras de las mujeres que preparaban la cena, yendo y viniendo por las cocinas esperando a los hombres que agradecían la hospitalidad de la nueva patria desollándose las manos y rompiéndose los riñones. El barrio era entonces un hervidero de vida donde se mezclaban fragancias y sudores de diferentes latitudes y credos; y de sueños que me asaltaban cuando caminaba por sus calles y cuestas para acercarme a la carpintería y encontrarle trabajando con la sierra, el martillo o los formones, dando forma a grandes piezas de madera que en sus manos se convertían en armarios, sillas, mesas o camas de matrimonio. Todos los días le llevaba la tartera caliente y la botella de vino que preparaba madre, y me quedaba allí, quieto, mirándole, sabiéndole diferente a todos mientras acariciaba la última superficie lijada y se preparaba para comer dando rienda suelta a su imaginación y memoria hasta que me invitaba a volver a casa; era único y mío. Aquella había sido sin duda la gran razón por la que me resultaba imprescindible cuando niño, hasta que aquel magnetismo que me había mantenido apresado a su lado se disipó cuando el pasado le atrapó una tarde de agosto, convirtiéndole en un modelo fantasmal, inalcanzable, al que habría de enfrentarme en cada momento de mi vida y del que aún no había conseguido desembarazarme. Su presencia, el aroma rancio a larga jornada de trabajo, virutas, polvo y tabaco que despedía su ropa, sus ojos a caballo entre el cansancio, la tristeza emigrante y la alegría, el pasillo que recorría a largas zancadas hasta fundirme en sus brazos..., todo me sabía a regalo y cuento de hadas, hasta que aprendí a respetarle desde el silencio, como madre, quien había buscado amparo frente a la realidad bajo su paraguas, desplegado sobre nosotros para protegernos del mundo que conocía tan bien y que ella temía tanto; tan atada a él como yo, Gabriela era muy pequeña, andábamos los dos aferrados a la fuerza brutal que le mantenía vivo, contra viento y marea, como si la vida le resbalara por la espalda igual que lluvia, como si nada pudiera hacer mella en su coraje ni aplastarle, como si aquella invulnerabilidad que le era esencial pudiera sernos prestada sin dar nada a cambio. Tardé mucho tiempo en comprender que la espalda de padre ya estaba mojada cuando llovía, que vivía en las alturas porque el suelo le dolía, que aquellas magníficas alas doradas que le permitían volar no eran sino artificiales estructuras correosas, llenas de remiendos y tachuelas, surcadas de cicatrices viejas que no pudieron alejarle lo suficiente, que al fin cedieron para que su

**cuerpo mojado claudicara hasta deshacerse como un monigote de papel en un estanque.**

**©J&F Garzón y Ludotecnia ©J. A. Tellaetxe Isusi y Ludotecnia**

**Haz buen uso de este material.**

(1994)

AJMÀTOV ascendía por una leve vertiente cercana al río Hron —afluente del Duna que ya se veía a lo lejos—, cubierta de robles y matorral bajo cuando sintió un golpe seco en la espalda, comprendiendo de inmediato que había sido alcanzado por una bala. El proyectil le había atravesado el pecho de parte a parte, extendiendo por su cuerpo un dolor agresivo y punzante que avanzaba como una ola de calor, abrasando y saturándolo todo a su paso. No pudo ver a su oponente. Realizó un esfuerzo sobrehumano para controlarse y se dejó caer pesadamente, rodando entre los helechos y la nieve durante una veintena de metros, evitando un posible segundo impacto que podría haberle resultado fatal. El cabrón que había disparado no andaba lejos. Llevaba caminando un buen rato desde la carretera que subía de Stúrovo con dirección al puesto fronterizo de Esztergom en Hungría. Las instrucciones que había recibido le permitirían haber tomado contacto con el agente francés que se encargaría de llevarlo hasta Viena.

Paisaje nocturno en gris oscuro, plumizo, opaco como una mortaja que cubría en silencio una muerte anunciada. La reunión estaba prevista para aquella noche, en una casamata que había servido como cambio de agujas de la línea abandonada del ferrocarril. Apenas a cincuenta metros podía divisar la silueta compacta donde debería estar su contacto, y recordó las luces del puesto fronterizo que con tanto cuidado había tratado de evitar. Una graja aleteó precipitadamente, cerca, alejándose entre los árboles en vuelo raso y levantando una fina capa de nieve a su paso; la misma nieve que quemaba su mejilla derecha; la misma nieve que recibiría las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos, bajando lentamente, siguiendo rutas prefijadas a lo largo de los surcos que dibujaban las arrugas de su cara. Decidió entornarlos con cuidado, evitando en lo posible la luz de la luna y su reflejo en la alfombra de nieve. Vagamente recordó las recomendaciones de su instructor en Sajalin: “los muertos siempre tienen los ojos abiertos y están quietos”. Miró su reloj: las 22,30, el frío de la noche llenaba sus pulmones encharcados. No había escuchado el disparo, tal vez un silenciador en un arma larga.

Mientras aferraba con la mano derecha las cachas de madera de su vieja Makarov, atisbó por el rabillo del ojo derecho el suave vaivén de las ramas que se movían, arriba, contrastadas con la luna, el cielo gris y la cuesta infinitamente blanca por la que se había deslizado tras encajar el disparo. Hacía un rato que no nevaba. ¿Qué era lo que había fallado? Su mente se sumergió en los recuerdos de años pasados, recalando en la imagen del pequeño Misha correteando entre los árboles, de día, seguido a corta distancia por Kamut, la perra alsaciana, en el bosque de abedules cercano a la dacha. Tiempos remotos. Sus oídos percibían el leve crujido, magnifi-

cado, de las ramas, y maldijo en silencio la necesidad de seguir tendido en la nieve, lejos del Lada y en una que no le dejaba ver si se acercaba alguien. Esperaría a tenerlo cerca.

Bertrand —su contacto— no le había gustado desde el principio pero era la única carta que podía jugar tras haberlo agotado todo. Los franceses ya se la jugaron cuando lo de Katerina. Ahora resultaba tarde para hacer nada más. Sin raíces la decisión había sido sencilla de tomar. Nada le ataba ya.

Los segundos de espera se hicieron interminables.

Crujidos de calzado pisando nieve, y bajando; suaves al principio, nítidos al fin. El tacto de la pistola le animó a seguir tumbado, y quieto, a la espera, con los ojos bien abiertos y enfocados sobre un pequeño tocón ramoneado por el viento y la intemperie. Si todo salía bien pronto estaría en el coche y con un poco de suerte podría conducir el tiempo suficiente como para llegar a Stúrovo, no parecía haber perdido demasiada sangre.

El sonido era ahora más cercano y al cabo comprobó lo que suponía, que sólo era uno. Zapatos occidentales junto a su cara en el mismo instante en que accionó el gatillo de la pistola, ... nada. Sintió, o creyó sentir, un escalofrío mientras era movido bruscamente; el hombre buscaba algo y Ajmàtov sabía lo que era. Lo encontró en el bolsillo del anorak, en la cajita de las pastillas de cafenitrina. Mentalmente sonrió de forma lastimera; un microfilm resulta reconocible a simple vista pero nunca se sabe si su contenido es fiable hasta que no se visiona. Vieja trampa de perro viejo que al parecer iba a surtir efecto.

Arrastrado por los pies a través de la nieve, originando un profundo surco, se dejó hacer, tampoco podía impedirlo. Hacía un rato que no sentía las manos, ni las piernas, sólo la cabeza. Quiso cerrar por completo los ojos pero no pudo; una especie de fuerza hostil se lo impedía, como si el destino siniestro al que se dirigía se hubiera empeinado en que lo viera todo, y volvió a recordar las vagas palabras de su instructor en Sajalin.

El movimiento cesó por completo cerca de la ribera, entre unos juncos que sobresalían del hielo a duras penas, secos por el frío. El hombre que lo había arrastrado se alejó unos pasos. Tres culatazos, el grave quejido del hielo al romperse, sonido de agua, ... y otra vez pasos. Retornó con decisión, y con fuerza le arrastró de nuevo durante un corto trayecto hacia el agujero abierto en la dura capa blanca que cubría el Danubio en aquel lugar.

Frío. Pobre luz de noche mortecina que se desvanecía para engullirlo en un cieno líquido que lo absorbía todo. Apenas sintió nada. Una lóbrega penumbra le acogió bajo el hielo. Luces ambarinas de una vida cargada de ilusiones frustradas que se reflejaban en el hielo. Por unos momentos siguió pensando en su vida pasada, mientras se hundía; en los errores cometidos, en sus amigos, en Misha y en Katerina,

sobre todo en Katerina. Estaba perdido, el trabajo cuidadosamente elaborado durante varios años se había quedado en un pobre guiño al enemigo. Ni siquiera la cabeza...

“Igor, cuida de Misha”

(1995)

LA noche había sido gélida, y el frío le había obligado a esconderse en las inmediaciones del Skála-Metró; allí había pasado lo más crudo hasta que el servicio de vigilancia de los grandes almacenes había dado con él. «Ser un jodido mendigo tiene sus ventajas», pensó con alivio tras haber evitado caer en las manos de la policía a cambio de unos cuantos empujones y patadas. Había caminado durante largo tiempo con dirección al túnel de salida de agua del balneario Széchény, conocía bien el camino y llegó sin dificultad a pesar de que la precaria luminosidad que levitaba sobre la ciudad a horas tan tempranas impedía una correcta visibilidad, y la nieve, que cubría los suelos adoquinados y las calles, una buena estabilidad; pensó también en la necesidad de buscarse unas nuevas botas porque las que llevaba no tenían visos de aguantar mucho más.

Al amparo de la oscuridad había atravesado el Castillo, para meterse hasta el interior mismo de la red de desagües; otro poco más, esta vez ayudándose de una vela que debería ser sustituida en breve, al igual que las botas, y por fin localizó las escaleras enmohecidas y desgastadas de la época de los Habsburgo. Se animó a bajar con mucho tiento, agarrándose a las aberturas y rendijas que ofrecía la vieja mampostería de las paredes para evitar dar un trompicon que acabaría con sus huesos en el fondo del pozo que aparecía, ahora, iluminado ligeramente por la luz zenital que provenía de la herrumbrosa reja que separaba el colector de la calle. A lo lejos se escuchaba el sonido del agua del río golpeando ligeramente las paredes interiores del colector, y también el rumor de las ratas de Budapest buscando comida o cobijo, al calor del desagüe del balneario que durante el día permitía que la gente bien y los turistas jugaran al ajedrez dentro de las piscinas y termas. Se encontraba a unos siete metros de la salida.

Aquella poza ofrecía el suficiente calorcillo como para tomar un baño a una temperatura agradable; le hacía falta, en la calle hacía un frío de mil demonios y llevaba varios días amontonando porquería sobre su huesudo cuerpo. El balneario abrevaba el río por dos sumideros, pero él prefería este donde el agua era limpia, el general la enturbiaba pues llevaba también la mierda que salía del balneario, lo que le daba un desgastado aire insalubre. Budapest no era una ciudad sucia como Varsovia, pero como tantas otras ciudades gustaba de evacuar sus inmundicias y basuras precipitándolas al río, donde se perdían y oscurecían de forma irreparable la misma superficie que immortalizara el joven Strauss, en su vals, «claro que era otra ciudad



desde donde se veía, y otro río», no aquel que en primavera ofrecía un tono pardo nada apropiado a la degustación de la belleza de sus aguas desde los innumerables puentes que unían las dos poblaciones hermanas de Buda y de Pest.

Se afianzó en la repisa de piedra y se agachó quitándose con mucho trabajo los harapos con los que había pasado la noche, y el día, y sintió el frío entrando en los pulmones a través de los poros de su piel, mientras observaba a su alrededor con cuidado por si divisaba algún roedor demasiado hambriento y con talante agresivo, que los había, y del tamaño de un conejo. La bóveda devolvía los ecos que producía el agua al chocar contra las piedras centenarias. Las ratas se encontraban lejos, en el interior de la red de túneles, alejadas de la frialdad cercana al río y la luz del día, donde el agua tibia les permitía aguantar el frío invernal. Desde arriba, a través del tragaluz, caían goterones fríos que chapoteaban ruidosamente al contacto con el contenido de la poza y que él evitó con cuidado mientras buscaba un lugar plano donde agacharse.

Avanzó un poco más, pegado a la húmeda pared, y al tocar el agua dio un respingo. Introdujo lentamente los pies en la charca evitando caer al fondo lleno de porquerías sólidas que se amontonaban visiblemente desde su superficie. El lugar ofrecía espacio suficiente como para poder sentarse, aunque no lo hizo por precaución. Las ratas, siempre las ratas; uno no podía fiarse como tampoco de los humanos que pululaban como ellas por el interior de la vieja ciudad buscando en el fondo lo mismo: aquello que otros tiraban. Enfrente, el pequeño túnel de salida mostraba el hielo blanco, ahora azulado y violeta, que cubría la superficie del Danubio y que le recordó el mármol blanco que decoraba el salón del Ayuntamiento en el que durante tanto tiempo había servido como funcionario.

Aquel recuerdo le trajo otros, más agrios, teñidos por el odio al viejo sistema que había hecho de la delación y la insolidaridad, su razón de ser. Los tiempos habían cambiado, pero para él ya no tenían ningún sentido. Una falsa acusación de pensamientos liberales y a la puta calle. A nadie se le ocurrió pensar que era bueno como funcionario y que su lealtad al sistema había sido modélica aunque no creyera del todo. Putos rusos... Recordó el viejo chiste que decía de Hungría que era el país más largo porque los rusos habían entrado y todavía no habían encontrado la salida; habían salido, sobre el papel habían dejado a Hungría tranquila, pero lo cierto era que en el fondo seguían estando allí, en cada uno de los viejos esquemas que impregnaban, todavía, el talante y la forma de hacer de los húngaros. Sin trabajo, su mujer no quiso saber nada de él, y sus hijos menos, y más conociendo que el compañero sentimental de mamá les podría nutrir bien la despensa de embutidos y chucherías sacadas del estraperlo por unos cuantos forints. Íntimamente pensaba que aquel hijo de puta de Havel, el eslovaco, le había denunciado para quedarse con todo lo que tenía, que siendo sincero no era mucho, y pensó en su mujer y en la tienda de bragas y su-

jetadores que había regentado hasta que decidió quitarse las propias para mejorar su forma de vida. Le deseó suerte, como siempre lo había hecho; por mal que les hubiera ido, todos, ella, los chicos y él mismo, se merecían algo mejor, y él lo había encontrado en las calles.

Entornó los ojos tratando de ver el cielo de la ciudad de Budapest a través del enrejado que cerraba el techo de la bóveda. Se atusó la abultada barba gris y sumergió las manos en el agua templada que le llegaba casi a la cintura. Se mojó la cara y sonrió: a pesar de los pesares era un hombre feliz. El ruido del agua, y el movimiento de su cuerpo generaban multitud de sonidos que retumbaban a lo largo de las galerías y la bóveda, estaba solo y quería seguir estándolo mientras se despabilaba. Volvió a introducir las manos y tocó algo que en un principio le pareció una piedra. Palpó y comprobó que era una bota; tiró y descubrió que todavía estaba colocada en la pierna izquierda de su propietario. Con la mano derecha sujetó su presa mientras tiraba con fuerza de él. Estaba atascado entre unas ramas viejas que afloraban en la superficie de la poza. Se armó de valor y saltó con cuidado hasta sostenerse a duras penas entre las porquerías y detritus que decoraban el fondo, mientras el agua le llegaba al cuello. Tiró de nuevo del cadáver hasta soltarlo para acercarlo después a la repisa, y lo depositó allí mientras buscaba el comienzo de la escalera que le llevaría a su lado.

El cuerpo correspondía a un hombre de unos cuarenta y tantos, tal vez cincuenta, rubio, y que parecía ruso blanco. El anorak occidental que vestía —de buena calidad— borboteó aire mientras le daba la vuelta sobre las piedras; encontró la herida y comprendió entonces que los que le habían matado tenían prisa: el anorak había hecho de flotador. La corriente había realizado el resto.

Hurgó en los bolsillos y comprobó que estaba limpio. Su muñeca todavía llevaba el reloj, pero sería peligroso quedarse con él, empero se quedó con el anillo. Le abrió los labios y descubrió un incisivo de oro. Se secó la mano como pudo e intentó arrebátárselo por las buenas, abriendo del todo la dentadura, haciendo palanca con su navaja y rompiendo algunos dientes antes de que cediera. Pensó que no era cristiano aquel proceder y agarró la pieza con sus dedos —una buena funda podía valer mucho, magullada menos—. Con sorpresa sintió cómo el diente obedecía ante la presión y se soltaba dejando sobre su mano mojada otra pieza, de aluminio, de apenas tres milímetros de diámetro y cinco de alto que se alojaba directamente en el hueso. Sintió miedo. Lo que tenía a sus pies era el cadáver de un espía, o de algo peor, podría ser del propio KGB, la policía o las abundantes familias que dominaban la capital y que gustaban de pasearse en sus lujosos vehículos occidentales. Aplastó el anorak hasta quitarle el aire que aún tenía y lo introdujo otra vez en el agua escrutando cómo la sombra se desvanecía paulatinamente hasta tocar el fondo. De nuevo tuvo conciencia del frío y decidió, con el diente, el cilindro y el anillo en su mano, que lo

mejor sería vestirse y volver a enturbiar su mente apurando las últimas gotas de slivovitz que le quedaban.

Desanduvo el camino que le había llevado hasta allí, abandonando el refugio que le ofrecía la bóveda del colector, mientras el sol lo hacía en el horizonte brumoso de la ciudad.

(1995)

En el “Salón Azul” los asistentes a la reunión buscaron sus armas mientras se parapetaban tras la mesa ante lo que era una perfecta emboscada. Los guardaespaldas buscaron a sus jefes y formaron un cinturón alrededor de la puerta de entrada del reservado. Alguien del interior gritó:

—¡Ha sido ese hijo de puta!

Varias sombras negras, embozadas en pasamontañas y con subfusiles y fusiles en las manos avanzaban por la escalera principal mientras cambiaban y sustituían los peines de sus armas, agotados en las primeras plantas. Uno de ellos llevaba una granada en la mano.

Avanzaron por el largo pasillo, en formación de ataque, perfectamente coordinados y atentos a cumplir con la misión que se les había encomendado. La granada de mano recorrió los metros que separaban al grupo asaltante de la puerta de doble hoja que cerraba el reservado. Una segunda, lanzada desde un lanzagranadas adosado a un fusil automático, buscó hueco tras la explosión de la primera y acabó contra uno de los dragones, esparciendo fuego y metralla. Los hombres que todavía se mantenían en pie, repelieron con fuego de subfusiles y pistolas ametralladoras al grupo asaltante mientras eran abatidos. En el piso inferior el joven se sentía indefenso, anonadado, superado por la situación que estaba viviendo y gritaba agudamente para evitar el miedo que le atenazaba el corazón mientras su cabeza desataba una onda expansiva de una fuerza descomunal.

Aquella violenta emisión de energía habría bastado para terminar con una manada de elefantes y se abrió paso entre atacantes y atacados como una ola destructiva que buscaba un objetivo preciso en el último piso, en el interior del apartado en donde había tenido lugar la reunión. La potente descarga arrasó todo rastro de vida en el interior del “China”. Astillas nerviosas se desprendieron a velocidad de vértigo; una fuerza centrífuga desgarraba tejidos surgiendo desde el hipotálamo, avanzando con dirección al hueso, rompiendo meninges, circulando libre de trabas a lo largo de la columna vertebral, destrozando conexiones, separando uniones, sembrando la muerte nerviosa.

(1996)

Se había duchado y preparado para comenzar su primer día de trabajo tras varios días en la capital. Primero la visita a L'Espoir Café, la pequeña cafetería de la esquina, para degustar el café y el diario, como todos los días, charlando durante un momento con Silvie, la propietaria, hasta las ocho y cinco, momento en el que se perdería por las calles hasta llegar a la boca del metropolitano, en Pigalle.

—¿Eres el amigo de Nigel y Sally?

—¿Se nota? —había contestado sonriente.

—¿Que eres extranjero o que eres el amigo de esos dos tortolitos?

Lo cierto es que no pretendía parecer que no era alemán: su estatura, su pelo rubio y el terrible acento con el que entonaba un francés muy bien aprendido no dejaban lugar a dudas. También esperaba que le reconocieran como el amigo extranjero de Nigel y Sally, pero no con aquella amabilidad.

—Me llamo Christo... —había dicho.

Recogió el diario y se encaminó hacia la cafetería. La mujer morena que atendía la barra y la cocina le saludó cariñosamente como en los anteriores días.

—¿Comienzas hoy en el museo? —preguntó sin dejar de hacer cosas.

—Por fin —contestó él con amabilidad y un cierto punto de tristeza por la nueva situación.

—¿No quieres comer algo? el trabajo en el centro desgasta a cualquiera.

Se quedó en la barra aunque en un principio tenía la intención de sentarse en una de las mesitas del fondo como había hecho los días anteriores.

—No, gracias, he desayunado arriba.

Observó de nuevo el local, acostumbrándose al entorno en donde debería desenvolverse. Siempre que llegaba a una nueva ciudad obraba de igual forma. L'Espoir Café era una cafetería pequeña, mantenida inmaculadamente pulcra por su dueña, una francesa morena, de pelo negro y ojos marrones. El lugar era confortable. Al fondo, sobre las mesas, una televisión permanecía encendida mientras los dos individuos que desayunaban la miraban embobados.

Un hombre pequeño, de unos treinta y pocos, acababa de entrar y se situó justo a su lado, tomando asiento en una de las sillas altas que flanqueaban la barra de madera. Silvie comenzó a trajinar con la cafetera mientras se desdoblaba intentando cumplir pronto con su cometido, como si esperara que en breve —como iba a ocurrir— se llenara la cafetería.

—¿Café y croissant?.

El hombre bajito asintió y comenzó a charlar con ella sobre cosas banales, como había hecho los días anteriores; parecía franco en sus comentarios llenos de cariño y dulzura para con Silvie, y sin querer se lo imaginó como el perfecto agente de una de esas novelas en las que los individuos que guardan grandes secretos se muestran discretos y cercanos con las personas que les sirven de cobertura y a las

que quieren y respetan. Pensó que tal vez en aquel local tenía lugar, sin que nadie tuviera conciencia de ello, una lucha desigual entre fuerzas oponentes, y que el hombre bajito, era en realidad un agente de un servicio extranjero, de los buenos, disciplinado y capaz, que alejaba con su presencia el peligro, tal vez en forma de chica joven, con mochila y novio en provincias, habladora y desgarrada y que buscaba en la amabilidad de Silvie la perfecta fuente de información.

Como leyendo sus pensamientos, el hombre pequeño le miró, y después al periódico. Por un instante atisbó los ojos verdes del individuo y percibió algo extraño. Rehuyó la mirada y se concentró perdiéndose entre las páginas del diario. Ante la taza de café humeante comenzó a ojearlo centrándose en la sección de cultura, en un artículo a doble página y con profusión de fotografías en el que se mencionaba el proyecto de ingeniería y arquitectura que el canadiense Gehry estaba realizando para una ciudad española por encargo de la Fundación Guggenheim. Poco a poco fueron llegando más clientes y el ambiente se volvió más vivo. Parecían personas sin grandes historias, o tal vez con ellas, pero que las sobrellevaban con la tranquilidad propia de la gente sencilla. El presentador del noticiario matutino que aparecía en la pequeña televisión dio paso a unas imágenes en las que los bomberos se afanaban en apagar un fuego que había destrozado el edificio número 79 de la calle Rennes, de noche. Al parecer una explosión en los pisos superiores había desatado una catástrofe que había sepultado al menos a siete personas. Había ocurrido alrededor de la mitad de la madrugada. Después pasó a la información internacional, con la consabida mención a la guerra en la antigua Yugoslavia. Todo seguía igual en la vieja Europa. Un individuo pulcramente vestido y con la cabeza rapada entró en la cafetería para mirar en su interior. Tras el breve repaso a la docena de clientes que ya se encontraban allí, salió durante un instante para volver acompañado de otro hombre, muy bien vestido y enfundado en un abrigo de piel de camello de color canela.

Apuró el café y se despidió de Silvie. Al salir se cruzó con un hombre quieto en el dintel de la puerta acristalada quien le miró brevemente mientras el calvo se acercaba a la barra.

Dejó detrás a los hombres y mujeres que recalaban en L'Espoir Café antes de integrarse a sus respectivos puestos de trabajo.

Caminó por las calles heladas mientras la luz del día iba supliendo a la que surgía de las farolas que poco a poco se apagaban. Había abundante tráfico a pesar de que las calles todavía estaban cubiertas por una fina capa de hielo y nieve, y mientras avanzaba, y se abría paso entre la gente apresurada que se movía de aquí para allá, reconstruyó los últimos momentos vividos en Nottingham y se lamentó de no haber sido lo suficientemente valiente como para habérselo dicho todo y haber acabado con el asunto de una vez por todas. La quería, y demasiado.

Pensó en la porquería que era su vida, en lo poco que podía ofrecer, en las mentiras sobre las largas ausencias, en su pasado, en su mirada... La quería, y ese era el jodido problema.

Cruzó las calles en un trayecto memorizado que le llevaría a la estación de Pigalle, y los recuerdos volvieron a apresarlo. Tenía la sensación de haber obrado bien y sin embargo aquello le dolía muy dentro. Intentando evitar hacerse más daño buscó algo con lo que recuperar la compostura y comenzó a contar viandantes que vistieran ropa verde; aquella estupidez le ayudaba desde niño a olvidar, siquiera un momento, los fantasmas que le asaltaban de vez en cuando. La quería y no debía haberse involucrado tanto. Había cometido un error y lo estaba pagando bastante caro.

Una vez en el interior de la estación de metro buscó la línea doce, la que le llevaría hasta Concordia, lugar en donde debería realizar un transbordo a la línea uno con dirección a Palais Royal y Louvre. Su primer día de auténtico trabajo en París. Compró el pase mensual y memorizó la situación de cada uno de los vagones con respecto a la estación, eligiendo el segundo. Una vez dentro se fijó en la gente, tratando de acostumbrarse a sus miradas, a sus olores, a sus caras. Mujeres de diferentes edades, hombres cortados por el mismo patrón, nada que hiciera a los habitantes de París diferentes de los de Londres, Madrid o Berlín. En Saint Georges se subieron cuatro estudiantes: tres jóvenes de unos veintitantos y una muñeca asiática de idéntica edad que mantenía una animada discusión sobre Descartes con sus compañeros; también subió al vagón un hombre ceniciento, gris, «el perfecto funcionario» —pensó— y dos mujeres más, maduras, con aire de proletarias a la vieja usanza. En Lorette bajaron las dos mujeres y cuatro hombres de los que ya estaban sentados en Pigalle, quienes maquinalmente, como siguiendo una pauta coreografiada y durante mucho tiempo utilizada, doblaron sus respectivos periódicos y recogieron sus Carteras y gabardinas o abrigos. Subieron dos chicas jóvenes y un muchacho con síndrome de Down que le miró fijamente, situándose muy cerca del hombre gris, el que tenía aspecto de funcionario, tras él subió otro muchacho que parecía enfermo y que tapaba su rala cabellera rubia con un gorrito de lana de rayas azules y blancas sobre sus ojos grises. Tosió por un momento tapándose la boca y excusando con los ojos la mirada agria que le lanzó el funcionario gris mientras el muchacho con síndrome de Down les observaba perplejo desde su asiento.

En Trinité se apearon los estudiantes y no subió nadie al vagón. En Saint Lazare se bajó apresuradamente el hombre gris mientras doblaba en cuatro el periódico que había ocultado su cara durante todo el trayecto —salvo el breve intercambio de miradas con el joven de aspecto enfermizo—, y cinco adolescentes se sumaron al convoy. El muchacho con síndrome de Down le miraba ahora, con su boca entreabierta. Tenía una mirada cálida, comprensiva y limpia; vestía de forma decentada y con ropa muy bien conjuntada, como si la responsable de su cuidado pusiera mucho in-

terés en que pareciera normal —supuso que sería una mujer la que le cuidaba porque los hombres no suelen pensar en esas cosas—. Llegaron a Concordia tras pasar por Madeleine, y dejó atrás a los ocupantes del segundo vagón del convoy de las ocho y trece. Se dejó arrastrar por la marea humana y buscó la línea uno. Realizó la misma operación que en Pigalle y se montó, también, en el segundo vagón. Nada de particular, nueva gente, nuevas subidas y nuevas bajadas. Tulleries y por fin Palais Royal. Ascendió a la superficie sumergido en el torrente humano y festejó la luz matutina que ya embellecía un París nevado que se abría al nuevo día. La imponente mole que suponía el museo más famoso del mundo llenó su campo visual.

El Museo del Louvre era una construcción renacentista propiciada por el rey Francisco I que fue restaurada, completada y variada durante los siglos posteriores y que descansaba sobre una edificación de carácter defensivo que mandó levantar Felipe II el Augusto en 1190. Dejó a un lado la enorme pirámide de metal y cristal diseñada por Pei y que hacía poco había inaugurado los eventos del segundo centenario del museo, para encaminarse directamente al pabellón Richelieu —anteriormente sede del Ministerio de Finanzas— enfrentados al Denon. Tras presentar sus credenciales de estudiante adscrito al Programa Buonarroti de la Universidad de Milán, atravesó los patios interiores, subiendo escaleras, entre infinidad de esculturas que estaban siendo cuidadosamente limpiadas por un tropel de hombres y mujeres del servicio de mantenimiento y limpieza. Un ujier vigilaba las operaciones desde lo alto de la escalinata principal.

—Bienvenido señor Nolte —Lacoste le recibió en su despacho.

Tomó asiento y presentó de nuevo sus papeles.

—Lamento anunciarle que su valedor, el doctor Racinet no podrá verlo hasta mañana, ayer tuvo que marchar a casa temprano, se encontraba indispuesto y me rogó pospusiera la reunión.

Ya lo sabía, Christo había hablado la tarde anterior con el propio Albert Racinet, pero obvió la conversación como le había pedido el director de su tesis, por lo que mostró cierta sorpresa fingida y departió tranquilamente con Lacoste sobre los elementos de formulación de su tesis doctoral.

—Es usted muy joven para abordar un estudio de estas características y profundidad —se levantó y con aire solemne se acercó a la enorme cristalera que tenía detrás de su escritorio.

Lacoste era un hombre de unos cincuenta y tantos años, iba inmaculadamente vestido y presentaba la típica barriga de buen comedor, ajustada por el chaleco de hilo del mismo color gris oscuro que la chaqueta. Ojos marrones, abultados y miopes que se ocultaban vidriosamente tras unas gafas de pasta. El pelo, lacio y peinado para tapar la calva, era de color gris amarillento, tal vez por el exceso de brillantina. Lacoste podía muy bien haber sido uno de los personajes de Tintín, tanto por el as-

pecto como por las formas excesivamente cordiales que mostraba, y la gran cantidad de caspa que decoraba las hombreras de su chaqueta.

—El doctor Racinet es uno de nuestros mejores expertos e intuyo que ha realizado usted una buena elección en él para dirigir su tesis doctoral.

—La fama del señor Racinet...

—Sí, ciertamente la fama le precede —le interrumpió—, pero en el fondo donde realmente resplandece su talante y valor es en el trabajo diario. Racinet es un trabajador nato a pesar de que en mi opinión bebe tal vez demasiado —puntualizó este extremo con una ligera sonrisa de desaprobación.

—Sí cree que hay alguien que puede llevar mejor mi tesis...

—No, ¡Dios me libre! En ningún momento he tratado de desautorizar al doctor Racinet, aunque soy persona que piensa que es mejor separar el trabajo del ocio, y que entre ambos es necesario mantener cierto equilibrio —volvió a matizar el comentario con un alzamiento de las pobladas cejas—. Racinet es una bellísima persona y una eminencia en el estudio de la obra de Bernardo Bellotto, sólo que por el puesto que ocupo y por el respeto que me merece la universidad que usted representa, me veo en la obligación de advertirle de ciertas peculiaridades de nuestro colaborador —de nuevo volvió a puntualizar el extremo con otra sonrisa, esta vez un tanto ladina, mientras volvía de nuevo a sentarse, extendiendo los brazos sobre la mesa de nogal.

Resultaba evidente que Albert Racinet no le caía bien a Lacoste y se preguntó si no sería aquello el comienzo de un serio problema para su trabajo.

—¿Cuánto tiempo va a estar usted entre nosotros?

—Tres semanas, después tengo que marchar de nuevo a Londres, de donde vengo —afianzó la afirmación con un gesto rotundo de su cabeza— y tal vez vuelva en el plazo de un mes.

—Bien, bien —se arrellanó en su sillón de una forma desconcertante, moviendo sus brazos hasta que descansaron sobre el pecho, unidos por las manos de las que sobresalían los dedos pulgares que comenzaron a danzar en sendos movimientos circulares y opuestos en sus trayectorias, mientras hablaba de Bellotto y de su actividad pictórica en Varsovia, poco antes de su muerte en 1780.

La conversación duró algo más de veinte interminables minutos en los que a punto estuvo de abrir la boca y quedar como un perfecto payaso. Conocía bien la historia del paisajista urbano Bellotto, y al terminar aquella entrevista también conocía a la perfección el talante engolado y presuntuoso del responsable directo de Racinet.

Se sintió aliviado al abandonar el despacho. Lacoste se movía como por resortes, a golpes, y aquello le ponía nervioso porque le recordaba a un viejo instructor que tuvo que soportar en su adolescencia y de quien no guardaba demasiado buen recuerdo. Esperó no tener que verlo más, aunque dudó de ello.



Mientras degustaba los cuadros de las galerías todavía vacías, volvió a pensar en ella, pero esta vez de una forma más serena. Nottingham había sido la última estación de un viaje en el que había disfrutado como nunca lo había hecho. Ella había comenzado a rehacer su vida y lo mejor que podía hacer él era alejarse todo lo posible. La quería y aunque nunca lo supiera se lo iba a demostrar de la mejor manera que sabía, dejándola en paz. Salió al exterior y se dedicó a pasear por los muelles que daban directamente al Sena, divisando a lo lejos la efigie gótica de la catedral de Nôtre-Dame, en la Isla de la Ciudad, y los puentes. Comenzaba a nevar ligeramente y buscó refugio cerca de la Biblioteca Nacional, caminando brevemente por Tulleries, como haría siempre que sucediera lo mismo.

.....

Retiraron el cadáver ante la atenta mirada de los abundantes curiosos que se arremolinaban en el muro que bordeaba el Danubio y el puente que lo cruzaba. El comisario Hortobágy hizo una rápida llamada a Moscú evitando cuidadosamente seguir el procedimiento reglamentario. Como tantos, todavía, János Hortobágy seguía siendo fiel a los viejos esquemas implantados por Brèznev y denostados por el maricón de Gorbachov. Consciente de que lo que tenía en sus manos eran los restos de uno de los agentes de la vieja URSS, iba a cumplir con lo que se esperaba de él, tal y como le había enseñado la mejor tradición policial de la época del viejo Rákosi.

Balbuceante comunicó a su interlocutor el hallazgo y esperó instrucciones. La petición encontró rápidamente respuesta: un equipo especial se dirigiría hacia Budapest desde Kishiniov por vía aérea, llegaría en poco más de hora y media, y sería necesario ocultar el hallazgo hasta su llegada. La misma voz le recomendó mantener el mismo cuidado que él había puesto ya a disposición de la vieja Madre Soviética.

.....

El viaje en avión había sido placentero. Los problemas parecían haberse disipado y ahora dudaba acerca de si había obrado correctamente. El aeropuerto de Heathrow mostraba mucha actividad a aquellas horas. Miró al reloj del aeropuerto y movió las manecillas del suyo hasta actualizarlo. No llevaba equipaje, y por un momento dudó en utilizar su American Express, prefiriendo cambiar los dosmil marcos que llevaba en el bolsillo por libras. La oficina que la Barclays tenía en el aeropuerto parecía un buen lugar.

La señorita que le atendió le solicitó el pasaporte:

—Helmut Wagner, ¿verdad?

—Sí.

La azafata de la oficina bancaria tomó minuciosamente los datos del pasaporte y abordó a Wagner luciendo una preciosa sonrisa blanca:

—¿Pasado mañana cumple años Sr. Wagner? Felicidades adelantadas —Wagner le devolvió la sonrisa y le agradeció cortésmente la felicitación, se le había olvidado.

—Dosmil marcos alemanes, ¿verdad? ¿En billetes grandes o pequeños?

—De todo un poco...

—Como prefiera.

La señorita rellenó el impreso y se lo tendió para que firmara antes de entregarle los billetes y el pasaporte, y después le dispensó el agradable deseo de una feliz estancia en Londres. Firmó y recogió las Libras y los peniques sobrantes, para dirigirse a la salida atravesando el enorme hall, y tras pasar una de las puertas de cristal buscar un taxi que le llevara lejos.

El aeropuerto hervía entre vehículos y pasajeros que iban y venían. Por primera vez en mucho tiempo se sentía perfectamente bien, sin aquella presión que le producía un intenso dolor de cabeza cada noche, antes de acostarse. Lumet le había recomendado un descanso que hasta aquel momento pensó no poder realizar. Era tiempo de descartar los problemas de un mundo que se le venía abajo por entre los dedos, y que le engullía sin remisión. Pronto, muy pronto, podría por fin pensar sin agobios, cerca de las gaviotas que le habían acompañado los dos últimos meses. Iba a tomar una decisión que alteraría la vida de los que le había seguido a pie juntillas durante mucho tiempo y que a buen seguro no entenderían jamás que la decisión de evaporarse había sido personal, y que había necesitado realizarla del modo en que lo había hecho, sin encomendarse a nadie y lejos de la estructura.

Divisó un taxi de color negro que acababa de pararse enfrente, esperó a que se apeara el ocupante, un hombre gordo y fuerte que parecía tener mucha prisa y que a punto estuvo de dejarse olvidado el equipaje. Cuando el conductor se volvió a introducir en el automóvil, se acercó a la ventanilla y le preguntó:

—¿Puede llevarme desde aquí a la costa de Gales?

El conductor sonrió apagando el taxímetro con su manaza, mientras le devolvía una mirada reluciente y una espléndida sonrisa.

—Si tiene dinero y me dice el lugar exacto... desde luego.

—Pothcawl, cerca de Cardiff —Wagner le enseñó varios billetes de 10 libras y abrió la puerta para colocarse en la parte trasera.

—Llegaremos al mediodía señor —el conductor aceleró para salir del aparcamiento, reincorporándose al vial de salida, entre multitud de vehículos, taxis y autobuses que trataban de salir del atestado aparcamiento general del aeropuerto.

—No importa, no tengo prisa.

Avanzaban lentamente bajo una luminosidad bastante impropia de los aires cercanos a Londres. Diciembre en Londres suele aparecer siempre lluvioso, gris ceniza y terriblemente húmedo. El frenazo le devolvió a la realidad cuando una camioneta verde se interpuso en la trayectoria del taxi, obligándoles a situarse en el arcén.

Se apearon dos hombres, y uno de ellos se acercó hasta la ventanilla trasera mientras el otro se quedaba cerca del conductor.

—Sr. Wagner, debe acompañarnos.

El conductor del taxi se quedó perplejo, esperando instrucciones, Wagner sabía lo que querían aquellos hombres y ofreció dos billetes de diez libras al sorprendido taxista.

—No se preocupe, son conocidos. Otra vez será.

—Es demasiado... —el taxista seguía sin salir de su asombro.

—No importa —contestó de forma seca mientras recogía lo poco que había traído consigo.

A medio camino, el hombre que llevaba a su lado le dijo:

—Gracias por ponernos las cosas fáciles.

Había caído en una trampa. Sin protección, sin armas, hizo lo que le pedían y se introdujo entre los dos hombres en la parte trasera del Rover azul que les esperaba delante de la camioneta, y creyó escuchar por última vez el grito de las gaviotas, en el puerto de Pothcawl, y aquello le hizo recapacitar, con un tono amargo, en lo que había ocurrido, saboreando la derrota.

En plena madrugada, la comitiva llegó al viejo edificio cercano a la antigua sede del Ministerio. La nieve caía abundantemente, cegando las luces de los automóviles que comenzaron a pararse en la plazoleta tras el primero, un Mercedes plateado, para continuar después su camino, bordeando el edificio, buscando la antigua entrada, una arcada de piedra con puerta de hierro; a lo lejos el perfil opaco de la ciudad que dormía.

Hortobágy, quien había prolongado su turno de trabajo para recibirlos personalmente, les dio la bienvenida en la puerta principal del vetusto edificio construido al más puro estilo revolucionario, al final de la escalinata grande, bajo las inmensas líneas rectas que definían la fachada gris, saludando efusivamente y con una marcial deferencia al Camarada Kolpov, mientras éste se retiraba la nieve del grueso abrigo que le cubría hasta casi los pies y que molestaba su avanzar pesado a través de los escalones, vigilado de cerca por dos hombres de su guardia personal que le seguían a pocos, metros mirando alrededor.

—Bienvenido Camarada...

Kolpov le miró secamente mientras terminaba de limpiar sus hombreras.

—¿Lo han traído?

—Como nos ordenaron, Camarada Coronel.

Kolpov miró al hombre regordete y de aspecto ladino que tenía ante sí, y con una mirada calculadora que se introdujo a través de los ojos del Comisario Hortobágy, sopesó su integridad. Hortobágy lo notó y dudó por un instante de que

estuviera viviendo aquel momento y no otro, años antes, cuando los hombres del ejército y la policía de la Patria Soviética tenían un rango y una posición que los hacía diferentes a las autoridades húngaras. Kolpov hizo ademán de avanzar y Hortobágy salió abruptamente de su ensimismamiento para adelantársele y abrir de esta forma el paso que les llevaría hasta los sótanos. Los modernos vehículos, tres Ford y una camioneta especial llegados desde Kishiniov por vía aérea, estaban siendo aparcados en la parte trasera, al lado mismo de las dos unidades celulares de los hombres del comisario. Mientras Hortobágy acompañaba al Camarada Coronel Kolpov por los vericuetos principales del viejo edificio, cuatro individuos sacaban de la camioneta una enorme urna de unos dos metros de larga, totalmente cubierta, que reposaba sobre una plataforma móvil, para introducirla en el edificio por una de las gigantescas puertas traseras, bajo la atontada mirada de algunos policías locales. Parecía que conocían a la perfección el camino, como si lo hubieran realizado antes.

El primer grupo de hombres de Kishiniov había llegado a la capital de Hungría a las doce del mediodía; tras inspeccionar el cadáver y hacer las preguntas de rigor habían decidido que lo mejor sería mantener el cuerpo a baja temperatura hasta la llegada del Operativo 3. Fueron momentos de desconcierto. Hortobágy sabía que el asunto en cuestión parecía de la máxima importancia, pero en ninguno de sus sueños habría osado llegar a pensar que su intervención hubiera supuesto la relevancia que el oficial al mando, el Teniente Haggy, le había confirmado que tenía. Aquella certeza le tranquilizó frente a la conciencia traidora de la flagrante transgresión de las normas que había llevado a cabo desde la aparición del maldito cadáver, y que esperaba no levantara ninguna ampolla entre los jefes de su Departamento. Lo cierto era que Hortobágy se las había visto y deseado para conseguir una cámara frigorífica que permitiera congelar el cuerpo a la temperatura que le habían recomendado. La solución la encontró en el Matadero Municipal, a un par de kilómetros del centro de la capital, lugar en donde había descansado el cuerpo del hombre encontrado en el Danubio hasta escasamente media hora antes de la llegada del Operativo 3, eso sí, custodiado por tres hombres de su entera confianza que hábilmente había distraído de sus funciones habituales.

Anatoli Nikolaievich Kolpov avanzaba ahora tras él una vez que dejaron atrás las enormes salas, desnudas, por las que transitaron durante mucho tiempo un tropel de funcionarios, policías, delatores y detenidos. El rotundo y oscuro Oficial en Jefe formaba parte de la cúpula del antiguo Grupo de Kalinin, ahora Servicio M de la CEI; tras la reestructuración del viejo GK, Rusia había cedido en parte de sus pretensiones y había permitido el traslado del organigrama del G2 a la ciudad ucraniana de Kishiniov, cercana a Odessa, dejando en Kalinin el grueso del entramado operativo, mientras el G2 dependía de Kíev. El Coronel Kolpov estaba al mando del Comando de Operaciones Especiales “GENERACIÓN 2” desde hacía 8 años, cuando a la muerte

de su antecesor Yuri Grumenko fue llamado a tomar esa responsabilidad por el propio Tijonov.

—¿Cómo se encuentra el Camarada Volkov?

Hortobágy no obtuvo respuesta salvo una mirada agria que le indujo a callar.

Tras el largo recorrido por el interior oscuro del edificio, los dos hombres y su pequeño séquito comenzaron a descender por pasillos que hacía tiempo no habían sido transitados; por escaleras angostas hasta que llegaron a los sótanos que habían sido habilitados para permitir el estudio forense que sin lugar a dudas se llevaría a cabo en las próximas horas y bajo el más estricto de los secretos, toda vez que ya se hallaba allí el resto de los hombres desplegados desde Kishiniov y la extraña máquina que habían traído, así como el soporte electrónico y varios ordenadores que al comisario le parecieron japoneses por el tamaño, y que fueron situados alrededor de la periferia del sótano donde habría de tener lugar el extraño estudio.

El edificio había sido la sede de uno de los grupos de interrogatorio del antiguo régimen. Una vez concluyó todo, se abandonó, y ahora se utilizaba como infinito almacén de informes antiguos y dossiers sobre la población húngara, en los pisos superiores, amontonados, recogiendo polvo en innumerables hileras de estructuras metálicas, a la espera de su definitiva destrucción según ordenes gubernativas que las viejas tendencias, todavía en uso, se resistían a acatar. Cualquier nombre, cualquier dato, reposaba todavía allí, a la espera de ser necesitado. Hortobágy gustaba de adentrarse en aquel lugar de vez en cuando, para ramonear entre las líneas de los dossiers aquellas informaciones que más tarde utilizaba en sus investigaciones. El sótano rezumaba humedad, y a cada poco se escuchaba el lejano golpear de alguna gotera contra el viejo embaldosado del suelo. La iluminación era pobre y provenía de una única lámpara a más de tres metros de altura, bajo ella, la mesa de metal que sostenía el cuerpo todavía vestido del hombre encontrado en el Danubio.

Olía mal. Hortobágy y Kolpov estaban observándolo cuando se acercó un suboficial médico para recibir la orden de comienzo. Kolpov asintió brevemente y cinco lámparas halógenas se encendieron cegando brevemente al Comisario quien entrece rró los ojos hasta que se acostumbraron al exceso de luz. Dos hombres vestidos con batas blancas comenzaron a desnudar al muerto, sin ningún tipo de cuidado, pero lentamente, rasgando la ropa donde encontraban dificultad para separarla del cuerpo que ya mostraba la rigidez propia de los cadáveres y seguramente acrecentada por la congelación a la que había sido sometido en la cámara frigorífica del matadero Municipal. Otros dos operarios situaron la urna a un metro de la mesa en la que descansaba el hombre encontrado en el Danubio, siguiendo una pauta que seguramente habrían puesto en práctica un montón de veces —pensó Hortobágy—, y se vistieron con monos de trabajo, de color blanco también; después se ajustaron guantes finos de látex como los que el Comisario había visto en las películas americanas,

muy diferentes a los de goma que utilizaba Árpád —el forense oficial— cuando analizaba algún cadáver en el Instituto Forense de la capital. Cerca de la pared, otros dos hombres más conectaban los ordenadores y los disponían para el trabajo que habría de tener lugar entre aquellas cuatro húmedas paredes recubiertas de ajados azulejos grises.

Cuatro gatos hidráulicos alzaron la máquina hasta una altura similar a la que presentaba la mesa de acero en donde descansaba el muerto, y que ocupaba el centro mismo de la estancia de altos techos. Tras la manipulación de unos mandos que aparecían en uno de los laterales de la urna, se abrieron las dos compuertas superiores y una suave luz verdosa surgió de su interior. Con cuidado milimétrico, los encargados del traslado y ubicación del aparato, extendieron sobre la mesa en donde se situaba el cadáver una serie de tubos transparentes, y algunos cables, y los conectaron al hombre muerto por vía intravenosa, en el antebrazo izquierdo, y a los soportes que se situaban en la parte central del mamparo derecho de la máquina. Ni un ruido ajeno a la operación.

Los técnicos sujetaron entonces dos de los electrodos a las sienes del cadáver, y levantando rudamente su cabeza le rasuraron en la base del cráneo con una maquinilla de las que utilizan los barberos, sin ningún cuidado, como antes, dejando al descubierto la nuca y conectando en aquel lugar otro grupo de electrodos y un tubo que desapareció bajo el cuero cabelludo a través de una aguja hipodérmica de considerables dimensiones que sin duda alcanzó el cerebro.

Esperando instrucciones por parte de Kolpov, todo el grupo dejó de trabajar por un instante que se hizo interminable. El Oficial en Jefe del G2 se acercó a la urna con su avanzar pesado, y acarició el cristal, tras ello asintió de nuevo con un movimiento de cabeza, solemne, sin decir palabra y a otro gesto, más liviano, uno de los hombres desapareció por las escaleras. Otro operario accionó entonces un pulsador rojo que aparecía sobre el cofre y un suave zumbido anunció que el sistema comenzaba a funcionar correctamente. Para sorpresa de Hortobágy, una pequeña bomba empezó a bombear hacia el cadáver un líquido transparente, ligeramente viscoso, que tenía por misión reducir la densidad de la sangre del muerto, para que unos instantes después, y a través de otro tubo, la misma bomba comenzara a succionar desde la máquina traída de Kishiniov, hasta que los tubos transparentes se volvieron rojos ante el paso de la sangre del cadáver encontrado en el río. Unos segundos después, y desde la extraña máquina surgió otro torrente sanguíneo en dirección contraria, para perderse en el interior del cuerpo inerte a través de otra aguja clavada en su brazo. Desde la cabeza, el tubo principal se había vuelto verdegris. En un instante, máquina y cadáver formaban un perfecto circuito cerrado en donde entraba y salía la sangre y los fluidos del hombre que yacía sobre la mesa de acero. Hortobágy sintió algo indescriptible pero se mantuvo quieto en su sitio, cerca del Coronel Kolpov.

Volvió el hombre que había desaparecido hacía un momento, con una silla de madera que ofreció a su jefe. El coronel se dirigió al Comisario:

—Le ruego nos deje trabajar a solas.

El húngaro contestó con aire marcial, golpeando los tacones de sus zapatos, ocultando la sorpresa ante las palabras de Kolpov y las ganas que tenía por dejarles completamente a solas y escapar del olor nauseabundo que anegaba la estancia.

—Desde luego, Camarada Coronel.

Hortobágy abandonó la sala y pasó cerca de la urna. La curiosidad le llevó a mirar en su interior, a través del cristal que cubría la parte superior. No pudo reprimir una sensación infinita de asco al descubrir que en el interior de la misma se hallaba un ser regordete y macilento, sumergido en un líquido verdoso, del que sólo se veía la cabeza llena de electrodos, iluminada por luces fluorescentes en los laterales internos. Sonreía y abría la boca llena de pequeños dientes como si estuviera disfrutando mientras movía los ojos, buscando.

El comisario Hortobágy sintió durante un momento una enorme lástima por el cadáver, pero ante la incongruencia de este pensamiento lo abandonó definitivamente y salió de la sala cerrando la puerta tras de sí y buscando el aire fresco de la madrugada en Budapest; se encontraba algo mareado.

(1996)

Se acercó a las inmediaciones de la calle Reaumur y buscó el buzón frente a una farola, cerca del Conservatorio de Artes y Oficios. Había desembarcado la tarde anterior en el aeropuerto Charles De Gaulle hasta donde había llegado desde Viena, donde hicieron transbordo. A primera hora había hablado personalmente con Petrov, por teléfono, para informarle de que viajaba hacia París con intención de entrevistarse con Brodsky; para cuando el viejo descubriera lo que estaba haciendo realmente allí, habría pasado el tiempo suficiente como para tuviera todo solucionado, y en el fondo sabía que Víktor se lo agradecería, aunque jamás llegara a conocer del todo el auténtico objetivo de su viaje.

Encontró la ranura en la pared y situó en su interior un cigarrillo rubio doblado en forma de U; antes de introducirlo entre los ladrillos le hizo tres muescas en el filtro para alertar que se trataba de un oficial de alto rango y que tenía prioridad, estuvo allí quieto durante un corto espacio de tiempo, con el diario bajo el sobaco derecho, después se marchó del lugar como un transeúnte más. Había decidido usar el pasaporte de turista, evitando el protocolo que le habría permitido personarse en la capital de Francia bajo la identidad de un funcionario. Los servicios de seguridad franceses seguían a los integrantes de la embajada rusa con un peculiar celo, la tradición soviética de utilizar sus sedes en el extranjero como lanzaderas de sus agentes, había permitido que la situación se fuera un poco de madre, y ahora, el SFB y el Servicio M

trataban de colocar a sus hombres bajo otros registros menos cantarines. También había tomado una habitación en el Hôtel Alexander, lo que le permitiría pasar desapercibido durante al menos veinticuatro horas. Tras la apertura, eran muchos los empresarios rusos que realizaban viajes de placer y análisis a París. Rusia necesitaba abrir sus puertas a los conocimientos sobre finanzas y empresariado occidental, y aquella necesidad favorecía la integración a la vida cotidiana y cosmopolita de la capital de individuos como él, ante las narices de los guardianes franceses, lejos de Montparnasse, atestado de inmigrantes rusos, como él. Sin embargo, tenía que presentarse ante Eva y aquello le preocupaba ligeramente, por lo que decidió seguir el cauce de la puerta trasera del dispositivo parisino, hasta entrever las posibilidades que se le presentaban

Se dirigió de forma tranquila, paseando, hacia la zona de Rivoli, con dirección al café La Madeleine, seguro de que el AK47 recibiría el mensaje y le buscaría allí. Todos estarían alerta y en sus posiciones, y atenderían su llamada en un espacio de tiempo que esperaba no fuera demasiado largo.

Al pequeño local se accedía a través de unas escaleras. Descendiendo por ellas se encontraba la puerta de cristal y madera que daba paso al espacio lleno de gente que consumía el sabroso café que servían en su interior. Una vez dentro, decidió ojear la edición matutina de Le Figaro mientras buscaba una mesa enfrentada a la puerta y cerca de la pared trasera. Aquel era un lugar seguro, entre tanta gente resultaba sencillo pasar inadvertido y tranquilidad era lo que necesitaba. Tras él entraron, para sentarse muy cerca, dos jóvenes que no superaban los veinte años y que se comían con la mirada y los labios antes de reincorporarse a sus estudios o a sus trabajos; ella, una muchacha morena de corta estatura y larga melena, acariciaba las manos de él, un joven de aspecto blanquecino y ojoso, de pobre pelo rubio y que sin duda estaba sufriendo algún tipo de tratamiento químico. Antes de desmenuzar el diario buscó en la página de anuncios por palabras la contraseña que anunciaba los pormenores del día. Allí estaba, entre multitud de pequeños reclamos: “Se vende icono del siglo VII, abstenerse anticuarios o galeristas...”, no había moros en la costa y la situación en París estaba bajo absoluto control.

Leyó la noticia de portada que hacía referencia a la extraña muerte de clientes y trabajadores de un restaurante chino de la zona de Belleville. El articulista mencionaba que había tenido lugar un ataque armado con profesionales bien pertrechados y preparados —según fuentes policiales—, que tomaron el “China” en un asalto definido por un testigo ocular —un taxista— como una operación de guerrilla, al parecer secuela de un ajuste de cuentas entre bandas mafiosas rivales, dado que en el interior del local se estaba llevando a cabo una importante reunión de capos internacionales. No había habido supervivientes entre las más de ochenta personas que se encontraban en su interior y los pocos testigos que se encontraban en las inmediaciones coin-



cidieron en describir los últimos momentos como un enorme fogonazo que surgió del interior del restaurante. Uno de ellos declaró al periódico que pudo escuchar un grito agudo y estridente en el momento en que percibió un tremendo olor a ozono y vio el fogonazo descrito también por los otros testigos. La información le sorprendió, y más cuando leyó los nombres de los cuatro mafiosos mencionados por el articulista.

El primero era un viejo conocido de Igor. Zorba Kanzakis, “Griego”, la cabeza visible, junto a su socio Haralambopulos, de la red de tráfico de armas más eficiente del Mediterráneo y la zona de los Balcanes cercana al mar Adriático, tenía contactos con buena parte de las familias árabes libanesas, a cuyo través llegaban los abundantes arsenales que surgían del propio interior de las tripas del viejo ejército soviético, vía Siria. El GK sospechaba que disponían de algunas cabezas nucleares y que éstas ya estaban en manos de Kanzakis y su gente. Los chicos del Kalinin habían tenido una sucesión de altercados con la gente de “Griego” en las inmediaciones del monte Elbrus, lugar desde donde salían los convoyes repletos de material bélico con dirección a Damasco. Tsvietaiev había negociado personal y directamente con Kanzakis para evitar males mayores y guardaba un recuerdo extraño de aquel hombre grueso de pelo ondulado, negro y repeinado. Otro de los integrantes de la reunión en el China era Arthur Heinkel, su breve historial delictivo al frente de las mafias alemanas —que con la caída del Muro de Berlín hacían negocio a ambos lados de la antigua frontera entre los dos mundos—, originaba que Tsvietaiev le conociera poco; Heinkel traficaba con todo lo que fuera susceptible de ser cambiado por dinero, desde coches occidentales que vendía a sus contactos en Rusia, hasta drogas de diseño que le proporcionaban los polacos desde Nueva York, situación que habría de durar poco porque el GK ya había localizado varios asentamientos desde donde ahora comenzaban a manufacturarse los mismos tipos de drogas sintéticas, en laboratorios propios situados en los territorios más profundos de la antigua RDA. Heinkel mantenía buenos contactos con el Cártel de Medellín y con la familia Zaldívar de México, aunque todo aquello le hacía poco merecedor de pertenecer al concierto en el que le habían pillado.

El siguiente nombre de la lista era otro viejo conocido, André Poitier Kvotchur, “Arcadia”; integrante del “Grupo Menjou” antes de dedicarse de pleno a utilizar sus contactos en la vieja Rusia para beneficio propio, lo que le había llevado a regentar uno de los mayores entramados de trata de carne en toda Europa. Para Tsvietaiev, Poitier era uno de los principales instigadores de la trampa que se tendió a Ajmátov en el 84. Junto a él operaban Castellet y otro agente, Coubert —creyó recordar—, y los tres estaban, a su vez, bajo las ordenes de Gabriel Menjou, un hombre que había desaparecido, sin dejar rastro, del teatro operacional, tras el éxito de aquella maldita operación de desgaste que acabó con el matrimonio de Mijaíl y la vida de Katerina, su

esposa. Poitier y Tsvietaiev se habían llevado bastante mal a lo largo de la etapa operativa del agente ruso. Víktor Petrov —jefe máximo del Directorio del que dependía el GK antes de las convulsiones que habían puesto a Volkov al frente de todo—, tras la muerte de su hija, decidió amparar una operación encaminada a enganchar por los huevos a Poitier y a sus dos hombres de campo. Durante tres años largos Igor buscó, encontró y perdió sucesivamente la pista del “Grupo Menjou”, hasta que el viejo Petrov decidió que la misión había terminado. Tsvietaiev siempre supuso que tras las extrañas andanzas de los agentes del desaparecido Gabriel Menjou andaba metido parte del engranaje del propio GK, y que Petrov desistió únicamente cuando la presión que recibía, supuestamente desde arriba, se hizo inaguantable. Por un instante sus pensamientos recalaron en Mijaíl y en Katerina y volvió a sentir una profunda lástima por la fortuna que habían tenido sus vidas.

El último de los fallecidos en el interior del salón Azul del China era Yasir Hadmed Aganbeguián, el mayor escollo para el predominio siciliano a ambos lados del Atlántico concentrado en ciento cincuenta y cinco kilos. Conocido por su volumen como “Gordo Aganbeguián”, aglutinaba el control sobre el tráfico de armas, prostitución y derivados del opio tanto en el Oriente Medio, como en Norteamérica, Europa, Laos, Camboya y Vietnam. Aganbeguián sabía hacerse respetar dejando hacer a sus subalternos, sin molestarlos demasiado, y eliminándolos, sin más, en el caso de una traición o un inconveniente. La mano larga de “Gordo”, que llegaba a todas partes y actuaba con igual diligencia en el buen trato o en la eliminación, había propiciando su control absoluto sobre sus compañeros.

Tsvietaiev echó en falta la presencia en la reunión del joven Arkadi Jaritónov, puntal de la extorsión en Moscú y bastión de la agrupación en el Este, le constaba que últimamente se encontraba lejos de su base de operaciones, y aunque lo último que había leído de él le situaba en Suiza, no le extrañaría que pudiera estar también en Francia; y por supuesto faltaba también el gran maestro de ceremonia, Frank L. Schröder. “Alamut”, la organización que dirigía y en la que se encontraban Aganbeguián, Poitier, Kanzakis, Heinkel y Jaritónov, disponía de mutantes, y con ellos había hecho incursiones devastadoras en el propio interior de Palermo y Marsella, para sentar las bases de quién cantaba más alto en el negocio y para que todos lo entendieran.

Sopesando aquella noticia, a Igor le asaltó la duda de que la muerte de Poitier tal vez no hubiera sido casual mientras pensaba de nuevo en la cara de oso, blancuzca y árida del moscovita, Jaritónov nunca le había gustado a pesar de que tenía buenas relaciones con el GK, y contactos bastante más arriba.

Siguió ojeando el periódico mientras saboreaba el café con leche que había solicitado, pero ahora desmenuzando cada reportaje, cada artículo, cada información, por si encontraba algo más, esperando al contacto que sin duda llegaría. La prisa en

salir de Kíev le había impedido preparar suficientemente la operación a la que se había encaminado en solitario. Iba a necesitar ayuda y pensando en ello iba viendo cómo la cafetería se volvía silenciosa y por tanto peligrosa. Sin quererlo su atención se desvió hacia las últimas palabras de la charla que mantenían los chicos que seguían a su lado hasta el momento mismo en que abandonaron definitivamente el local. Transcurridos diez minutos más, un individuo moreno de apenas un metro setenta de estatura le saludó con la cabeza desde la puerta. Alexandr Alexandrovich Gagarin formaba parte de la estructura logística del GK en París y había estado bajo las órdenes de Tsvietaiev en numerosas ocasiones cuando operaron en Afganistán. Alex se sentó frente a Igor como si hubieran quedado la tarde anterior.

Se miraron de manera fría y el recién llegado rompió el silencio:

—Antes de nada debo decirte que acabamos de recibir órdenes precisas sobre ti.

Aquello no le sorprendió en absoluto, de los males previsibles no era el peor. Como otros muchos en el engranaje, Kuzmá se la tenía jurada y ante su sorpresiva ausencia habría decidido jugársela mientras se hallaba lejos, una buena oportunidad es siempre una oportunidad inmejorable para apuñalar al enemigo, aunque se encuentre entre tus compañeros de filas. Una putada más en su larga vida como agente que no lo mataría. Alex continuó haciendo ostensible la división que existía entre obedecer las normas y cumplir con un viejo amigo mientras se levantaba para pedir una infusión.

—En estos momentos me la estoy jugando Igor —continuó una vez de vuelta a la mesa—. Se te acusa de estar involucrado con el CDFC y el “Manhattan Transfer”. Tienes suerte de que haya sido yo y no otro el que ha recogido tu mensaje.

Igor le interrumpió pacientemente, comprendiendo sus razones. Podía muy bien haberse presentado directamente ante Eva, también podía haber pedido un expreso en casa y haberse dejado de chorradas sin necesidad de haberse saltado a la torera todas las directrices, pero tenía prisa, y cuando la falta de tiempo le apremiaba solía actuar así. Era un coronel de limitadas atribuciones, pero todavía tenía solvencia para de vez en cuando ejercer su independencia sin encomendarse ni a dios ni al diablo, como le gustaba hacer, aunque jodiera a sus superiores y a gentuza como Kuzmá Jachaturián, que esperaban momentos como éste para recordarle que era uno más; tenía la bendición de Víktor, y aquello era un salvoconducto que sacaría del bolsillo en el momento preciso, nunca antes de saber qué se cocía en París.

—Alex, sólo quiero una información muy precisa. No tengo nada que ver con esa maldita operación de los americanos, y de paso te diré que esa mierda me importa un comino. Me das la información que te pido y no nos hemos visto. ¿De acuerdo? —dijo en tono conciliador.

Con asentimiento y desgana, consciente de que las órdenes recibidas no eran sino una solapada forma de tirar de las orejas a uno de los hombres con mejor historial y peor disciplina, Gagarin le dijo:

—A tus órdenes...

—Necesito saber dónde localizar a unos agentes del Bureau que operaron en Moscú en el otoño del ochenta y cuatro. Sus nombres son Gabriel Menjou, Jean Castellet y Albert Coubert —obvió el de Poitier—. Necesito localizar a todos aquellos que tuvieron que ver con la operación que se organizó contra Mijaíl en aquellas fechas —no le pareció oportuno admitir aún que necesitaba bastante más ayuda y que había solicitado la reunión para lograr cobertura transitoria y poder encontrar así al hijo del agente, pero la noticia leída en el periódico había dado un nuevo enfoque a su estancia en París.

—¿Todavía sigues cuidando de Mijaíl?

—Me temo que a Mijaíl le han jodido para siempre. Busco a su hijo.

—¿Tenía un hijo?

—¿Me vas a ayudar o no?

Alexandr aplastó la colilla del cigarrillo que acababa de consumir contra el fondo del cenicero mientras levantaba la vista para encontrarse con los ojos inquisidores de Tsvietaiev.

—Castellet murió ayer, al parecer en el interior de un burdel —dijo secamente mientras Igor pensaba en la casualidad de que dos hombres del “Grupo Menjou” hubieran muerto en menos de veinticuatro horas, y en París.

—No lo sabía —contestó Tsvietaiev.

—Lo imagino.

—Coubert trabaja de funcionario en Interior y resulta jodido de localizar, pero puedo ayudarte si me dejas un...

—No dispongo de tiempo.

—Bien, intentaré pasarte algo hoy mismo. De Menjou no se sabe nada, hace mucho tiempo que desapareció del...

—Lo se, pero esperaba algo —se acarició la frente con fuerza, desanimado por la certeza que se comenzaba a fraguar en su mente; no le quedaba ningún tiempo, Misha ya se había puesto a trabajar y lo estaba haciendo bastante bien a tenor de los resultados.

Gagarin sacó una cajetilla de tabaco extrayendo un cigarrillo americano, y la extendió hacia su antiguo jefe, quien cogió otro. Hizo una pausa mientras encendía con su encendedor los dos cigarros, y más relajado, comenzó a hablar:

—Me preguntas por personal del Bureau retirado del servicio hace bastantes años y se te mezcla en asuntos bastante sucios tras haber salido pitando de casa ¿qué diablos ocurre Igor?

Igor le miró duramente mientras su compañero se apartaba ligeramente de su campo visual.

—Será mejor que no lo sepas.

Gagarin asintió condescendiente, sentía un respeto reverencial por su antiguo superior, y le creía. Se concentró en la primera voluta de humo que salía por su boca.

—Cambiano de tema, dime, al menos por encima, qué le ha ocurrido a Mijail para traicionarnos.

Igor Tsvietaiev se revolvió.

—¿Quién ha dicho que nos ha traicionado?

—Llevábamos una semana esperándole para interceptarle aquí. El Bureau le había ofrecido garantías y estaban también los independientes tras su pista.

—¿Quién ha ordenado la operación, no sabía nada de ella?

Alex se mostraba extrañado y en cierto modo molesto por la incertidumbre que embargaba a su antiguo comandante.

—Ya sabes como son las cosas. Llega la orden y hay que ejecutarla, pero no me explico que tú, precisamente tú, no sepas nada.

Desde la perestroika las cosas habían cambiado demasiado en el interior del engranaje del GK. Igor era Jefe de Operaciones Exteriores para toda la franja Oeste de Europa, toda la información relativa a las operaciones en curso debían pasar por sus manos ahora que el aparato le había relegado a trabajos de escritorio, como vulgarmente gustaba de decir sobre la putada con que le habían agradecido los años de servicio en el frente. Lo cierto era que desde hacía un año, más o menos, su única ocupación era preocuparse por los movimientos ucranianos y por localizar actividades de contrabando de material bélico de factura rusa hacia el Oriente medio.

—Ahora pinto bastante poco...

Desde que Brodski se hiciera cargo de la operatividad en Francia las relaciones entre él y ella habían dejado mucho que desear en cuanto a soltura, y siempre había intuido que alguien, arriba, se la estaba intentando meter cruzada, pero lo que le acababa de mencionar Alex en unión a la petición de su cabeza, significaba su propia sentencia de muerte dentro del puto engranaje que acababa devastándolo todo, y si de algo estaba seguro era de que iba a vender caro el pellejo, así que hizo de tripas corazón y continuó amigablemente la conversación a pesar de la mala baba que empezaba a ruborizarle el rostro.

—...así que no lo sé, se les habrá pasado.

Recuperando su compostura y consciente de que su cólera podría atraer las miradas de los pocos clientes que se arremolinaban cerca de la barra, continuó bajando la voz:

—Mira, si algo tengo claro es que Mijail no tenía madera de traidor. El GK ya no es el GK —Igor era reacio a llamar al servicio por el nuevo nombre—. Algo se mueve

en su interior y para serte sincero te diré que no me gusta en absoluto el cariz que están tomando las cosas. Mijaíl tenía un acceso muy restringido a las informaciones vitales, pero me huelo que dio con algo y que trató de evitar un mal mayor —vaciló en continuar, pero al final lo hizo—. No se quién ha eliminado a Mijaíl —lo daba por sentado por primera vez aunque ya lo había mencionado de pasada—, pero me jugaría el cuello a que ha sido nuestra misma gente. Y te digo más —continuó—, estoy seguro de que es nuestra gente la que está acabando con nuestros compañeros en casa; y si te interesa, soy yo quien no tiene demasiado claro que alguien de dentro no nos haya vendido ya al “Tío Sam”. Todo ese rollo de la tutela del Bureau en Francia y todas las demás bobadas que han organizado en Moscú me parecen idioteces paridas por los políticos y que tienen como fin jugar con nuestras pelotas, como han hecho siempre. Lo único que tengo claro es que se han cargado a mi mejor amigo y que hace años le juré algo que pienso cumplir aunque se oponga el mismísi...

—Vale Igor, te creo —le cortó Gagarin.

—No, no me crees y haces bien. Ya no se puede confiar ni en los amigos, esa es la puta verdad —Alex miró hacia el techo con gesto de desgana, tratando por todos los medios de evitar levantar sospechas ante los clientes de la cafetería que ya comenzaban a mirarlos.

—Te juro que si te pones así la dejo —gritó para que se le oyera, alzando los brazos con aspavientos.

Igor comprendió entonces la estupidez de su comportamiento y le siguió en el juego que hábilmente había comenzado:

—Si vas a hacerlo, hazlo ya, continuar no tiene ningún sentido.

—¡Vale, vale —movió la cabeza y puso cara de imbécil, alzó los hombros mientras abría las palmas de las manos, extendidas hacia los costados—, hoy mismo se lo digo y acabamos con el asunto sin que tengáis que llegar a más!

Gagarin miró alrededor para comprobar si les seguían observando, y como era el caso espetó bruscamente a la clientela:

—¿Qué pasa —ante la sorpresa de los cuatro hombres que se arremolinaban cerca de la barra, y la del propio camarero, continuó vociferante—, es el padre de mi chica, si él no se cabrea quién lo va a hacer?

Los hombres y el camarero volvieron la vista mientras el rudo agente se levantaba de la mesa gritando a Tsvietaiev:

—Está bien, no quiero saber nada más. Esta tarde a las cuatro quedaré con ella en Pigalle y acabaré con el asunto, después hablaremos con su madre.

Enmudeció y avanzó hacia la salida, tras un breve momento en el que cruzaron las miradas: los dos sabían perfectamente que jamás habían vuelto a verse desde Kabúl, a mediados de julio de 1987, y que aquella conversación no había tenido lugar.

Afuera, el sol comenzaba a iluminar la fría mañana en París mientras la gente buscaba sus lugares de trabajo y Alexandr Alexandrovich Gagarin se perdía definitivamente al doblar una esquina.

(1996)

EL ángel ceniciento desplegó sus alas doradas y tristes desde la cornisa más alta de un edificio cualquiera, cerca de la azotea blanca repleta de espinas metálicas que miraban al cielo, y comenzó a volar en dirección a los jardines que veía debajo, dejando a su derecha una monolítica imagen férrea, desafiante, que se levantaba sobre cuatro puntales y que acababan en uno; mientras, buscaba la estela aérea del otro ángel, del negro emisario de muerte que planeaba sobre la ciudad desde hacía unos días, montado en su caballo negro, alado también.

Giró su cuerpo gris ceniza de ocres brillos metálicos mientras alzaba la vista hacia el oscuro techo de nubes iluminadas por la propia ciudad, dormida y quieta, silenciosa y ajena a su vuelo y al del otro ángel, al emisario que cumplía lentamente su misión sin que nada ni nadie lo pudiera impedir.

Aleteó suavemente para ganar altura y volar pegado a las ventanas de los edificios, olisqueando el aire frío de la madrugada, atisbando con sus ojos escarlata en los límites que perfilaban el universo oscuro y el iluminado, la crepuscular frontera donde confluyen los dos mundos antagonistas para luchar, y pasó como una sombra por entre los reflejos de su propio cuerpo sin descubrir nada. Siguió volando, a buena altura, ciñéndose al hormigón armado y al acero de los nuevos templos que velaban por la integridad etérea de los nuevos tiempos.

Pasó desapercibido para los que miran sin ver y se hizo nítida presencia para los otros, para los que observan lo que encierra la noche con ojos cerrados y mentes abiertas. Su vuelo era silente como la magia que encerraba su cuerpo, y su mente, como la fuerza que anima a una espora cuando cae sobre el lecho caliente de la tierra que la recibe. Buscaba huellas en los alféizares y en las ventanas, en las columnas, en los muros, en las vigas de acero y en los destellos de cristales y plásticos, y descubrió los restos del otro, como señales que se repetían entrecortadas, y reconoció su espada de fuego, y vio sus ropajes negros, y sus alas del color de brea, sin plumas, y observó el detalle vidrioso que alumbraba sus ojos, desde la profundidad. Había pasado por allí. Su presencia permanecía latente en las esquinas, en los orificios, en los huecos, en las paredes y sólo resultaba precisa para él, el ángel ceniciento que volaba cernido bajo un par de alas doradas y tristes que permanecían quietas, acariciadas por el viento frío de la noche mortecina, mientras oteaba la grieta que separa los dos mundos.

Golpeó dos veces al aire y se elevó, de nuevo, buscando un horizonte nuevo desde donde descubrir su morada.

Atalayas sobre gigantes negros, acerados, grises o recubiertos de infinitos reflejos nocturnos. Quedaba poco tiempo, Dios había llamado a los Titanes por su nombre, los había convocado para el combate final y ya estaban prestos, todos, incluido el iluminado, aquel cuyo nombre fue mentado en primer lugar, el que encabezaría la ofensiva de los ejércitos. Enfrentados a ellos estarían los otros, capitaneados por otro Titán, el hijo de la mandrágora y el ahorcado, de nombre oscuro como su alma y que fue nombrado en segundo lugar.

Sintió una fuerza desigual que rozaba su cabeza, vibrando al acariciar sus puntiagudas orejas, que se le metía por entre las agallas del cuello y que recorría sus alas, de punta a punta; y entendió que los avatares ya estaban dispuestos en el enorme tapiz cuadrangular de la ciudad del crepúsculo y la lava, tomando posiciones bajo el nombre del dios efímero y pequeño que los comandaba. Quedaba poco tiempo para encontrar al elegido y otorgarle la llama que guardaba celosamente bajo sus alas cenicientas, como le habían ordenado que hiciera.

Olisqueó de nuevo el aire frío y limpio de la madrugada, y buscó un lugar donde descansar hasta el amanecer del alba, cuando las sombras se repliegan y ocultan su auténtica verdad.

(1996)

—¿Una triple agente?

—Lo dudo. Como bien sabe los triples agentes han sido más bien escasos y siempre estaban rodeados de estructuras que los hacían infalibles dentro de un orden, y no es el caso que nos ocupa ¿me entiende? A la señorita Whistler parece que le gustaba ser vista, sin importarle para nada que se supiera lo que hacía ni en su desarrollo habitual ni en su relación con Daumier..., lo que resulta profundamente desconcertante, ya me entiende..., porque no se le conoce ningún tipo de cobertura —miró hacia el techo— y eso es lo realmente extraño de esta muchacha. Anda por ahí —volvió a remarcar la cercanía del ahí con sendos movimientos de sus brazos— como si nada. Nadie le hace nada, no la molestan y se permite lujos que a otros les habría costado el pellejo —su cabeza había desaparecido entre sus hombros y su cara parecía una gárgola perpleja.

El pequeño despacho lleno de libros y de papeles asistió a la mirada sostenida por los dos hombres. Christo interrumpió el silencio una vez asimilado lo que trataba de decirle Racinet.

—¿Y el segundo problema?

—Surge del primero —sonrió—, pero a la luz de lo que usted me ha expuesto sobre la relación de la chica con el antiguo régimen alemán debo repasar mis notas. Mañana podré contárselo.

—¿No puede aventurarme algo ahora? —inquirió suavemente Nolte.



—Lo siento amigo, pero de momento no puedo decirle más. No es que no quiera, es que sencillamente me parece presuroso comentárselo hoy sin la pertinente corroboración de unos cuantos datos que obran en mi poder y que ahora están sobre mi mesa, en casa, lo siento.

Racinet se levantó de la silla, tras apurar de un largo trago el vaso de café que ya estaba frío y se subió la cintura de los pantalones en un gesto particularmente familiar que hizo que Christo sonriera.

—Es momento de que paseemos por las galerías y que se nos vea. Si no es así, me temo que el señor Lacoste no nos dejará en paz en todo el tiempo que dure su estancia aquí.

—Una última pregunta —hizo un ademán con la mano que percibió su interlocutor—, ¿sabía algo de esto Dreyfus?

—No, y ahora acompáñeme, se lo ruego. Conozco a Lacoste y no quiero que interfiera en su trabajo ni en el mío.

.....

(1996)

Hortobágy comenzó a sospechar que tal vez la muerte de los dos agentes no fuera del todo casual, y menos fruto de un encontronazo con bandas en el perímetro de la capital. Por un instante pensó en los métodos que se utilizaban hacía apenas una decena de años, y las piezas comenzaron a encajar como en un puzzle gigantesco. Se sentía incómodo, inquieto, y se movió en la silla para levantarse y pasear entre los papeles, ficheros y más sillas que decoraban aquel infausto lugar donde trabajaba desde hacía trece años. A pesar del sueño acumulado iba a intentarlo de nuevo y trató de localizar a Sámos Hajós, el tercer agente que había colaborado en la ocultación del cadáver de Ajmàtov. Hacía una hora que no se sabía nada de él a pesar de que debería estar en su puesto de ronda en el centro, aquello le preocupó.

Advirtió a uno de sus subalternos que se ausentaría durante un par de horas y bajó hacia los sótanos donde recogió su coche, para acercarse hasta la casa de la modista con la que gustaba Sámos de entretenerse mientras ponía los cuernos a su esposa. Hajós era un idiota, de otra forma no habría podido agarrarlo por los huevos, lo que en un principio era una ventaja, en situaciones como ésta se volvía una auténtica cabronada. No podía delegar en sus allegados porque eran unos inútiles, aunque Imre y Mátyás ya no vivieran para contarlos.

Mientras trataba de avanzar a través del denso tráfico que anegaba Budapest a aquellas horas, entre el hielo del suelo y la nieve que no dejaba de caer, siguió pensando en que tal vez había caído en una trampa tendida por el mismo Kolpov. Si el pobre mendigo a quien habían arrebatado el microfilm era prescindible, ¿por qué no

también él?; de momento, tres de las cinco personas que habían tenido algo que ver con el cadáver habían muerto, una más había desaparecido y sólo quedaba él.

Aparcó donde pudo y situó tras el parabrisas la placa que advertía que el Volkswagen Golf estaba en servicio oficial, para comenzar a subir las escaleras del portal contiguo a la frutería. La modista vivía en el tercero de los cuatro pisos que tenía el edificio, y a buen seguro los iba a encontrar allí. Se cagó en los muertos de Sámos en un juramento que le salió del alma y subió rebufando los últimos peldaños. La puerta estaba abierta.

Sámos se encontraba frente a él, con la mirada ausente y la pistola en la mano, en calzoncillos, ella tendida en la cama, y creyó comprenderlo todo: aquel imbécil se había visto superado por la situación que vivía con Petra, su mujer. Había perdido la cabeza y se había cargado a la modista complicando las cosas todavía más. El agente pareció moverse, al menos él habría jurado que lo había intentado. No tuvo tiempo de desenfundar y fue en aquel preciso momento, al notar que su musculatura no respondía, cuando sintió la mano que le quitaba la pistola para descerrajar un disparo sobre la cabeza ya muerta de Sámos; fue en aquel instante cuando entendió que el cepo se cerraba sobre él; y más tarde, cuando observó al hombre vestido de negro que apuntaba a la mujer, se imaginó la pequeña noticia en el interior del periódico; y por último, cuando el mismo hombre de negro recogió el arma de Hajós y le apuntó directamente al pecho, supo que aquello era un simple asunto de faldas, y se sintió amargamente imbécil.

(1997)

HABÍA ocupado las últimas horas repasando el abundante material que surgió de la conversación con Racinet, en un Burger King, entre un par de hamburguesas y un paquete de chips. Tras la reunión en el museo había decidido aprovechar lo que le quedaba de mañana, y las primeras horas de la tarde, para reponer fuerzas y pasear un poco por el centro; había comprado algunos libros y visitado brevemente el Pompidou. Mientras recorría calles y calles, pensó en que París tenía una peculiaridad que ya le había llamado la atención a su llegada: a pesar de la gran cantidad de gente y de vehículos que transitaban sus calles, la ciudad ofrecía al visitante una tranquilidad que no se sabía muy bien de dónde venía; los edificios, las grandes avenidas y las pequeñas calles, la zona moderna y las más antiguas construcciones, transpiraban una tranquilidad que hacía que en nada se pareciera a las otras grandes ciudades que había visitado. La humedad reinante daba un brillo especial a aquella magnífica Babilonia donde se mezclaba de todo. Caminaba lentamente, dilatando el tiempo, bajo un cielo gris plomizo que amenazaba una nueva nevada, cuando sus pensamientos volvieron a recalar en Racinet y en sus comentarios e informaciones; el trabajo iba a ser más sencillo de lo que en un principio le había parecido en Londres,

las cosas parecían estar en su sitio, y con unas piezas tan bien perfiladas resultaría fácil llegar hasta el final. La relación entre Anais Whistler y Jean Claude Daumier estaba perfectamente establecida, y el campo de estudio también, de hecho llevaban varios días estudiándolo y recabando información complementaria.

Comenzó a nevar ligeramente, de nuevo, y como todavía le faltaba camino para llegar al apartamento —las calles se habían llenado en un abrir y cerrar de ojos, de paraguas y de prisas—, pensó que bastaba de paseos y que lo mejor sería buscar un boca de metro y refugiarse en casa el resto de la tarde. Mientras subía al convoy de la línea tres que le llevaría hasta Saint Lazare para transbordar en la doce con destino a Pigalle, trató de seguir empapándose de todo aquello que le rodeaba. Eran casi las tres y cuarenta de la tarde, todavía tendría tiempo para dormir un rato y ponerse a trabajar pasadas las diez —había quedado en llamar al profesor Racinet a eso de las nueve, por si podía adelantarle algo sobre lo que faltaba—. El vagón en el que se introdujo iba lleno, bastante más concurrido que el que había tomado por la mañana, atestado de gente que volvía de sus lugares de trabajo y que se repartía hacia la periferia de la capital de Francia llenando las estaciones y las unidades, tras haber inundado de vida y actividad el corazón de París. En realidad nada nuevo. En Saint Lazare buscó y esperó la unidad que le habría de situar cerca de la zona donde residía con sus dos amigos, y se introdujo en el interior del segundo vagón —como de costumbre—, que iba más lleno todavía que el que acababa de dejar atrás. Al parecer, y por los comentarios que surgían a su alrededor, la semana había sido un desastre en cuanto a puntualidad y eficacia del servicio de transporte que arañaba las entrañas de París. Allí, de pie, agarrado como podía a una de las barras de metal, en la platea cercana a las puertas, flanqueado por dos adolescentes y un hombre de aspecto rudo, sujetando su portafolios con los brazos, comenzó a sentirse incómodo; no por la presión a la que le sometía una mujerona con aires de matrona de película que le aprisionaba con sus bolsas y su corpulencia desde la espalda, sino por una molestia que sentía en la base del cráneo y que parecía una especie de cosquilleo interno, idéntica sensación a la que se tiene cuando uno se siente observado desde cerca. Miró hacia los lados pero no localizó nada que mereciera su atención; el cosquilleo no desapareció. Hacía un intenso calor, abigarrado y denso como el aire que soplaba por los respiraderos. Se entretuvo pensando brevemente en Dana, en sus ojos y en su forma de andar cuando salía de la ducha, de puntillas. Dana, Nottingham, la última parada de un viaje que le apetecía pero que no podía ser.

—Maurice es un imbécil, la tiene en el bote y sólo piensa en la camarera del Indie...

—En sus tetas, más bien.

—Y que lo digas... esa zorrita usa una ochenta y cinco cuando tiene una novata y cinco o una ciento diez...

—Si cuando se agacha se le ve hasta el ombligo...

El metro avanzaba sobre su itinerario, primero Trinité, después Lorette, pero antes de llegar al apeadero de Saint Georges se detuvo inesperadamente, apagándose las luces y sin que las de emergencia se pusieran en activo; surgió a su alrededor un rumor impaciente y cansino, lleno de palabrotas y de improperios vertidos por los usuarios, en voz alta. La mujer que tenía detrás se movió aprisionándole todavía más contra la barra y el mamparo de aluminio y cristal donde se encontraban las dos muchachas que hablaban voz en grito como si estuvieran solas.

—Joder, otra vez... —dijo una.

—Enseguida vuelve la luz, por cierto te has fijado en los ojos que pone el idiota de Brand cuando te mira... —contestó la otra, cambiando de tema y como si el apagón le importara un comino.

—Siiiiii... —el chillido agudo le llegó a Christo hasta lo más profundo de su cerebro, sin intención de abandonar el lugar.

La gente se movía en sus sitios y asientos mientras las luces de emergencia parecía que no se iban a poner en funcionamiento jamás y el cosquilleo que sentía en la nuca se fue acrecentando hasta convertirse en un dolor intenso en la base del cráneo. Se asustó y trató por todos los medios de liberarse del peso de la mujer y de encontrar un poco de aire que respirar, cuando el tranvía que hacía el recorrido inverso les alcanzó, lanzando destellos estroboscópicos a través de las ventanillas, punzadas hipnóticas que sus pupilas apenas pudieron aguantar; el zumbido eléctrico de la máquina que trataba de ponerse en marcha le machacaba como un martillo las sienes. El dolor cesó de forma abrupta y se encontró bañado en un sudor frío, con la boca abierta, intentando aspirar algo del escaso aire que circulaba en el interior de la unidad, mientras notaba cómo perdía el sentido; se desplomaba. El usuario de aspecto ordinario y rudo impidió con sus brazos que cayera al suelo mientras aplastaban juntos a las dos jovencitas, en el momento en que las luces generales volvieron a iluminar el vagón y sus ocupantes, entre parpadeos.

—¡Anda este se cae...!

—¿Qué le pasa? —dijo la mujer que tenía detrás con tono alarmado.

—¡Jesús!, se ha desmayado... —se apartó la adolescente más bajita.

—Una lipotimia señora —contestó el obrero, con Christo todavía en los brazos.

Un hombre se agachó hasta donde le acababa de depositar el primero y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, abriendo la cremallera del anorak y propinándole palmaditas en la cara mientras se escuchaba la voz histérica de una de las niñas:

—Aire, necesita aire...

—¡Vamos, vamos...! —le decía el caballero, suavemente, a escasos centímetros de su cara— ¡Necesita espacio, hagan sitio por favor! —gritó a los que tenía alrededor con el asentimiento de la chica que había gritado.

—¿Una qué? —preguntó la señora, avanzando su mole y sus bolsas.

—Una lipotimia..., un desmayo, ¡coño! —el obrero trataba de librarse de la señora que tenía literalmente encima, mientras desde el fondo de la unidad surgían gritos de mujeres y hombres que se fundían con los de alguien que solicitaba un médico.

—Parece que ahí atrás pasa algo. ¡Por Dios, me está usted clavando el paraguas! —la joven se dirigía a alguien que tenía detrás.

—¿Dónde? —preguntó la más alta.

—A mí trátame con respeto, ¡se lo ruego... eh? —la mujerona parecía que tenía ganas de cancha y que la había tomado con el obrero que había depositado a Christo en el suelo.

—Lo que me faltaba —contestó el individuo mirando hacia el techo; el estrincón producido en el vagón al intentar ponerse en marcha movió a la masa de gente de un lado a otro e interrumpió la discusión recién comenzada.

—Al fondo... —señalaba la chica pequeña.

—Vamos muchacho, respira un poco que enseguida llegamos —la cara del caballero le miraba sonriente mientras secaba el sudor frío de la frente de Christo con su propio pañuelo—, todo ha pasado ya.

—No veo nada... —la alta se había puesto de puntillas, tratando de divisar algo por entre las cabezas.

—Y a esta que cojones le importará...

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un machista de mierda? —la pequeña se había enfrentado al hombre que había dejado la frase sin terminar y que prefirió callarse la boca.

—¡Soy una señora, y a mí me trata con el debido respeto, eh? —la afirmación del mueble cama que se encontraba discutiendo con el obrero se fundió con los ruidos que provenían del fondo, entre nuevos gritos y voces de alguien que seguía pidiendo la intervención urgente de un médico; el convoy seguía quieto parado en la vía, entre las dos estaciones, sin querer moverse de aquel lugar en mitad del túnel subterráneo.

—Ni señora ni leches —espetó rudamente el hombre mientras se revolvía violentamente.

—No me grite a la oreja —la muchacha alta se volvió hacia el obrero.

—¡No te jode, la pava esta...!

—Cálmense por favor —dijo alguien que se encontraba cerca, tratando de mediar en la discusión que parecía extenderse como un reguero de pólvora.

—¡Jóder —dijo otro—, lo que hay que oír!

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó el caballero a Christo, mientras el obrero y la señora seguían con su absurda discusión.

—Pigalle —la lengua parecía un estropajo en el interior de su boca.

—¿No es de aquí...?

—No, no es de aquí —contestó por él la muchacha alta.

—¿Eh...?

—Que no parece francés —adelantó la más pequeña.

—Que usted no parece francés... —el hombre se dio cuenta de la repetición y miró hacia las jóvenes, como implorando que se callaran—, vamos que usted es extranjero ¿no es cierto?

—Hamburgo, soy de Hamburgo —la lengua seguía pastosa, pero podía hablar mientras lo que le rodeaba se volvía nítido en sus ojos.

—Ya lo decía yo —sentenció la joven.

El hombre se volvió hacia la muchacha:

—Por favor, le agradecería que se callara.

—A mí usted no me dice lo que tengo que hacer —contestó la señora pensando que el caballero se dirigía a ella.

—Que se calle, que no va por usted —le dijo el obrero a la mujer, con tono cansino.

—Eso, usted mejor cállese que está más guapa —apostilló la más alta de las jóvenes con igual dirección.

—Yo que usted me pararía en Saint Georges y esperaría al siguiente, irá menos concurrido. ¿Me escucha?

Christo asintió todavía mareado. El revisor se abrió paso como podía mientras la furia de los usuarios se cebaba en él y la máquina trataba por segunda vez de ponerse en marcha sin conseguirlo.

—La culpa la tiene la compañía —gritó alguien a corta distancia.

—Va la tercera vez que ocurre esta semana —dijo una mujer que se encontraba casi a su lado, mientras Christo había conseguido recuperar la vertical y agradecía los cuidados que le habían dispensado el caballero y el obrero.

—El del fondo parece que ha sufrido un colapso —concluyó una de las adolescentes, secundada por voces que preguntaban y contestaban cosas incongruentes y el silencio cerrabundo de la señora que miraba como si quisiera comerse vivo a alguien. El revisor volvió hacia el lugar donde se encontraban, empujando y tratando de abrirse paso de forma tosca; estaba alterado cuando se acercó por fin al interfono situado a uno de los lados de la puerta, muy cerca de donde se hallaban Christo y sus compañeros de viaje.

—Pide ayuda y ponte en camino de una vez, tenemos un fiambre en el vagón dos.

—¿Ha muerto alguien? —preguntó entonces la señora, al obrero, en voz baja y con cara de espanto, como si fueran amigos de toda la vida, cogiéndole del brazo.

Milagrosamente se había hecho un profundo silencio a lo largo y ancho de la segunda unidad del convoy, el revisor se había perdido de nuevo en el fondo y Christo podía respirar en el pequeño hueco que todavía le rodeaba. Tras el tercer y definitivo intento por ponerse en marcha, los vagones se comprimieron en sus juntas, rechinando goznes y ruedas sobre los raíles, y bamboleando en su movimiento a los varios centenares de usuarios que llevaba dentro. Llegaron por fin a la estación de Saint Georges y se abrieron las puertas para permitir la salida de viajeros que se apeaban, o que simplemente salían a la espera de volver a entrar mientras de paso respiraban un poco de aire fresco. El convoy permaneció detenido varios minutos, una unidad médica de urgencia se había trasladado hasta el lugar y un par de camilleros sacaban, tendido, a un hombre envuelto en una sábana y con una mascarilla oculándole la boca. A través de la ventanilla creyó reconocerlo como el individuo gris de la mañana.

—Típico ataque al corazón.

—¿Qué? —volvió en sí cuando el caballero que le había atendido le ofreció un caramelo mentolado.

—Digo que tiene toda la pinta de haber sufrido un ataque cardíaco, ¿no se baja aquí?

—No, me encuentro mejor y ya queda poco.

(1997)

WERNER Kaufmann había comido tarde; la reunión de media mañana supuso una interminable y costosa negociación que acarreó un considerable retraso en la agenda de trabajo y en sus hábitos diarios.

Se dirigió pausadamente hacia su despacho del ala Este, donde revisó la correspondencia del mediodía y abrió el regalo que el personal y el servicio le habían dejado sobre la mesa: una preciosa copa de cristal bávaro. Mañana cumplía años y lo haría en París, en mitad de una convención internacional de representantes de empresas de alta tecnología a la que habían sido invitados él y Taubman, como cabezas visibles de Morpheo Software Enterprise, del Grupo Prometheus. Todavía no se habían depurado las responsabilidades que originaron que su nombre apareciera al frente de la poderosa organización, matriz de la filial dedicada a la investigación sobre plataformas de proceso de información y a generación de programas específicos para la aviación militar; un desliz que parecía no tener mayor importancia, pero que había importunado, y alarmado, tanto a Potters como al mismo Klunge; le habían si-

tuado al frente del grupo, con nombre y apellidos. El presidente de la república francesa inauguraría la convención, y ello acarreaba su incuestionable presencia, como había dejado bien claro la invitación expresa que Mitterrand le había dispensado de forma particular. Heracles Francia había sido partidaria, con Jean Claude Dumas a la cabeza, de postergar el viaje en un principio, y de cancelar la reunión después; intuían que la invitación podía encerrar una trampa para tener a K1 en París. Se sopesaron pros y contras, intentando dar salida viable a un asunto engorroso y bastante lamentable hasta que por fin el team de Francfort otorgó el visto bueno con la premisa de aumentar los niveles habituales de seguridad y tratar por todos los medios de sacarle de París a la mayor brevedad. Morpheo Software Enterprise nutría de material al ejército del aire francés en un voluminoso negocio que se hacía necesario preservar aunque se resquebrajara momentáneamente el cinturón de seguridad que la organización tenía preparado alrededor de su máximo dirigente; un mal menor que habría que sobrellevar pese a las reticencias de algunos y mal que pesara a muchos, la situación económica y política, internacional no se mostraba demasiado diáfana, y para evitar problemas económicos, lo mejor que se podía hacer era preservar los asuntos en curso hasta conseguir la viabilidad por otros cauces.

Él era un gestor y echaba de menos a Klaus que había tenido que ausentarse durante veinticuatro horas —primero Francfort y más tarde Londres—, y paseó en solitario por el gigantesco salón que ofrecía, a través de la enorme cristalera, una maravillosa vista del jardín de la residencia, cubierto por la nieve, e iluminado por la suave luz del atardecer en Ginebra. Llamó a su secretaria personal, Froilain Folge, y le dio instrucciones para que todo el personal, incluidos los de seguridad, se reuniera a las 18:30 en punto, en el saloncito de té, para poder agradecerles el detalle que habían tenido, antes de partir para Francia desde el aeropuerto internacional donde descansaba, ya preparado —supuso— el jet de la organización.

Iba a cumplir cuarenta y cuatro años aunque aparentaba algunos más, bastantes más. Dio repaso a una vida, la suya, tan diferente a la que todos pensaban y comenzó a poseerle una languidez que no le gustaba lo más mínimo. Olvidó los recuerdos y ojeó las notas sobre lo que tendría que hacer en las próximas horas, Klaus no le perdonaría que no llevara la lección bien aprendida; tras la presentación oficial del Presidente le tocaba a él y su discurso sería minuciosamente valorado y criticado por la prensa internacional.

Repasó su agenda para el día siguiente: reunión informal, almuerzo incluido, con Jean Claude para determinar la actual situación de los efectivos desplegados en Francia ante la inminencia del movimiento que llevaban tiempo desarrollando el CDFC y el GK. El teatro operacional estaba a punto de sufrir algún tipo de convulsión que los analistas todavía no habían sabido definir; París resultaba ser el centro del citado movimiento, y a pesar de las reticencias que había puesto Dumas sobre la nece-



saría ampliación de la cobertura de apoyo, la confianza en Heracles Francia auguraba un buen desarrollo y final. Nadie en su sano juicio sería capaz de desatar una campaña como la del 68; las espadas estaban en alto y lo más seguro era que siguieran estándolo. “Manhattan Transfer” podía dar al traste con todo el trabajo realizado por Heracles durante los últimos años; si el CDFC conseguía pinchar “Mamá Rusia”; la vieja potencia que se movía hacia el capitalismo estaría en desventaja y nadie podría saber cuál sería la reacción ni las consecuencias en el viejo teatro europeo. Ni Fundación ni Heracles podían permitirse un lujo así.

Dumas era reacio a creer en lo que los especialistas intuían y pensaba que sólo se trataba de un mero pulso de fuerzas en el interior del territorio francés, lejos de la zona de conflicto de Yugoslavia o del sur de Afganistán, por lo que resultaba del todo necesario convencerle de que tomara algunas precauciones extraordinarias. Su viaje a París, su entrevista con Jean Claude, trataba de animar al viejo dirigente a aceptar la idea de que tal vez resultara necesario conseguir un apoyo parcial de los franceses. Recordó cada una de las partes del guión que debería interpretar y se sintió incómodo. Miró el reloj vertical y decidió que sería mejor empezar a prepararse para el viaje. Folge entró en el salón tras llamar con los nudillos en la puerta.

—Buenas tardes. El señor Klunge me dejó unas indicaciones para usted.

—Endiablado Klaus, siempre tiene que decir una última palabra —Kaufmann sonrió y la secretaria fingió no haberle escuchado.

—Me pidió que le informara de que hace dos madrugadas fueron asesinados en París un par de agentes, uno del servicio francés y uno de nuestros hombres. También me dijo que usted sabría sacar las conclusiones al respecto; aquí tiene el informe completo que acabo de pasar a limpio y que deberá tener en cuenta cuando hable con el señor Dumas.

Kaufmann no estaba acostumbrado a enfrentarse a aquellas cosas en solitario y lamentó que Klunge no estuviera cerca mientras repasaba las hojas que le había presentado la secretaria. Tras un momento de reflexión:

—¿Ha dejado alguna otra nota, o instrucción, el Señor Klunge?

—Nada salvo lo que acabo de comentar.

A buen seguro Dumas podría ofrecerle alguna respuesta sobre un asunto que de haber ocurrido en cualquier otro punto del globo no habría merecido mayor consideración, así que guardó los papeles y tras despedirse se dirigió hacia sus habitaciones privadas del segundo piso.

.....

El agua chapoteaba sobre el acristalamiento superior de la bóveda de aluminio y acero que recubría el último piso del edificio “Bramson”, en el interior de las entrañas de la City londinense, resbalando después sobre su superficie. La efigie de un hombre

delgado, perfectamente inmaculado en el vestir y erguido como si estuviera sujetado por perchas, se enfrentaba al horizonte gris que mojaba la ciudad, a través de los cristales que abrían la sala de reuniones al mismo cielo que cubría la capital de Inglaterra.

—Estas largas esperas se me hacen difíciles de llevar —dijo en voz baja pero suficientemente clara como para que el otro, el que estaba sentado frente a la gigantesca mesa de nogal le escuchara.

—Brideshead, relájese, no podemos hacer otra cosa salvo esperar acontecimientos.

Lord Douglas Brideshead suponía una institución en el interior del enorme engranaje denominado Heracles. Como superior en jefe de la organización en Gran Bretaña, Brideshead se había ganado a pulso la fama de flemático y seguro hombre de confianza de Kaufmann. Tenía sobre sus espaldas setenta y dos años, y por cierto que los llevaba muy bien; con las manos en la espalda y su porte enhiesto dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa donde tomó asiento cerca del otro hombre.

—Ha mandado otra unidad a París...

—Sí, di la orden esta misma mañana, no me gustaba el cariz que estaban tomando las cosas y he preferido cubrir a los chicos con un pequeño contingente ofensivo —comenzó a tabletear suavemente con sus dedos sobre la superficie reluciente del nogal—. ¿Sabe una cosa, Klunge?, es algo que en cierto modo me incomoda...

El compañero de mesa le miró con respeto.

—...sé que está mental y físicamente preparado para una cosa así, pero no puedo quitarme de la cabeza el riesgo que comporta esta situación, para él mismo y para todos nosotros, si algo falla, por pequeño que sea, puede originar un caos de dimensiones difíciles de valorar.

—K1 es más duro de lo que parece, aguantará lo que se avecina.

—No me caben dudas, pero creo sinceramente que sería mejor que él estuviera aquí.

—Ya sabe lo que dijo, no creo que quiera volver.

—Debería hacerlo, al fin y al cabo ésta es su organización, el fruto de su trabajo y sus sueños.

Klaus se levantó de la cómoda silla y comenzó a caminar lentamente, sin alejarse demasiado de Brideshead.

—Lo veo difícil, pero es una posibilidad que yo también he considerado, en realidad quise ponerme en contacto con él, ayer mismo, pero me fue totalmente imposible.

—Entonces, usted también está de acuerdo. ¿Cree que si le habláramos..., si le diéramos las suficientes garantías..., no sería suficiente...?

—Sinceramente no, además, apenas queda tiempo para nada. Hemos comenzado sin él y ya es tarde para cambiar eso.

Lord Douglas se incorporó también para acercarse a su compañero y enfrentarse juntos a la lluviosa tarde gris que se tragaba Londres.

—Puedo hablar personalmente...

—¿Por teléfono?, ya le he dicho...

—No, puedo presentarme ante él.

—¿Un viaje a estas alturas?

—Todavía tengo cuerda para rato, mi estimado amigo, sólo necesito a Randolph y su beneplácito, por nada del mundo quisiera tomar esta resolución en solitario pero creo sinceramente que sería gratamente beneficiosa para la causa.

Los dos hombres se miraron durante un instante.

—Una llamada telefónica...

—No, no creo que sirviera de nada; necesito tenerle cerca y que él me vea, sólo así podré convencerle.

Klunge se volvió hacia la cristalera.

—Habrá cambiado más de lo que imaginamos.

—Lo supongo, pero no tanto como para negarme una entrevista y el tiempo que necesito para que me escuche, a mí, no.

—Douglas, obre con cautela, un error y todo se vendrá abajo. En breves horas el golpe será efectivo y tendremos que pasar a la segunda fase, no me gustaría tenerle lejos cuando ocurra —Klaus miraba a Brideshead a través del reflejo en el cristal.

—Veo que mi intención es de su entera satisfacción; la decisión está tomada, creo que no perdemos nada y que la ganancia puede ser interesante, casi diría que sustancial si las cosas comienzan a ir de forma diferente a como lo hemos previsto. Mi gente podrá ayudarle en los prolegómenos de la operación y en el rescate. Dumas y los otros no sospechan nada y obrarán según lo previsto, pero si algo se tuerce me gustaría contar con él. —Se dirigió al teléfono y marcó la extensión que comunicaba con su despacho—: Lara, llame a mi esposa y anúnciele que estaré fuera unas cuarenta y ocho horas; contacte también con Randolph y dígame que me acompaña. Por último necesito que arregle las cosas para el viaje, tengo que estar en Nevis dentro de siete horas... sí, Caribe oriental, gracias.

(1997)

El submarino ruso Lávochkin les había acompañado en su inmersión hasta los 4.909 pies, abandonándoles a aquella profundidad mientras se colocaba en situación estacionaria esperando su retorno; en la superficie el temporal del noroeste había pasado sobre los costados y por encima del Kronotskij, a unas trescientas millas en dirección sur—suroeste de las costas occidentales de Irlanda, sobre la vertical de la llanura abi-

sal de Porcupine, en la zona oriental del Atlántico. El batiscafo seguía su camino silencioso y oscuro, en sus entrañas el cabo ingeniero Riazhsk como piloto de la nave en la burbuja inferior, en la superior el Teniente Gorki, responsable de la misión, y el submarinista Majazhkala, encargado de manejar la unidad GRII que viajaba unos metros por encima, en el exterior. Todos ellos habían permanecido más de dos horas descendiendo por la negrura azulada que los envolvía, sólo visible a través de las portillas de cristal presurizado de que disponía el sumergible en su parte delantera e inferior. El Kola formaba parte integrante, junto a su gemelo Kamchatjka y otros tres aparatos más, de las modernas unidades de salvamento submarino de la armada rusa. En la última veintena de años habían sido numerosas las pérdidas accidentales que se habían ocasionado entre los submarinos de la flota soviética; tras el periodo posterior a la era Gorbachov, la falta de presupuestos y el cansancio de las tripulaciones habían derivado en una situación alarmante en lo que al mantenimiento de la antigua flota se refería; muchas naves estaban siendo retiradas y descansaban en los muelles de Murmansk, Arkangel'sk y Vladivostok, y las que todavía se hallaban en activo precisaban de una serie de cuidados que Moscú no podía pagar. En 1971 se estableció el primer programa de desarrollo de submarinos de auxilio que derivó en la creación de la serie "Troika" a mediados de los 80; batiscafos dotados de la más moderna tecnología, directamente derivados de las experiencias en el espacio exterior y las realizadas a gran profundidad de sus primos hermanos "Mir", perfectamente capacitados para las misiones de salvamento que se les encomendaban.

Los "Troika" era sumergibles que ocultaban en su interior una serie de esferas, de titanio —hasta cinco en total—, que a su vez se hallaban embutidas en una unidad cilíndrica, también de titanio, cuya parte delantera y posterior eran semiesféricas; en la popa, disponían de una esclusa vertical estanca por donde se accedía a los submarinos accidentados; el espacio de separación entre las esferas y el cilindro servía para albergar una sustancia oleaginosa que acrecentaba su densidad con las bajas temperaturas convirtiéndose en una especie de materia esponjosa muy estable, lo que confería al conjunto una mayor resistencia frente a las tremendas presiones que tenía que soportar una vez sumergido a grandes profundidades y evitaba, en cierta medida, la transferencia de calor desde el interior al exterior. El Kola era de los más pequeños y su configuración actual estaba constituida por una única esfera que disponía de una protuberancia en su parte inferior donde se alojaba el sistema de navegación y el piloto. En su parte posterior —habilitado para contener otras dos esferas, dispuestas para alojar a las tripulaciones rescatadas, y que ahora habían sido eliminadas— descansaban las potentes baterías electrógenas —que alimentaban al submarino durante el descenso y le darían vida una vez hubiera llegado a su objetivo—, así como una ampliación del número de tanques esféricos de aire y lastre de agua variable que le permitirían una mayor maniobrabilidad tras soltar el principal, de dos

toneladas, alojado en el exterior junto al GRII y que les empujaba hacia abajo. Todo ello insertado en una estructura reticular de acero y titanio —común a todos los “Troika”—, recubierta de una envoltura de poliéster y fibra de vidrio que le daba al Kola el definitivo aspecto aerodinámico propio de su clase, y que permitía, también, el asentamiento encastrado de los equipos de iluminación y un pequeño brazo articulado que sobresalía en la proa; encima, la torreta que evitaba que el agua entrara cuando se hallaba en superficie y que cobijaba la compuerta principal, único lugar de acceso al sumergible.

La elección de la serie “Troika”, para una misión como la que realizaba, dependía fundamentalmente del tamaño del objeto que tenían que recuperar y de su propio índice de maniobrabilidad, bastante superior a los “Mir”. Antes de la adecuación que había sufrido, el Kola era capaz de bajar hasta profundidades inferiores a los tres mil metros, y ahora podía llegar hasta los cinco mil o seis mil con facilidad, con un empuje vectorial que le permitía arrastrar hasta una tonelada y media; con la reducción de peso su capacidad ascensional subía a las dos toneladas, más que suficiente como para arrastrar hasta la superficie los setecientos kilos que pesaba el objeto que buscaban y el propio del batiscafo en el caso en que la unidad GRII no pudiera hacerlo.

El habitáculo era estrecho en la burbuja principal, los cuerpos de los tres hombres apenas cabían en el ambiente húmedo y oscuro sólo roto por la parpadeante luminiscencia que surgía de los innumerables aparatos con los que compartían el exiguo espacio y la producida por un par de lámparas halógenas rojas. El sonido de los motores eléctricos ronroneó por el interior espartano del batiscafo, donde los tres hombres se repartían el espacio que les hacía falta como podían: el piloto sentado en la esfera inferior que ocupaba la parte central, ligeramente adelantado, sujetando los mandos que movían las aletas y la dirección de los pequeños impulsores situados a los costados, en el exterior, tratando de contrarrestar la fuerte corriente que los movía como un péndulo; el teniente arriba, a su izquierda, tumbado boca arriba sobre el enrejado que tapaba la sentina, controlando la radio, el pequeño sonar, el profundímetro y los numerosos relojes —rodeados de botones— que alertaban sobre el estado general de la nave; a su lado el submarinista Anatoli Majazhkala frente a las consolas de manejo del robot y de la GRII.

Descendían empujados por la fuerza de la gravedad y el peso del lastre; lo habían hecho a mayor velocidad al principio y ahora con una gran resistencia, debido a la presión fundamentalmente, y a la fuerza que los empujaba en estos momentos y contra la que luchaba Riazhsk a doce mil cuatrocientos sesenta y dos pies de la superficie.

—¿No puedes dejarlo, Anton?, ahí abajo necesitaremos toda la energía para movernos.

—Si esto continúa tendremos que abandonar, nos estamos desviando demasiado y la GRII puede soltarse.

La unidad GRII era un simple arnés cuadrangular, de acero y titanio, que albergaba una serie de mecanismos que deberían ser enganchados al aparato que buscaban y permitirle llegar a la superficie para ser recogido. Aquella misión era la primera que utilizaba un sistema paralelo de un “Troika” y una GRII, lo que conllevaba un riesgo accesorio que se estaba convirtiendo en un auténtico peligro en mitad de aquella corriente que movía al Kola y sus accesorios exteriores.

—Déjalo caer durante mil pies más, si para entonces no hemos abandonado la corriente soltaremos la GRII y subiremos; si conseguimos estabilizarnos, tendremos tiempo de recuperar la trayectoria una vez estemos abajo.

—Como ordene teniente... —Riazhsk sudaba por la tensión a pesar del frío y la humedad reinante.

Majazhkala les miraba sujetando el libro que había estado leyendo durante el descenso, con los cascos todavía sobre sus orejas, dejando escapar el chasquido residual producido por la música que estaba escuchando. Permanecía embutido en un grueso anorak tratando de guarecerse del intenso frío que hacía.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Nos estamos desviando... —el teniente se volvió hacia los instrumentos que tenía sobre su cabeza.

—Puedo intentar corregir la trayectoria con ayuda del «bicho»...

—Deja al «bicho» tranquilo, no hace falta que malgastes las baterías, de momento no creo que nos haga falta modificar nada —Gorki miraba la pantalla de sonar—; ¿qué demonios estás oyendo?

El submarinista accionó un pequeño interruptor y por los altavoces generales —que hasta aquel instante habían estado vertiendo en el interior del habitáculo música de Bach, Grieg y Tchaikovsky—, comenzó a sonar un repiqueteo lastimero, con una cadencia triste y melancólica de la que surgían voces de coros siguiendo una melodía que se podía definir como tenebrosa y en cierto modo lúgubre.

—¿De dónde has sacado eso? —el piloto se volvió ligeramente hacia el lugar que ocupaban, sus compañeros.

—Es de una película... —Anatoli recogía la caja que había contenido la cinta magnetofónica cuya música seguía inundando el pequeño espacio— ...”La Escalera de Jacob”; no la he visto —concluyó para sí.

—¿Americana? —preguntó el teniente.

—Sólo me manda música de películas y grupos americanos.

—¿Vitali?, tu hermano está tan loco como tú —Anton miraba directamente a Anatoli desde abajo, tratando de eliminar la tensión que había acumulado tratando de enderezar la nave, se hallaba entumecido.

La composición seguía su curso descendente y tétrico, como el propio submarino, para elevarse suavemente y volver a bajar entre cambios de tono.

—¿Cómo anda el mayor de los Majazhkala, el carnicero del Queens...?

—Mejor que en la armada, al menos de matarife se gana un sueldo que le pagan a la semana... y puntualmente —hizo un gesto con sus manos.

—¿Es cierto que las hamburguesas se hacen con carne picada de perro?

—Al más puro estilo de casa...

Rieron ante la ocurrencia del submarinista mientras la música seguía golpeando rítmicamente los tímpanos de los tres hombres, y los coros acrecentaban el discurso triste con su entonación, pero en la cabeza de Riazhsk aquello se convertía en una letanía hipnótica que le obligó a cerrar con fuerza los ojos, mientras apagaba definitivamente el grupo impulsor, permitiendo que el Kola cabeceara ligeramente y girara sobre sí mismo como hiciera al comienzo del descenso.

Riazhsk se frotaba la cara, intentando enfocar correctamente lo que tenía delante:

—¿Cómo tenemos la mezcla?

Gorki miró los indicadores de presión, y los relojes que medían la calidad del aire que respiraban y que atravesaba el filtro de hidróxido de litio que eliminaba el residual y peligroso anhídrido carbónico del aire en perpetuo reciclaje.

—Ahora que no me oye nadie... —Gorki hizo un gesto ostensible con dirección al exterior del submarino, mientras golpeaba con el índice de su mano derecha sobre el cristal de uno de los marcadores—, os habrán ingresado la paga de enero y febrero... la mezcla parece correcta Anton, ¿te ocurre algo, quieres que aumente el nivel de oxígeno?

El sistema de aire y ventilación, de circuito cerrado, podía compensar la merma de oxígeno con el aporte de una cantidad extra que surgía desde un contenedor colocado entre los tanques de lastre variable.

—Me siento un poco mareado, he pensado que tal vez fuera...

El teniente abrió la espita del oxígeno hasta que la presión se estabilizó de nuevo mientras observaba la pantalla del sonar:

—Nos estabilizamos, la corriente parece que desaparece... ¿y ahora? —se dirigió al piloto que había vuelto a activar los motores para enderezar el aparato.

—Mejor, de todas formas os agradecería que quitárais esa mierda —Riazhsk seguía sintiendo molestias mientras maniobraba el sumergible.

—Ya has oído al cabo, quita esa porquería Anatoli. Antón, para los motores, seguimos descendiendo.

—De acuerdo...

Majazhkala comenzó a leer un pasaje del libro que todavía descansaba entre sus manos; con voz entonada y susurrante, empezó a declamar:

—«Ahora que nadie escuchaba sus lamentos, Gordon se sintió profundamente solo. Llevaba varias horas aferrado a aquel pedazo de madera, meciéndose entre las olas del infinito océano, con el amargo sabor del salitre en la boca y un profundo escozor en sus abiertos labios. Apenas sentía el frío que le atenazaba, como una mano gigantesca —Anatoli gesticulaba—. Tenía los miembros entumecidos por la dilatada estancia en el mar, y apenas recordaba nada de lo sucedido, salvo el brusco movimiento que hizo zozobrar al bergantín antes de hundirlo con toda su tripulación dentro...

—Nuestro submarinista está realmente enfermo... —rió el teniente.

—...entonces lo sintió, profundo y silencioso, moviéndose muy, muy abajo... —Majazhkala continuaba amenizando con gesticulaciones su narración, como un actor de teatro, modulando la voz y acoplándola al ritmo de la música— ...en su lecho marino, abriendo aquellos colosales ojos vidriosos y negros, agazapados entre la carne blanca que despertaba de nuevo, moviendo sus tentáculos y observando arriba cómo lo hacía una minúscula sombra agarrada a una tabla...

—¡No me jodas que has estado leyendo esa mierda durante todo el descenso; tienes unos cojones que te los pisas, hace falta ser capullo...! —el teniente seguía riendo.

—Quita eso Anatoli, me está poniendo nervioso... Anatoli, quítalo de una jodida vez —Riazhsk se sentía alterado escuchando la lectura que llevaba a cabo Anatoli, y la música que se le introducía en la cabeza sin querer salir, seguía sintiendo que le faltaba el aire—, quítalo por favor...

—...y comenzó a nadar hacia la superficie nocturna, con dirección a su presa, abandonando a su paso una pustular esencia maligna que se diluyó al tocar las arenas y rocas del fondo, impulsado por una fuerza ignota y brutal que surgía de su interior...

—Hace años escuché a un sueco una historia similar, creo que allí lo llaman “Krakon”, o “Kraken”; es como un calamar gigante de esos que dicen que viven a gran profundidad, durante siglos han creído que era capaz de hacer desaparecer barcos con sus tripulaciones.

Anton se revolvió en su sitio, con la cara pálida y los ojos bien abiertos; seguía sudando y sus palabras apenas fueron un susurro mientras la ventanilla de cristal presurizado se convaba, y las luces interiores del batiscafo se volvían iridescencias encarnadas que salpicaban sus pupilas dilatadas.

—Dejadlo, por favor, Dejadlo... —se había incorporado mientras la música seguía golpeándole el cerebro, y las palabras dictadas por el submarinista le devoraban los sentidos hasta convertirse en una extraña presencia que permanecía a su lado y que se propagaba hasta el exterior donde parecía como si les observara desde el interior de la negrura que envolvía al aparato. Tenía la mirada perdida en un lugar le-



jano, más allá de los mamparos y tubos que recubrían el interior de la nave y se movía lentamente, balanceándose compulsivamente, mientras con las manos trataba de agarrarse las rodillas, acucillándose; sus labios repetían en voz baja palabras que se perdían entre la verborrea de Anatoli y las risotadas de Gorki:

—...viene, viene...

Tiritaba y un escalofrío le recorrió la espalda, crispada, a punto de romperse por el esfuerzo que le llevó a levantarse sobre las puntas de los pies mientras seguía balanceándose:

—...está ahí, viene, no podéis entenderlo pero está ahí y viene... viene...

Majazhkala se había callado y miraba directamente al piloto, con cara lívida, mientras hacía gestos al Gorki para que dejara lo que estaba haciendo y observaba como Anton se agachaba ligeramente para recoger algo de entre los instrumentos que le rodeaban.

—¿Qué pasa? —el teniente lo vio entonces, incorporándose unos palmos.

—Viene... —las palabras surgieron de la garganta de Riazhsk como un lamento gutural, transformadas en algo que de no haberse producido en aquel lugar y a aquella profundidad habría provocado la risa; instantes después el cabo comenzó a sollozar, todavía de pie, hasta que su cara desapareció bajo sus manos enguantadas.

—La puta mezcla —Gorki se había girado moviendo sus dedos de forma nerviosa, accionando y golpeando las llaves y los relojes—, siempre igual, algún día esta mierda acabará con nosotros...

—¿Qué te ocurre Anton?, relájate y siéntate, descansa un poco, enseguida se te pasa...

El submarinista había avanzado sus brazos mientras reptaba tratando de recuperar la vertical muy cerca de su amigo; quiso abrazarlo para darle calor y calmarlo cuando éste levantó la cara y le miró a los ojos mientras le propinaba un puñetazo que lanzó la cabeza de Anatoli contra la consola superior con un sonido hueco, comenzando a gritar en un alarido que resonó en el interior de la burbuja, para terminar diciendo en voz alta:

—No lo entendéis, viene, viene a por nosotros...

—Maldito hijoputa, estate quieto... —Gorki se había enderezado y se quedó quieto, helado, cuando observó la llave inglesa que blandía el piloto en la mano izquierda— ¿qué haces, te has vuelto...?

El golpe sonó seco y el crujido del cráneo del teniente reverberó en infinitos ecos en los oídos de Majazhkala, quien trataba de recuperarse del golpe que había sufrido y veía, incapaz de pararlo, cómo el piloto comenzaba a golpear los instrumentos y las paredes de metal. Trató de impedirlo, pero su posición se lo impedía y a punto estuvo de tragarse la maldita llave inglesa que acabó sacudiendo el mamparo que tenía sobre su cabeza, lanzando chispas y rompiendo circuitos. El batiscafo se-

guía su viaje descendiendo por la negrura que lo rodeaba, pero ahora se movía de una forma inestable, como si en su interior dos hombres lucharan a brazo partido por sus propias vidas sin que nadie pudiera escuchar los gritos.

Por los altavoces interiores sonaba la versión que Al Jolson hacía del “Sony Boy”, cuando el lastre general se soltó de uno de sus puntos de sujeción de babor, arrancando de cuajo otros dos y quedando únicamente unido al sumergible por el cuarto, sobre la parte superior de la GRII, entre los patines, muy cerca de la plataforma que sostenía el pequeño robot explorador. El batiscafo se inclinó peligrosamente hacia el lado de estribor y recorrió así un centenar de pies a la misma velocidad de descenso, como si no hubiera ocurrido nada en sus entrañas. Majazhkala empujó el cuerpo inerte de Riazhsk maldiciendo aquella mierda, cuando un ruido profundo seguido de un crujido anunció que la unidad exterior se acababa de soltar también en alguno de sus puntos de ajuste, seguramente por efecto del peso del lastre. Tenía la cara empapada por la sangre que manaba de su cabeza y trató de activar, con manos temblorosas, la cuarta sujeción para soltar del todo el lastre que le arrastraba y deshacerse también de la GRII, mientras trataba de no perder pie en la plataforma inclinada, evitando los continuos chispazos eléctricos que le iluminaban la cara y maniobrando las aletas exteriores para que el Kola recuperara la estabilidad perdida mientras seguía impasible su camino de descenso hacia el abismo.

(1997)

El infierno se había vuelto neblina y casquillos iluminados por las llamas que salían de la camioneta, y por los propios haces de luz que atravesaban el tejado. Bela estaba tendido, entre la luz y el humo que levitaba a ras de suelo. La segunda camioneta también fue alcanzada y explotó como la primera. Mientras se introducían por el interior de una alcantarilla, en el muelle que había indicado Paul, el silencio ganó espacio detrás; todo parecía indicar que la caballería dejaba paso a la infantería.

Granadas de mano y bombas de humo atravesaron las cristalerías superiores de la pared norte y se podían escuchar pasos a la carrera sobre la techumbre de uralita; todo el almacén retumbaba entre sonidos metálicos, secos y huecos mientras Oleg, el “zelote” de mayor edad, se encontraba erguido en mitad del humo, concentrándose en los tres objetivos que podía percibir a través de la pared de ladrillo; en semiautomático: trac-trac, trac-trac-trac, trac-trac, el viejo AK47 del “fraile”, la reliquia que llevaba en sus manos, atravesó como mantequilla los ladrillos y los chalecos antibalas, hasta que una ráfaga acabó con su vida y su futuro, lanzándolo al suelo. Tres sombras negras habían conseguido entrar, cubiertas por el fuego de supresión que barría el interior desde la puerta. Foucault y Bela habían caído.

Tsvietaiev e Irina se encontraban literalmente tirados sobre el pavimento, cerca de unas cubiertas de neumáticos y cajas que a duras penas aguantaban la tralla que

estaban recibiendo; incapaces de incorporarse ante la lluvia de balas que segaba el denso ambiente lleno de humo y la oscuridad que reinaba al fondo, lejos de la camioneta que ardía, se mantenían agazapados, esperando no se sabía qué.

Un rebote duro y definido se abrió paso en mitad del chorreo seco y uniforme de los FA MAS, y de los casquillos golpeando el suelo. Andrea gritó:

—¡Granada!

Se dirigía hacia ellos, y una burbuja azulada la recibió a medio metro de altura, congelándola en el aire, como si una mano invisible la sujetara. Paul estaba allí, y tras él Nikita, iluminados por el fogonazo.

—¡Mierda, Francia juega en casa!

Irina escuchó las palabras de Igor pero no hizo caso, su “Skorpion” acababa de encasquillarse y buscaba la P7 cuando la Makarov del coronel abatió la sombra grisácea que surcaba el humo pastoso e iluminado de rojos acercándose tras las cajas.

—¡Gracias! —tosió—.

—De nada...

De pronto se hizo un momento ininteligible de tranquilidad: tal vez los que trataban de entrar no habían esperado una defensa tan cerrada y certera, o simplemente habían recibido una orden, o vete a saber que demonios les había pasado. Un cargado olor a ozono barrió el espacio abierto del almacén mientras la luz volvía a inundar el exterior. Andrea, el pequeño “zelote” que quedaba, estaba de pie, observando los cuerpos desperdigados, con cara de bobo, sobresaliendo por encima de la neblina de humo y gases que poco a poco se iban disipando. Alguien tosió cerca de la oficina.

—No he sido yo... lo juro, sólo divisé a uno...

Todos estaban quietos, expectantes por si había una nueva oleada de fuego. Las sombras se amontonaban en el suelo y se escuchaban débiles gemidos y el crepitar intenso de la camioneta que ya se estaba consumiendo. Irina se levantó al fin, medio en cuclillas:

—Nikita cuenta las bajas —le costó decirlo—.

—No he sido yo... lo juro —seguía hablando, todavía de pie, entre jadeos—.

—Agáchate imbécil —le ordenó Irina—.

Una rápida ojeada le advirtió que en el almacén sólo quedaban con vida ellos, los cuerpos de diez hombres vestidos de negro, con chalecos, visores y atiborrados de material bélico, surgían aquí y allá, por entre el humo que los lamía, acompañados por los de Bela y Oleg; Foucault era quien gemía y gritaba.

Igor gritó señalando hacia el techo:

—¡Ten cuidado, quedan dos o tres!

Una ráfaga le contestó, desconchando el pavimento donde todavía se encontraba tendido, otra ráfaga acabó con Andrea antes de que se agachara y sonó un

chasquido más antes de que el cargador de la Makarov se vaciara. Pasos corriendo sobre el tejado, mientras el cuerpo del agente que había disparado se precipitaba a su lado, con un sonido grueso y pesado y la otra camioneta estallaba al ser alcanzada por el fuego de su compañera. Todos miraron a lo alto por si divisaban alguna sombra. Los ojos se cruzaron, nadie dijo palabra. Nikita sujetaba el cuerpo inerte de su amigo, Paul había sido la última víctima.

Pasó todavía un momento largo hasta que Irina dio por concluida la refriega. Quedaba poco tiempo y sería necesario evacuar la zona y huir con los que quedaban. El lugar nunca había sido seguro, pero ahora menos. Se acercó hasta donde se encontraba el cuerpo de Foucault, ya no gritaba, pero seguía gimiendo bajo el intenso calor que despedían las dos camionetas, con media cara rota —tal vez por la última explosión—y el abdomen completamente abierto.

—¿Foucault, puedes oírme?

Foucault Silistea no la oía, sólo gemía y gemía entre borbotones rojos que salían por las comisuras de su boca incendiada de naranjas y amarillos.

—¿Foucault? —pareció temblarle la voz—.

La comandante disparó sobre lo que quedaba de la cabeza de su hombre y se volvió hacia el resto, surgiendo oscura contra el fondo de fuego y metal de los restos de los vehículos:

—Vámonos de aquí... Nikita, deja a Paul y busca al “fraile”...

—“Fraile” ha muerto también... —la mirada oscura del chico reflejaba algo que Irina no se atrevió a ver—.

—¿Cómo dices? —preguntó aturdida—.

Nikita se levantó lentamente, abandonando el cuerpo rechoncho de su amigo, con el pecho abierto por una bala que iba dirigida a él. Antes de alejarse le cerró los ojos achinados, tristes, y depositó cariñosamente su cabeza sobre el suelo, recogiendo de su lado unas plumas cenicientas.

Encontraron al “fraile” tendido, boca arriba, entre unos sacos, con sus enormes manazas sujetando un viejo revólver. El espectáculo era dantesco, entre los parpadeos del fuego que consumía las camionetas y el humo denso que levitaba a unos centímetros del suelo cubriendo a medias los cadáveres, aquello parecía el infierno.

—Coged lo que queda y vayámonos —ordenó de nuevo Irina, consciente de que sólo estaban Nikita y el viejo para escucharla—.

Igor se introdujo en el interior de la parte baja de la oficina y buscó al alemán.

—¡Hijo de puta, ha escapado!

La comandante le había seguido y escuchó las palabras del coronel:

—Maldito imbécil, se lo advertí.

Igor rugió, como de costumbre; sin afeitarse, con su aspecto revuelto y sucio, parecía una especie de demonio que encajaba a la perfección en aquel decorado maca-

bro. Una sombra surgió de una esquina del pequeño habitáculo empuñando una pistola:

—No me he ido, les haré falta.

(1997)

LOS ojos escarlata escrutaron las calles blancas y grises, tratando de divisar algo desde el lugar en donde se encontraba amparado, resguardado de la crudeza nocturna de nieve, viento y frío que asolaba la gran ciudad.

La noche resultaba plomiza, cargada de ecos y de llamadas que retumbaban en su pequeña cabeza esférica; movió las plumas y alzó ligeramente las alas para volver a recogerlas sobre la espalda y siguió mirando hacia abajo, para continuar buscando desde la atalaya, con el cuello estirado, atisbando el mundo desconocido sin mover un solo músculo.

Dios había llamado a los Titanes por su nombre, uno a uno, y el suyo había sido mentado en primer lugar, lo sabía bien, por eso estaba allí y aquella era la razón de su misión: encontrarlo a él. El momento había llegado y el otro se le había adelantado y ya deambulaba por el interior de la extraña ciudad de paredes iridiscentes y elevadas columnas negras, buscando presas que llevarse a la boca, mientras él tenía el deber de localizar al elegido y llevarlo hasta el altar del sacrificio donde habría de tener lugar la suprema inmolación. Era el escudero de un adalid perdido y sin rumbo que no era consciente de su sino.

Giró la cabeza y trató de escuchar las llamadas que surgían de las paredes, de las ventanas, y miró de nuevo hacia abajo, perdiéndose vertiginosamente entre la inmensidad de la gran avenida blanca que recorría el círculo de fuego de parte a parte, atravesándolo como una enorme lanza. Noche extraña aquella en la ciudad del fin del mundo en donde habría de librarse una batalla desconocida para los hombres e intuida por los inmortales que ya estaban preparados, como avatares o querubines de deidades menores que se habían apresurado a responder a la gran llamada.

Entornó los ojos y la incandescencia de su interior se volvió mortecina presencia en lo alto, solo visible para los que atentos a los umbrales, y a quienes por ellos llegan, andan precavidos y atentos a lo que ocurre en mitad de las madrugadas, y esperan a los ejércitos que habrán de venir para arrasar los campos de batalla y llenarlos de cadáveres tras la brutal batalla que los diezmará como si fueran uno.

Noche tranquila aquella en el tablero de ajedrez blanco —los fractales negros no habían surgido aún, moteando el confín de su superficie; cuatro a cada lado, treinta y dos en total, alternándose con los blancos pozos de vida hasta completar el número mágico—, en donde se definen las fronteras y se mueven los peones mientras los lugartenientes elucubran caminos y atajos que les habrán de otorgar la victoria deseada que les reclaman desde lo alto las manos ejecutoras de sus mandos. El

cuadrado blanco ya estaba colocado a la derecha, y la reina estaría, a buen seguro, en su color, marcando el lugar de inicio. Las torres se apresurarían a tomar sus posiciones mientras los alfiles y caballos se acercaban ya al terreno de juego donde los peones libraban las primeras escaramuzas previas al encendido del gran motor que todo lo mueve.

El ruido de un camión de basura le sacó de su aletargamiento ensimismado y volvió a extender las alas, y aleteó con fuerza sin moverse de la cornisa, removiendo la nieve que le rodeaba, mientras veía a los hombres que retiraban los enormes contenedores y los sujetaban a los arneses del mecanismo del camión para que éste completara su faena fagocitadora. Observó cómo lo hacían, cómo marchaban y se sintió embriagado por las luces ámbar del camión mientras se desvanecía al fondo, y entonces divisó una figura que avanzaba deprisa entre la blancura que tapaba el asfalto, envuelto en una cazadora gris liviano como sus ojos y que se movía al amparo de la pared llena de portales custodios que encerraban verdades y mentiras que jamás relatarían sino a los entendidos.

El fiel de la balanza se había movido ligeramente hacia un lado. El peso inestable de su instinto le puso en alerta y escudriñó el aire diáfano de la noche blanca buscando la verdad oculta, aquella que mira a la cara y se muestra esquiva advertencia. Escuchó de nuevo a las paredes y a las ventanas que esparcían secretos cantados a voces para los que como él sabían entender, y se alzó en toda su envergadura para seguir con su mirada cargada de fuego el silencioso andar de la figura; escuchó, y supo que era uno de ellos.

(1997)

Desenvolvió el papel de aluminio mientras se disponía a observar directamente por el visor del teleobjetivo; Nyman se afanaba en degustar un número atrasado de Metal Hurlant encendiendo el enésimo cigarrillo del día a la luz de una pequeña lámpara. Lo cierto es que había poco que hacer mientras aguardaban.

Las luces de los monitores bañaban de forma inquietante su rostro. Los diodos parpadeaban y un siseo maquinal —interrumpido por algunos ronroneos— daba por seguro el correcto funcionamiento de la unidad central del ordenador que controlaba el entramado electrónico desplegado para la ocasión.

Dio un mordisco al bocadillo y pensó en lo que estaría haciendo ella. Miró a través de la cámara de video y paseó por el interior del apartamento en donde habría de ocurrir algo en las próximas horas, al menos eso esperaba. Estaba oscuro, al igual que en los días anteriores; las cosas seguían en su sitio: la cama revuelta, la cocina hecha unos zorros, las tazas de café sobre la mesa... Se apartó para mirar el cielo oscuro que cubría París a últimas horas de la tarde, los tejados, las antenas de televisión, la soledad que despide una gran ciudad cuando navega hacia la noche. En la ca-

lle, transeúntes con direcciones apresuradas, a través de las aceras mojadas, coches; había llovido durante todo el día, una lluvia constante, más liviana que la de los días anteriores. El humo negro de las calefacciones se precipitaba suavemente hacia abajo tras salir por los tubos de las chimeneas, y a lo lejos divisó un gato, bajo la fina lluvia, rastreando tal vez una paloma.

Nyman rió estruendosamente, alguna viñeta le había hecho gracia. Otro mordisco al bocadillo.

—¿No quieres tomar un bocado?

—Lo siento tío, pero no puedo tragar más mierda de esa, esperaré a Jolland para comerme el mío.

Se arrellanó cerca del alféizar entre las cajas del equipo y abandonó el pedazo de pan con mortadela italiana que estaba comiendo. Perdió la mirada de nuevo en el cielo oscuro y volvió a pensar en ella, en su cuerpo cuando salía de la ducha, en su pelo cuando lo cepillaba. Afuera hacía frío y amenazaba con nevar a poco que la temperatura subiese un poco; dentro el frío se les había metido en los huesos.

La base de operaciones estaba enclavada en un antiguo hotel, resto arquitectónico mal cuidado en donde encontraron un lugar seguro en el que entrar y salir sin levantar sospechas, a bajo precio, atestado de estudiantes y obreros que no podían pagar algo mejor y entre prostitutas que trataban de acabar lo más rápido su trabajo. Sencillamente deprimente. Había goteras, las paredes rezumaban humedad entre la suciedad de años y años de descuido, y desde el pasillo llegaban ecos distorsionados, voces incomprensibles y ruidos. Absoluta normalidad.

Nyman se levantó y se desperezó ruidosamente, abriendo desmesuradamente los brazos, dejando la revista sobre la butaca que acababa de abandonar, cerca de la cama. Apagó la luz y la oscuridad llenó el habitáculo de apenas dieciocho metros cuadrados en el que se hacinaban de mala manera el equipo y las camas.

—Esto es una puñetera mierda.

—¿A qué te refieres?

—A esta misión, a este cuartucho, a la comida, a todo...

Se levantó las solapas de la cazadora que no se había quitado desde que llegaron y se frotó las manos.

—Llevamos juntos varios meses y siempre te oído decir que todo es una mierda.

—Y lo es —contestó seco—.

Sonrió, Nyman era un buen tipo, un poco tosco y de feos modales, pero tras ocho meses de colaboración no dejaba lugar a dudas sobre su lealtad —pensó—, y aquello, en aquel infierno, era mucho.

—No me jodas tío, Brideshead podía habernos dado otra misión. No, tenía que enmierdarnos hasta los cojones dejándonos a secano, siguiendo a un mierda y sacándole fotos mientras se tira a su nena, grabando los jadeos...

—Mirado así...

Nyman parecía que iba a estallar. Le gustaba la acción y no admitía que algunas veces había que tragarse una misión de seguimiento, desde una asquerosa habitación en una vieja pensión en Pigalle.

—¿Cómo coño quieres mirarlo?

No contestó, sabía que lo haría el propio Nyman.

—Vale que el individuo en cuestión debe ser importante, porque si no a ver cómo admiten el presupuesto de enviarnos aquí desde Londres con todos estos aparatos —hizo un movimiento giratorio con la mano alzada, abarcando toda la habitación en su recorrido—, teleobjetivos, amplificadores de sonidos, scanners... En vez de encalumarles la misión a los gabachos tenía que dárnosla a nosotros...

No pudo evitar reír ante los aspavientos de su compañero. Al darse cuenta, Nyman tampoco resistió la tentación de lanzar una sonora carcajada.

Se sentó a su lado, en el suelo, entre las cajas, apartando una silla, y le lanzó una mirada de complicidad.

—Lo siento, parecemos una puta pareja de novios que no saben qué hacer en una tarde de lluvia y sin nada decente en televisión. Quiero un poco de acción, sólo eso —y apretó el puño derecho, amenazando al aire—.

—Añoras Kosovo...

Volvió a reír estruendosamente. Íntimamente todos sabían la razón por la que el viejo Brideshead les había enviado a París. La broma que le largaron al jefe de la operación en Kosovo no era para menos...

—Thompson es un imbécil de mierda, no podía callarse, no.

Los ojos de Nyman brillaron con una malicia infantil.

—Total, por un poco de gel de cianocrilato en la taza del water va el tío mierda y se cabrea, y nos casca un expediente que nos jode de parte a parte...

Su semblante se entristeció visiblemente, el recuerdo de la operación de Kosovo era también el recuerdo de la muerte de Serra y los dos lo sabían. Miró hacia el techo y Nyman encendió otro cigarrillo, uno más, mientras enterraba su cara entre las piernas. Le miró mostrando el cigarrillo recién encendido.

—¿Te importa?

Hizo un mohín. No, no le importaba.

El silencio les engulló durante unos momentos que parecieron interminables. El agua golpeaba el cristal de la ventana y los ecos incongruentes que provenían del pasillo parecieron meterse hasta los tuétanos en los dos hombres. Inspiró hondo para soltar aire un instante después.

—En cuanto acabemos con esto hablaré personalmente con el viejo. Tenemos una cuenta que saldar en Kosovo, o donde quiera que ahora esté ese hijo de la gran

...



Nyman no le dejó terminar, como impulsado por un muelle se levantó de un salto.

—¡Exacto! Acción tío, acción... —se quedó helado en mitad de la habitación—.

Un ruido diferente anunció la presencia de alguien al otro lado de la puerta. Más ruidos. Los dos hombres, ahora pistolas en mano, fueron tragados por las sombras de la habitación. Jolland tenía llave.

Otra vez ruido; a través de la oscuridad pudo ver a Nyman que le hacía una señal para que le cubriera mientras avanzaba por encima de las camas, evitando meter ruido. Aquel era un tugurio de mala muerte, si había jaleo podrían salir sin ser vistos y buscar refugio en alguna *ballena*. Jolland tendría que arreglárselas solo. Nyman avanzó unos pasos y se situó frente a la puerta con la Beretta levantada y la mano izquierda apoyada en el pomo. Un fuerte movimiento y la abrió de par en par dejando a la vista la cara alucinada de Jolland —las llaves en la boca y los dos brazos ocupados por enormes paquetes repletos de bultos—. Al ver a su compañero soltó las llaves.

—¡Hey, que soy yo!

Nyman le agarró por las solapas de la gabardina y de un soberbio tirón lo introdujo mientras cerraba de golpe la puerta.

—¡Ya os vale, leche!

—¡Ya te vale a tí, imbécil, vaya susto nos has dado!

—Joder, si lo llego a saber...

—¿Si llegas a saber qué?

Nyman cerró los ojos y propinó un fuerte puñetazo a la pared apretando sus rotundas mandíbulas. Jolland, consciente de su comportamiento contestó:

—...supuse que os gustaría un poco de comida caliente...

Nyman recobrando la tranquilidad ante las excusas de su compañero se dejó caer pesadamente sobre la cama que tenía a más cercana.

Ayudó a Jolland a recoger los contenedores de comida china que por fortuna no se habían roto, y la botella de vino que no se había hecho añicos, y el paquete de bollos que había tenido a bien en subirles y pensó que en vez de una pareja de novios que no saben qué hacer en una tarde de lluvia sin nada decente en televisión, eran en realidad unas ratas acorraladas, como siempre, abandonadas a su suerte y con miedo, y entonces reparó en la aguja del sensor de sonido, y en la luz que iluminaba el apartamento que debían vigilar.

—Ya está ahí.

Nyman se situó frente a los controles acústicos y se ajustó los cascos.

—Le tenemos, ¡buena caza!

Jolland se apresuró a accionar el sensor térmico que apuntaba al apartamento.

—Se ha hecho de rogar el muy cabrón.

Todos en sus puestos. Los tres millares y medio de libras esterlinas en equipo de alta tecnología comenzaron a registrar todo cuanto ocurría en el picadero de Pigalle.

—¿Cómo se llama ese hijo de puta?

—Daumier ¿queréis tallarines?

—Pásame uno.

La cámara de video captaba cada movimiento de la pareja. Una semana antes habían colocado micrófonos en el nido, el equipo de amplificación acústica haría el resto. Jolland rastreaba por si detectaba otra fuente de calor y la localizó:

—No están solos.

—¡Mierda!

—Lo siento chicos, es sólo el perro. Pásame un bollo y sírvenme un vaso de vino.

—La hemos jodido.

—¿Qué ocurre?

—Nada, que la botella tiene corcho y no tenemos sacacorchos, así que tendremos que beber agua.

—Lo dicho, todo es una mierda...

(1998)

Daumier era agregado de la embajada francesa en Tokio, al menos eso decían los papeles que sostuvo en la mano en Londres. Brideshead, durante la reunión, les puso al corriente de lo que ya habían memorizado un par de días antes a lo largo de un extenso dossier que incluía abundante información sobre su actividad actual y muy poca o nula sobre la pasada. Daumier era una buena pieza y aún sabiéndolo seguía sin entender qué demonios pretendía Londres sacándole fotos y grabándole en su picadero de París. Gente como Daumier sobraba y lo mejor habría sido acabar con él como había apuntado Nigel en uno de sus habituales ataques.

Su historial era un cúmulo insensato de brutalidades, primero al otro lado del telón de acero, después en la propia Francia, y ahora en Japón.

Como jefe adjunto del dispositivo exterior del Bureau Mirage, Jean Claude Daumier era el máximo responsable de las acciones directas que llevaba a cabo el Bureau en el sudeste asiático. La actual actividad del KHT resultaba preocupante para los intereses de Francia, y aunque Daumier también coordinaba el apoyo francés en Argelia y Sudán, lo cierto es que el problema japonés ocupaba la mayor parte de su tiempo. Al parecer debió ganar muchos puntos frente al aparato tras la exitosa actuación de su grupo en el interior de la URSS, en el propio Moscú, allá por el 79. Nada se sabía de él hasta ese momento —al menos no aparecían reseñas en ninguno de los archivos que como jefe de la operación puso el Grupo de Inteligencia a su disposición—. Tras aquello subió como la espuma y lo cierto es que nadie supo jamás la auténtica razón de tan sorprendente y vertiginosa ascensión.

“Requin”, tiburón, así se le conocía en casa y ciertamente el tipo era bastante voraz y sanguinario a la luz de lo que describía su imponente historial de la última década. Un hijo de puta de siete suelas al que no le importaba joder de lo lindo con tal de cumplir su cometido.

El Bureau Mirage siempre había resultado quirúrgicamente limpio en sus operaciones, y Daumier daba la nota en aquel paisaje immaculado. Jean Claude Daumier también había sido el responsable directo del apoyo ofrecido por el Bureau a una unidad de intervención del G.O.C. en la ciudad argelina de Bona.

Ahora, por alguna oscura razón que sólo conocían sus superiores, Londres había considerado pertinente desplegar una operación de vigilancia en pleno corazón de Francia sin el apoyo del operativo galo.

Bostezó mientras pensaba en cuándo acabaría aquella gilipollez. Como siempre había llevado las de perder en el reparto de turnos, hacer guardia de noche le fastidiaba bastante.

Mirando el monitor conectado a la cámara de vídeo reconstruyó los últimos momentos vividos en Nothingam y apartó la información memorizada sobre su objetivo. Se lamentó de no haber sido lo suficientemente valiente como para habérselo dicho todo y haber acabado con el asunto de una vez por todas.

La quería, demasiado.

Pensó en la mierda que era su vida, en lo poco que podía ofrecer, en las mentiras sobre las largas ausencias, en su pasado, en su mirada...

La quería, y ese era el problema.

Se levantó tratando de no hacer ruido y se acercó a la ventana para ver nevar y perderse entre los copos que caían lentamente en el exterior, y miró también la oscuridad que llenaba el apartamento que estaban vigilando, y volvió a pensar en ella, recordando de nuevo los últimos instantes y se sintió mal, asqueado.

Tenía la sensación de haber obrado bien y sin embargo aquello le dolía muy dentro. Intentando evitar hacerse más daño buscó algo con lo que recuperar la compostura y pasar las horas que le quedaban hasta poder salir a la calle, y se encontró paseando por el apartamento, habitación por habitación, mirando vagamente hacia las esquinas oscuras y los altos techos.

La disciplina de agente le había acostumbrado a sortear sus propios pensamientos con elementos sencillos. Mirar y contar las esquinas y los vértices de las paredes y techos de los lugares donde se cobijaban le resultaba bastante más beneficioso que devanarse los sesos con recuerdos que le hacían migas el cerebro. Otras veces recurría a los recuerdos mnemotécnicos de listas de cosas, el caso era entretener su mente a la espera del descanso que siempre llegaba. Lo estaba pasando mal.

La quería y no debía haberse involucrado tanto. Había cometido un error de libro, de manual y lo estaba pagando bastante caro.

Volvió el camino andado y revisó las notas que habían tomado en los días que llevaban allí. Nada. Una lista interminable de citas horarias sin resultado, una larga concatenación de nadas a lo largo de seis interminables y vacíos días. Cinco años de servicio cansaban a cualquiera, y lo cierto es que salvo la actuación en Kosovo había habido muy poca actividad a lo largo de los setenta y cuatro meses y dieciocho días que llevaba en las filas de Heracles—Gran Bretaña.

Daumier de nuevo, el malnacido Daumier y su historial lleno de dureza. Seguir a un hijo de puta como aquél no era precisamente lo que más le apetecía y así se lo había hecho saber a Brideshead, aunque no sirvió de nada. El viejo le observó con aire paternal mientras le contestaba:

—Hay veces que sólo tenemos que pasar el rato, hijo. Gastando el presupuesto que nos asignan cumpliendo con nuestro cometido.

Aquello y nada eran lo mismo. Volvió a pensar en ella y sopesó la idea que llevaba tiempo barruntando. Estaba cansado de fingir, había dejado de creer en la idea. Sin fe, sin ganas, sin poder estar a su lado, aquello no tenía el más mínimo sentido; sin embargo sabía perfectamente que de su entrega a la causa dependían las vidas de muchos, la de ella también, y aunque no le gustara se aferraba a aquella estúpida idea mesiánica para mantenerse en el sitio que alguien había decidido por él.

Su mente avanzó por un instante hacia la tibieza de su niñez, cuando vivían sus padres. Después, el orfanato municipal y más tarde la incorporación. Sólo tenía trece años cuando aquel funcionario le sacó del mundo que conocía para integrarlo en el entramado. Al principio se sintió aturdido, poco a poco se fue acostumbrando a la idea, y sin disfrutar de la adolescencia se encontró trabajando como agente. La dureza de los inicios se fue disipando ante la creencia de que lo que hacía estaba bien, y lentamente los prejuicios fueron desapareciendo hasta endurecerle el alma.

Recordó la sensación de calor que obtuvo de su primera caricia. Recordó también su primer contacto con una mujer de la casa, mayor que él... y lo apartó de su cabeza.

En el fondo ahí estaba la razón de la animadversión que sentía por Nyman. Nigel había vivido su infancia y su juventud con plenitud, él no. Se incorporó a Heracles cuando cursaba estudios en la universidad, cuando había disfrutado de la vida. La diferencia entre Nyman y él estribaba en el propio concepto de la vida y del trabajo, por ello le irritaba tanto que su compañero fuera como era; Nigel había aprendido a beber de la vida a sorbos, él lo hacía a tragos y la mayoría de las veces amargos.

Nigel no tenía derecho a mostrarse tan irrespetuoso, impulsivo y lacerante como lo hacía, había vivido y no entendía la razón soterrada de aquel odio hacia una realidad que a él le parecía merecedora de todos los respetos. Sabía que su razonamiento era una perfecta estupidez, que en el fondo cada cual tiene derecho a ser como

quiera, pero le jodía profundamente que alguien como su compañero se comportara como siempre había deseado comportarse él. A él le habían jodido de lo lindo, a Nigel no. No, no tenía razones, él sí, y sin embargo Nigel trabajaba en aquello mientras él vivía aquello.

Nyman era un buen agente, era el perfecto agente, sin escrúpulos ni falsas modestias; trabajaba con ellos pero podía trabajar para cualquier otro grupo con la misma eficacia; no le importaban las razones de las cosas, sólo se importaba él mismo y su propia supervivencia; él se ahogaba porque en el fondo sabía perfectamente que trataba de escapar de una vida que no le gustaba lo más mínimo, al menos ahora. Envidiaba a su compañero y Nigel lo sabía y por ello gustaba de joderle continuamente con su arrogancia.

—¿Nada?

Nigel se acababa de levantar y se había acercado hasta la habitación en donde estaba dispuesto el entramado de vigilancia.

—Como siempre...

—Joder que duras son estas camas, y qué frío hace... ¡demonios!.

Lo sabía, a él también le dolía la espalda cuando se levantaba y por primera vez en toda la noche sintió el frío que reinaba en el interior del apartamento.

—Empiezo a pensar que ese hijo de puta no tiene pensamiento alguno de cepillarse a su chica, y eso que está muy buena la muy puta.

—¿No piensas en otra cosa?

—¿Qué quieres?... sólo tengo veintitrés años...

Se calló y movió la cabeza mientras observaba cómo su compañero se perdía en el interior del pasillo; se acercó a la ventana de nuevo. Sally dormía en otra de las habitaciones, cerca de la entrada, en el otro extremo del apartamento.

—Mear me deja helado.

No contestó.

—Recuérdame que le lleve un pingüino de recuerdo al viejo. Me vuelvo a la cama.

Volvió a quedarse solo y en silencio. Volvió a sentarse en la silla de madera, frente al monitor y volvió a pensar en ella.

Cerró los ojos durante un instante, se encontraba en el interior de una piscina repleta de agua clara, giró sobre sí y descubrió un brazo emparedado que sobresalía a su espalda, le faltaba el aire y aguantó tratando por un momento de agarrarlo hasta que desistió. Intentó subir, nadando con fuerza hacia la superficie, moviendo los pies y las manos, y el agua se volvió densa como el cemento. Dejó de moverse y se dejó flotar, y el agua volvió de nuevo a ser agua, la superficie clara se hallaba cerca pero se ahogaba y se despertó sobresaltado, empapado de sudor. Se había dormido y no sabía decir por cuánto tiempo. Miró el reloj mientras trataba de abrir los ojos más allá

de lo que le permitían los párpados, tratando de recuperarse de la ensoñación vivida. Eran las seis y cuatro.

Se levantó de la silla, revisó el equipo sin observar nada nuevo y bostezó, todavía le quedaba otra hora de guardia.

(1998)

NEVABA de forma continuada y fuerte, desdibujando los perfiles del horizonte de cemento que rodeaba la Estación de Montparnasse y trasformándolo en una enorme pasta grisácea que parecía llegar al mismo suelo.

—Madre, la nieve me lo está poniendo difícil, solicito retirada parcial... —el sonido quejumbroso de la comunicación dejó paso a un silencio breve—.

El hombre miró a la mujer en el pequeño interior de la parte trasera de una camioneta repleta de material eléctrico y con apenas sitio para moverse, mientras sacaba la cajetilla de tabaco del anorak que lo cubría. Ella asintió sin levantar la vista de los papeles que tenía delante.

—Roger, águila tres.

Se disponía a encender el cigarro cuando escuchó:

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no fumes cuando me tengas cerca?

El hombre rompió el pitillo recién sacado mientras dispensaba a su comandante una mirada que habría bastado para tumbarla de haber tenido las agallas suficientes para discutirle a la cara; no las tenía, a pesar de que su corpulencia doblaba en volumen a su camarada.

—Follas poco comandante...

Kobalena era una mujer menuda, de pequeña estatura y melena corta y marrón, sus facciones juveniles no delataban la presencia de ánimo que arrastraba a sus hombres aunque no quisieran, por no hablar de su capacidad resolutive cuando las cosas se torcían; era la comandante de la unidad “Domovoi” en el interior del AK47, y salvo que Brodsky la relevara del cargo que ocupaba desde hacía dos años, nada impediría que lo siguiera siendo; a sus treinta y un años, Kobalena se había labrado un interesante historial que originaba que su nombre se barajara en las interminables reuniones en Kalinin y en Moscú, cuestión, por otro lado, que le traía sin cuidado; le gustaba la acción y procuraría seguir en el frente hasta que no le quedara otro remedio o la quitaran de en medio.

La camioneta vibraba de forma continuada, zarandeada desde el exterior por los golpes acústicos que provenían del pabellón de deportes cercano y que azotaban la carrocería sin cesar, y desde dentro por el funcionar renqueante del grupo eléctrico propio que, desde la parte posterior de la carlinga, trabajaba sin descanso para dar energía al equipo móvil, en previsión de que la enorme unidad que servía a

todos los equipos televisivos y radiofónicos desplegados en aquella pequeña plazuela, pudiera fallar en algún momento.

El hombre se sintió molesto por el silencio de su superior.

—¿Sabes que tienes un humor de perros y que esta mierda de generador eléctrico y su puto campo magnético producen más cáncer que todos los cigarrillos que me pueda fumar a lo largo de mi acojonante vida?

Irina Kobalena continuó revisando las notas y los planos de la zona que tenía desplegados en el pequeño espacio que le dejaban los amplificadores, sintonizadores, sincronizadores y demás aparatos que la rodeaban, incluyendo el potente ordenador y el GPS que tenía localizados a todos y cada uno de los integrantes de la operación. Iván Lavreniov era su segundo, un curtido y fornido lituano que había perdido el brazo derecho a la altura del hombro en Palestina —decía—.

—Me gustaría que de vez en cuando se me contestara.

—Me importa una mierda Iván...

Tenía unos cuantos años más que Irina, rondaba los cuarenta, lo que le situaba en una posición extraña e incómoda dentro de una unidad integrada fundamentalmente por adolescentes. Capacitado por largos años en activo, todavía se sentía útil aunque no había superado la pérdida de su brazo y la consiguiente relegación a labores menores dentro del operativo. Era el más viejo del grupo, junto a Alex, y creía merecer un mejor trato que el que le daban los párvulos de la guardería de la que se sentía un mero celador.

—Sigo pensando que follas poco...

—“Manco”, si quieres envenenarte hazlo solito y por supuesto sales afuera para hacerlo —la mujer señaló con el dedo pulgar de su mano derecha sin apartar la vista de los papeles—y de paso dejás de lado mi vida sexual.

El manco cogió el micrófono y comenzó a vociferar por él como si tal cosa:

—¿Águila uno, dónde demonios te has metido? nos van a dar las uvas como te retrasas más...

No tuvo tiempo de terminar la frase, los altavoces dejaron paso a la voz frágil y femenina de águila uno:

—Estoy en posición y pasando un frío de leches, se me había olvidado informar...

Iván rugió:

—¿Eres idiota o qué? Se me ha olvidado, se me ha olvidado... —repitió despectivamente, modificando su voz hasta convertirla en un hilillo agudo—.

—¿Por qué tratas mejor a los chicos que a las chicas?

Irina le miraba directamente a la cara cuando Iván contestó:

—Tal vez porque ellos lo hace mejor, ¿no te parece?

—¿Sabes una cosa?, he aguantado a imbéciles como tú que me acojonaban y tocaban las narices continuamente porque “mis compañeros siempre lo hacían mejor”, ahora soy yo quién da las órdenes y nuestro superior en jefe lleva bragas... ¿qué te parece?

—Que Eva folla mucho, y así nos va... —Iván dio por concluida la charla sobre comportamiento con subordinados que llevan pololos en vez de calzoncillos y echó de menos su maldito cigarrillo—...y que sigues teniendo un humor de perros esta noche.

—¿Águila dos, a tí también se te ha pasado?

—Todavía no he llegado a mi demarcación, el tejado está jodidamente resbaladizo, hay hielo y poco sitio donde agarrarse, en un par de minutos lo consigo...

—Pues mueve el culo que es para hoy... —se volvió esperando una aprobación sobre el brusco tratamiento dado al muchacho, mientras trataba de distender un poco el sofocante ambiente que se respiraba en el interior del Centro de Mando y de paso desactivaba el interruptor de salida de sonido—. Lo vamos a tener jodido, y eso que el asunto parece una bagatela; si ya les está costando llegar a sus lugares de trabajo con el frío y esta puta nieve que sigue cayendo, no te cuento lo que les costará conseguir la concentración necesaria en cuanto los tengan a tiro...

Ella pensó en sus agentes, eran “zelotes”, muy cualificados, capaces por sí solos de localizar un objetivo a través de cualquier barrera y materializar su presencia frente al “halcón” que remataría la faena. No dudaba de la eficacia del equipo a pesar del pequeño campo de acción de que disponían, apenas una veintena de metros de distancia con el objetivo y otros tantos con Vitali. Su cara se ensombreció ligeramente, lograr el permiso de Brodsky para una operación de castigo como la que iban a ejecutar le habría supuesto un verdadero quebradero de cabeza en otra ocasión, sin embargo, aquella vez, Eva parecía animada, aunque había sido la primera en prevenir sobre las inclemencias del tiempo y lo que acarrearía en la operatividad del grupo, por no mencionar lo precipitado que resultaba utilizar por primera vez una unidad de “zelotes”. A pesar de que los cuatro eran simples chiquillos que apenas habían sido destetados ayer, sabía que lo lograrían. Irina confiaba mucho en sus hombres y desconfiaba más de su superior.

—Lo harán bien. Ponte en contacto con Alex.

Iván marcó el número del teléfono móvil del agente que les prestaba cobertura desde el exterior de la Estación vigilando cualquier movimiento sospechoso. Un ruido infernal le sacudió la cabeza mientras se separaba los auriculares de las orejas y bajaba el volumen de los altavoces.

—¡Mierda!, ¿qué es eso?...

La voz de Gagarin sonó con dificultad, al otro lado:



—Tú lo has dicho, una mierda capitalista y depravante, y eso que tengo las ventanillas cerradas...

Habían tenido mala suerte, habrían preferido utilizar como tapadera una retransmisión de ópera o de fútbol, pero no habían dado con nada parecido en la zona de demarcación en donde se encontraba el nido que iban a destrozar. El trabajo del “Domovoi” difería según el tipo de operación en curso, en este caso había sido del todo necesario cubrir el asunto desde una base que pudiera articular a las tres unidades de apoyo visual y al “halcón”. Sacar un trasto con parabólicas y antenas que permitieran ofrecer la suficiente cobertura en un radio de acción como el propuesto, y bajo unas condiciones meteorológicas como las que estaba sufriendo París desde hacía unos días, sólo se podía conseguir en momentos como aquél, aprovechando un evento cultural o mitin político que llenara las inmediaciones con cachivaches como el que llevaba a Iván e Irina dentro. Habían tenido que recurrir al concierto de aquellos maulas que aporreaban sus guitarras y baterías, y a la retransmisión a todo el país del fenómeno cultural que suponían, para actuar como era necesario. La imposibilidad de utilizar a un telépata en el propio vehículo —lo que habría simplificado las cosas—también fue planteada por Eva en la reunión de la que salió peor de como había entrado. La situación resultaba ligeramente complicada, los gorrones gozaban de ojeadores a su lado, además del pertinente grupo de seguridad, pero no esperaban una actuación a la vieja usanza con conexiones telefónicas incluidas. El mundo en el que se desenvolvían los dos bandos creaba situaciones paradójicas como la que estaban viviendo: unos mandamases del Bureau habían decidido pasárselo bien sacando a pasear a sus calvos y no podían levantar demasiado revuelo, por lo que habían bajado la guardia recurriendo a lo mínimamente indispensable, ojeadores y seguridad laica alrededor, y una unidad de intervención rápida en los aledaños que ya había sido localizada; los primeros habían barrido la zona en busca de activos, y todavía lo estarían haciendo, pero para cuando se dieran cuenta de lo que se les echaba encima ya sería demasiado tarde, así de sencillo: una puta operación de entrar, destrozar y salir. Haber utilizado un telépata para las comunicaciones desde el interior del Centro de Mando, o más cerca —más lejos resultaba impensable—, habría podido delatar su posición y alertar sobre la posibilidad de activos en las inmediaciones, así que se había recurrido al bis a bis telefónico escamoteando una base de operaciones bien capacitada entre la media docena de unidades móviles de televisión y radio que cubrían el evento de marras desde el exterior del concierto.

Iván gritó a su camarada a través del micrófono:

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, y no me chilles que yo te oigo bien...

—No te sulfures —había bajado el tono—y estate atento.

—Si no me equivoco halcón, águila dos y águila tres están en sus respectivos lugares y esperemos que águila uno haya conseguido llegar hasta el suyo... —la comandante revisó sus notas hablando para sí en voz baja—...el grupo de Ilia está también preparado para intervenir en caso de que haya problemas. Bien —miró a Iván—creo que podemos sentarnos tranquilamente a esperar.

Iván jugaba con un nuevo cigarro, sin tratar de encenderlo; lo olía y acariciaba y su cara se mostraba seria.

—¿No crees que la operación es un poco arriesgada?

—¿A qué te refieres?

—A...

Irina le cortó dejando los planos sobre el mostrador, muy cerca del monitor que esperaba los primeros datos.

—En cuanto esta pantalla comience a escupir información, nada podrá parar a nuestros muchachos.

—Guardas un as en la manga —sonrió ligeramente por primera vez en la noche—.

—Sí, lo guardo, de no tenerlo no habría mandado a esos críos a cargarse a esos hijos de puta... ¿estás más tranquilo ahora? —Irina seguía seca y distante—.

—No del todo.

La comandante Kobalena comprendió que Iván buscaba respuestas, no para la operación en sí, sino para la extraña y peculiar situación que vivía el operativo desplegado en Francia desde hacía unos meses. A Iván, como a todos, le gustaba saber en qué andaban metidos los de arriba, porque le iban las pelotas en ello; dadas las circunstancias que habían acabado con algunos compañeros en los últimos días y lo fácil que había resultado todo con Eva, lo entendía, a ella tampoco le cuadraban las cuentas.

—Eva sabe lo que se hace. Ha autorizado esta operación de castigo porque le viene bien, como siempre —hizo un gesto que percibió su compañero de habitáculo—, los críos han sido entrenados en Kalinin como sensores térmicos, pueden y deben localizar a sus víctimas a través de unas simples paredes de ladrillo, en la fase previa de su preparación hicieron cosas más complicadas...

A pesar de que los dos integrantes del “Domovoi” no se llevaban bien, Irina creyó conveniente acercarse ligeramente a su subalterno, la fiesta todavía no había comenzado y necesitaba que Iván se mantuviera sereno para evitar contratiempos innecesarios. Como contestación Lavreniov ladeó la cabeza.

—No me gusta trabajar con chavales, cada vez los cogen más jóvenes y cada vez son más espectaculares.

Era cierto que las unidades que mandaban desde Kalinin eran cada vez más y más jóvenes. Las investigaciones que se estaban realizando daban mejores resultados

con gente que no tenía demasiada conciencia de lo que realmente era; manipulables y prácticamente unos bebés, los nuevos agentes suponían unas bajas muy asumibles en caso de errores como los que sufrían demasiado a menudo. Los servicios de todo el mundo creían en su utilización, y todo dios buscaba críos para integrar las cada vez más exiguas y viejas líneas del frente. Rusia no era menos en ese aspecto. Quedaba poco para que comenzara el ataque, e Irina se movió sobre la silla.

—Esta noche habrá follón. Nuestra red ha alertado a todos los dispositivos para que se mantengan en guardia, la orden llegó ayer mismo y la información debió hacerlo la semana pasada, antes de que Eva nos diera su bendición. El caso es que los yankees y los franceses se van a freír los huevos unos a otros en las próximas horas...

.....

Amos roncaba mientras él trataba de descansar tendido en el catre. Había despertado hacía un par de horas, frente al espejo desconchado de la celda, y maldijo a Brenda y a los barrotes que le separaban de la realidad. El dolor de cabeza había desaparecido del todo, dejando paso a una tranquilidad que le reconfortaba aunque difícilmente podría cumplir con su misión si no cuidaba del muchacho que había perdido. “División Payaso” se había puesto en marcha y él formaba parte del engranaje cumpliendo condena, si se lo hubieran contado se habría partido de risa, eso si la cosa resultara graciosa, que no lo era.

Tenía que ejecutar las órdenes y le quedaba poco tiempo, tal vez unas tres o cuatro horas antes de que se destartalara el invento y lo localizaran, porque estaba seguro de que podrían hacerlo. No podía fallar.

Se levantó para moverse entre las cuatro paredes, una de ellas con una puerta metálica que se abría un par de veces al día, y escuchó el latido nocturno de la prisión. Empapado por la tranquilidad que se respiraba decidió que lo mejor que podía hacer era ponerse manos a la obra; necesitaba la tranquilidad de la noche e iba a trabajar hasta que despuntara el día, después tendría que dejarlo hasta la noche siguiente y esperaba que todo estuviera solucionado para aquel entonces. Pensó en la cara de Sinclair antes de que lo durmieran y lo mandaran de viaje. Pobre Snow, se habría meado en los pantalones si le llegan a decir que su mejor bioestratega se iba a encontrar en la cárcel en mitad de un “Foxtrot”.

Cerró los ojos una vez tumbado y rebuscó en su interior tratando de localizar una salida que facilitara las cosas; contó mentalmente desde diez hasta cero, logrando paulatinamente la estabilidad de espíritu que le permitiría mantener el lazo emocional que acababa de vincularle al chico. Si lo había hecho una vez podía conseguirlo de nuevo. Respiró hondo y trazó una imagen común para establecer el contacto, la playa serviría. Reconstruyó la última escena percibida y recorrió la arena,

palmo a palmo, percibiendo cada impulso de las olas, cada sonido y cada aroma. Él había estado allí y volvería tarde o temprano, sólo era una cuestión de tiempo.

.....

Los neumáticos del vehículo presidencial chirriaron sobre la calzada helada tras el frenazo. Un amasijo de agentes motorizados, los coches de escolta y los dos helicópteros que lo custodiaban giraron en redondo. Todo el cinturón de seguridad desplegado alrededor del Presidente de la República hizo una piña a su alrededor. Mitterrand estaba a salvo.

.....

El monitor comenzó a escupir datos como había previsto Irina. El presidente del grupo que llevaba las riendas de “Morpheo Software Enterprise” había sido abatido por los disparos de uno de sus propios escoltas en los prolegómenos de la cena en una convención a la que iba a asistir el Presidente Mitterrand. Toda la seguridad interna y externa de Francia se hallaba en aquellos momentos preocupada por esclarecer los hechos que acababan de terminar con uno de los últimos héroes modernos, Werner Kaufmann, el jefe supremo de la mayor potencia mutante libre en activo. Kobalena sabía muy bien que aquel atentado no era sino el prolegómeno de una violenta convulsión que daría al traste con las expectativas de normalización en las filas de Heracles; la propia Eva Brodsky se lo había comunicado cuando le proporcionó las últimas indicaciones sobre la operación que llevaban a cabo; aquello no lo sabían sus hombres, ni tampoco conocían que a las 00:00 de aquella madrugada, las fuerzas de intervención del AK47 ayudarían a los americanos a limpiarse las botas con los restos del Bureau Mirage y Heracles. No entendía las razones, ni le importaban lo más mínimo, ella era una simple oficial al cargo de una unidad, su misión consistía lisa y llanamente en acatar las órdenes y ejecutarlas. El dispositivo parisino, y tal vez alguno más, había perdido varios integrantes en las últimas semanas; lo que en un principio era un sencillo ajuste de cuentas con los franceses —se tenían indicios suficientes como para sospechar que andaban metidos en el asunto hasta los huevos—se había convertido para la Brodsky en una buena oportunidad de ganar puntos y terreno frente a lo que se avecinaba, de no haber sido así jamás lo habría autorizado. Sin embargo Irina seguía sospechando que había algo más.

—Comienza el baile, vamos a por esos cabrones.

Iván estableció contacto con sus hombres. Águilas uno, dos y tres se hallaban listos y en posición, su labor consistiría en ofrecer una imagen nítida y palpable a Vitali, quien llevaba dos días oculto en el interior de uno de los apartamentos inferiores a la buhardilla donde Vaugirard, Léblanc y Besson departían amigablemente, y en calzoncillos, o sin ellos, con varios putones que les estarían haciendo la manicura.

Cosas del poder y de la edad, los tres hijos de puta formaban parte de la Sección de Interior del propio Bureau; eran tres gabinetes de alto rango y posiblemente de ellos dependió, en su momento, la decisión de eliminar a los hombres del AK47. En realidad si tuvieron, o no, algo que ver, no importaba, el “Domovoi” los iba a limpiar de la faz de la tierra para advertir a la cúpula del Bureau que se anduviera con cuidado con los rusos que pisaban suelo francés, que donde las dan las toman, y de paso les ponían nerviosos, y ese era, en el fondo, el auténtico interés que tenía Eva en la operación.

—Los de arriba están dispuestos y esperan tu orden —las palabras de Iván la sacaron de sus pensamientos—.

Estaban situados en el radio de acción correcto, dispuestos sobre una azotea que enfrentaba la sección longitudinal de la buhardilla y sus tres ventanas, sobre el tejado lateral que permitiría observar en ángulo las mismas habitaciones; el resto del piso sería minuciosamente observado por el delgado Vania desde otro tejado situado en el lado opuesto. Todos ellos llevaban sus respectivos equipos de visión nocturna con amplificación visual y lumínica, el único problema había sido colocarlos en el radio de cobertura de Vitali, él también era un “zelote” pero capacitado para matar con solo ver, aunque la imagen correspondiera a un individuo que se hallaba tras paredes o muros, sólo precisaba de la visualización de su víctima, y de ello se encargaban sus compañeros a una distancia no superior a los veinte metros. La medición de los sectores que barrería cada uno de ellos, la disposición del cuarto hombre, habían supuesto días y días de preparación y lamentablemente trabajaban —por seguridad—al límite de aquella pequeña distancia. Cruzó los dedos y dio paso a la parte más vulnerable del plan, la comunicación debería permanecer abierta durante los siete minutos que durara, demasiado tiempo para que cinco teléfonos móviles permanecieran en contacto pasando desapercibidos, pero debían hacerlo así.

—¿Aviso al halcón?

—No, no debe haber comunicación directa con el edificio, al menos de momento. Pon en guardia a Alex y al grupo de Ilia.

Mientras Irina disponía los dos cronómetros en su punto 0, observó una enorme sonrisa en la cara de Iván, por otro lado siempre bastante severa.

—¿Qué te hace gracia?

—Joder, que si me dicen que tenemos gente que es capaz de hacer una especie de vudú sólo con la imagen de un gorrión, no me lo creo. Que me aspen si antes de joderla no tengo oportunidad de ver cosas aún más raras. Ilia, —tenía su brazo levantado con el dedo índice apuntando hacia el techo del interior de la camioneta—, entramos en dos —lo bajó de golpe mientras la comandante ponía en marcha el primero de los relojes—, manteneos en alerta y en posición, y avisad de cualquier movimiento.

La experimentación estaba dando auténticos pasos de gigante en cuanto al potencial de los mutantes se refería —pensó la mujer—; antes, un telépata era un simple emisor o receptor humano, ahora, con la ayuda de la tecnología y el entrenamiento se disponía de lectores mentales por un lado y telépatas puros por otro, con variantes como lectores emocionales, y si a ello se unía la capacitación para controlar la percepción se conseguía un arma capaz de ver algo en un sitio y hacer que lo viera realmente su compañero en otro. Ciertamente parecía ciencia ficción pero resultaba perfectamente lógico si es que la lógica tenía algún sentido en aquel mundo de locos.

Mientras trataba de ponerse en contacto con Alex, Iván preguntó:

—Por cierto, ¿por qué a todos los cerdos que conocemos les gusta montarse los festivales en lugares tan poco ortodoxos?, con el dinero que tienen se lo pasarían mejor en el interior de un lujoso apartamento del centro o en un puto hotel... Alex, nos hemos puesto en marcha, mantén los ojos abiertos.

Irina no le contestó, seguía observando la manecilla larga del cronómetro que devoraba el primer círculo completo, a la espera de concluir el segundo y dar la orden de salida. Todo estaba listo y preparado pero como siempre le ocurría antes de entrar en acción, se le erizaron los cabellos de la nuca y sintió un escalofrío que le recorrió su pequeño cuerpo, tenía unas tremendas ganas de orinar pero se contuvo y cruzó de nuevo los dedos.

(1998)

ANDREW Nigel Nyman, veintitrés años, natural de Bristol, Inglaterra. Los papeles en regla: visado de estudiante con trabajo temporal en una compañía de componentes para ordenadores, realizando labores de almacén, y con domicilio habitual comprobado. El Ministerio de Interior le acababa de mandar la nueva documentación tras la pérdida, denunciada, de pasaporte y documento de identidad. Todo en regla. En los ficheros no había nada sobre él, como tampoco sobre Samantha Byrne, de veintiún años, natural del propio Londres, estudiante de filosofía, con todos los putos papeles necesarios: matrícula universitaria, carnet de conducir, visado de estancia, etcétera, etcétera, etcétera... al igual que los del alemán que compartía domicilio con ellos: Christo Nolte, natural de Hamburgo, becado por la Universidad de Milán y realizando su tesis doctoral en el interior del Museo de Louvre. Tres estudiantes como los miles que recorrían las calles de París, nada sobre ellos en los ficheros de Scotland Yard, ni en la Interpol; sobre el tercero acababa de hablar con el responsable de la embajada alemana, pero todo parecía indicar que tampoco encontrarían nada destacable en él. Las posibilidades se le escurrían por entre los dedos. Bien era cierto que alguien podía haberles hecho el encargo de que vigilaran el picadero del señor Coubert a cambio de una buena pasta, ¿pero quién? Los papeles y notas encontrados en el piso de los estudiantes le habían llevado a ordenar el interrogatorio del profesor Albert

Racinet pero lo habían encontrado colgado de una cuerda en el interior del cuarto de baño de su propio domicilio de soltero, oliendo a alcohol. Lacoste, su responsable en el museo donde trabajaba y dirigía la tesis de Nolte, había confirmado a Talbot que el profesor era aficionado a la bebida y sufría continuas y molestas depresiones, no le había sorprendido un final como aquél para «un hombre de gran temperamento y lucidez que no había sabido sacar todo el provecho de sí mismo».

Jean Coubert, agregado a la embajada francesa en Tokio, era otro cantar, y su compañera sentimental también. La mujer, Anäis Whistler, tenía antecedentes y estaba fichada, aunque sobre su información aparecía el indiscutible y apestoso aliento de la Dirección de Vigilancia del Territorio, impidiendo cualquier atisbo de nada. ¿Por qué le había que tenido que tocar aquella mierda de asunto precisamente a él? retiró de un manotazo todos los papeles que tenía enfrente y se enfrascó en la visión de la nieve que seguía cayendo en el exterior, muy cerca, al otro lado de la ventana del moderno edificio que albergaba la Prefectura.

Recapacitó y recogió los papeles desordenados. Los forenses estaban trabajando sobre los cuerpos de los cinco cadáveres, y una fotografía ampliada que mostraba a los tres jóvenes en el restaurante de la Torre Eiffel ya estaba circulando, vía fax, con dirección a todas las comisarías de París y el área circundante. Las huellas dactilares del chico y de la chica ya estaban en manos de la Interpol y sólo cabía esperar que le confirmaran que estaban limpios. El asunto de Coubert y su amante se quedaban en casa, al menos de momento y hasta que la Sécurité no hiciera acto de presencia. Nadie había visto nada antes ni después de que ocurriera lo que coño hubiera sucedido en el interior de los pisos, y aquello se estaba convirtiendo en un puto callejón sin salida; y los de la DST sin aparecer ni dar señales de vida. Por un instante sopesó la posibilidad de que los chicos, en connivencia con el profesor, estuvieran recabando información para el propio servicio secreto francés, y aquello le pareció una buena idea que aligeraba el problema que tenía delante y explicaba el retraso de las fuerzas que velaban desde la oscuridad por el bienestar patrio.

—Jean Pierre, tienes mala cara...

Le dolían las cervicales y se encontraba bastante cansado tras el duro día de trabajo. Paul, su compañero y amigo desde hacía siete años, se sentó frente a él, al otro lado de la mesa, en mitad de la enorme sala donde se hallaba su despacho, tras unas mamparas de plástico transparente. Desperdigados a lo largo y ancho de la superficie de planta, varios agentes cubrían el turno de noche interrogando a putas y maleantes; observó a Lazare intentando explicar a una anciana, que un empujón no era motivo para una denuncia y se sintió entristecido y derrotado ante aquella mierda que le suponía la rutina diaria entre los casos que se amontonaban en su mesa y que difícilmente podría dar curso. Paul le sacó del agujero, momentáneamente.

—¿Por qué no te vas a descansar un poco?

Le entró la risa. Descansar... Natalie estaba hasta los ovarios de verle poco, y aunque llevaba una temporada muy tranquila, no se sentía con ánimos para enfrentarse a una nueva bronca; y los chicos... los chicos sólo le reconocían los fines de semana cuando le pedían la asignación. Su vida era una puta mierda y en la comisaría pasaba el tiempo como mejor podía, haciendo lo único que sabía hacer, perseguir ratas y dormir poco.

—Gracias Paul, pero no tengo sueño. ¿Qué quieres?

—Pasar el rato, He estado hablando con Légrand del tema de los asesinatos en el restaurante chino, también a él el asunto le está llevando de cabeza...

—¿Han batido la zona?, al completo, pero se encuentran con la misma mierda que nosotros, en cuanto se menciona el suceso el personal se vuelve sordo y mudo, salvo los de la prensa que le tienen hasta los huevos...

Las nuevas directrices de transparencia informativa estaban descojonando el trabajo en las calles a lo largo y ancho de la ciudad. Los periodistas llegaban a los lugares donde había ocurrido algo con la misma celeridad que la policía, y después no te soltaban.

—¿Y tú, sigues con el rollo paranormal de los asesinatos? —había cierta ironía en sus palabras—tal vez tendríamos que llamar a Mulder y Scully...

—¿Quiénes son Mulder y Scully?

Paul se levantó y se dirigió hacia la máquina del café mientras se ajustaba la pistola bajo el sobaco y preguntaba a Lassale si quería uno.

—Los vi en Dallas, con Agnes, el mes pasado, cuando visitamos a su hermana. Son dos agentes del FBI que se dedican a buscar extraterrestres y a solucionar casos extraños, parece una buena serie, espero que la pongan pronto...

Volvió a su sitio y tendió el vaso de plástico humeante al teniente.

—¿Fenómenos paranormales?

—Sí, y muy bien expuestos... cojonudos. ¿Por cierto, has oído lo del tío ese al que le ha soltado un tiro su propio guardaespaldas?

—Algo me ha comentado Antoine.

—Joder, se ha debido montar una de tres cojones... Ya me gustaría ver a mí a Mulder y a Scully arreglando el tinglado.

—Y a mí que me echaran una mano —Lassale tomó el primer sorbo y se quemó la lengua—. ¡Mierda!

—Yo que tú estaría tranquilo, en cuanto lleguen los de la DST se acabarán los problemas...

—No, no me refiero a mi caso, sino a Natalie.

—¿Natalie?

—Me la está pegando y sospecho que con alguien del departamento.



—¡No jodas!

—En el fondo no me importa, tarde o temprano tenía que suceder, y no se lo reprocho, ha sido una buena mujer y ha aguantado más de lo que se puede esperar... —tenía ganas de soltarlo—.

—Tampoco es eso...

—Sí, si lo es. Solo que me molesta que haya tenido que hacérmelo con alguien de dentro.

—¿Alguien en concreto?

—No —se acercó el vaso a la boca, pero esta vez con más cuidado—. No sospecho de nadie, es una puta intuición que no puedo explicar, sólo eso... ¿cómo lo llevas con Agnes?, parece que sois felices.

—Bueno —se medio tumbó en la silla, con una pierna sobre la otra—, hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero con un poco de buena voluntad se puede llegar a un arreglo. Están las niñas, y mi madre, y lo cierto es que sopesando las cosas puedes encontrar un hueco en toda esta mierda para escapar y estar con ellos. Lo llevamos bien si es que se puede llamar buena a una situación de lo más normalita.

Lassale tenía cuarenta y ocho años recién cumplidos, seis más que el hombre que tenía delante. A su complicada situación laboral tenía que sumar el que desde hacía un año, más o menos, sufría de impotencia, lo que había agravado las tensiones en casa. Al principio había preferido evitar los encuentros con Natalie, pero cuando no hubo más remedio...

—¿Cómo te has enterado?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Son cosas, aquí y allá. No hay datos ni pruebas, pero Natalie lleva unos meses sin molestarme, feliz y tranquila, como si los problemas que nos han jodido durante todos estos años hubieran desaparecido de golpe —hizo un gesto frente a su cara, con las dos manos—, cosa que no han hecho en realidad. Ya no hay riñas, ni follones...

—Eso es bueno...

—Según se mire... sufro impotencia desde hace algo más de un año.

—¡Coño!, esa si que es buena...

—Paul, por tu madre, no se lo cuentes a nadie, el sicólogo me ha dicho que es pasajero, que es una cuestión típica de mi edad, del estrés y de otras mierdas..., y que afecta al sesenta o setenta por ciento de la población masculina que vive en las ciudades —intentó quitarle importancia—, así que no se te ocurra irte de la lengua, y menos con Légrand.

—Entonces, estás en tratamiento...

—Sí, pero sigue sin levantárseme. No se te ocurra comentarlo, por favor.

Paul rugió en una estruendosa carcajada que golpeó como una bofetada la cara de Lassale.

—No seas hijo de puta... he hecho mal en decírtelo.

—Perdona, hombre —a duras penas conseguía eliminar la sonrisa que le iluminaba el rostro—, ahora lo entiendo...

—¿Entiendes qué?

—Joder, Jean Pierre, ahora te entiendo... vaya putada. No temas, sabes que soy tu amigo y que no contaré nada —una risita imbécil le asaltaba de cuando en cuando—.

—¿Y de que cuernos te ríes?

—Vale, vale, ya me callo —Paul levantó los brazos pidiendo tregua y realizando un último esfuerzo por evitar la risa, pero no pudo—.

Lassale se había contagiado y reía también, hasta que se le congeló la risa.

—¿Interrumpimos, Teniente Lassale?

—Sí, digo no —se levantó para tenderle la mano—.

—Soy el Capitán Reno, y éste es el oficial Grenet —el segundo individuo asintió con la cabeza—.

.....

Percibió el chasquido y aguzó el oído para tratar de localizar el origen de la perturbación sin hallarlo. Miró en dirección a la cabeza de la comandante sin atreverse a confirmar sus sospechas, y en aquel preciso instante volvió a notar la leve perturbación en los canales abiertos.

—Irina, coge los trastos y evaporémonos... cancela la operación.

—¿De qué demonios hablas...?

—Cancela la puta operación, nos tienen cogidos... —Irina asintió mecánicamente mientras se preparaba para salir zumbando y escuchaba los gritos de Iván— ...Ilia, saca a los críos de ahí y largaros con viento fresco, nos han pillado... Ilia... ¿Ilia?... —Ilia no contestó—.

Alex estaba a la escucha y lo comprendió de inmediato, miró por el retrovisor y vio la forma oscura que se acercaba en el instante en que el cristal trasero saltaba en pedazos, atravesado por las postas que alcanzaron su cuerpo a través del asiento, lanzándole contra el volante y el parabrisas. El segundo estampido rompió la luna delantera tiñéndola de rojo y mezclándola con los restos de su cabeza que se esparcieron sobre el capot.

Galina tenía enfocado a Besson cuando el proyectil le atravesó la cabeza de parte a parte, reventándola como si fuera un melón. Arkadi pudo ver a su enemigo, y hasta tuvo tiempo de moverse ligeramente antes de que su brazo derecho saltara en pedazos a la altura del codo; quedó inerte, en una postura estúpida, sobre las tejas

blancas de una casa vieja que quedaba enfrentada a la buhardilla. Un segundo disparo, limpio, le marcó la frente sudorosa bajo el pelo lacio y rubio que surgía a través del pasamontañas, rompiendo el visor. Vitali apuntó a la cabeza del hombre que veía delante, sin saber su nombre ni interesarle lo más mínimo lo que le estaba haciendo aquella mujer que perdía la cara y las manos entre las piernas blancas y gordas de su objetivo; la puerta se vino abajo y las linternas le cegaron mientras reconocía los puntos rojos rozándole las pupilas y sentía el quemazón que le rompió la cara. Vania seguía observando a Vaugirard mientras se la chupaban, y escuchó por el auricular una voz que le decía algo que no pudo entender porque una bala le había perforado el pecho, empujándole al vacío.

—¡Corre, corre, todo está perdido!

Irina abrió la puerta trasera de la camioneta. Iván no solía equivocarse, aquel puto cuarentón manco estaba en lo cierto, y sintió la adrenalina surcándole el cuerpo, como un gigantesco oleaje, y supo que venían tras ellos. El manco llevaba una CAWS en la mano y no sabía decir de dónde la había sacado, ni lo iba a preguntar. Avanzaban entre los coches y los camiones, pisando la nieve y los cables que recorrían el suelo, bajo el atronador ruido que salía del pabellón. Iván detrás, con la escopeta pegada a la pierna, y ella delante, con la P7 aferrada en el interior del bolsillo. Miradas recelosas y cautas, intentando divisar sombras. El guardia de seguridad que custodiaba la unidad móvil de la TF2 les vio y se movió hacia los camiones.

—Nos han visto, corre...

Comenzaba el calvario. Pasaron agazapados y agachados, con las armas alzadas, ante las caras incrédulas y aterradas de un grupo de niños que escuchaban el concierto desde el exterior. La escena se desarrollaba a cámara lenta, con el fuego del miedo quemándoles las sienes y haciendo que sus corazones cabalgaran a un ritmo que se acoplaba frenéticamente a los sonidos que surgían del interior del pabellón. Una hilera de coches más y se encontrarían frente a la Estación; entonces lo vio, girando en su dirección; y apuntó; y el destelló del disparo la cegó mientras la sombra caía al suelo y el mundo comenzaba a moverse a cámara rápida por delante de sus ojos, con fogonazos de gente que gritaba y los miraba mientras se ocultaban o tiraban al suelo. Una camioneta de la Gendarmería derrapaba y les cerraba el paso definitivamente cuando varios agentes comenzaron a disparar hacia donde estaban ellos.

—¡Corre a la izquierda! —rugió Lavreniov—.

Notó el cuerpo de Iván a su lado, y los golpes secos de las balas atravesando la carrocería de los coches que les servían de atrincheramiento, o silbando sobre sus cabezas. Saltaron cristales mientras giraba, levantándose, en la dirección que le había ordenado su agente y escuchaba, uno tras otro, los diez disparos que abasaron chalecos, hombres y chapa con igual eficacia. Miró hacia atrás por un instante, Lavreniov estaba en cuclillas, tenía la escopeta entre las piernas, dada la vuelta, y colocaba con

su único brazo un nuevo cargador, parapetado junto a un vehículo mientras los impactos reventaban los neumáticos y abrasaban la carrocería, al menos contó dos que dieron sobre el propio cuerpo de Iván; le miró y supo que aquel hijo de puta, Iván Lavreniov, el lituano, el manco, el hombre que llevaba un cigarrillo encendido entre los labios, perdería los huevos por evitar que la cogieran: con un rápido movimiento había girado de nuevo el arma hasta que la culata reposó sobre el anorak ensombrecido y rasgado de una figura que se había levantado y comenzaba a disparar contra una nueva dotación que había parado tras la primera.

Corría a grandes zancadas, evitando resbalar, sintiendo el frío en la cara y el calor en las entrañas mientras empujaba gente y guardaba el arma. Salió a la calzada entre coches que iban y venían, corría manteniéndose alerta y tratando de ganar un tiempo y un espacio que la policía y los del Bureau intentarían arrebatarse. Agotada, llegó a las inmediaciones de los Inválidos y buscó un vehículo con que alejarse de aquel infierno que batía ocularmente un helicóptero a media altura y al cual escuchaba ronroneando sobre los edificios. Localizó una scooter y retomó la loca carrera buscando huecos inaccesibles hasta que la calma comenzó a ganar terreno en su interior; tenía que llegar cuanto antes a la base y avisar a los otros, si es que a aquellas horas quedaba alguien. Le habían jodido medio “Domovoi” y no quería que jodieran a los que quedaban. Mientras avanzaba, cerca de la Torre Eiffel, se sintió aterida por la gelidez del aire que le cortaba la cara. La cazadora que le cubría no impedía que el frío le llegara hasta los huesos, y la nieve le cegaba los ojos. Un coche patrulla salió de una esquina y se interpuso en su trayectoria, no pudo evitar tragárselo. Ahora sí que la había jodido del todo. En el suelo, con un dolor intenso en el brazo izquierdo y en la cabeza, pensó en lo que iba a ocurrir y lo que supondría... miró en dirección al vehículo celular, uno de los agentes apuntaba en su dirección con una Spas o una Benelli, y el otro con una pistola... La tenían cogida tanto si escapaba como si no lo hacía.

—¡Quédese donde está, no se mueva!

Hizo caso y se concentró en el que la apuntaba con la escopeta mientras el otro avisaba a la Central. El hombre soltó la Spas y se desplomó como una marioneta a la que cortan los hilos. El otro no tuvo tiempo de reaccionar, para cuando percibió lo que le acababa de ocurrir a su compañero, una onda de choque le golpeaba el cerebro cegándole por completo mientras su cuerpo resbalaba por el asiento. El esfuerzo de la huida y el realizado para evitar la captura, habían terminado con sus reservas. Se alejó lentamente, de forma desgana, con dirección a los muelles, esperando que la policía tardara en llegar. Llevaba el brazo izquierdo roto y estaba seriamente tocada; magullada y derrotada sabía que no llegaría demasiado lejos. Varios curiosos, desde los coches y las aceras la miraban con caras asustadas, bajo la nieve intensa que desdibujaba París al filo de la madrugada.

En el exterior de la camioneta que había dejado atrás, a unos cien metros de donde permanecía tirado el cuerpo acribillado de Lavreniov, varios agentes uniformados observaban al grupo que se hallaba en su interior, fisgando y recogiendo pruebas, hasta que la deflagración acabó con todos ellos. Iván sonrió desde el infierno.

.....

Como había supuesto, Coubert era un pez gordo que el aparato trataba por todos los medios de preservar. Habían charlado durante quince interminables minutos sobre el agregado francés y su amante, por alguna razón a la DST sólo parecían interesarle aquellos dos cadáveres y el hombre vivo que había huido, pero no iban a dejarle tranquilo.

—En lo que a mí respecta, los cinco fiambres y el que ha escapado pertenecen al mismo caso, y están bajo mi jurisdicción, y no me vale el “aquí no ha pasado nada”.

—Haga lo que quiera, de todas formas el Prefecto recibirá indicaciones y le dirá lo que tiene que hacer.

La cabeza de pájaro de aquel hombre, donde la alopecia había ganado terreno a lo largo de una línea que parecía trazada con regla, y que tenía una nariz aguileña sobre un bigote negro y espeso, bajo unas grandes gafas, se agitó con gesto grave sobre los hombros.

—Estamos ante un caso que atañe a la seguridad nacional, no sé si me entiende... como ya le he dicho, por su bien será mejor que cierre la carpeta y dé el caso por concluido, los intereses de Francia no necesitan intromisiones como las que puede generar su intervención. Ya estamos buscando al alemán, si ustedes lo encuentran primero, se lo quitaremos, así que... yo que usted me tomaría poco trabajo en la investigación y pondría a toda mi gente a buscar a ese malnacido.

Lassale no pretendía llevarle la contraria, y menos ante un caso que olía a “seguridad nacional” desde un principio, pero conocía perfectamente los problemas que se derivaban de las “maniobras” de la gente de la DST. El vecindario y la prensa iban a querer respuestas inmediatas sobre una noche que había dejado tras de sí a cuatro muertos en el mismo barrio. El horno no estaba para bollos y quería matizar en lo posible su propia responsabilidad en el asunto, porque el Prefecto no se iba a mojar, en cuanto le llamaran le pasaría el papelón, y “si te he visto no me acuerdo”. Además, estaba su propia integridad como persona y policía. No se le levantaba, era cierto, pero todavía no había nacido el cabrón que le hiciera desistir en un empeño, y aquel caso comenzaba a suponer para él un asunto personal por el que se enfrentaría a quien fuera. Nadie mataba ciudadanos en su demarcación sin dar una puta explicación, aunque fuera el propio gobierno.

—De momento, y hasta que el Prefecto reciba las instrucciones de sus superiores, todo seguirá como está. ¿Queda claro?

—Como prefiera.

Aquel imbécil de Reno y su callado acompañante le siguieron hasta el descansillo donde estaban situados los ascensores, una vez terminada la estúpida reunión.

—De todas formas, Capitán Reno...

—¡Por Dios, llámeme Silver!, los que me conocen así lo hacen, y quiero que vea en mí a un amigo, me temo que vamos a tener que colaborar —enarcó sus pobladas cejas—, al menos durante un par de semanas...

—Silver —le costó decirlo mientras sonreía forzosamente—, quedamos en ello: en cuanto tengamos los informes forenses y los datos que hemos solicitado a la Interpol, a la embajada y policía alemana, se los haré llegar sin tardanza; y si encontramos al alemán, cuente con que le avisaremos el primero, no lo dude; pero necesito respuestas y soluciones, o seguiré buscándolas por mi cuenta.

—Cúidese teniente, tiene mala cara... —sonaba a amenaza—...una buena mente sólo puede funcionar en un cuerpo bien cuidado...

Aquello le tocó los cojones y se envaró.

—¿A qué se refiere?

—Acépteme un consejo —hablaba suavemente—, las mujeres son peligrosas, se lo dice un hombre con amplia experiencia al respecto —teatral y académico era lo menos fuerte que se podía decir sobre las últimas palabras que le dirigió Reno—.

Por fin la puerta del ascensor se cerró, y en ella viajaba un capítulo turbio que le sobraba en su complicada vida de servicio, si tenía que colaborar con aquellos hijos de puta, lo llevaba claro. Necesitaba descansar y por primera vez en mucho tiempo lo iba a hacer. Hablaría con Natalie y le pediría paciencia y tiempo, y con un poco de suerte encontraría el maldito hueco que le permitiría reconstruir su vida, como le había dicho Paul. Se dirigió hacia su mesa y levantó el teléfono para llamarla, pero la línea ya estaba ocupada: Jean Pierre o Clara, tal vez los chicos le necesitaran más de lo que pensaba.

Estaba recogiendo su gabardina cuando se fue la luz del edificio, entre gritos de alarma y silbidos; París se iba apagando por zonas, lentamente, hasta que reinó una oscuridad absoluta en el horizonte nevado de la ciudad que aparecía reflejada en los ventanales. Avanzó unos pasos y se volvió hacia los cristales cuando el campanario del Sacré Coeur marcaba la media noche. Tras él, Paul agitaba su auricular mientras susurraba algo que no escuchó.

.....

Aterida de frío, la humedad, el cansancio, y el dolor, habían terminado con las pocas fuerzas que le quedaban. París estaba a oscuras, se había apagado como un árbol de navidad después de la fiesta.

Se arrastró a través de la nieve y la hierba, como pudo, para cobijarse bajo unos arbustos y evitar, así, la incesante nieve que caía, cerca del Palacio de Chaillot, atisbando las luces de los vehículos que se movían como serpientes a una treintena de metros, en la avenida Kennedy, y recordando la emboscada que les habían preparado: habían sido cogidos como conejos en una cacería.

Mientras se agarraba las piernas con el brazo derecho y dejaba descansar el izquierdo, comenzó a llorar de forma amarga e incontrolada, tal vez fuera la tensión acumulada, o el propio frío, o la sensación de que todo se acababa, o simplemente el pensar en que ni siquiera le quedaba una bala en el cargador para terminar allí mismo con la espera; lo cierto era que se sentía perdida, y llorar le parecía el único lujo que podía permitirse. Abrió sus ojos azules para observar las luces de los coches y las de algún barquito que navegaba por el Sena, hasta que divisó las de una camioneta que se quedaron paradas y quietas en su perpendicular, cerca de la acera. Volvió a sacar la pistola, aunque sabía que no serviría de nada. Lejos se escuchaban sonidos de sirenas y pitidos de coches encajonados en los atascos que habían paralizado la ciudad, todo ello en una sinfonía que le pareció un mal réquiem, y comenzó a escuchar los pasos de los hombres, dos sombras que se acercaban, rompiendo la nieve, a contraluz con la luminosidad que gobernaba la carretera. Se mantuvo tranquila, hasta que escuchó una voz familiar que la llamaba en un tono bajo y suave:

—Comandante...

Apuntó al centro de la primera sombra, la más grande, y mantuvo la boca cerrada.

—¿Seguro que está aquí?

—Estoy seguro, la noto —contestó la sombra de atrás—.

Nikita, era Nikita, y posiblemente la sombra de delante pertenecía al amigo de Alex. No creía en Dios, pero juró replantear sus creencias mientras se levantaba.

(1998)

SARAJEVO respiraba tranquila a pesar de los incesantes bombardeos del ejército serbio y de los cada vez más habituales francotiradores que asolaban las calles en cuanto desaparecía la luz. Había decidido sacar a pasear a Délano tras el altercado que había tenido con Danzig, acercándolo hasta uno de los cafés que permanecían abiertos en el barrio musulmán. La ciudad luchaba por buscar la normalidad, sin embargo, las tropas de Belgrado seguían avanzando y cercándola; el corrosivo nacionalismo que blandían los ambiciosos dirigentes croatas y serbios, alimentados por el apoyo explícito de Francia y Alemania y la dejadez internacional, estaba dando al traste con

las expectativas de paz en los Balcanes y la guerra iba a peor. Llevaban un año largo trabajando en los restos de Yugoslavia, y habían sido trasladados a aquella zona para localizar un aparato desaparecido de Stuttgart tras la gran guerra y del que se suponía que podría estar localizado en la zona norteña y minera de Tuzla. Pischertsrieder manejaba la batuta desde Viena, y había articulado la operación de búsqueda y localización de un aparato que al parecer se hallaba cerca. A finales del año 44 —antes de que las propias investigaciones americanas derivaran en la creación de la bomba que asoló Hiroshima y Nagasaki—, los nazis pusieron en marcha un equipo de investigación que buscaba mutantes en base a la teoría del bombardeo selectivo sobre humanos, consiguiendo algún tipo de resultado cuando el III Reich tocaba a su fin y ya era demasiado tarde. Tiempo después de la conclusión del conflicto armado de mitad de siglo, un grupo filonazi consiguió recuperarlo y ocultarlo en las entrañas de la Yugoslavia del Mariscal Tito. El operativo dirigido por Pischertsrieder había encontrado una pista sobre el paradero, que coincidía con movimientos de células M, fundamentalmente americanas y ex—soviéticas, lo que comenzaba a concretar las sospechas. La misión de Brindel y su pequeño y cansado grupo de trabajo era concreta: seguir y destruir a los operativos americanos que estaban trabajando en la zona antes de que encontraran el dichoso aparato, de los rusos se encargaba otra célula; pero como siempre, el “Dálmata” tenía su propia dinámica y sus propios problemas internos que de cuando en cuando afloraban de forma bastante dramática.

Danzig, el enlace establecido por Londres, era un inteligente oficial de amplio y magnífico historial que había luchado en el teatro europeo durante los últimos años. Los informes sobre él hablaban de un hombre reacio a someterse a las estructuras y difícil en el trato con sus superiores, pero avalado por su impecable hoja de servicios. Nathaniel Bergman, era diferente. Délano, así le gustaba llamarlo a él, era el más joven del grupo, un muchacho de apenas diecinueve años que era todo impulso y que tenía buena madera para convertirse en un buen agente, pero al que todavía le “faltaba cocción”, como diría Brideshead. Su impulsividad sólo le acarreaba problemas, y tras el puñetazo que le había propinado Danzig, en mitad de la cara, había considerado necesario airearlo un poco, para evitar, precisamente, uno de los iracundos accesos de ira que muy bien podrían haber acabado con la carrera del enlace y con las expectativas de todo el equipo.

—Relájate.

—Es un hijo de puta engreído.

Délano era un adolescente, y como todos los adolescentes sufría problemas que eran ininteligibles para los considerados adultos, así que hizo de tripas corazón y trató de explicarle que lo mejor que podía hacer era evitar otro encontronazo con Danzig y que convenía que se concentrara en su propio trabajo, que bastantes energías le reclamaba.



—Podía haberle partido la cara.

—Lo sé.

—No merece el aire que respira...

Danzig era un tipo raro, paranoico y extraño. Su actitud dentro del operativo no tenía nada que ver con lo que decía su hoja de servicio, sin embargo había sabido granjearse su amistad, y durante el mes que llevaba junto a él, había comenzado a apreciarlo.

—...te la acabará jugando, Christo, y lo lamentaremos.

Estaba hasta los cojones de que todos y cada uno de los integrantes de “Dálmata” acabaran, tarde o temprano, por hablar de igual modo del resto de sus compañeros, pero la convivencia acarreaba aquellos comportamientos; Charlie era la excepción, él nunca hablaba mal de nadie, en realidad nunca hablaba de nada. Nyman era fundamentalmente irrespetuoso con todos y con todo, y a pesar del aprecio que sentía por él, le molestaba su forma de actuar. Había vivido su infancia y juventud con plenitud, incorporándose a Heracles durante sus estudios en la universidad, cuando había disfrutado de la vida. La diferencia entre Nyman y él estribaba en el propio concepto de la vida y del trabajo, y tal vez por ello le irritaba tanto que su compañero fuera como era; Nyman había aprendido a beber de la vida a sorbos, él lo hacía a tragos y la mayoría de las veces amargos. Sabía que su razonamiento era una perfecta estupidez, que en el fondo cada cual tiene derecho a ser como quiera, pero le jodía profundamente que alguien como su compañero se comportara como siempre había deseado comportarse él; le habían descojonado de lo lindo, a Nigel no. Danzig era un poco como Nigel, pero de una forma irracional. Nyman era un buen agente, el perfecto agente, sin escrúpulos ni falsas modestias; trabajaba con ellos pero podía trabajar para cualquier otro grupo con la misma eficacia; no le importaban las razones de las cosas, sólo se importaba él mismo y su propia supervivencia, y por supuesto el éxito de cada misión encomendada; él se ahogaba en el fango porque sabía perfectamente que trataba de escapar de una vida que no le gustaba lo más mínimo; envidiaba a su compañero y Nigel lo sabía, y por ello gustaba de joderle continuamente con su arrogancia. Danzig, sin embargo, se mostraba altivo, distante y moralmente correcto, como si la mierda la llevara dentro y la comprendiera por ello. El joven que tenía delante, enmarcado por la decoración claramente otomana del café, era el contrapunto preciso de sus compañeros, la vida le recorría los cuatro costados, buscando razones y espacio donde mostrarse.

—Tienes que olvidarlo, no merece la pena —le dijo—.

Délano se sumergió momentáneamente en un pozo profundo, pero él sabía que tarde o temprano saldría por sí mismo, sólo trataba de auparle un poco. El grupo se hallaba cansado, llevaban demasiado tiempo en aquel frente. A pesar de sus continuas quejas, los de arriba consideraron pertinente dejarlos donde y como estaban, y

ya se sabe, un grupo agotado acaba por ser una burda caricatura de sí mismo. Sinceramente confiaba en que siéndolo podrían solventar todo lo que les echaran encima, como habían hecho hasta el momento.

—No te das cuenta, Christo, Danzig parece un hombre de acción que por necesidades imperiosas se hará cargo de la retaguardia a falta de nadie cualificado para ocupar el puesto; hace patentes su incomodidad y disgusto aunque parece entender la razón que le lleva a encargarse de la zona más vulnerable del equipo... y sin embargo es lo que busca...

Délano estaba tocando, con su educada y formada palabrería, sin quererlo, una de las fibras más sensibles y que más le molestaban de la actitud del nuevo.

—...entre los papeles y los informes puede dilatar el tiempo y enmendarle la plana a la realidad y los resultados, él es la comunicación con el exterior mientras nosotros trabajamos a destajo en pésimas condiciones, sin atender a si lo que nos comunica es cierto o sencillamente una mierda...; ándate al loro con él...

—No dramatices, y menos ahora. Has cometido errores como hemos hecho todos, Danzig y tú habéis llegado a un punto que no tenía que haberse dado...

—Le conozco, he visto a otros como él, se hacen imprescindibles y después abandonan.

—Tómate el café y calla —le ordenó—.

Danzig le preocupaba, era un paranoico, ¿pero quién en aquel mundo de locos no lo era? La paranoia es un estado mental considerado pernicioso, pero en el fondo no es sino una forma de ver diferente a la considerada normal. El paranoico recrea su propio mundo engranándolo con el otro. Tal vez los paranoicos fueran ellos y el lúcido, Danzig. También resultaba posible que aquel hombre pudiera haber borrado las pistas sobre su pasado, eliminando riesgos innecesarios; y también podía ser que hubiera conseguido granjearse, después, su amistad, matemática y friamente, buscando en la nueva unidad el refugio perfecto para la inoperancia y negligencia que le había soltado a la cara Délano antes de que le devolviera el puñetazo. Muy bien podía haberse confeccionado una identidad ficticia que lo hacía imprescindible; agazapado podía sacar partido de los defectos de la propia estructura interna del operativo y denunciándolos se ganaba una importancia de la que carecía en realidad. Su fobia a las estructuras y la dificultad en el trato con los superiores podían ser un simple subterfugio para amparar su propia incapacidad para aguantar la presión, pero sinceramente creía que Délano exageraba, antes, y ahora, aturdido por la rabia que le encendía el rostro y le hacía contener unas lágrimas que afloraban en sus ojos rasgados. Danzig era su lugarteniente y lo consideraba un amigo. Un oficial debe confiar en sus hombres o la efectividad de su unidad no sirve para nada —se lo habían enseñado en el cursillo de dirección de operativos—, lo que tampoco le impediría ser el directo responsable de lo que ocurriera si Délano llevaba razón en lo que decía.

Personalmente le gustaba confiar en los que le rodeaban, de esa forma se sentía seguro, y no quería que gracias al problema surgido entre el chico y Danzig cambiara nada; si ya resultaba difícil sobrellevar la responsabilidad propia de su cargo al frente de una célula móvil, sólo le faltaba que aquel presagio de mal agüero le turbara la cabeza, llenándole de prejuicios y temores. Trató de cambiar de tema.

—Tienes que darte tiempo, eres demasiado joven, si me permites la estupidez... —Délano sonrió por primera vez—, ...pasas demasiado tiempo pensando en otras cosas, lo que te lleva a enfrentarte con la cruda realidad como si fuera un muro de hormigón armado que no puedes derribar. Si te plantearas el trabajo como algo con lo que no te quedan otros cojones que vivir, al final el muro se desvanecería y podrías vencerlo hasta que todo se volviera soportable... dejándote hueco para las otras cosas que anhelas y que al final llegarán.

Délano le miraba con sus ojos limpios y él se sentía un perfecto cabrón por estar engañándole. No había conseguido derribar el muro, ni lo conseguiría, y la vida se le seguía escapando entre los dedos sin que lograra siquiera atraparla un poco. Nigel podría explicárselo mejor si fuera capaz de entender que Délano era simplemente un muchacho y no un compañero de fatigas al que le importaba un rábano la consecución exitosa de las misiones. El propio Danzig podría hacerlo, pero su soberbia le impedía considerar al chico como un igual, aunque le diera mil vueltas. Él, personalmente, agradecía disponer a su lado de una persona que soñaba con chicas y con una vida normal, como hacían los jóvenes de su edad, de aquella forma se sentía limpio y reconfortado, y en cierto modo exculpado por compartir cátedra con hijos de puta como Nigel y Danzig; Charlie seguía siendo otra cosa, extraño hasta para sí mismo, y Dana continuaba significando su propio fracaso.

Un sonido hueco les despabiló, lanzándoles instintivamente al suelo, bajo las mesas. Un francotirador chetnik estaba barriendo la zona con un Mauser desde una posición indeterminada, habiendo alcanzado a una mujer que yacía en mitad de la calle y cuyo cuerpo se desangraba sin que nadie pudiera hacer nada salvo esperar. Por fin dos hombres se arrastraron hasta donde estaba y cogiéndola por los pies trataron de quitarla del ángulo de aquel malnacido que disparó de nuevo manchando de rojo el pecho de uno de ellos.

—¡Hijo de puta!

Délano había buscado su pistola y trataba de desenfundarla mientras él le retenía el brazo.

—No harás nada con ella, sino complicar las cosas...

Un flashazo le llevó como un relámpago a una playa que conocía, en la que había estado y en la que se hallaba un hombre de raza negra, sentado, que miraba el oleaje. Lentamente se despertó, pero no abrió los ojos, por mera precaución. Los so-

nidos, los olores de aquel lugar le resultaban desconocidos y recordó el callejón, y la sombra que percibió antes de desmayarse.

.....

Aquel a quien llamaban “fraile”, un individuo inmenso, con rasgos de gigantismo que deformaban su cuerpo, estaba masajeando con sus enormes manazas el brazo roto de la comandante, ante los ojos atentos de Tsvietaiev y la pobre iluminación de una linterna que se encontraba en el centro de la mesa del despacho, atiborrado de mierda y papeles viejos, en la parte alta de un almacén abandonado en las afueras de París, al norte. El ambiente que se respiraba era muy tenso, aquel agujero no le había gustado a nadie y la comandante ya había dado las órdenes precisas para cubrir, en lo posible, la eventualidad de un ataque que él consideraba inminente.

—No me gusta que fumen cuando estoy cerca...

—Voy a apagar el cigarrillo, por pura cortesía.

—Lleva un rato jodiéndome Tsvietaiev, ya no tiene cerca a Alex, y en lo que a mí respecta, la que manda en esta unidad soy yo, y por encima de mí sólo tengo a Brodsky, así que váyase haciendo a la idea: la que da las órdenes soy yo y no me gusta que fumen cuando estoy cerca, si quiere hacerlo tiene espacio suficiente al otro lado de la puerta —señaló con el brazo y la mano derecha hacia el oscuro lugar que se extendía al otro lado del pequeño habitáculo en donde estaban—.

—Me gustaría hacer algo además de estarla escuchando...

—Pues de momento no le necesito para nada, así que si quiere váyase a dar una vuelta.

Igor se mordió los labios, intentando evitar una discusión tan estúpida como todo lo que estaba viviendo; desde que la conoció supo que la relación con la mujer no sería buena, por mucho que lo intentara. Mientras apagaba el cigarro contra la jamba de la puerta, los ojos abultados de “fraile” le miraron con una placidez y pasividad que no parecían indicar nada bueno —se había acostumbrado a verle cejijunto y con un aire bastante lóbrego—, tal vez a él tampoco le gustara que fumaran a su lado. Tsvietaiev se volvió para dirigirse hacia la puerta y sentarse en uno de los escalones de la escalera que descendía hacia la superficie negra del local, un enorme hangar que disponía en sus entrañas de tres muelles de carga que ahora desaparecían de su vista, sumergidos en una oscuridad pastosa y fría que ocultaba, también, la sombra de la camioneta pequeña que estaba aparcada en el segundo de ellos. El resto era un espacio amplio que en sus buenos días se habría encontrado repleto de camiones y de mercancías que provenían del Este. “Metropolitain 4” era una empresa de transporte que amparaba bajo su legalidad uno de los túneles de acceso y salida de agentes. Como otras tantas del ramo, cambiaba habitualmente de domicilio dejando atrás rudimentarios escondites que servían durante un tiempo muy reducido y que resul-

taban poco seguros. El Bureau sabía de la existencia de “Metropolitain 4” y de los otros escaparates diseminados por el GK en la capital, seguía todas sus huellas. Él se hallaba sentado a medio camino de la escalera metálica que unía la oficina con el suelo, bajo aquella pequeña estructura se encontraban un par de habitáculos, o almacenes, cegados completamente al exterior salvo por el estrecho pasillo que también daba acceso a los servicios de la instalación. En una primera observación había encontrado mucho material abandonado que no parecía servir para nada útil; sin embargo, Bela, el hombre que ahora se encontraba vigilando el portón de entrada, había encontrado qué hacer con ello, considerando pertinente agrupar cajas de madera y cubiertas destrozadas junto a la camioneta que los había traído —al joven llamado Nikita, a la comandante y a él mismo—, cuando la encontraron cómo y dónde había previsto el muchacho. Mientras perdía la vista en el ambiente que le rodeaba, pensó por un instante en lo difícil que se le estaban poniendo las cosas, y en la razón que tenía el pobre Alex cuando le dijo que lo que necesitaba era un milagro. No iba a encontrar a Misha salvo que consiguiera salir de aquel atolladero, y dada la situación, tendría que mantenerse en aquel sitio al menos durante un tiempo que se le antojaba demasiado largo. Todo el cansancio del viaje, del día transcurrido en París, se le amontonó en la cabeza y los párpados; se sentía embotado, los ojos le escocían y le dolían las piernas, saturadas por horas y horas en posición vertical, moviéndose de aquí para allá. El joven Nikita se acercó hasta el inicio de la escalera.

—A pesar de las apariencias tiene un buen llevar...

—¿Quién?

—Ella —señaló con la cabeza hacia el interior de la pequeña oficina que coronaba la escalera metálica—.

—¿Te importa que fume?

—A mí no...

Arrastró el humo de aquel cigarrillo hasta el interior de sus pulmones, como solía hacer con el primero de la mañana, y se acarició la cara notando la barba que ya despuntaba tras una jornada sin afeitarse.

—No le ha gustado el cobijo que nos han ofrecido, ni la división del equipo.

—A mí tampoco...

Aquel lugar parecía una ratonera. Demasiado campo abierto a su alrededor y demasiada poca gente en su interior. Los dos jóvenes a los que llamaban “zelotes”, y tres agentes más, habían sido evacuados por la Jefatura de Zona a una posición en el interior de la urbe, a ellos les habían mandado sencillamente a la mierda. Recordó brevemente la discusión suscitada con el muchacho que tenía enfrente cuando se atrevió a recomendarle que no hiciera caso de las instrucciones que acababan de llegar. «Las órdenes las da Eva, o en su caso Irina», y sus pensamientos recalieron brevemente en Marina, en la putada que había significado no tener hijos, en Mijail, en la

pequeña cara ovalada de Misha y en los “aires” que se respiraban en aquella pequeña unidad de combate que no iba a durar un asalto.

—¿Quién es el chico?

Nikita era un lector mental y ya había demostrado sus buenas dotes como rastreador; aquella intromisión en sus pensamientos no le sorprendió lo más mínimo, pero no contestó.

—¿Por qué lo buscas?

No tenía ganas de hablar, pero le hacía falta hacerlo, sobre todo por evitar que la cabeza le saltara en pedazos, así que, mientras el “fraile” sanaba el brazo destrozado y las magulladuras de la oficial, y Bela hacía un vigilancia que serviría de bien poco, parapetado en aquella trinchera tan “sui generis”, y el alemán seguía “viajando” tras el golpe que había recibido, Igor decidió ponerse a charlar con el joven que tenía delante, intentando, de paso, conseguir más información de la que disponía.

—¿Me reconociste?

—Forma parte de mi trabajo, vi tu mensaje en el buzón y te seguí hasta el interior de la cafetería.

—¿Alex lo sabía?

—También forma parte de mi trabajo el informar a mis superiores sobre los hallazgos. Recorro todos los días las mismas zonas, el metropolitano, Tullerías...

Igor sonrió mientras soltaba una columna de humo por la nariz. Por la mañana, Nikita había estado a apenas una mesa de distancia en el café La Madeleine, junto a la muchacha, antes de su entrevista con Gagarin.

—¿La chica forma parte del grupo?

—No, es mi novia.

Aquel joven de aspecto blanquecino y débil, que tenía una cabellera lacia y mermada por algún tipo de tratamiento químico, le recordó las labores de búsqueda de cobertura que tienen como obligación todos los agentes en países extranjeros. Primero un trabajo y un domicilio fijo, después, amistades a las que puedan abandonar, incluyendo la posibilidad de enamorarse y barrenar lo más maravilloso que ofrece la vida cuando se tienen veinte años. Una mierda vamos.

—No la dejaré nunca.

La afirmación le obligó a mirarle directamente, un cuerpo delgado coronado por aquella cara afilada y los ojos oscuros enmarcados en amplias ojeras; Nikita parecía débil, pero sólo por fuera; llevaba apenas dos horas con él y ya empezaba a sentirse molesto por su extraña personalidad.

—¿Cómo lo sabes?

Nikita se movió ligeramente.

—¿Y eso qué importa?

Lo cierto era que importaba bien poco, que todo importaba bastante poco.

—¿Por qué me seguiste tú?

El crío se las sabía todas. Antes de encontrar al alemán, había decidido dar una vuelta siguiendo a Nikita y al subnormal, pero creía que no le habían visto. Recapitó sobre su último pensamiento y lo desterró mientras miraba al lector mental y le soltaba un concepto bastante duro: «no me gustas».

—¿Por qué? —Nikita movía la cabeza y sonreía—.

—En realidad no me gusta toda esta feria: un gigante que sana milagrosamente, un subnormal que no sé qué pinta, un crío atacado de leucemia o cualquier otra mierda al que parece que la vida le resbala, y una comandante que sólo sabe chillar, que no ha podido cuidar de su gente, y a la que no le gusta que fumen a su lado.. sólo faltan una echadora de cartas y un payaso —la cara se le iluminó—, no, el payaso soy yo... —concluyó con una mueca que hizo reír al chico—.

Nikita le devolvió la patada sin dejar de sonreír:

—¿Quién es el niño en quien pensabas?

—Déjame en paz —Igor volvió a inspirar una amplia bocanada de humo a través del filtro de su cigarro y retiraba la vista—.

—¿Por qué lo añoras?

—No lo añoro, lo busco —le miró otra vez a la cara, con su peor semblante—, se lo juré a su padre.

—¿Y dónde está? —Nikita empezaba a joderle con tanta pregunta y tanta sonrisa—.

—No lo sé... ¿me dejas ya?

Miró hacia la oscuridad y pensó de nuevo en Alex, y en la última conversación que mantuvieron bajo el pilar de un puente en la ribera del Sena. Era de locos tratar de localizarlo, y el cabrón de Gagarin tenía razón, lo más seguro es que estaría pensando en culos de chicas, o mirando tranquilamente la televisión mientras él se había metido en un follón del que no sabía cómo salir.

—Creo que Alex tenía razón...

—Oye, deja de joderme y de leerme los pensamientos —le increpó—, mis asuntos son míos —tiró el cigarrillo, lejos, a una distancia donde pudo verlo parpadear y apagarse—.

—No creo que tengas que temer por él.

—¿Y eso cómo lo sabes, también puedes leerlo en mi puta cabeza? —las palabras, soltadas con un tono bronco y amenazante, se perdieron para serle devueltas, repetidas, en un profundo eco que recorrió el almacén de parte a parte—.

—Es sólo una sensación...

—Pues guárdate tus sensaciones, ¿me oyes?

Llevaba todo el día perdiendo los estribos, y aquel era uno de los puntos de su carácter que menos le gustaban porque reflejaban al hombre acorralado que sentía dentro. Trató de enmendar lo triste de la situación y se disculpó como mejor sabía:

—Mira, hijo, perdona, no me encuentro demasiado bien... —Nikita había dejado de sonreír y trataba de hacerle entender que le comprendía, observándole con aquellos sus ojos duros como dardos—...me parece muy bien lo que me dices pero... ¡déjalo...!

—Niki.

La voz empastada de Paul surgió de la oscuridad.

El “subnormal que pululaba por el interior de la unidad” como lo había definido despectivamente Igor, se acercó hasta donde se encontraban y tiró de la manga de la cazadora de Nikita mientras repetía:

—Niki, necesito que vengas —las palabras surgían con dobles consonantes, articuladas con cuidado, abriéndose camino entre la música barata y quejumbrosa que salía del transistor que llevaba en las manos—.

Nikita se excusó ante Igor y siguió a su amigo hasta perderse en la parte baja de la oficina, un miserable pasillo que acababa en un pequeño almacén donde se encontraba el alemán que había encontrado en las calles, custodiado por el otro integrantes laico del grupo, el francés.

—Si tiene un momento me gustaría hablar con usted, pero sin cigarros, Coronel.

Kobalena le llamaba desde la puerta mientras el “fraile” bajaba por las escaleras. Accedió y subió lentamente, apartándose ligeramente, dejando paso a la mole gigantesca del sanador del grupo.

—¿Nunca habla? —preguntó Igor al alcanzar el último escalón—.

—Le cortaron la lengua cuando tenía catorce años —contestó de forma seca la comandante, introduciéndose en el interior de la oficina del refugio—.

Igor se sintió estúpido y continuó maquinalmente:

—¿Qué desea Comandante?

Ella avanzó con dirección a la mesa para sentarse en una de las sillas que la flanqueaban. Igor cogió la otra, la que acababa de dejar el “fraile”.

—He dado órdenes para irnos de este lugar; abandonaremos París en las próximas horas.

—Yo no me marcho —afirmó Tsvietaiev—.

—Usted hará lo que le ordene —la voz de la comandante Kobalena surgía autoritaria y propensa a cualquier cosa menos a un cambio de dirección, mientras recogía los brazos sobre el regazo—.

—Me importa una leche lo que usted ordene, Comandante, no tiene ninguna potestad sobre mí, y no le voy a consentir que...

—No tiene alternativa —le cortó en seco—.



—Sí que la tengo...

Irina vociferó con un timbre ligeramente grave y profundamente femenino:

—No, no la tiene. O se entrega a Eva o viene con nosotros, quedarse en mitad de este infierno sólo puede empeorar su situación y la de todos, y es algo que no voy a consentir de ninguna manera.

En el fondo la mujer que tenía delante estaba en lo cierto, pero no quiso admitirlo.

—Me quedo.

—Está loco Tsvietaiev, no sé la razón que le ha traído hasta aquí, ni me importa. Accedí a lo que me pidió Alex por pura camaradería, pero me resulta imposible seguir dispensándole una cobertura frente a nuestra Jefatura si no hace lo que le ordeno que haga... —aquella mujer de pequeña estatura se le antojó a Igor la última representante de una especie al borde de la extinción; tenía agallas y llevaba los pantalones bien puestos, un ligero cambio de tono en su voz le indicó que todavía podía intentarlo—.

—Su Jefatura me la sopla...

—Alex tenía razón —gritó ella—, si le coge Eva le desollará vivo...

—¡Cojonudo!, ¡Eva, siempre Eva! Eva te acaba de meter un tubo bien grande por tu hermoso culo, chiquita, te ha desmantelado la unidad dejándote con esta pandilla de anormales... —su voz parecía una sierra mecánica—, ...a los buenos los ha colocado a buen recaudo porque a tí te creía muerta, imbécil, y sólo podía actuar así...

—... si fuese ella quien nos vendió al Bureau, ¿no es cierto?, ¿no es eso lo que iba a decir, capullo? —Irina estaba fuera de sí y su voz subía de tono hasta que chilló con fuerzas—, ¿pues ya lo sospechaba... se entera...?, por eso he ordenado la evacuación y le invito a que nos siga.

La comandante Kobalena disponía de una energía brutal, e Igor necesitaba no extralimitarse si quería conseguir algo, así que trató de calmarse mientras se levantaba y realizaba un corto paseo sobre la tarima.

—Necesitamos tranquilizarnos, ¿no le parece? —Irina asintió inspirando aire—.

—Mire, Irina —continuó Igor—, me importa una mierda lo que haga conmigo, yo no me marcho de París sin cumplir mi objetivo... pero usted será mejor que ponga distancia por medio... en eso estamos de acuerdo...

—El chico está bien, se lo aseguro —la voz de Nikita les interrumpió e hizo que ambos volvieran la cabeza con dirección a la puerta—.

—¿Qué chico? —preguntó Irina—.

—El hijo de Ajmàtov —contestó Nikita, mirando a los ojos de Igor y hablando para su superior—.

La comandante se revolvió en su asiento.

—¿Qué coño pinta el hijo de Ajmàtov en todo esto?

Tsvietaiev no quiso pasar otra vez por el trance de tener que explicar algo que ni siquiera él mismo tenía claro.

—No os importa —vociferó—, es un asunto entre su padre y yo mismo.

—No me ha entendido —volvió a interrumpir Nikita—, sé quién es y sé que está bien...

Tsvietaiev no se lo podía creer, aquel pequeño bastardo le estaba haciendo el caldo gordo para ayudar a su jefa. Un fogonazo surgió en su cabeza, un joven que podía tener la edad de Misha estaba tendido en una cama, con una muchacha de su misma edad durmiendo a su lado. Por la ventana se veía la nieve caer y sobre la mesita de noche una vela iluminaba el pequeño cuarto.

—Mírele bien —la suave voz de Nikita parecía arrastrarle hasta el interior de aquella habitación, frente al muchacho de grandes ojos castaños y cara ovalada bajo un pelo rubio como el de Mijail—, no sabe, ni sabrá, que su padre ha muerto, siempre pensó que lo esperaría en Rusia, no le haga la putada de decírselo.

A Igor se le revolvieron las entrañas mientras miraba con ojos encendidos al agente.

—Tampoco sabe lo que lleva dentro —continuó Nikita—, lo mejor que puede hacer es dejarle tranquilo, será la mejor forma de cuidar de él.

—Hijo de puta —las palabras surgieron rasgadas—.

—Nikita es nuestro mejor lector mental y un buen telépata, ya le ha visto en acción; si él dice que el chico está bien es que está bien, puede contactar con quien sea con sólo conocer un rasgo de su objetivo.

—Métase su puto circo por el culo, con carpa y todo —Igor hablaba de forma amenazante y desencajada a la comandante—, no me lo creo, no me lo creo —repitió—, sólo es una alucinación —no apartaba la vista de Nikita, quien permanecía de pie, aguantando el tipo mientras ponía en el interior de la cabeza del coronel un nombre que habría de reconocer: «Jacques Armand»—.

Aquello golpeó el cerebro de Igor desestabilizándolo. No lo había recordado hasta aquel puto momento, el niño fue dejado en manos de un amigo de Mijail que se apellidaba así.

—Vive en un edificio cerca de la Place des Vosges, su vida es tranquila y apacible, alejado por completo del concierto en donde tocaba su padre, como Mijail quería...

Sí, Mijail había querido alejar a Misha de la mierda que había acabó con su vida y tiempo antes con la de Katerina. Un sentimiento que surgía de un lugar que no supo concretar fue adueñándose de su corazón y de su razón, y poco a poco, algo en su interior comenzó a ceder.

—Perdóneme Coronel, creo que hará mejor obedeciendo a la Comandante. Su misión ha terminado, lo que ha hecho por su amigo muerto le ennoblece, pero..., no se acerque al chico o lanzará a los del Bureau tras su pista.

Cerró los ojos y volvió a mirar la escena que se desarrollaba en el interior de aquella pequeña habitación en la que no pasaba nada, y miró directamente a los ojos de aquel joven inmaduro que a su vez acariciaba con la vista, embelesado, la cabeza de la muchacha con la que compartía cama. Mijail podía descansar tranquilo, no haría nada por atraer las miradas bastardas de los que mataron lo que más amaba; y pensó de nuevo en Alex, y en su comentario acerca de que tal vez hubiera montado toda aquel tinglado sobre unas simples coincidencias. Ojalá el infierno se tragara a Menjou, porque Castellet, Poitier y Daumier ya habían recibido lo suyo.

Ocultó la cara entre sus grandes manos y pidió a Irina y a Nikita que le dejaran un momento a solas, más tarde hablarían de nuevo.

Cuatro sombras pudo contar, agazapadas entre los arbustos y la valla que circundaban el almacén. Podía haber más y esperó, observando a través de las lentes intensificadoras los movimientos que realizaba el grupo que estaba cercando el lugar. Descubrió una quinta que avanzó lentamente hasta posicionarse a escasos metros de la puerta de entrada, cerca de la garita abandonada. Un ladrido seco y lejano y la sombra se quedó quieta. Cerca del portón del edificio, otra forma se movió de manera imperceptible, a través de la grieta verde oscura que definía la entrada semi abierta. Los de dentro ya estaban sobre aviso, sólo quedaba esperar que nada le ocurriera a Tsvietaiev o perdería la pista.

.....

En la parte baja de la oficina, bajo sus pies, Igor sintió movimiento y un ruido extraño, y decidió salir. Irina hablaba con Paul y el “fraile” mientras daba órdenes al francés para que cubriera al hombre que custodiaba la entrada.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos compañía.

Igor desenfundó su vieja Makarov y se acercó definitivamente hasta el grupo.

—¿Tenemos municiones?

—No las suficientes, lo mejor será huir, y rápido.

El almacén disponía de un conducto secreto que pasaba cerca del tanque de combustible que ocultaba en sus entrañas, y que acababa comunicando con la moderna red de alcantarillado de la zona norte de París. Foucault lo había revisado al poco de llegar, y estaba dispuesto para ser utilizado en cualquier momento.

—Nikita os llevará a través del pasillo hasta el exterior, el coronel y yo misma nos quedaremos cubriéndolos la retirada junto a Bela y Edouard —miró a

Tsvietaiev—, si salimos vivos os seguiremos. Coged vuestros papeles, y que haya suerte...

—¿Qué hacemos con el alemán? —preguntó el recién llegado Nikita—.

—No podemos preocuparnos por él, eliminadlo antes de que lo cojan los de afuera...

—Y una mierda... —rugió en voz baja Igor—, viene con nosotros.

Irina se volvió apuntando con la “Skorpion” que llevaba en la maque llevaba en la mano, directamente a la cabeza del coronel.

—No me obligue a hacerlo —sus agudos ojos reflejaban la tenue luz de la linterna que iluminaban el pasillo de la parte baja, y no dejaban lugar a dudas—.

.....

Había descoyuntado el cuello de la primera de las sombras, y le quedaban cuatro a la vista. Apenas a tres metros divisó a la segunda y se acercó amortiguando el paso, evitando siquiera mover el frío aire de la madrugada, bajo la nieve. Ya sólo quedaban dos cuando aquella luz le cegó por completo tirándole al suelo.

.....

Un ruido amortiguado de rotores y palas les sorprendió bajo las escaleras, el ataque se avecinaba peor de lo que habían esperado. El almacén se llenó de ruidos y de explosiones de las primeras granadas que atravesaron los ventanales superiores de las paredes, mientras el exterior se volcaba en haces de luz hacia el interior, atravesando los luceros y grietas de ladrillos y chapas. Afuera, un segundo grupo de seis hombres, tan bien pertrechados como el que acababa de alcanzar el perímetro, avanzaban dispersándose a la carrera por el descampado que separaba la verja del portón metálico que tembló brutalmente ante el impacto de dos granadas y su metralla.

—¡Francia juega en casa...!

Las palabras de Igor se perdieron cuando la portentosa cadencia de los sonidos que perforaban todo aquello que se encontraba a su paso, o que simplemente pasaban silbando sobre sus cabezas, indicaron a los supervivientes del “Domovoi” que se encontraban frente a una unidad de intervención de la Gendarmería, o del propio ejército francés y de sus putos FA MAS, apoyados desde el aire tal vez por un Puma que entraría en acción en breve. No venían a dejar supervivientes; Irina, Tsvietaiev y los otros lo comprendieron de inmediato y buscaron efímeros refugios entre las cajas, en el interior de la parte baja de la oficina, o detrás de las numerosas cubiertas de neumáticos abandonadas que se repartían por el pavimento interior de aquella ratonera.

—No hay tiempo, no hay tiempo, salida de ahí...

Los gritos y el corretear de sombras se mezclaban mientras Kobalena trataba de organizar a su pequeño grupo. Quedarse bajo la oficina sería un suicidio, porque el fuego y la metralla iban dirigidos hacia el lugar. Encima, el helicóptero conseguía la vertical sobre el tejado del edificio rectangular, cuando tres cargas abrasaron a los hombres que intentaban abrirse paso a través del portón. Por precaución el piloto elevó el morro sin abandonar su localización.

—A los muelles de carga —Gritó Irina, aprovechando el impass y el desconcierto generado afuera por la explosión de las trampas dispuestas por el francés y Bela—.

El atronador golpeteo de las balas contra el suelo, atravesando la uralita de la techumbre, las paredes y los oídos, adornó el camino del grupo que desaparecía por fin bajo el hormigón del primero de los muelles, allí estarían seguros frente al fuego de supresión que les dispensaba el artillero del helicóptero, pero la pequeña defensa en la puerta no impediría que tiempo después aquel puto lugar se llenara de enemigos, y todavía tenían que acercarse al segundo de los muelles.

Una densa lluvia de plomo y trazadoras surcaba el aire, haciendo papilla la cubierta superior y destrozando todo lo que se encontraba debajo. Cristales rotos y gritos roncós mientras los neumáticos de la camioneta explotaban dejándola caer en seco sobre las llantas. Tableteo de ametralladoras abrasando el cemento y ruido de motores retumbando contra las paredes de aquel refugio de mantequilla que olía a goma quemada. Foucault gritaba, tendido cerca de la Space que comenzaba a arder e iluminaba el interior del almacén, bajo la cobertura que le ofrecía Bela, rodilla en suelo, cuyo rifle escupía balas como un descosido por encima del cuerpo de su compañero. La camioneta hizo explosión una vez el incendio alcanzó el depósito de gasolina, lanzando una sombra desvencijada a varios metros de distancia y a Edouard con dirección al muelle uno, donde cayó pesadamente. Nada impedía ya que entraran la decena de efectivos que se encontraban afuera y que ya salpicaban de pasos los laterales del tejado mientras el helicóptero avasallaba el centro.

—Mierda —la voz de Irina sonaba bastante contrariada en mitad del estruendo que la rodeaba—.

Los cuatro se hallaban metidos en el mismo agujero, en el primero de los muelles, separados por una viga vertical y por un muro horizontal bastante largo y que desde allí parecía infinitamente largo, imposible de sortear. Nikita señaló hacia el techo:

—Por aquí encima pasa el tendido eléctrico, no creo que el helicóptero se aventure a rozarlo.

—Vamos —la comandante había salido subiéndose de un brinco a la parte superior del muelle, avanzando de prisa para perderse al otro lado, detrás de la enorme viga—.

—Vamos... —arengó Nikita—.

Una ráfaga golpeó el suelo de hormigón, muy cerca del “fraile” y del pequeño Paul, Igor iba detrás y pudo verlos retroceder:

—¡Cojones con que no se atreverá a acercarse al tendido!

—Atrás, atrás —gritaba Nikita, desandando el camino—, al muelle...

Otra vez en el cobijo que les daba el muelle uno, escucharon los golpes secos de las balas que se incrustaban apenas a cincuenta centímetros sobre sus cabezas, y los lamentos de Foucault. Se miraron de forma furtiva.

—Voy a buscarlo.

—No te muevas, imbécil —agarró por el brazo al joven que ya se había incorporado—.

—No voy a dejarlo ahí —comenzó a correr—.

—No lo hagas...—Tsvietaiev gritó a Nikita, quien se movía en dirección al cuerpo que se retorció diez metros delante, el muchacho había abandonado el amparo que les ofrecía el muelle de carga y avanzaba a grandes zancadas buscando a su compañero en mitad de la lluvia de fuego, metal y ruido que granizaba el suelo—.

Lo vio agarrarlo, y arrastrarlo mientras volvía, cuando las dos figuras se fundieron con la luz producida por la deflagración de la segunda camioneta, alcanzada por una ráfaga, en el muelle dos. No pudo verlos más.

—¿Niki, Niki...?

Igor agarró a Paul quien trataba de zafarse para intentar auxiliar a su amigo, observado por los ojos feroces y abiertos del “fraile”.

Aquello era un desastre. Estaban separados de la comandante, Bela, el francés y Nikita habían muerto, y el alemán también, dado que el almacén y la oficina estaban siendo devorados por las llamas, así que decidió hacerse cargo de la situación como mejor podía. Protegiendo el cuerpo de Paul con el suyo, mientras lo agarraba de los hombros, y haciendo un gesto al “fraile”, se lanzó al exterior comenzando a correr en zigzag para después de doblar la esquina del muro que separaba el primero y el segundo de los muelles, tener delante los restos envueltos en llamas del segundo de los vehículos; el gigante le seguía a unos pasos, lo notaba, y de pronto se hizo un silencio grave, extraño, pero no paró; dando brincos, avanzó con Paul bien sujeto a través del fuego y la chatarra, “fraile seguía detrás, seguía sintiéndolo, y entonces divisó el agujero oscuro de la abertura de la alcantarilla, lugar en donde encontrarían a Irina; un último esfuerzo y metió por él al muchacho, esperó unos instantes interminables a que lo hiciera también el enorme cuerpo del “fraile” y cuando el calor le devoraba el brazo se introdujo él mismo de un salto, hasta que la oscuridad suplantó a la luz y el sonido se volvió eco de jadeos y de chapoteos. El infierno silencioso quedaba detrás y algo parecido a un estruendo le llegó desde lejos, arriba, como si el helicóptero hubiera estallado en vuelo.

—Por aquí, por aquí —era la voz de Irina que sonaba entre a unos metros delante, en el propio conducto que se sacudía y reverberaba ante los reflejos de la linterna de la comandante—.

Avanzaban a gatas, reptando como podían, empujándose unos a otros mientras ganaban terreno por aquella alcantarilla que acababa cerca del depósito de

(1998)

RAY preparaba la cena en la cocina principal de la planta baja —en el tercer piso había otra, más pequeña, mandada construir en la década de los 70 cuando sus continuas depresiones originaron que apenas abandonara durante meses el estudio abuhardillado—. A ella se llegaba atravesando el pasillo que lleva hasta el exterior por la puerta de atrás, justo debajo del vado abovedado que provoca el paso alto de la enorme escalera de madera que une la zona baja con los pisos superiores. Albin y Margot se encuentran perdidos en la oscuridad que reina en el jardín nevado que se extiende con descuidado aspecto hasta el muro de mampuesto que cierra la finca, junto a unos almendros esqueléticos que muestran sus ramas desnudas y congeladas. Desde la ventana parcialmente empañada Charlie pudo ver perfectamente el edificio alargado de las caballerizas y el simbólico châtelet almenado que guarda los aperos de un jardinero inexistente.

—¿Cómo lo llevas? —el galés disponía cuidadosamente unos guisantes precocinados alrededor de las patatas y los filetes, Paltrow lo lleva bastante mal.

—No es lo que esperaba, pero de momento avanzamos —no es cierto, ni lo esperaba ni se acostumbraba a aquel continuo ir y venir del anciano, y menos a aquellas torturas con las que parecía querer acicatearlo y que inevitablemente le laceraban.

—¿Dónde anda el viejo?

—Ha sacado el perro al jardín, volverán en un momento, ¿hay novedades?

—Tienes el informe que ha preparado Brad encima de la mesa, cosas sin importancia.

Château Gabian había sido una buena elección del equipo de protección. La villa era lo suficiente grande y se encontraba apartada de la carretera principal un par de millas, no demasiado lejos de la capital, y eso es precisamente lo que les convenía. El grupo se había distribuido sin problemas tanto en los alrededores como en el propio interior y disponían de tiempo suficiente: setenta y dos horas, como para poder completar correctamente el trabajo que les había llevado allí. El piso de París resultaba una opción demasiado atrevida.

—¿Dónde está Bradley?

Ray miró de reojo sin dejar de prestar atención a sus guisantes, como un colegial que prepara un examen:

—Supongo que durmiendo, le toca el segundo turno. ¿Qué te parece? —la bandeja, preciosamente adornada, no parecía la obra de un chef; Charlie sonrió robando una patata y recordando la mano de su madre golpeándole con la palma en el dorso de la suya.

16.30: Contacto con “Viggen”, sin novedad.

16.40: Dufty y Cannon recorren el perímetro, sin novedad.

15.23: Una avioneta cruza nuestra vertical y nos sobrevuela en círculo. “Viggen” contrasta información: vuelo civil número 274—Alfa con destino De Gaulle, sin novedad.

18.00: Contacto con “Viggen”, sin novedad, todo tranquilo.

19.12: Un automóvil penetra en el perímetro y se dirige a la granja Rousseau, sin novedad.

19.30: Recorro el perímetro en solitario, sin novedad.

20.00: Contacto rutinario con “Viggen”, sin novedad.

20.47: “Pimpinela” para las 10.30 a.m. del nueve.

—¡Santo dios!, Essex llega mañana.

—¿Te extraña...?

Essex y el viejo no se iban a llevar bien, era un augurio y una certeza, todavía no habían avanzado lo suficiente. Charlie preferiría que Danny hubiera hecho aparición una vez a él le hubiera dado tiempo de desmadejar la historia, pero Brideshead lo mandaba demasiado temprano: o las cosas se estaban torciendo del todo o no confiaba demasiado en su labor, cualquiera de las dos opciones no le gustaban un pelo.

21.00: Le paso los bártulos a Brian, ¡hasta mañana!

—No sé por qué te altera tanto el gran Danny, ya sabes cómo es...

—Eso es lo que me preocupa, siempre aparece y lo jode todo con las patas de atrás.

—Pues déjalo que lo joda con las patas de delante, al fin y al cabo Brideshead lo prefiere así...

Brideshead lo prefería así, era cierto, y también que a lo largo de las pocas horas que había compartido con el viejo había sentido que podía rozar lo que trataba de decirle a él, sólo a él. “Pimpinela” iba a resultar un estorbo, y si las cosas se torcían...

—Deja de comerte la cabeza y dime si te gusta —Ray señalaba la mesa y lo que contenía.

—Bastará con esto —Paltrow volvió en sí—. Por cierto, preferiría que te quedaras con nosotros, no quiero que en la cena se me vaya.

—¿Te ha hecho proposiciones...?

—No seas imbécil, siendo tres la conversación será más amena.

—Necesitas sparring, pero recuerda que mi cultura parlanchina no da para mucho —su cultura era un pozo sin fondo y Charlie comprendía el miedo de Ray, aun-



que hasta el momento no se había mostrado ni distante ni presuntuoso—, si lo prefieres hablo del PlayBoy o del Penthouse, en soy una potencia...

—No hará falta Raymond —entró envuelto en su grueso jersey de la lana cruda y cuello vuelto, mostrando una sonrisa de oreja a oreja que reducía hasta una línea sus ojos almendrados.

La cena resultó agradecida, el buen humor que dispensó como anfitrión, les deleitó con una sabrosa disquisición sobre los pormenores vitales de Cezanne en su retiro de Aix—en—Provenze, cuestión que lejos de envarar la tertulia, haciéndola tediosa, permitió al galés reír a mandíbula batiente y de paso aprender algunas cosas sobre uno de los puntales del impresionismo francés de finales de siglo. Después de Cezanne le tocó el turno a la guerra del 14, a los recuerdos de un niño de apenas cuatro años, a lo que le contaron y a lo que vivió, y más tarde Charlie y él charlaron en entretenida conversación sobre Brideshead, su amigo, mientras Ray recogía las cosas y fregaba.

Se quedaron definitivamente solos en el saloncito de la misma planta, bajo un inmenso y solitario Renoir que ocupaba el centro de la pared principal, pintado en soberbios tonos pardos y ocre que acrecentaba la sobriedad del resto del decorado: un par de osamentas de venado custodiando, alineadas, una gigantesca cabeza de ciervo sobre unas fotografías familiares; muebles de fino acabado y el tresillo donde descansaban, enfrentados. El ventanal dejaba pasar una suave luz espectral y les devolvía los reflejos que originaba la iluminación eléctrica de una lámpara de pie situada a su espalda, frente a la pequeña estantería repleta de libros viejos.

—¿Quién cuida de la casa?

—Un par de veces al año, un antiguo mayordomo español, ya jubilado, me hace el favor de adecentarla. Hemos tenido suerte, Antonio y su mujer pasaron por aquí a mediados del mes pasado. En esta época del año prefiero quedarme en París, no aguanto la soledad en invierno, Robespierre tampoco —miró al animal que había buscado refugio entre sus piernas, de nuevo—. ¿Le importaría dispensarnos un instante?

Les dejó evaporarse y se relajó contemplando la habitación, un lugar acogedor, sin duda, pero que no encajaba con su talante, y este particular se hacía más patente tras haber pasado la tarde en el interior de su estudio. Volvió solo con un maravilloso brebaje que según contaría era receta secreta de una de las cocineras de su abuela y que había pasado de boca en boca sólo a través de sus hijas, en una especie de herencia verbal sólo para mujeres —rieron saboreándolo—, hasta quedar oculto para siempre tras la muerte, hacía seis años, de Gracielle, la última Branchu, por no disponer de hembras entre su prole; fiel al legado de su abuela se llevó a la tumba el secreto del licor a pesar de que su hijo mayor trabaja todavía hoy en un importante restaurante del centro como jefe de cocina. El líquido resultó suelto y almibarado, de co-

lor traslúcido y dorado, nada empalagoso para un paladar acostumbrado a cervezas y a whisky barato, por no mencionar la cantidad de colas y café con los que Charlie se estaba ganando a pulso una úlcera de estómago.

Un silencio relajado les embargó mientras el anciano buscaba entre una corta hilera de discos para hacer sonar, en un cuidado gramófono que descansaba sobre el aparador, una pieza orquestal que parecía tocada por un grupo de ángeles. Paltrow preguntó de forma cortés y precavida por el autor y sobre quién la interpretaba, y se encontró frente al chaman de largos dedos y pelo blanco que llevaba asustándole desde primeras horas de la tarde sin que supiera todavía por qué:

—Huya del conocimiento como de la peste, ¿qué más da quién la ha compuesto, o quién la interpreta?, déjese llevar por la melodía, sin tensiones; desboque sus sentimientos, sin freno, deleitándose con lo que siente, sólo así se accede al saber auténtico. Los nombres, las etiquetas no sirven sino para embarullarlo todo; valen para los imbéciles que no saben andar solos, pero usted no es de esos. Cuanto menos co-nozca de música y más la disfrute, más habrá ganado su espíritu.

—Antes —trataba de llevar la conversación a su territorio aprovechando el comentario sobre las sensaciones—, cuando me estaba relatando la premonición de Tsvietaiev, intuí que se guardaba algo en el tintero, fue sólo una sensación pero me gustaría hablar de ello —sonrió como única respuesta—. No pretendo seguir trabajando... —Charlie intentó una excusa absurda.

—No se excuse, me cae bien y no me importa hablar de ello —sí le importaba—. El coronel es un hombre profundamente racional —arrastraba las palabras—, acostumbrado a sopesar los pros y los contras de las situaciones bajo un punto de vista digamos que científico. Tsvietaiev ve unas figuras caminando por las grandes avenidas de Kíev, pero son simples transparencias del otro lado, fenómenos que nuestra mente convierte en arquetipos legibles, en formas reconocibles, en avisos. El coronel las rechaza entendiendo que son fruto de su imaginación...

—¿Y no lo son?

—Sin duda no —la contestación seca deja envarado al agente. Ante su lucidez y claridad se siente acomplejado. Por segunda vez en el mismo día se enfrenta a su senilidad tozuda; hay caminos que no quiere recorrer y no se atreve a azuzarlo. Su misión consiste en escuchar, en dejar que pormenore tratando de cribar aquellas informaciones que realmente tienen importancia para el trabajo, y unas figuras caminando por las calles de Kíev parecen no tener demasiada, por lo que accede a su silencio y trata de reencauzar la conversación llevándoselo por otros derroteros.

—¿Le importaría que habláramos del piloto?

—¿Qué piloto? —rieron al unísono.

—Decía que los rusos tampoco saben que no se trata de...

—Efectivamente, no lo saben. En cuanto reciban las primeras informaciones comenzarán a trabajar sobre el asunto...

—¿Y...?

—Oh, nada. Como buenos técnicos tratarán de desvelar la razón que ha llevado a uno de sus mejores pilotos a realizar una acción suicida sobre Europa occidental...

—¿Pero no ha dicho que no es militar?

—Para ellos también es un militar, ¿no lo comprende? Al igual que sus compatriotas removerán cielo y tierra hasta darse de bruces con lo mismo: que los datos son insuficientes por sí mismos, que la realidad es otra, que los informes mienten.

—Entonces ¿quién lo ha enviado?

—Eso no es relevante, de momento, y por mucho que quisiéramos tampoco podríamos saberlo ahora.

Paltrow tenía ganas de salir corriendo de aquella habitación:

—Si partimos de la hipótesis de que es un agente especial, aletargado como ha dicho usted antes, que ejerce de militar ante su propio ejército y ante el enemigo...

—¿Por qué sigue mirando a los árboles?, concéntrese en el bosque, elévese, vuele hacia lo alto y percíballo todo. El bosque es lo importante.

—Lo siento —Charlie se estaba dando por vencido, presentando la yugular, sin querer, a aquel lobo de ojos disparejos y mirada aguda que estaba disfrutando con la batalla intelectual que se estaba desarrollando.

—No sea memo, ¿qué piensa que pensarán los rusos en cuanto tengan noticia de la pérdida del MiG?, piense también en la delicada situación de la Rusia de Yeltsin, en sus problemas internos y sus relaciones internacionales... No les conviene algo así y mirarán hacia adentro.

—El Servicio de la CEI lo ha enviado para poner a Yeltsin contra las cuerdas, ¿es eso?

—No, no es eso.

—Si no es eso por qué no lo han lanzado de una forma menos estridente y escandalosa.

—Por que no habría podido realizar su misión de la misma forma que con su aparatosa aparición.

Brideshead le había enviado a enfrentarse a Anibal Leckter, estaba claro.

—Usted es británico y yo francés —pareció divagar mirando al techo elevado—, sus paisajes son verdes y grises y los míos azules —Charlie no sabía de que le estaba hablando—; tras la guerra del 14, tal vez en el 19 o en el 20, nos trasladamos durante un corto periodo a la Rivière, allí conocí el Mediterráneo, su luz y su tranquilidad infinita y sus contrastes.

El mar es siempre un buen consejero, y aprendí a leer en él —adelantó su cuerpo reposando los codos en las piernas, sujetando el vaso, en una postura que se

iría convirtiendo en un frío aviso reconocible—. Mucho antes, la familia tomaba vacaciones en Bayonne, pero el nuevo paisaje acabó por desterrar para siempre al viejo. Mi carácter ha sido siempre un reflejo de lo que percibí durante aquel tiempo, la cercanía al mar que permitió crecer las culturas fenicia, egipcia, griega, cretense o romana me caló muy dentro, lo reconozco. Estoy completamente seguro de que sin el Mediterráneo en sus ojos y cerebro ni Alejandro ni César habrían llegado adonde llegaron, ni Homero habría escrito “La Ilíada”, ni la filosofía habría surgido en el ágora. No es que niegue la importancia de la cuenca mesopotámica ni de las lejanas India y China, sin embargo es curioso —Paltrow continuaba observándolo mientras entraba de nuevo aquella especie de trance que le gobernaba mientras él hablaba—, que la cultura árabe alcance sus mayores logros también en las cercanías del Mare Internum Nostrum de los romanos —se levantó para llegarse a la botella de licor que había traído consigo y que descansaba cerca del gramófono que seguía salpicando de dulzura su monólogo—; ¿sabe que los árabes inventaron el cero? —no, no lo sabía—, sin el cero no habría cultura moderna, así de sencillo, nada de lo que podemos disfrutar como tecnología y modernidad existirían, lo que me lleva a pensar que tampoco habríamos perdido nada si nos hubiéramos quedado con los números romanos. La naturaleza, las artes, el amor y las cosas bellas no necesitan de ceros, pero no pretendo divagar —hizo otra pausa medida, calculada. El actor recuperando su papel, saboreándolo como un licor—. El Mediterráneo, y lo que me ha enseñado, me permite sentir las cosas de diferente manera. Hablo del sentir referido a la sensibilidad no a los sentidos.

Usted es típicamente sajón, un hombre que cree en la imperturbabilidad y fiabilidad de sus propios ritos: la razón manda, la ley y la norma mandan, los informes mandan, el camino recto es siempre el más breve para unir dos puntos... Bien mirado —vuelve a sentarse mientras le ofrece otro vaso del secreto de Gracielle—, no le falta razón, pero hay otros caminos, diferentes, más complicados y sin embargo más livianos; esto me lo enseñó el mar que baña las costas meridionales de Francia, Italia entera y que se reduce en el Adriático y en el Egeo, su luz y su cambiante fisionomía, sus contrastes; al final el camino largo es el más corto para el espíritu humano. Haría bien en acercarse al Mediterráneo, ¿ha leído a Durrell?

—Lo siento, creo que no.

—Me refiero a Gerald, de Lawrence no he conseguido digerir nada, demasiado pesado para mi gusto; falso, si me permite, en su concepción del Mediterráneo y su espíritu. Gerald es diferente, lleva impresa la suavidad de su oleaje rompiendo sobre la arena, el ritmo, el color y la textura de sus cielos cuando habla de sus amados animales, cuando describe Corfú o simplemente cuando manifiesta su fino humor inglés, pero claro, a ello también ayudará que nació en la India. Durrell es un mestizo, una perfecta simbiosis de la racionalidad británica y la dulzura mediterránea —parecía

una rúbrica a lo dicho—, y además le gusta la bebida... Graves es otro tanto, un poco más racional, más embebido por la fragancia de la historia, pero mestizo también. ¿Es creyente?

—¿Quién?

—Usted...

—A veces —Charlie contestó casi sin querer observando cómo Ray se acercaba al dintel de la puerta, levantándose para escuchar lo que tenía que decirle:

—Si no me vas a necesitar me voy a mi habitación. “Viggen” dice que todo sigue en orden y Margot y Albin siguen en sus puestos, nada nuevo. Brian está en la cocina. Cuando quieras descansar, me despiertas ¿OK?

—De acuerdo Ray, descansa que mañana será un día muy largo —volvió a tomar asiento.

—Raymond parece un buen muchacho...

El silencio se volvió a apoderar de ambos hasta que el anciano retomó con pertinaz regusto su anterior comentario:

—Yo era creyente y practicante de la fe católica hasta la edad de dieciocho años, en aquel momento decidí dejar de creer en los ritos inútiles y comenzar a cultivar los realmente útiles...

—¿Y cuáles cree que son? —tenía gracia la distinción y en aquel variopinto y divagante tema de conversación Paltrow creyó entrever el inicio de una nueva sesión de trabajo, se equivocaba.

Él le miraba risueño, como había hecho antes, y no contesta hasta terminar de paladear un sorbo de su vaso.

—El disfrute de la buena comida, la bebida, la amistad, el amor, la pintura, la música mejora cuando se accede a través del rito; sus propios esquemas de comportamiento, matrices y jerarquías afloran delicadamente... sin el rito no valen nada, como el fumar por fumar.

—Pero usted no fuma...

—No fumo ahora, me lo tienen prohibido aunque de vez en cuando me tomo ciertas libertades... —abrió sus brazos en un intento por desvelar lo evidente.

—De todas formas hay quien cree que es simplemente un vicio...

Chasqueó la lengua e hizo un mohín de rechazo:

—Paparruchas, todos los ritos acaban por convertirse en vicios tarde o temprano, la seguridad en Fundación..., hasta la misma religión; en cuanto se quedan vacíos ¡zas! el rito se vuelve un enemigo invisible que apenas se reconoce, y tenemos delante al enigmático y vilipendiado vicio... porque el vicio, a su manera, es tan útil como el rito. El rito, acrecienta nuestra inteligencia y sensibilidad, y el vicio las disminuye acercándonos a lo que en realidad somos: seres inservibles, miedosos, carentes de autonomía..., mostrando también su utilidad —su mirada empezaba a volverse

turbia y Charlie temió que la conversación le llevara a uno de sus temibles estados de melancolía agónica, pero reaccionó a tiempo—. Dejemos eso —le dijo—, ¿se imagina por un momento lo que puede estar ocurriendo en el Kremlin en estos momentos?

No, no se lo imaginaba, pero él se lo iba a decir.

—Tras unos primeros momentos de silencio, alguien que cree en los informes y en los datos habrá decidido que ya es hora de avisar al presidente. Un piloto se ha saltado todos los protocolos y ha atravesado las líneas enemigas para caer abatido sobre Gran Bretaña. ¿Quién ha dado la orden? Nadie lo sabe pero se intuye que hay quien trata de poner a Rusia contra las cuerdas en unos momentos bastante delicados. ¿Hacia dónde cree que mirarán?

—Hacia el propio ejército...

—Me sigue. El fantasma espectral de un nuevo golpe de estado agobia a los integrantes de la Duma y del propio gobierno, Rusia no está para convulsiones y sin embargo cada día tiene su nueva ración. ¿Quién sospecharía que haya podido ser el propio Servicio M quien ha colocado en funcionamiento una “matrioska”?

—De momento nadie...

—Exacto... —adelanta su índice, como cargado con munición—, de momento nadie en su sano juicio puede pensar nada y para cuando se den cuenta habrán perdido un tiempo precioso, el mismo que gana el agente. Si lo hubieran integrado como un “M” normal, sin querer habría dejado un rastro legible, pero siendo un militar que se evapora, seguido por los militares y el Servicio Secreto británico, mientras los políticos y responsables rusos e ingleses siguen mirando los informes sin ver nada, su rastro es un rastro ilegible porque no coincide con lo que se espera de un piloto huido; nadie cree que haya un nuevo “M” ruso en Inglaterra porque no ha accedido a través de los canales habituales, ni falta que le hace... Están buscando huellas como quien busca un cubito de hielo en una bañera repleta de agua caliente. ¿Y en Rusia...? —se relaja un instante y saborea un nuevo sorbo, deleitándose—: ... en Rusia el vértigo habría podido originar que se abortase la misión, y quien la ha organizado espera que todo funcione como siempre, hasta que el hombre esté en su sitio y ya sea demasiado tarde para detenerlo.

—Pero seguimos sin saber de qué se trata su misión...

—Efectivamente, pero puedo asegurarle que para cuando Moscú o el Fifth Floor despierten no sabrán dónde buscarlo, y que para aquel entonces puede encontrarse en el mismísimo urinario privado de la reina, listo para actuar. ¿Seguimos entonces?

¿Por dónde? Charlie se encontraba desarmado, Essex estaba a punto de llegar y lo único que tenía entre las manos era un montón de conjeturas y varios hechos de una importancia incuestionable que a primera vista no tenían ni pies ni cabeza: un agente ruso se había infiltrado —era un decir— en Gran Bretaña en una extraña misión de la que no se sabía nada; otro agente ruso había sido abatido y encontrado

poco después en Budapest, y al menos éste llevaba un microfilm; Fundación había sido saqueada desde dentro y la información parecía haber llegado a manos poco convenientes, y para remate unos extraños sucesos en China y una extraña conversación cerca de donde se encontraban... Ah, sí, quedaba por ver lo que daban de sí el Coronel Tsvietaiev y la aparición sobre el papel de Danzig..., pero nada de ello parecía confluir en la inevitable mala situación que estaba pasando Heracles ni en la razón oculta que le había llevado a Brideshead a enviarlo allí.

—Antes de terminar por hoy me gustaría que me hablara de Danzig —arrancó al fin.

—¿Alan Danzig? —asintió con la cabeza.

—Danzig no es un personaje importante, al menos de momento, ¿no preferiría que habláramos de Ajmàtov o del propio Tsvietaiev, o que siguiéramos charlando sobre banalidades? —rió abiertamente.

—No veo por qué no podemos empezar por Danzig... —Paltrow río también.

—La razón por la que todavía no quiero hablar de Danzig es porque aún nos movemos en el campo de la épica romántica donde surge esta historia, Danzig entrará luego aunque haya aparecido brevemente en un pasaje primerizo; forma parte del vicio de esta historia, también es útil pero de momento prefiero centrarme en el auténtico rito que nos permitirá descender con seguridad.

La conversación había dejado en la mente del agente un sabor amargo, premonitorio y agrio en cierta manera.

Estaba en sus manos como un ciego lo está de su bastón mientras recorre una calle desconocida, y él lo sabía. Su tozudez iba a obligarle a dejarse llevar adonde quería sin que sus recelos y precauciones, o la cantidad de informes que había leído sobre su forma de actuar le sirvieran para lo más mínimo. Accedió al fin, al menos una parte de él lo hizo, la otra quedaba en guardia mientras trataba de recomponer sus descompuestos esquemas mentales frente a una lucidez fría como el hielo que selló la tumba de Ajmàtov. El disco había terminado y él, gentilmente, pidió a Charlie que le diera la vuelta, y mientras caminaba hacia el gramófono tuvo la sensación de que trataba de apaciguar sus miedos permitiéndole llegar a los datos que solicitó en un principio y que ahora podía leer en el papel circular que decoraba en rosas, azules y negros el centro del vinilo lustroso y cuidado. Algo en su interior se rebeló: si accedía nunca entendería el maldito rito iniciático que encerraba el desconocimiento de nombres y fechas; debía seguirle y para ello tenía que comprender primero lo que guardaba veladamente y con tanto ahínco. Giró la superficie brillante, buscó a tientas el brazo que sostenía la aguja y le miró mientras él le devolvía una mirada calculada, sopesándole.

—No tema, sucumbir a nuestros vicios tampoco es enteramente malo y de paso evitará rayar la superficie de lo que tiene en las manos.

«Lo que tiene en las manos», ¿por qué se había referido al disco como «lo que tiene en las manos»? «Hábil en el hablar y en el mentir», era un aviso que había leído. «Certo e inteligente, goza de una soberbia cultura», dos párrafos más tarde. «Su inteligencia y su sensibilidad hacen de él un neurótico obsesivo, puntilloso y perfeccionista que sufre graves crisis depresivas», dos folios atrás. Manejaba las palabras y los sentimientos a su antojo, era un perfecto artista que improvisaba, decía, mentía, callaba y se cerraba con la misma facilidad, pero Charlie le hizo caso. La aguja descansó suavemente sobre los surcos y se decidió a hablar sin tapujos ni paños templados:

—¿Por qué trata de jugar conmigo?

—Debussy, Claude Debussy —no le miró.

—Trato de... —Paltrow balbuceó como un adolescente— trato de cumplir con mi trabajo, sólo eso, como comprenderá... —maldijo para adentro y trató de mantener el tipo sin perder los estribos—. No lo vuelva a hacer, se lo ruego.

—¿El qué?, yo no juego, es usted quien juega; me limito a llevarle por el camino que considero correcto. Se le está escapando el tiempo entre los dedos y no sabe cómo, eso le altera, tiene miedo y no me extraña —hablaba seriamente, sin levantar la cabeza—. Mañana llega el Essex ese y usted le teme porque él sabe leer en los informes. Lo imagino tratándome con condescendencia, como le hablaría a un abuelo, porque los informes preliminares le han descubierto que soy un anciano venerable. Lo imagino desde su prepotencia, leyendo lo que usted intuye, tamiza y racionaliza, y sacando sus propias conclusiones. Lo imagino pensando que desvarío y que todo lo que le cuento es fruto de mi imaginación, ¿qué se puede esperar de un viejo? Intentaré llevarme a su terreno, me hará preguntas estúpidas con la intención de que caiga en sus redes, buscará las paradojas, las incongruencias y me las restregará —sonrió—, con la debida delicadeza, por mi ajada cara, para que entienda que él es el inteligente y yo únicamente una herramienta del gran juego. ¿Sabe? —miró a Charlie con los ojos bien abiertos— creo que ya va siendo hora de que Douglas cambie el organigrama de su «Copycat», usted vale mucho más que el Essex ese, es usted y no él quien ve, es usted y no él quien rastrea encontrando, él sólo busca...

Había descrito a Danny como si lo conociera de toda la vida y Paltrow se sintió profundamente incómodo tratando de seguir las pautas de su particular plan de vuelo sin acostumbrarme del todo a llevarlo de compañero, mal que le pesara. Brideshead le había dado una patata caliente que tenía la obligación de pelar para el gran Danny; tal vez la operación no se había preparado con la suficiente antelación y precaución, tal vez fuera un peso demasiado pesado para sus espaldas de analista que lleva sólo tres años ocupando un puesto secundario en la organización, el caso es que se sentía azorado, inquieto, fuera de lugar...

—No sea chiquillo. Trato de que vea las cosas como las veo; podría ser su abuelo, lo siento —parecía sincero—. Si no consigue seguirme no llegará a ningún si-



tio; me gusta, usted me gusta, ya se lo he dicho antes —¿le adulaba?—, Douglas ha hecho una buena elección pero no cometa el error de pensar que lo que necesita es elaborar los malditos informes para Essex.

—Essex no tiene nada que ver en esto.

—Oh, sí, sí que tiene que ver, es Essex quien le roba más tiempo...

Charlie trató de cambiar de tema, demasiado Danny para un mismo día:

—No creo que el tiempo estuviera jugando en nuestra contra si se ciñera...

—Oh, sí, sí que lo hace —le interrumpió levantando los brazos, ahuyentando sabe dios qué demonio—, el tiempo siempre juega en campo contrario, no lo olvide. No hace falta que nos traslademos a la buhardilla, suba y recoja su cuadernillo y su lápiz, no deje de bajar tampoco sus gafas, y vuelva aquí, estaremos más calientes —miró alrededor, calmado—, esta es la habitación más cálida de todo el edificio, aquí mismo podremos continuar durante unas horas más.

A su manera le está pidiendo perdón, agradeciéndole el trato que había recibido, y también a su manera le está recordando sus obligaciones, cosa que disgustaba a Paltrow. Brian le hará el favor de bajar los trastos de su efímero e inútil trabajo, con su oído y memoria bastaría si no fuera por la maldita sensación de precariedad que le secaba la garganta y atenazaba la boca del estómago. Se preparó para una nueva sesión.

—¿Por dónde empezamos?

—¿Qué tal por donde lo dejamos?

—Eso resultará difícil —Brian les interrumpe delicadamente para retirarse de nuevo—, no sé si lo entiende, pero en los prolegómenos hay demasiada información, demasiados flecos que deben ser atados de forma meticulosa si no queremos perdernos.

Lo entiende, pero no sabe cómo continuar y se lo dice.

—¿Algún nombre en especial que no sea Danzig, alguna fecha, alguna cuestión en particular? —su semblante parecía gozoso mientras Charlie se va calmando y recobra el espíritu de la misión. Apparently el anciano estaba perdido sin estarlo del todo, planeaba muy alto, lejos de los pequeños tentáculos que había tratado de tenderle el Paltrow analista entrenado en los usos y costumbres de la casa, a lo largo de toda la tarde, y se materializa en su mente la certeza de que sabrá lo que él quiera que sepa, cuando él quiera y siempre que se encuentre lo suficientemente despierto como para entender lo que quiere decirle, de otra forma no obtendrá nada, las reglas del juego han sido definitivamente establecidas por el anciano. Charlie necesita darle un pie para que continúe, pero zozobra y busca la seguridad de sus anotaciones en su cuaderno, a través de sus gafas.

—Deje eso, los vicios también hay que saber administrarlos.

—¿Entonces?

—Lo que usted quiera, se lo ruego —vuelve a abrir los brazos, solícito pero no tanto.

—Bien, sigamos con Tsvietaiev si le parece —podría haber mencionado a su madre que lo mismo le habría dado para salir de aquella situación.

Un ladrido seco, lejano, le salva obligándole a acercarse a la ventana mientras él se queda silencioso en su butaca.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Espero que no —el ladrido de nuevo mientras mira detenidamente hacia el portón enrejado. Nada.

Pasados unos momentos, la tensión se disipa cuando divisa el parpadeo intermitente de la linterna de Margot, en su puesto bajo los árboles que custodian la entrada, le ha visto. No hay problemas. Château Gabian está situado en una explanada amplia, llena de pastizales donde se alimentan las reses de las granjas cercanas, todo ello rodeado de árboles y vallas y caminos rurales que las unen entre sí. A lo lejos se pueden ver las luces de una de ellas, seguramente de allí proviene el ruido: estarán dando de comer a los perros, o simplemente vigilando los alrededores, o casi con certeza el animal ladra el paso de algún automóvil que se dirige a la carretera.

La luna está alta y destaca sobre el horizonte con un brillo azulado que se desparrama sobre el pasto parcialmente nevado, los ojos de Charlie se detienen un instante mirándola.

—¿No usan radios y esas cosas? —se vuelve—. Quiero decir que en las películas, y en algunas novelas, el jefe del operativo siempre se comunica con sus subordinados a través de costosos y complejos chismes.

—Nada es seguro, al menos no tan seguro como el propio silencio. Tenemos nuestros propios códigos que nos mantienen alejados de los problemas sin necesidad de alertar a un posible enemigo; nunca se sabe —agradece la oportunidad de informarle de algo y piensa en los cachivaches electrónicos que les custodian desde el interior del equipo móvil que cuida de que nadie entre en su perímetro, y las defensas pasivas que Brad y Ray han dispuesto en la propia casa.

—¿Y quién se supone que es el enemigo? —aquel extraño brillo en sus ojos, otra vez.

—Siempre me dicen quién es el enemigo.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes qué?

—¿Quiénes le dicen quién es el enemigo, sus superiores? —Charlie juraría que estaba dispuesto a darle otro varapalo, lo vio encendido a través de sus ojos.

—¿Adónde quiere llegar?

—Alguien escribió una vez lo curioso que resulta que cuando un hombre, un muchacho, tiene que jugarse lo más sagrado que posee, su propia vida —gesticulaba

con la mano—, sea siempre otro quien decide cuándo, cómo y contra quién debe hacerlo... —el fuego se estaba apagando.

—¿Un pensamiento pacifista...?

Pareció perderse, por un momento el silencio se adueño de él y también por un momento Charlie pensó que le iba a dar tregua, se equivocaba como ya había hecho demasiadas veces a lo largo de la velada.

—Es una realidad como un puño —su mirada volvía a ser fría como un témpano.

Tenía intención de haberse sentado, pero temió hacerlo.

—¿Saben realmente sus superiores quién es el enemigo o sencillamente se lo inventan para seguir en sus cómodas poltronas? —el cerebro de Paltrow recaló en la misma pregunta que tantas veces se había hecho sin atreverse a contestar.

—Supongo que forma parte del juego —dijo al fin.

—¿Qué juego?

—Oh, cielos, ya sabe, el gran juego, la gran partida que juegan las potencias... ¿habrá oído hablar de la Guerra Fría y esas cosas? —estaba buscando la paz en el lugar equivocado.

—El juego grandilocuente tampoco existe —parecía meditar en voz alta—; dudo que exista o haya existido alguna vez un juego que merezca que un solo hombre o mujer pierdan la vida en él. La gran mentira sí...

(1996)

La nieve desdibujaba el perfil de las aceras y el asfalto, que desaparecían así bajo el manto blanco que tapaba la fina capa de hielo acumulada durante las últimas horas. Caminar se hacía difícil sobre aquella trampa natural con los zapatos de suela de cuero que calzaba, y aquel hombre de tez oscura se empecinaba en seguir las rutas trazadas por anteriores paseantes, nocturnos y solitarios como él, intentando afianzarse en cada nuevo paso para no resbalar.

Avanzaba tanteando el terreno a su alrededor, por si era seguido; cada calle, cada cruce, podía encerrar una sorpresa; estaba acostumbrado a las precauciones propias de su oficio. Pensó en su jefe y en lo contundente que había sido acerca de la seguridad y discreción requeridas para el caso que le había encomendado; quien le conocía sabía que jamás bromeaba.

El contacto era un funcionario del Ministerio de Interior; él diría la hora y el lugar exacto en que habría de tener lugar la cita entre los del Bureau y el ruso, una vez que este último llegara a la capital de Francia. A partir de ahí el trabajo sería de Heracles, quien se encargaría de ponerlo a buen recaudo, bajo protección y lejos de posibles peligros. Básicamente él sería “la entidad” en la fase previa, la intervención la llevaría a cabo un equipo que ya había sido elegido y al que todavía no se había informado de su auténtico cometido. Ajmàtov había sido una obsesión durante los últimos meses de trabajo, conocía cada particularidad de su personalidad, cada recoveco de su expediente, su historia, sus apetencias y sus debilidades, y mientras avanzaba no podía quitarse de la cabeza la posibilidad de haberse precipitado a la hora de acceder a ser el correo entre en una operación que acabaría con el ruso de una u otra forma. “Dreyfus” no había tenido nada que ver en el asunto, todo lo había llevado directamente Dumas, buscando la garantía en lo reducido del conjunto que se encargaría del caso.

Tal vez porque conocía a Castellet, o porque consideraba evidente la necesaria rapidez de la solución, el dirigente de Heracles había ofrecido la posición de uno de los mejor dispuestos —y más seguros—escondites de la capital, a un individuo que a él, personalmente, no le merecía el menor de los respetos a tenor de la información que habían puesto a su disposición. En el fondo, y tras la reestructuración de todo el operativo, muchas cosas estaban cambiando, y tal vez alguien, arriba, ya habría decidido cambiar las ballenas de lugar. A lo largo de todo su trabajo había aprendido a aceptar como inevitables cuantas ideas surgieran de la cúpula, aunque interiormente dudara de su efectividad. Los años anteriores habían sido muy duros, las limpiezas internas habían originado un enrarecimiento de los aires que se respiraban en el inte-

rior de Heracles, y aunque la presión había descendido, resultaba difícil trabajar en un entramado en el que se tenía siempre la sospecha de que alguien te la iba a jugar.

La puntualidad era uno de sus fuertes y por primera vez en seis años de servicio iba a llegar tarde. Una avería fortuita le había dejado sin coche apenas a dos manzanas de distancia, y había perdido demasiado tiempo intentando localizar un taxi que no apareció. Pensó en aquel momento en que posiblemente fuera el único transeúnte que deambulaba por el centro a aquellas horas. No circulaban coches.

Siete de diciembre, dos y cuarto de la madrugada; la reunión estaba concertada a esa misma hora y aún le quedaba un trecho.

Aceleró para resbalar y perder el equilibrio unos pasos después. Siguió andando mientras se subía las solapas de la gabardina gris, ocultando la cabeza entre las hombreras en un vano esfuerzo por evitar el frío. Sintió a su espalda crujir de pasos sobre la nieve y el hielo, y se ocultó en el rellano de un portal cercano, sujetando la Browning con la mano, en el bolsillo derecho de la gabardina. Uno, dos, tres, cuatro —contó mentalmente hasta catorce, mientras los pasos se acercaban, crispando el índice sobre el gatillo—. Un hombre de raza negra, cubierto con un anorak morado y rojo avanzaba por la helada acera, moviéndose con lentitud y cimbreado su cuerpo en una especie de danza absurda. Al cabo se observaron en un cruce de miradas que delataban la indefensión y el miedo de dos seres extraños en un mundo que resultaba ajeno y hostil a perpetuidad, como una puñetera condena; el africano se alejó y él salió del descansillo para ver cómo lo hacía. El emigrante miró hacia atrás varias veces antes de perderse en la gran avenida, al frente. Recobró el paso y avanzó de nuevo maldiciendo la nieve que caía y que le impedía ser puntual. ¡Maldita puntualidad! Atravesó la avenida del bulevar; tres coches, dos hacia arriba y uno que bajaba; nada particular, estaba cerca.

Enfiló la calle para perderse en un callejón transversal que acababa en unas verjas y unas cuantas puertas cerradas a cal y canto que aparecieron una vez superado el portalón de piedra que daba entrada al inmenso patio.

Esperó allí un breve periodo de tiempo, por si algo o alguien se movía. Tras la espera prudencial se introdujo por la puerta trasera del portal número 79 y se acercó a la escalera principal. Subió los cuatro pisos a pie, hasta llegar a la puerta. Unos momentos de silencio y escuchó por fin los pasos que se acercaban, al otro lado. Suave rozar de la mirilla al batirse y una voz de mujer que preguntó la contraseña:

—¿Por qué canta la lechuza?

(1996)

Danzig era un agente que pasaba por tener un magnífico historial y que había luchado en el interior del teatro europeo durante varios años. Los informes sobre él hablaban de un hombre reacio a someterse a las estructuras y difícil en el trato con

sus superiores, pero avalado por su hoja de servicios. El oscuro Danzig, Danzig el paranoico, el mismo Danzig que había borrado las pistas sobre su pasado, eliminando riesgos innecesarios, se había granjeado su amistad, matemática y friamente, buscando en la nueva unidad el refugio perfecto para su inoperancia y negligencia. Para ello se había confeccionado una identidad ficticia que lo hacía imprescindible; agazapado había sabido sacar partido de los defectos de la propia estructura interna del operativo y denunciándolos se ganó una importancia de la que carecía. Su fobia a las estructuras y la dificultad en el trato con los superiores no era sino un simple subterfugio para amparar su propia incapacidad. Había sido su lugarteniente y se sentía culpable por haber apreciado a aquel individuo, aunque le reconfortaba la idea de admitir que un oficial debe confiar en sus hombres o la operatividad de su unidad no sirve para nada, lo que tampoco le impedía ser el directo responsable de la debacle a la que la actitud de Danzig les había llevado. Lo había considerado un amigo sin llegar a entender que en la guerra la amistad es un mero estorbo. En el juego de responsabilidades a él le tocó la mayor parte y éste era el asunto que peor había llevado a lo largo del último año, y por qué no admitirlo: el que más le dolía; de él se esperó que afrontara el resultado ante sus superiores y ante sus enemigos, ciertamente habría preferido que Danzig fuera un topo, o un traidor, y no un hijo de puta que los había vendido. Brideshead le sacó la cara y se jugó los huevos por él una vez volvieron a casa, pero la sombra de Danzig le acompañaba a todas partes.

Le gustaba confiar en los que le rodeaban, de esa forma se sentía seguro, y gracias a Danzig había perdido aquella capacidad de empatía con los compañeros que le tocaban en suerte. Si ya era difícil sobrellevar la responsabilidad propia de su cargo al frente de una célula móvil, lo cierto era que tras el paso de Danzig por su vida, cada mirada, cada movimiento se había vuelto un presagio de mal agüero que llevaba bastante mal.

Recordó los meses de preparación y asumió que habían sido consumidos por Danzig en una inútil búsqueda de la nada, ocultando datos esenciales, tergiversando una realidad que les habría puesto en alerta de haberla tenido en cuenta; pero Danzig estaba preocupado por su puto culo; todas sus quejas, todas sus posibles salidas eran papel mojado porque había decidido dejarlos en la estacada a las primeras de cambio, esa era la cruda realidad y Charlie ya había pagado por ello. Todos los recursos habían sido desmantelados, y lo mejor que podía decir sobre ello era sencillamente que había sido fruto de la inoperancia de Danzig y de su falta de huevos para afrontar la realidad. No tenían salida, habían caído en la trampa y no disponían de la más mínima oportunidad. Danzig había sido el baluarte de la ortodoxia, el guardián de la llama eterna, el puntal de las ideas sobre las que se desarrollaba la operación, sin él todo habría sido demasiado diferente... Más tarde, cuando tuvo tiempo para sopesar lo sucedido fue descubriendo que bajo el amparo de aquel mag-

nífico historial que decía tener se escondía un cuco en nido ajeno que fue minando lentamente a cada uno de sus compañeros mientras se atrincheraba esperando de los demás lo que no era capaz de hacer. Si las cosas funcionaban Danzig se llevaba su parte, si se torcían, nunca era el responsable, así de sencillo, y como oficial al mando debería haberlo visto con la suficiente antelación...

Cuando diseñaron la operación, en el centro de mando, junto a Richmon, Manson y Zelda, ante su negativa a aceptar la posibilidad de una incursión abierta en un territorio sin definir, Danzig habló de orgullo y de actitudes correctas, y sus palabras sonaban fuertes y consistentes, y él le defendió. Danzig se mostraba valiente y confiado mientras no había peligro real —lo descubrió más tarde—, si las cosas funcionaban su hoja de servicios se incrementaba por un mérito ganado a pulso, pero cuando la situación se encaminaba hacia su zénit, cuando la realidad les puso en su sitio, cuando los problemas surgieron como fuego y mierda alrededor del operativo, sencillamente les abandonó a una suerte que había dibujado con demasiada antelación; ahora no tenía dudas al respecto.

El grupo se hallaba cansado, llevaban demasiado tiempo en el frente. A pesar de sus continuas quejas los de arriba consideraron pertinente dejarlos donde estaban. Un grupo agotado acaba por ser una burda caricatura de sí mismo, y Danzig lo sabía, por eso solicitó el cargo. Parecía un hombre de acción que por necesidades imperiosas se haría cargo de la retaguardia a falta de nadie cualificado para ocupar el puesto; hizo patente su incomodidad y disgusto aunque entendía la razón que le llevaba a encargarse de la zona más vulnerable del equipo... ¿Cómo no iba a entenderlo si esa era precisamente lo que deseaba? entre los papeles y los informes podía dilatar el tiempo y enmendarle la plana a la realidad y los resultados, él era la comunicación con el exterior mientras el resto trabajaba a destajo en pésimas condiciones sin atender a si lo que se les comunicaba era cierto o sencillamente una mierda...; pero, ¿qué se podía esperar de una unidad de élite en mitad de una guerra, sino sangre, sudor y lágrimas mientras el enlace atisbaba una realidad que acabaría con todos y que tuvo a bien en ocultar?

Entre aquellas cajas y el inmenso dolor de cabeza que le devoraba por dentro se sintió profundamente jodido por la sensación de haber caído en una tela de araña perfectamente tejida a su alrededor por uno de sus propios hombres, pero ya no había lugar para lamentaciones. Danzig no soportó el último enfrentamiento con su jefe —ahora tenía serias dudas sobre lo que ocurrió—; conociéndole como le conocía estaba seguro de que trató de lanzarle un pulso que acabó estallándole en la cara. Lo peor no había llegado, y el muy bastardo midió sus últimos pasos tratando de buscar de nuevo un hueco. Los problemas personales, Urma, la realidad que fluía a su alrededor y que ahora percibía, no eran sino un vano intento por reincorporarse y bo-

rrar lo sucedido. Si quedaba una última oportunidad, él también quería estar allí, pero ya era tarde.

Los traidores se ven superados por las circunstancias o tienen profundas creencias que originan un cambio de su actitud. Sin cambio de bando no hay traición, sólo desertión; Danzig era un cobarde que tenía miedo de sí mismo como lo había tenido siempre. Sus paranoias, su ortodoxia, su puto historial, ocultaban un cobarde que había lanzado a su unidad a una carnicería de la que haría falta un milagro para que salieran vivos, y él, Danzig, lo sabía desde un principio. Por miedo y cobardía se parapetó en su trinchera mientras sus compañeros se desgastaban en una guerra perdida de antemano por su propia inoperancia, habilmente ocultada, largo tiempo.

(1996)

—PARÍS despierta a la luz en mitad de la madrugada; hace, ahora, una hora, que los servicios de mantenimiento de las compañías eléctricas y telefónicas tratan, por todos los medios, de devolver la energía y la voz a esta ciudad dormida que transita la noche parcialmente a oscuras; y no se me ocurre mejor salutación que un texto del argentino Cortázar que hoy, precisamente hoy, os voy a leer completito: «El profesor José Migueletes inventó en 1964 la piscina de gofio que apoyó en un principio el notable perfeccionamiento técnico que el profesor Migueletes aportaba al arte natatorio. Sin embargo no tardaron en verse los resultados en el campo deportivo cuando en los Juegos Ecológicos de Bagdad el campeón japonés Akiro Teshuma batió el récord mundial al nadar los cinco metros en un minuto cuatro segundos...

Patrick ocupaba una pequeña habitación iluminada por velas en el extremo de la casa, en el piso once, donde tenía, además de su cama —siempre revuelta—, y los libros que le servían para suspender secundaria, el Mac y la radio conectada a la batería del camión de su padre; cerca de sus manos estaba el transistor por donde surgían las palabras dictadas al vuelo por el locutor. Sentado en una silla, embutido en un grueso plumífero rojo, el pijama de rayas sobresalía de él, hasta acabar en unas abultadas zapatillas de fieltro con la cabeza de Snoopy; sobre la suya, una gorra de lana.

—¿Mofeta, aquí ya tenemos luz? Cambio.

—Pues yo sigo con la velas y la batería, cambio...

—¿Tienes puesta la radio?

—Ya he localizado “La una en punto” y lo estoy escuchando..., cambio y corto.

—... A partir de esa fase los movimientos natatorios se basan en la técnica tradicional de la cuchara en la polenta, mientras los pies aplican una rotación de tipo ciclista, o mejor, al estilo de los venerables barcos de ruedas que todavía circulan en algunos cines. El problema que exige una nítida superación es, como lo sospecha cualquiera, el respiratorio. Probado que el estilo espalda no facilita el avance en el gofio,



preciso es nadar boca abajo o levemente de lado, con lo cual los ojos, la nariz, las orejas y la boca se entierran inmediatamente en una más que volátil capa que sólo algunos clubes adinerados perfuman con azúcar en polvo. El remedio a este pasajero inconveniente no exige mayores complicaciones: lentes de contacto debidamente impregnados de silicatos contrarrestan las tendencias adherentes del gofio, dos bolas de goma arreglan la cosa por el lado de las orejas, la nariz está provista de un sistema de válvulas de seguridad, y en cuanto a la boca se las rebusca por su cuenta, ya que los cálculos del Tokio Medical Research Center estiman que a lo largo de una carrera de diez metros sólo se tragan unos cuatrocientos gramos de gofio, lo que multiplica la descarga de adrenalina, la vivacidad metabólica y el tono muscular más que nunca esencial en estas competiciones...

—¿Qué demonios está diciendo hoy?, cambio...

—Está leyendo un cuento de Julio Cortázar..., cambio...

—¿Un poco peñazo no?, cambio...

—Hoy cumple años, a lo peor está melancólico y nos suelta uno de esos programas que quitan el aliento y no te dejan dormir, ya sabes como se pone cuando anda triste, o cabreado; cambio...

—... Dio a entender que la imaginación está tomando poco a poco el poder, y que ya es hora de aplicar formas revolucionarias a los viejos deportes cuyo único incentivo es bajar las marcas por fracciones de segundo, eso cuando se puede, y se puede bastante poco. Modestamente se declaró incapaz de sugerir descubrimientos equivalentes para el fútbol y el tenis, pero hizo una oblicua referencia a un nuevo enfoque del deporte, habló de una pelota de cristal que se habría utilizado en un encuentro de basketbol en Naga, y cuya ruptura accidental pero posibilísima entrañó el harakiri del equipo culpable...

Patrick seguía buscando en los diferentes canales de radio de onda corta, una comunicación que le había parecido extraña, primero por emitirse en inglés, y segundo por el tono empleado, como si el emisor tuviera miedo o precaución sobre algo que les seguía.

—... pero para no salirnos de Occidente y del gofio, este último ha empezado a cotizarse a precios elevados, con particular delectación de sus países productores, todos ellos del Tercer Mundo. La muerte por asfixia de siete niños australianos que pretendían practicar saltos ornamentales en la nueva piscina de Canberra muestra, sin embargo, los límites de este interesante producto, cuyo empleo no debería exagerarse cuando se trata de aficionados». Como os he dicho al principio —retomó el locutor el habla, pasados unos instantes en silencio—, este texto, hermoso, de Julio Cortázar, me permite saludar el advenimiento del amanecer nocturno que los siervos de la comodidad están trayendo hasta nuestras oscuras alcobas.

—... oyentes por estar ahí afuera, acabo de recibir una felicitación; efectivamente, pensaba que lo habíais olvidado —moduló su voz—, hoy cumplo años, y lo hago mientras escuchamos la música que me dedica nuestro amigo Patrick; entra The Doors con su “Break on through”...

La música irrumpió en las ondas a través de los transistores de los hombres y mujeres, jóvenes y no tanto, que pegaban sus orejas a los altavoces mientras París despertaba a la luz; los equipos de mantenimiento de las compañías eléctricas, así como algunos grupos del propio ejército, trabajaban a destajo tratando por todos los medios de que la energía y las comunicaciones telefónicas volvieran a servir a la ciudad lo más rápido posible, intentando, principalmente, abastecer a los hospitales que funcionaban con sus propios equipos de emergencia pero que no daban abasto; los bomberos y a las prefecturas de policía habían conseguido, en la última media hora, una tenue potencia que les permitía empezar a cumplir su cometido con absoluta normalidad. La ciudad despertaba ligeramente.

Los teléfonos comenzaban a sonar y la normalidad ganaba terreno en una madrugada que había comenzado totalmente a oscuras e imposibilitada para cualquier actividad que no fuera quedarse en casa.

Pasados los primeros minutos del día nueve de diciembre, los todavía pocos usuarios de teléfonos móviles habían comenzado a escuchar un lamentable: «Vuelva a intentarlo pasados unos minutos», pero lo atribuyeron al propio apagón o a los constantes problemas que acuciaban al nuevo invento.

Thierry movió el dial de su radioaparato hasta localizar la banda desde donde emitía y recibía Patrick:

—¿Mofeta, J&F te ha nombrado, sigues ahí?, cambio...

—Lo he oído, Thierry, sigo aquí, cambio...

—Tío, esto es cojonudo, estoy captando de todo..., y con esta música la cosa resulta alucinante, cambio...

—La noche es nuestra —gritaba eufórico el primer muchacho—.

—Sí, la noche es nuestra Thierry, es nuestra..., cambio...

Las comunicaciones también habían comenzado a restablecerse y las radios lanzaban al aire un sinfín de ondas que eran captadas por la población despierta a través de transistores.

Seguía nevando, y la temperatura había bajado hasta los cinco grados bajo cero mientras las calles se habían quedado desiertas salvo por un incesante e inusual despliegue de policía que las recorría.

Para los muchachos, la aventura radiofónica, además de ser una manera de pasar el rato se estaba convirtiendo en una epopeya en mitad de una noche extraña, oscura y llena de secretos que desvelar, sin que llegaran a saberlo, todavía.

—¿Cómo anda todo por ahí?, cambio...  
—De momento todo está tranquilo, la poli parece que busca...  
—No jodas que te has metido en la banda de la poli, eso es peligroso, tío, cambio...

—Tranquilo Thierry, no creo estén demasiado puntillosos hoy. Cambio...  
—Yo que tú andaría con cuidado, ya sabes cómo las gastan. Cambio y corto...

Antes del apagón, los noticiarios televisivos y radiofónicos de últimas horas de la noche habían pregonado a los cuatro vientos la muerte, en un atentado, del magnate alemán Werner Kaufmann y la tranquilidad que reinaba en el interior del Elíseo, dado que el propio Presidente de la República debería de haber inaugurado el acontecimiento en donde había ocurrido el luctuoso suceso.

La ciudad entera emergía a un realidad alternativa, llena de violencia que actuaba en campos inexplorados, activando vertientes que nada tenían que ver con lo que habitualmente se consideraba como cotidiano. Patrick volvió a conectar con su amigo.

—Antes he localizado algo en inglés que parecía bastante estúpido. Cambio...  
—¿A qué te refieres?, cambio...  
—Lo he perdido, pero creo que volveré a lograrlo; Thierry, préstame un rato. Cambio y corto.

Habrían de ser los radioaficionados, como Thierry y Patrick, con sus aparatos de onda corta conectados a baterías o a generadores pequeños, quienes comenzaron a notar algo raro al recoger datos incongruentes que sorteaban la noche abierta y que hablaban de territorios y de flancos, de despliegues y de evitar al enemigo... París ardía en silencio por los cuatro costados sin que la ciudadanía tuviera conciencia del enorme peligro que estaba corriendo. Los hospitales se estaban llenando de extraños casos de muertes inesperadas o sobrevenidas: ataques al corazón, embolias y derrames cerebrales saturaban las salas de urgencias, antes de que los relojes marcaran la una, y el mundo se desplazaba vertiginoso a través de las poderosas latitudes del universo desconocido de la bionergía. Patrick volvió a escucharlo:

—...los tenemos encima. “Goofy” a “Mickey”, tenemos que replegarnos...  
—¿Thierry, estás a la escucha?, cambio...  
—Aquí estoy Mofeta, cambio...  
—Lo tengo en el veinticuatro, pero lo oigo con interferencias... cambio...  
—Ya está, cambio...  
—¿Lo oyes?, cambio...  
—No oigo nada Patrick, no lo capto...  
De pronto una voz rugió a través del canal:  
—Esta es una frecuencia de uso policial, le ruego abandone el canal; repito: esta es una frecuencia de uso policial, abandónela.

—¡Hostias Patrick! me han localizado, corto y cierro...

Patrick seguía a la escucha, moviendo ligeramente el dial, tratando de contactar con el emisor de aquellos extraños mensajes que habían surgido en su aparato. Mientras en el exterior se desataba una guerra incomprensible que se desarrollaba a lo largo y ancho de París. El escenario apocalíptico tenía como campo de acción la red de alcantarillas, los túneles del metro, las azoteas y los tejados. Una hueste de individuos que se camuflaban en mitad de la oscuridad luchaban con ondas energéticas de alta y baja densidad, localizando enemigos y detrozando sus mentes, mientras el ejército y la policía trataba de buscarlos y encontrarlos para abatirlos por medios rudimentarios, tal vez propios de una era que tocaba a su fin.

—¿“Goofy”.... has metido?, ten... garnos —las continuas interferencias hacían que la emisión en inglés crepitara y resultara ininteligible, pero no así el sonido seco de la explosión que derivó en un absoluto silencio, sólo roto por el chasquido continuo que produce una radio en abierto—.

—¿Thierry, Thierry, sigues ahí?, cambio...

Lo intentó de nuevo:

—¿Sigues ahí?, cambio...

—¡Mierda Mofeta!, déjalo, ya has escuchado a la poli, cambio...

—Ahí afuera está ocurriendo algo gordo, cambio...

—Patrick, no quiero que me retiren la licencia por segunda vez, mi padre me hace trizas si se entera. Cambio y corto...

—No seas idiota, te digo que ahí afuera está pasando algo, cambio...

Thierry se armó de valor y accionó de nuevo el dial rezando para no confluir con la emisión de la policía, entonces lo escuchó de forma clara:

—Arpón uno a Arpón dos, hemos jodido a una de las unidades, la otra se dirige hacia vosotros....

La comunicación se acopló a otra, sumergida en un ruido que parecían rotores de un helicóptero en vuelo:

—Punto a Líder, sigo a tus cuatro, no observamos nada... Te digo que tienen que estar abajo —contestó otra voz en la misma frecuencia—...

Thierry sintió un frío aterrador que le heló la sangre, Patrick tenía razón, en las calles estaba ocurriendo algo que había movilizado al ejército y a la policía. Un fogonazo azulado restalló como un relámpago a cuatro manzanas de distancia de donde se encontraba el edificio donde vivía.

—¿Patrick, lo has visto?, cambio...

—¿He visto el qué?, cambio...

—Un estallido azul, cerca de Victor Hugo, cambio...

—Pues no, no he visto nada. Cambio...

Mientras permanecía a la escucha sintió el rugido de dos helicópteros sobrevolaron a baja altura los edificios del barrio, y a través de la ventana pudo ver un resplandor azulado que emergía entre la fisura de dos edificios, cerca de donde había dicho Thierry. Mientras las manos le sudaban cambió de canales, buscando alguna comunicación a través de las ondas, sin hallar nada, escuchando sólo el latido de su corazón adolescente.

—¿Mofeta...?

—Lo he visto, cambio...

—¿Qué demonios está ocurriendo?, cambio...

Seguía buscando entre los canales hasta que localizó una comunicación en ruso y a tenor del tono utilizado por el emisor, parecía que estaba en aprietos.

—Tengo otra comunicación en el treinta y nueve, cambio...

Thierry pasó al canal treinta y nueve y escuchó un crepitar de balas y algún grito hasta que la comunicación se cortó en seco.

—Patrick, abandona, dejémoslo, tengo miedo; corto y cierro.

.....

París estaba sufriendo una convulsión que difícilmente podría ser explicada y aún entendida, aunque todos recordarían aquella noche como la que olió a ozono. Los helicópteros surcaban el cielo oscuro de la ciudad cegada, lanzando haces de luz que se estrellaban contra el suelo en donde vehículos civiles encerraban tropas bien armadas que sólo algunos pocos pudieron ver. La red de alcantarillados se volvió patas arriba cuando pelotones de las Brigadas de Intervención de la Gendarmería comenzaron a recorrerlos. Varios testigos verían fogonazos azules en las azoteas, al igual que lo habían hecho Patrick y Thierry, o tras alguna ventana, o gente extraña ataviada como lo hacen los terroristas en los telefilmes, y hasta jurarían que llevaban armas cuando pasaron a su lado. Otros tuvieron peor suerte y acabaron sus días en mitad de una refriega ininteligible.

Tres sombras se descolgaron a través de las cuerdas firmemente atadas, hasta conseguir acercarse a una de las cristaleras del edificio que contenía la división parisina del DST. Armados con subfusiles y granadas, comenzaron a destrozar los cristales mientras un potente agente M actuaba desde las inmediaciones, acabando, con una devastadora onda electrostática, con las comunicaciones que articulaban y organizaban las unidades de intervención que estaban aniquilando los efectivos americanos. Tres helicópteros giraron una vez recibida la voz de alarma, surcando el cielo nevado de París, para eliminar el escollo surgido en las propias entrañas de la operación. En las cercanías de los Campos de Marte, varias dotaciones del Grupo de Intervención de la Gendarmería, acababan de acordonar el sector, a la espera de un grupo especial que terminaría con los bastardos que tenían localizados en el interior

de las alcantarillas. A nadie le interesaba si eran rusos o americanos mientras una explosión azulada hacía añicos a una veintena de hombres, limpiamente, sin tocar los vehículos. Un furgón oscuro aparcó a unos metros de donde se hallaban los cadáveres y los hombres que se mantenían en pie; de él bajó una docena de agentes especiales, cubiertos con trajes que no habían sido vistos jamás, ocultas las caras bajo máscaras antiguas y armados hasta los dientes. Primero se acercaron con tiento a la trampilla, una vez abierta se fueron introduciendo, uno tras otro, hasta que desaparecieron de la vista. El resto fueron gritos y resplandores que surgían del interior de las entrañas de la ciudad.

En el metro la situación era similar. Dotaciones de agentes especiales recorrían a pie los túneles, las estaciones, buscando en los recovecos, o en la lejanía, cualquier atisbo de los extraños enemigos.

(1997)

CREPITABA una hoguera con sonidos huecos, lanzando fogonazos naranjas contra las paredes de caliza virgen y descarnada; la humedad reinante calaba sus huesos y el denso humo le nublaba los ojos entreabiertos. Hacía frío en el interior de aquella caverna cerrada a cal y canto al exterior, y él se encontraba agachado, en cuclillas, ante el fuego, mirando hipnotizado las figuras y siluetas que dibujaban las llamas contra los muros, sin conocer el auténtico sentido de lo que le encerraba en las tripas de aquella gruta, en mitad de un todo y de una nada. Un silencio brutal apagó los ruidos de las maderas al estallar por la combustión y se posó sobre su ánimo hasta no dejarle respirar; se ahogaba perdiendo el sentido, mientras su cabeza, aprisionada por la angustia y el miedo, parecía que iba a explotar. Cerró los ojos congestionados con un movimiento instintivo, y abrió la boca tratando de ganar aire, sintiendo el azote de un viento acre que le revolvía los cabellos y penetraba en los poros de su cara como cargado de alfileres. Se encontraba subido a una elevada columna de piedra en la que apenas había lugar para dar un mísero paso; solitario ante un paisaje apocalíptico, lleno de sombras rasgadas que cruzaban el suelo, y de nubes violetas y rojas que sesgaban un cielo oscuro en perpetuo movimiento. Miró hacia abajo y sintió vértigo mientras aquello que le rodeaba lo envolvía: estaba otra vez allí, había vuelto. Notó el subfusil en sus manos y el peso del equipo sobre su cuerpo cansado, todavía se hallaba aturdido por algo que acababa de ocurrir y que su mente trataba de anular en el recuerdo; miró hacia atrás y vio la luz que se avecinaba galopando sobre el horizonte. ¡Sal de ahí, por Dios, sal de ahí...! Gritó con todas sus fuerzas. ¡Aparta de una maldita vez, viene a por tí...! ¡aparta, aparta, muévete de una vez...! Volvió a repetir indecibles veces hasta que no le quedaron fuerzas y las cuerdas vocales se quebraron en el esfuerzo. ¡Es una emboscada, una puta emboscada...! Sus últimas palabras se alejaron para siempre, sin hallar respuesta en la negra pátina que había dejado paso

aquella luz desconocida; le dolía la lengua, hinchada como una esponja densa en mitad de la boca. Sin embargo, a través de la fisura que dejaban libre sus párpados, pudo divisar, en la penumbra, una figura distante y pequeña que se acercaba; tenía la certeza de estar reviviendo aquel maldito momento que le atormentaba por alguna extraña razón que no recordaba; él estaba allí, había estado allí y seguiría estándolo, observando desde la distancia cómo Délano y Nigel disparaban tratando de cubrir a su compañero. Una rabia intensa, y un profundo sentimiento de derrota, comenzaron a latirle en las sienes, pausadamente y sin descanso... pero la memoria se resistía a desvelar el secreto que encerraba la escena que parpadeaba intermitentemente frente a sus ojos. Los cerró de nuevo y lloró con amargura infantil durante un tiempo sin medida, inaccesible como los recuerdos, y comenzó a escuchar el tic-tac de un reloj que golpeaba, acompasada y rítmicamente, las entrañas de su cuerpo, mezclándose con el palpar precipitado de su propio corazón. Muchacho, muchacho... Las palabras sonaron conocidas, disipando el agobio que le atormentaba. Un anciano de blanco bigote y cara apacible se hallaba enfrente, en un lugar que parecía la antesala deformada del despacho principal de la sede de Londres. El viejo le miraba cariñosamente desde la ensoñación, como sólo puede mirar un hombre bueno que ha servido a la Corona y a la Organización con igual lealtad y diligencia. Se había materializado completamente y su aspecto huesudo despedía una serenidad que le reconfortó. Cálmate muchacho, no tienes la culpa de lo ocurrido. Concluyó mientras adelantaba un mano cálida que le tomó por el brazo hasta acercarle al sillón de cuero marrón donde acabó sentándose. No recuerdo nada de lo sucedido, contestó él, con la lengua seca ocupando toda su boca, titubeante; aquella figura se le antojaba alguien en quien creía y confiaba. Es lógico... Y miró un reloj de bolsillo enganchado al chaleco por una larga cadena. Se me hace tarde... Brideshead, aquel anciano era Brideshead, lo reconoció en el momento en que se desvaneció dejándole solo en la magna habitación decorada ricamente, en maderas nobles y con grandes cortinones en las ventanas, y con libros en las estanterías, y fotografías... hasta que cada una de las peculiaridades ambientales, cada uno de los objetos, fueron desapareciendo paulatinamente para dejar paso a otra figura, vestida de negro, con la cabeza enfundada en un pasamontañas de lana ensangrentada, como las manos temblorosas que sujetaban el subfusil bajo una luz intensa que la iluminaba desde arriba. ¿Charlie? Charlie había vuelto, estaba allí, a su lado, pero parecía no escucharle; permanecía quieto, ausente, mirándole con sus ojos inquisidores y descarnados. Charlie, contéstame... por favor... Imploraba. Los ojos verdes, en sus cuencas vacías, parecían suplicar una ayuda que no pudo dispensarle y volvieron los fantasmas infernales que pensaba había dejado atrás. ¡Sal de ahí, por Dios, sal de ahí...! ¡Aparta de una maldita vez, viene a por tí...! ¡aparta, aparta, muévete de una puta vez! Repitió maquinalmente. Sonaron a su espalda voces y comprendió que Charlie no podría escucharle aunque quisiera, porque

se encontraba en un lugar del que no consiguió salir por la precaria cobertura que le ofrecieron los disparos de Nigel y Délano. ¡Sal de ahí, sal de ahí...! Gritaba el pequeño Délano en la escena que se desarrollaba a su espalda, mientras él escuchaba nítidamente el sonido metálico del cambio de cargador, tal vez Nigel. “Blackadder” a “Stargate”, sácanos de aquí..., por el amor de Dios, sácanos de aquí...! Un ruido inmenso ensordeció la imagen apagando el sonido de las armas que tableteaban y escupían balas y casquillos; aquella luz.... ¡La luz..., apártate Charlie, la luz...! Susurró mirando directamente a la figura que desaparecía sin hacerle el más mínimo caso. Recordó entonces que esperaron en vano la llegada del helicóptero que habría de sacarles de aquel maldito lugar que se dibujaba y perfilaba cruelmente en su aturdida memoria, respunteado de sangre y de barro. Una negrura espesa comenzó a dar vueltas trastocando la débil realidad fingida que estaba viviendo, hasta que divisó las luces de un amanecer rojizo, en mitad de una montaña. Avanzó. El suelo sembrado de cráneos crujía a cada paso y empezó a caminar sobre ellos hacia lo que parecían las bombillas del alumbrado de una población rural, en mitad de un apacible paisaje campestre de las entrañas de la vieja Europa. Subía por un sendero de huesos calcinados y grises, rodeado de árboles, hacia lo alto de una colina pequeña, perfilada contra un cielo pardo que se movía como el vientre de un gigantesco animal; seguía andando con dirección a una casita blanca que aparecía tachonada por los agujeros producidos por los morteros y los bombardeos continuos de las tropas serbias; el caminar se hizo pesado, trastabilló, tropezó y cayó, para levantarse y continuar avanzando. Un hedor nauseabundo le recibió al atravesar el umbral; varios hombres con uniformes militares observaban una docena de sacos negros que ocultaban los cuerpos inertes de unos cuantos ancianos y niños, también había mujeres y una de ellas parecía embarazada por lo abultado que resultaba el envoltorio que la encerraba. Se tapó la boca, y la nariz, tratando de evitar las náuseas, y apartó la vista de aquel espectáculo que ocupaba el centro del pequeño patio y nublaba su mente. Tuve una visión en el momento en que el Cordero abrió el primero de los siete sellos... Una figura enorme vestida de clérigo llenaba su campo visual, rodeada por multitud de diáconos y acólitos que canturreaban una letanía mortecina y repetitiva ...oí al primero de los cuatro animales que gritaba como con voz de trueno: Ven. Vi aparecer un caballo blanco; el jinete tenía un arco, se le dio una corona y salió como vencedor y para vencer... La colosal figura permanecía quieta recitando un fragmento del Apocalipsis de San Juan, entre las estridencias del cántico que la rodeaba, con las manos sobre el pecho... Cuando el Cordero abrió el segundo sello, oí al segundo animal gritar: Ven. Y salió otro caballo rojo; a su jinete le fue dado el poder quitar la paz de la tierra, de hacer que se degollasen los hombres y se le dio una gran espada... Las palabras surgían de un punto en lo alto, entre la túnica escarlata y la mitra episcopal, y le mantenían paralizado.. Cuando el Cordero abrió el tercer sello, oí al tercer animal gritar:



Ven. Y vi aparecer un caballo negro, cuyo jinete tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro animales, que decía: Dos libras de trigo por un denario; pero el aceite y el vino no tocarlos... Miró los sacos sobre el pavimento roto del suelo de aquella pequeña casa y sintió otra vez el miedo... Cuando el Cordero abrió el cuarto sello, oí el grito del cuarto animal: Ven. Y he aquí que apareció un caballo pajizo, cuyo jinete se llamaba Muerte (el infierno lo acompañaba). Le fue dado poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada, con el hambre, con la peste y con las fieras de la tierra. Los presentes dispensaron un sonoro “amén” a la conclusión de las palabras recitadas por aquella extraña figura que parecía investida de santidad y credibilidad. Así es la vida. La guerra es una mierda que no tiene nada que ver con la vida, contestó mirando hacia el suelo, convencido de conocer la voz del obispo, pero sin recordarla. ¡Chico, por favor! Las palabras suaves y suplicantes surgían de uno de los envoltorios negros como la noche más profunda, tuvo la sensación de que era la mujer embarazada quien le llamaba desde su interior, sin que al parecer nadie a su lado consiguiera oírla. Se acercó lentamente, dando unos pasos, y se agachó para acariciar la pálida piel que cubría las facciones juveniles de aquella mujer que parecía todavía una niña y que tenía una enorme herida reseca que le cruzaba el cuello. No me dejes así. Estás viva, podrán curarte, contestó tratando de aliviar la congoja y desasosiego de su voz, animado por la posibilidad de que aún siguiera viva. No me dejes así, por Dios no me dejes así. Incapaz de hacer nada, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas, y miró suplicante a los militares, envarados como figuras de cera, que le rodeaban sin moverse. No la dejes así, por Dios no la abandones a su suerte. Corearon al unísono, como un tropel de actores en una tragedia griega. ¿Y el niño? ¿Qué niño? preguntó la vieja que yacía en un saco cercano. Entonces percibió el vientre abierto, y el amasijo de carne rota a bayonetazos a través de la cremallera abierta, bajo un vestido de flores lilas sucio de sangre coagulada y negra. No me dejes así... Se levantó movido por una electricidad que le recorrió el espinazo, como impulsado por un resorte, y apretó el gatillo dirigiendo el cañón contra la cara angelical e inocente; gritó y chilló hasta enronquecer, tratando de ahogar la angustia que le atenazaba y las lágrimas que le anegaban el rostro. Temblaba, y sudaba un sudor frío que le perlaba la cara; estaba empapado y la humedad le apretaba el vientre, y la garganta. Nunca fuiste un buen soldado, para esto hay que tener redaños... El obispo otra vez. Todavía envuelto en lágrimas, temblando, se volvió enfurecido hacia la figura que había disminuido de tamaño hasta conseguir una apariencia y estatura normales; estaban solos en mitad del patio. ¿Redaños, hablas tú de redaños?, contestó. La sombra escarlata que le había hecho compañía se alejó hasta desaparecer, haciendo caso omiso a sus últimos gritos. Vuelve hijo de puta, vuelve... Se quedó chillando furioso a la oscuridad, salpicado por una mierda que le roía las entrañas y el entendimiento, tiritando de frío, llorando

como un niño y maldiciendo estar vivo. Los que son como tú me dan náuseas, os desprecio... escúchame hijo de puta... me dais asco porque sólo sabéis sacar partido a los muertos que matan otros, azuzados por vuestras palabras tintadas de solemnidad y certezas... escúchame hijo de puta, da la cara... Las palabras se volvieron a perder llevadas por un viento frío que asestaba dentelladas en su cara desencajada y llena de sudor. Un fogonazo lo tumbó en el suelo. Se sintió abandonado a su suerte; se debatía entre la vida y la muerte mientras era observado por un grupo de científicos al otro lado del cristal. Solitario, sin fuerzas, recurrió a su esencia, y durante una fracción de segundo notó el tímido despertar de un lugar minúsculo en el centro mismo de su cerebro, parpadeando y cobrando vida para avanzar como un relámpago a través de los infinitos conductos sinápticos que se habrían al exterior. Algo a su alrededor se iluminó estallando en una fuerza que barrió todo aquello que se encontraba cerca; se había descubierto. Eres un ser extraordinario y debes cuidar tanto de tí como de tu auténtica fuerza, nunca la malgastes... ¿Egon, no habías muerto? Vamos, vamos, ¿no hemos muerto todos un poco? Tenía delante a su maestro, al viejo profesor austriaco de los días de cautiverio en la fortaleza del Mar Negro. Las lágrimas eran ahora de alegría ante la infinita gratitud que sentía por el único ser en este mundo que le había brindado un cariño y respeto totalmente gratuitos. Su cara redonda, sus facciones limpias bajo aquella barba impia y blanca como la nieve le devolvieron la calma perdida. Egon Schragger había sido el padre y la madre que nunca tuvo. Los que son como él acaban encontrando la horma de su zapato, no lo dudes. Se refería al cardenal, como si le leyera el pensamiento y el miedo. ¿Quién es? Preguntó mientras el corazón todavía latía con fuerza en el interior de su pecho. Le conozco pero no sé quién es, maestro. Repitió. Lyton dijo de él que era un pobre diablo sin patria ni amigos... que sólo buscaba conocidos con quien llenar la tripa y a quien arrebatar sueños, sólo eso, un infeliz sin importancia. Le llamaba el bibliotecario. Tengo miedo, quiero morir, descansar, escapar... Desear la muerte no es bueno, sigues vivo y lo seguirás estando; date tiempo, lo necesitas... La imagen de Egon ganó en transparencia mientras se despedía con su mano rechoncha hasta desaparecer. Brideshead estaba a su lado, de nuevo, y se hallaban, otra vez, en el interior de la gruta. De la pared que tenían delante se abrió una puerta y apareció por ella la silueta escarlata de aquel ser conocido y distante que avanzó lentamente hasta situarse a unos metros, al otro lado de la fogata que chisporroteaba y elevaba sus llamas. La figura había cambiado, en vez de aquella sombra entre la mitra y la sotana surgía, ahora, un blanco cráneo de ciervo que levantaba sus oscuras astas para rozar la piedra del techo. ¿Traidor? Preguntó con tono altivo a través de la máscara que le tapaba. No mereces ese apelativo, lo sabes... bibliotecario. La osamenta se desdibujaba y movía ligeramente hacia los costados, dejando ver otra máscara que ocultaba detrás, una gruesa careta de payaso triste, blanca como el cráneo y decorada en carmi-

nes, que lucía una peluca de lana roja, espesa y rizada. Conocía a aquel hombre, por eso le contestaba con familiaridad, como si hubiera pasado mucho tiempo junto a él; miró a su lado tratando de encontrar a Brideshead, pero otra vez le había dejado solo. ¿Traidor? Repitió con tono lastimero el bibliotecario a través de la cabeza de atrás, en la oscuridad donde se hallaba agazapada. Cobarde, eso es lo que eres Danzig. Danzig, Danzig el bibliotecario. El nombre le sonaba; a pesar de que su boca lo había mencionado, su memoria se negaba a reconocerlo. Siento la forma en que te he tratado... me dejé llevar, no quise hacerlo. Danzig, Danzig era el nombre de su amigo, sin embargo su cerebro seguía cerrando el paso al recuerdo mientras su boca le contestaba en solitario, articulando palabras sin que su voluntad tuviera nada que ver en ello. Déjame en paz. No puedes entenderlo, lo hice... Continuó. ¡Basta! déjalo estar. La imagen del obispo-bibliotecario había girado y ahora su vista enfrentaba directamente la cabeza grande de payaso triste, y entonces comenzó a recordar: habían llegado desde Dubrovnik, en la costa dalmata, frente al Mar Adriático, parapetados en una unidad de la BBC, como técnicos. El viaje había sido largo y cansado, y entonces conoció a Danzig, su enlace. No quise hacerlo... Mientes, como siempre has mentado... No me digas eso, reconoce al menos lo que hice por... Al principio pensé que era simplemente una situación derivada de la presión a la que habíamos sido sometidos durante los últimos meses; tardé algún tiempo en advertir la verdadera magnitud de la tarea que habías desempeñado en el interior del grupo. Miró a la cara del payaso que ahora lagrimeaba en una expresión que le confería el aspecto de una gárgola. Debes comprenderlo... Michelle... Gimoteaba continuamente. No menciones a "Urma", ella es una víctima más, una simple excusa, como lo fuimos nosotros; cuando ya no te sirva acabarás con ella como hiciste con tus compañeros... la abandonarás. El cuerpo giró bruscamente y los agujeros cavernosos del cráneo de ciervo centellearon llenos de furia mirándole a la cara. Habló de nuevo, vociferante y pleno de una soberbia prepotente que surgía de lo más profundo de su ser; amenazante, adelantó los cuernos en actitud desafiante. No tienes derecho... Claro que lo tengo, y también lo sabes. Te defendí, te perdoné y confié en tí a pesar de todos. Nunca has tenido amigos salvo uno, yo... por eso me permito decirte lo que te digo... Eres un parásito que busca incautos a los que engañar con tu palabrería hueca llena de formalismos, nunca supiste vivir sin alguien a quien joder del todo... ¿Qué hace "Stargate", por qué no responde? Charlie había caído en la emboscada y Nigel y Délano trataban de salir como podían de aquel lugar inexplicable mientras él mismo les cubría desde una retaguardia mal defendida, sabiendo que el helicóptero jamás llegaría y que la única escapatoria la encontrarían a través de las cloacas. Miró la escena que se desarrollaba en la penumbra de la cueva; como en un teatrillo los personajes se movían sujetos por finos hilos que alguien, muy arriba, gobernaba. Observó a sus hombres gritando y tratando de escapar de una situación que les sobrepasaba en todos los sentidos;

“Stargate” no respondía, ni respondería, porque no tenía una maldita alternativa que ofrecer al resto del grupo y hacía tiempo que les había dejado solos. No quedaban salidas, habían caído en la trampa y no disponían de la más mínima oportunidad. ¡Salgamos de aquí! Gritó él desde el otro lado del pequeño escenario. ¡Salid de ahí! Intervino en la escena, esperando que le oyeran. ¿Por dónde? Contestó Nigel, descompuesto. Una buena pregunta en mitad de aquella mierda, cuando las pelotas huelen a chamusquina y no hay respuestas. El obispo avanzó con dirección a la representación y cortó los hilos que sujetaban y movían las marionetas, con parsimonia y frialdad. No teníais ninguna posibilidad. La voz altiva se repetía en miles de ecos y le llegaba cargada de vanidad y furia contenida desde el interior de la osamenta. Tú eras quien no tenía ninguna oportunidad Danzig, y decidiste eliminar testigos. Nosotros no íbamos a huir como hiciera “Cow-boy”, nosotros no íbamos a callar y preferiste lanzarnos al desastre y escapar. Tu vida está llena de operaciones con turbio final, tu historial se atiborra de acciones que terminaron mal por causas inexplicables que acrecentaban el aura de tipo duro que te rodeaba, pero hay un único punto en común: tú participaste en todas ellas... No puedes entenderlo, mi vida ha sido dura... no he tenido suerte... Seguía gimiendo. Quiso contestarle pero prefirió callar. Danzig estaba lleno de envidia, resentimiento y cobardía; se regodeaba en la basura que le rodeaba y si no la encontraba dentro la buscaba fuera. Sin mierda alrededor no era nada. Lyton tenía razón: Danzig era un parásito que necesitaba de alguien que pagara sus deudas y asumiera sus responsabilidades, sin ese alguien... no existía. Déjalo ya... La voz sonó con autoridad en su aturdida cabeza. Déjalo estar, necesitas descansar y voy a ayudarte a hacerlo. ¿Quién diablos eres? Se dejó llevar por la sensación de tranquilidad que despedía aquel sonido lejano y se encontró frente al mar, escuchando cómo las olas rompían contra la orilla de una playa inmensa. ¿Me quieres? ¡Dana! Ella estaba allí, a su lado, tratando de cogerle por la mano. ¡A las alcantarillas aunque nos frían los huevos! ¡hay que salir de aquí como sea...! ¡fuego a discreción y cada uno a lo suyo, nos vemos en “Reunión 1”! Miró hacia atrás pero no vio a nadie. ¿Me quieres? Te amo. Y le acarició los cabellos, todavía inquieto. ¡No vamos a salir, no lo conseguiremos! Las voces de Nigel y Délano sonaban a su alrededor, pero no podía verlos. Déjalo, son sólo recuerdos, piensa en el mar, déjate llevar por el oleaje rompiendo en la orilla, huele su perfume y siente su ritmo... Lo conseguirás, la voz seguía sonando firme en su interior. No puedo... no puedo... ¿Traidor? Vete a tomar por el culo Danzig. Déjame que lo mate, no merece vivir. Déjalo estar y concentrémonos en huir, no nos queda otra alternativa; estamos localizados y sin recursos, y necesitamos todas nuestras energías para mantenernos vivos..., los que son como él acaban encontrando una horma para su zapato, me lo advirtió Egon. El joven Délano no entendió su actitud ni sus palabras, tampoco esperaba que lo hiciera. Las paredes comenzaron a moverse, estrechándose a su alrededor, encerrándole. Golpeó con fuerza y volvió a

golpear hasta que consiguió abrir un hueco y después una puerta. Corrió por el pasillo largo ante las miradas desvariadas de gente que salía a las puertas de sus habitaciones y le observaban. Se hallaba en el interior de un sanatorio mental y no sabía cómo había llegado hasta allí, ni cómo aquel miedo infantil le hacía que apartara y alejara las manos de los que querían tocarle. Cayó rodando por una pendiente de piedras y se encontró en una galería húmeda y oscura; corría, y sus botas salpicaban agua hedionda hacia los costados, y escuchaba tras de sí el bronco jadear de sus compañeros mientras trataban de buscar un punto de luz para salir del infierno; él corría delante con el fusil automático en la mano, sintiendo cómo la sangre le bañaba el rostro. Lentamente los ecos dejaron paso al silencio y se halló solo, infinitamente solo. Sintió de nuevo el frío que no le había abandonado y que le obligó a cerrar con fuerza las mandíbulas mientras los dientes castañeteaban frenéticos; tenía fiebre, una fiebre que le helaba el cuerpo y le quemaba la frente, y estaba quieto tratando de adivinar dónde se encontraban Délano y Nigel, maldiciendo a Danzig por haberlos dejado y rezando porque a Charlie no se lo hubieran cargado del todo. Un sonido gutural y aterrador surgió del fondo de la galería, arrastrando agua y blandiendo el aire que se arremolinó a su alrededor hasta convertirse en un vendaval que azotó su cabeza...

.....

El hombre se encontraba sobre la mujer, entre sus piernas, encima de la cama de agua. Lo que había ocurrido allí no tenía ninguna apariencia de normalidad; ni lo había visto antes ni esperaba ver algo parecido en mucho tiempo. Que habían estado haciendo el amor en el momento de morir quedaba claro porque él estaba todavía dentro de ella. La puerta estaba reventada y los cristales habían saltado en pedazos como si hubiera tenido lugar una enorme explosión en el centro mismo del apartamento, sin embargo nada parecía indicar qué había destrozado el picadero. Las sillas, las ropas, todo se situaba alrededor de aquel extraño epicentro que se encontraba en los propios cadáveres, incluso la pared se abombaba hacia dentro a la altura de la cabecera. Ambos cuerpos presentaban restos de sangre en los oídos, la nariz y la boca, él en los ojos también, pero no parecía que hubiesen sufrido una violencia física directa.

—¿Hay restos de algún tipo de explosivo?

—De momento nada.

Los de la urbana habían acordonado la zona, esperando la llegada de las ambulancias solicitadas y del resto del equipo que ya se encontraba en camino. París, en la zona circundante al Pigalle, era un laberinto de calles pequeñas, y la intervención policial originó un desbarajuste en la circulación que había sido obligada a desviarse, provocando el enorme ruido de bocinas y motores que sonaban a ambos lados de la

estrecha vía, ahora cortada al tráfico. Los agentes de la Gendarmería que se encontraban en el interior del piso se afanaban en buscar cualquier elemento que indicara algo en qué basar las primeras pesquisas, a la espera de que llegara el forense y el propio juez de guardia que iniciaría la instrucción del caso con el levantamiento de los cadáveres. La noche avanzaba lentamente, devorando tranquilamente sus últimas horas, y el Teniente Lassale comenzó a pensar en las largas horas en vela que le esperaban, cuando intentara atar unos cabos deshilachados sobre un asunto que distaba de ser rutinario. Uno de sus subalternos se acercó hasta él.

—Teniente, los chicos han encontrado algo en el edificio de enfrente.

Atravesó la calle anegada de luces azules, vehículos celulares y agentes, bajo la tenue nevada. Se introdujo en un edificio con pisos y apartamentos de alquiler que se nutría de la peculiar fauna de clientes que pululaban por Pigalle: putas, comerciantes, obreros y estudiantes de universidad que buscaban buen ambiente y espacio donde guarecerse a un módico precio. Un hombre de aspecto mezquino les salió al paso, alejándose unos pasos de los dos policías que le custodiaban.

—Tengo todos los papeles en regla, ya se lo he explicado a los guardias —miró hacia atrás—. La gente hace y deshace a su gusto en el interior de los pisos... en el fondo los dos hombres y la mujer nunca me gustaron... ya le he dado los datos del administrador al guardia —volvió a mirar hacia atrás—, pero no creo que lo encuentren porque está de viaje en Provenze.

—Más tarde, permítame —Lassale hizo un gesto y siguió al agente que le precedía con dirección al ascensor que les llevaría al sexto piso, donde se había encontrado algo que parecía tener relación con el caso que llevaba entre las manos—.

Allí, al fondo del largo pasillo, otro agente vigilaba una puerta con aspecto de haber sido forzada desde dentro. Varios inquilinos del inmueble se movían nerviosos alrededor de otro par de hombres de la Brigada de Investigación.

—¿Los han interrogado? —preguntó al que tenía más cerca—.

—Estamos en ello... Teniente.

Volvió sobre sus pasos hasta introducirse en el oscuro apartamento. El piso parecía normal a simple vista, limpio y cuidado, como si sus ocupantes se dispusieran a utilizarlo durante un largo periodo de tiempo. A la entrada, en el recibidor, un enorme y solitario póster vestía la pared recubierta de papel pintado, con una bonita vista de una playa en el Caribe, iluminado por las luces exteriores del descansillo.

—Estábamos buscando información cuando encontramos el piso y sus ocupantes..., bueno, al menos a dos de ellos; según el portero y algunos testigos había uno más, de origen alemán, rubio y alto, ya tenemos su descripción y uno de los vecinos lo vio salir... —Antoine recitaba las notas que leía en su cuadernillo—.

—Llámelo, por favor, me gustaría charlar un momento con él.

Siguió paseando por el interior de la vivienda, los restos de los chicos se encontraban en el otro extremo del domicilio, un apartamento de tres habitaciones, cocina y baño, con elevados techos. El lugar permanecía también a oscuras, y sobre las paredes rebotaban los destellos naranjas de un cartel luminoso cercano y los reflejos móviles de las linternas de los dos agentes que buscaban rastros sobre los cadáveres.

—¿No hay luz?

—La instalación eléctrica está hecha añicos, en breve traerán focos para que podamos concluir nuestro trabajo —contestó el agente que se encontraba sobre el cuerpo inerte del muchacho señalando las bombillas destrozadas que afloraban en sus respectivos casquillos y lámparas—.

Miró a su alrededor, la situación era parecida a la del picadero: cadáveres sin aparente violencia física y con restos de sangre en oídos, ojos, nariz y boca; el chico tendido sobre el teclado de un ordenador; la chica, boca arriba, en el suelo, con el vestido de flores lilas revuelto sobre sus bonitas piernas, todavía tenía en las manos un cubilete lleno de tallarines que se desparramaban bajo la mesa atiborrada de un inusual despliegue de material tecnológico, que le hizo sospechar que pronto habría de vérselas con los hombres de la DST. No había señales de abombamiento, pero por lo demás todo parecía una repetición clónica de la escena que se había desarrollado al otro lado de la calle. En el resto del lugar encontraron apiladas cajas herméticas en las que sin duda debió de viajar el equipo dispuesto en la otra habitación; libros de arte, cuadernos de apuntes sobre filosofía y arte, varias armas de calibre medio y un subfusil MP5K —un lujo inestable al alcance sólo de servicios de intervención o de terroristas, pensó—; revistas variadas, un par de cartones de tabaco americano, ropa juvenil tanto masculina como femenina y abundante comida en la cocina.

—Al parecer alquilaron el piso hace un mes largo y para bastante tiempo, el administrador podrá confirmárnoslo en cuanto lo localicemos.

Un hombre de aspecto mezquino que vestía un albornoz que casi llegaba al suelo, de mirada alterada y ojos saltones, entró acompañado por un agente uniformado que informó inmediatamente a Lassale:

—Este caballero tuvo contacto con el que falta...

El hombre comenzó a hablar sin pedir permiso, como si tuviera prisa por desembuchar lo que sabía:

—Escuché ruidos como de alguien que golpeaba una puerta, y aunque este lugar no es del todo tranquilo, me sorprendió... —se quedó pensativo—.

—Siga por favor —el Teniente le mostró su mejor semblante—.

—...yo, —titubeó—¿de esto no tiene por qué enterarse mi mujer verdad?...

—No sé a lo que se refiere —Lassale sí lo sabía pero prefería darle cuerda a aquel pardillo con aspecto de vendedor comercial que seguramente se la estaría ju-

gando a su esposa con alguna de las chiquillas de la zona, o sencillamente con una compañera de trabajo—.

—...quiero decir que mi mujer no sabe que frecuento estos lugares, en realidad piensa que estoy en Lyon, ya me entiende... —le miró a la cara y después dirigió sus ojos redondos hacia el suelo—.

—Bien, si nos dice todo lo que sabe, su esposa no tendrá por qué saber que usted estaba echando una cana al aire, continúe por favor...

—Gracias inspector... como le decía... escuché los golpes y salí al pasillo y entonces vi la mano a través de las maderas astilladas, como buscando el picaporte que por supuesto estaba en el interior —hacía gestos elocuentes y teatrales sobre las actitudes y movimientos que había visto realizar, lo que llevó a Lassale a pensar que el individuo tal vez no fuera viajante sino un actor, y bastante mediocre—. Pensé que era un ladrón —continuó moviéndose—, o algo parecido, y entrecerré mi propia puerta, dejando un espacio para poder seguir mirando.

—¿A qué se dedica?

—¿Eh? —mostró una cara de sorpresa que resaltó todavía más sus ojos ahuevados y prominentes, y su pequeña nariz—.

—¿Que cuál es su trabajo? —repitió el agente las palabras de su superior—.

—¡Ah...!, ya les he informado, soy agente comercial de rodamientos, trabajo como vendedor por cuenta propia...

—Tiene un cargamento de bragas y sujetadores que no se lo salta... —trató de puntualizar el policía que tenía pegado a su hombro, con cara compasiva y una sonrisa que le cruzaba el rostro—, consideramos pertinente registrar todos los apartamentos de este nivel, seis en total... —pareció excusarse—.

—Bueno sí, también llevo varias marcas de lencería fina —levantó ligeramente las manos—, de las mejores del país y del extranjero —afirmó con un gesto severo— pero fundamentalmente soy vendedor de rodamientos; apunte sólo eso por favor —se dirigió de nuevo al agente—, lo otro arruinaría mi auténtico trabajo. Entiéndanlo, con lo que me pagan esos bastardos no nos llega para terminar el mes...

Lassale se estaba cansando y decidió zanjar el asunto.

—Bien, siga con lo del hombre al que vio, ¿porque usted lo vio, no es cierto?

—Sí, pude verlo, era el alemán, el amigo de los ingleses, un hombre de buen ver hasta esta noche, nadie habría podido sospechar de él que podría ser capaz de una cosa así...

—¿A qué se refiere?

—A que parecía estar drogado —sentenció el agente—.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lassale al testigo—.

—Yo diría que lo estaba, pero podemos decir parecía estar como drogado —continuó haciendo gestos un poco aturrido por las preguntas aparentemente in-



conexas del teniente—, caminaba tambaleándose y parecía que se iba a caer, pero no quiso nuestra ayuda... ya sabe cómo se mueve esa gentuza cuando...

—¿Nuestra ayuda?

—Bueno, sí, una vez en el pasillo fuimos varios los que tratamos de ayudarlo, pero como le he dicho no se dejó —permanecía ligeramente aturdido por el corte dispensado por el teniente—.

Lassale miró al agente que custodiaba a aquel hombre, para terminar preguntándole si ya tenía los nombres de las otras personas y los había interrogado.

—Estamos en ello, jefe; nos ha costado que desembucharan, pero básicamente todos coinciden en decir que era uno de los habituales del piso y que iba bien colocado, el señor Bertrand parece estar en lo cierto.

—Drogado, seguro que iba drogado, se lo puedo jurar —volvió a repetir—. El alemán se movía de forma estúpida; corría, paraba, y nos miraba alucinado hasta que se perdió cuando tropezó y cayó rodando por las escaleras —señaló a través del tabique con dirección al exterior—.

—¿Señor Bertrand, por qué no nos llamaron?

El hombre se quedó pálido y bajó la mirada.

—Me pareció que no tenía demasiada importancia —balbuceó—.

El equipo electrógeno autónomo acababa de llegar y permitió un análisis más exhaustivo de la situación. En la habitación donde se hallaban los cuerpos localizaron una automática bajo un grueso sillón de cuero marrón con restos de sangre que ya estaban siendo recogidos por uno de los agentes; más comida desparramada, un número atrasado de Metal Hurlant debajo de la cabeza del muchacho y una botella de vino que había sobrevivido a la explosión —o a lo que hubiera sido lo que había ocurrido—, sin ser descorchada, cerca de un disco compacto titulado “La casa de los espíritus”; todo desplazado como si en el centro hubiera estallado una bomba de la que por supuesto no habrían de encontrar ni rastro.

—El sillón no encaja —señaló Lassale a uno de sus hombres—.

—Aquí hay rozaduras, debió levantarlo y arrastrarlo para luego sentarse en él y dejar los restos de sangre sobre el cuero.

El otro agente se acercó a la puerta.

—No hay señales de droga... ni siquiera en el retrete.

—¿Se sabe algo del que falta?

—Ya hemos pasado la información y su descripción a la urbana, y lo están buscando por los alrededores, pero aún es pronto para saber nada. Por cierto, ya tenemos abajo a los de Le Monde.

Se dirigió al teleobjetivo que se mantenía todavía a duras penas sobre su trípode, cerca de una figura obscena que reposaba en el alféizar, de esas con las que se divierten los maricones en América: un muñeco gay vestido de cura, con un enorme

falo que surgía por entre la embotonadura de la sotana roja. Enfocando a través de los cristales rotos de la ventana vio a su gente trabajando en el apartamento de enfrente: el juez y el forense con su equipo ya habían llegado y uno de ellos examinaba lo que parecía ser el cadáver de un caniche.

.....

Le dolían la cabeza y los ojos, los tímpanos le zumbaban en el interior de los oídos y aún sangraba por la nariz mientras notaba los ecos de la pesadilla vivida. Hacía frío y recaló de nuevo en ella, en su perfume y en la playa que había dejado atrás mientras revivía el momento dantesco que había sufrido apenas hacía una hora. Había vagabundeado sin ton ni son por calles que ni conocía, intentando huir de la gente que se arremolinaba a la entrada de los restaurantes y pubs de la zona y con la que chocaba como un yonki, bajo la nieve que había comenzado a caer. La ballena quedaba lejos y con su aspecto levantaría pronto sospechas si no lo había hecho ya. Se introdujo en un callejón lateral, intentando recuperar la serenidad perdida y el ánimo necesario para llegar a pedir ayuda, sin saber dónde y se encontró, otra vez, en el interior de la caverna, cerca del fuego sintiendo el frío que le desgastaba por momentos. El mar, la playa, sus fantasmas, se desvanecieron definitivamente y la frialdad le recorrió las entrañas mientras creía sujetar todavía entre sus dedos un fino mechón del cabello de Dana, que desapareció también. Abrió los ojos y se enfrentó a una vieja realidad, le temblaban las piernas y su cerebro trataba de recuperarse lentamente mientras avanzaba torpemente, apoyándose en la pared de ladrillos viejos, entre basuras, sin rumbo. Pensó en Brideshead y en la razón que le había llevado a enviarles sin protección a aquella misión de seguimiento. Algo se había torcido en algún lugar del recorrido, la célula no era incursiva y no había por qué temer algo como lo que había sucedido salvo que el viejo llevara razón sobre la importancia del hombre al que habían seguido y vigilado.

Entre unas cajas de cartón, refugiado bajo una escalera de incendios, respiró hondo el aire invernal de la noche parisina y su recuerdo se dirigió de nuevo a la operación de Sarajevo, recordando los matices, con el alma serena y los sentidos lúcidos en la medida que el insoportable dolor de cabeza le dejaba. Allí tirado, escuchando el sonido de las gotas de agua golpeando el suelo, trató de reajustar su estabilidad buscando entre los recuerdos parte de la razón perdida en mitad del ataque. Estaba aturdido, sentía miedo y necesitaba llenar su cabeza de datos congruentes, intentando evitar las imágenes que temía surgieran como fogonazos en su memoria. Un ruido seco y breve, de pasos avanzando sobre los adoquines y la nieve le devolvió la intranquilidad que acababa de abandonar. Hizo un esfuerzo sobrehumano por levantarse y notó de nuevo cómo la sangre resbalaba desde la nariz hacia los labios. Incapaz de enfocar correctamente, percibió una sombra al fondo del callejón y sacó

su pistola, ocultándola de momento; mientras, trataba de medir las intenciones de quien le seguía. La sombra comenzó a acercarse y apuntó hacia ella sujetando la Sig con las manos, de manera inestable, temblando ante un final que se le mostraba cercano e hiriente y que ganaba terreno.

—No hagas el imbécil muchacho.

No veía bien, y el eco de aquellas palabras astillaron su dolorida cabeza.

Trató de articular “quédese donde está”, pero la lengua ocupaba toda su boca, hinchada y reseca, como si llevara días conectado a una red eléctrica.

La sombra siguió avanzando hasta situarse a pocos metros de él, y pudo vislumbrar un enorme gabán gris que cubría un cuerpo fuerte y alto. Llevaba las manos metidas en los bolsillos.

—Deberías darte con un canto en las narices por haber escapado de un ataque de esas dimensiones. Necesitas ayuda.

La pistola pesaba lo indecible. Las manos apenas la sujetaban y pensó que a pesar de la corta distancia que les separaba, le costaría lo suyo acertar al blanco que tenía enfrente, aunque éste fuera un elefante.

—Baja el arma, si hubiera querido matarte ya lo habría hecho.

Bajó el arma y se desplomó perdiendo el sentido.

(1997)

Se movía como un gato enjaulado entre aquellas cuatro paredes de madera y sin un puto cigarrillo que llevarse a los labios.

—... es una mera cuestión de método...

—¿Método? —no le dejó acabar—, me está usted hablando de método. Usted representa lo malo y lo peor del método de nuestros amados y respetados superiores, no me toque las narices coronel. Con todos mis respetos pero métase "el método" donde mejor le quepa.

Igor se revolvió con furia y golpeó rudamente la mesa con su puño derecho mientras Irina se levantaba como impulsada por un resorte hasta lograr que sus caras estuvieran enfrentadas en un pulso brutal. Igor bajó la mirada y se irguió respirando profundamente:

—Está bien, está bien, usted está al mando y no tengo nada que decir, en absoluto, pero no me venga con que no se lo he avisado.

—Pero de qué mundo viene, coronel —trataba de recuperar la compostura—, sabe perfectamente de lo que hablo, ese grupo de muchachos y hombres a los que usted llama "mi circo particular" me tienen por responsable y cuidaré de ellos aunque le pese.

Había dado en la diana, su mundo se desmoronaba de la misma manera que el montón de papeles que trataba de despachar a diario en Kíev. Marina, pensó en Marina.

—¿No está casada verdad?

—¿A qué viene ahora eso?

—Era una pregunta... es usted joven y hay cosas que no puede comprender. Yo no tengo hijos, durante largo tiempo mi esposa y yo los buscamos con insistencia pero no tuvimos suerte...

—Siento no poder ayudarle, ese mundo me está vedado...

—¿A qué se refiere?

Irina sonrió forzosamente sin contestar.

—Perdóneme que no la entienda —Igor trataba de ser cordial por primera vez en la velada.

—No me diga que no sabe lo que hacen con nosotras en Kalinin.

(1997)

En Nueva York, también nevaba, pero ligeramente. La policía metropolitana había paralizado la gran avenida, cortando el acceso a ambos lados; varios coches patrulla hacían guardia con los oficiales apostados tras las puertas abiertas, iluminados por el intermitente destello de los portasirenas. Una treintena de hombres bien armados estaban tomando el edificio y subían por las escaleras centrales, mientras en el interior del enorme hall un grupo reducido hacía guardia cerca de los ascensores, rodeando a un agente vestido de paisano, con chaleco antibalas y un jubón de nylon negro sobre la chaqueta, que daba instrucciones al personal del seguridad del edificio y a los ujieres, visiblemente alterados por la precipitación de la escena.

—Soy el Capitán Vermont, mantengan la calma, esta es una operación DEA, les rogamos estén tranquilos y nos ayuden a evacuar el edificio. Todo el mundo debe salir, sin alborotos... —señaló en dirección a los agentes armados que se veían a través de la enorme cristalera que cubría la entrada—...los oficiales les ayudarán una vez alcancen el exterior.

Se oyeron gritos mientras los integrantes del grupo que había tomado posiciones en la primera planta del edificio, ayudaban a dispersar a los hombres y mujeres que todavía se encontraban en el lugar.

—Vamos, vamos, hay que evacuar... —gritaba el oficial vestido de civil que ya empuñaba su arma reglamentaria—.

—Vamos, vamos —repitió en voz alta—.

Un nuevo grupo, armado hasta los dientes y comandados por un hombre enfundado en un enorme gabán negro, avanzó por entre la docena de hombres que llenaban el hall.

—¿Dónde se habían metido?

El hombre al mando del nuevo grupo no contestó, cogió su walkie y dijo:

—Líder a Alfa, ¿hay problemas?

La radio crepitó ligeramente:

—Están apalancados en el interior, necesitaremos fuego pesado para sacarlos...

El capitán se dirigió al recién llegado mientras el oficial que dirigía al grupo que había llegado al piso treintayseis seguía hablando a través de la radio.

—El Alcalde y el Gobernador no quieren demasiado revuelo...

El nuevo hizo un gesto y sus hombres comenzaron a subir a través de los ascensores.

—¿Me ha oído?

El hombre que sujetaba el walkie-talkie en la mano hizo como que no escuchaba al capitán y cortó en seco la perorata del agente que seguía mencionando lo complicado que iba a resultar el sacarlos de allí:

—Freír esa cloaca, los de Ariel ya suben para echaros una mano.

—¿Cómo dice? —le interrumpió Vermont—.

Se quitó las gafas....

—Que los friáis...

Vermont se quedó quieto y helado mientras escuchaba la última comunicación.

—OK, Líder —contestó.

(1997)

Olía a mil demonios en el interior de aquel túnel. El cuerpo de Paul y del “fraile” desaparecieron delante de él con sendos sonidos huecos, como si hubieran caído, mientras del otro lado llegaba el rechinar de hierros producido, ya sin dudas, por el helicóptero al caer en el interior del almacén, después de atravesar y destrozar el tejado, rompiendo vigas. Otro sonido, infernal, como un enorme siseo, comenzó a sentirse tras el impacto y la explosión. La deflagración de los restos del aparato, con todo su combustible, había generado una bola de fuego que buscaba oxígeno que consumir, y que comenzaba a lamer el interior del túnel por donde todavía se arrastraba el coronel. Igor sintió la luz que le envolvía y la columna de fuego que devoraba el aire tras él. Alguien le agarró de las solapas y tiró con fuerza hasta apartarlo de la lengua que acabó aplastándose contra las paredes, en la confluencia de los dos conductos, para replegarse después por donde había venido como impulsada por un resorte, produciendo un silencio seco que sólo podía anunciar que se había acabado el oxígeno.

Por un momento los vio allí, a Irina que todavía le aferraba por la chaqueta, con cara asustada; a “fraile” con los ojos y la boca abiertos, agarrándose la garganta mientras con la otra manaza sujetaba con fuerza el cuerpo de Paul que había perdido el

sentido. Todos se ahogaban, él también. Boqueaban y cerraban los ojos cuando Irina se arrastró como pudo hasta un lugar no demasiado lejos, y el “fraile” se crispaba entre convulsiones cuando Igor creyó escuchar algo metálico que se abría y una ventolada de aire que apestaba a combustible le golpeó el interior de sus pulmones como el primer cigarrillo del día. Aire al fin, viciado como la mierda, pero aire con qué respirar.

La linterna estaba en el suelo metálico del túnel, junto al cuerpo inerte de la comandante. Tsvietaiev se arrastró como pudo hasta Irina y la cogió del brazo, la cabeza le dolía por el esfuerzo y la falta de aire; detrás el “fraile” tiraba con fuerza del pequeño Paul, hasta que los cuatro se encontraron en un pequeño cubículo de cemento que estaba siendo ventilado desde el exterior. Igor calculó que se encontrarían a unos dos metros de la vertical de la pared este del edificio, a unos tres metros de profundidad, seguramente tendrían al lado el enorme tanque de gasóleo que se llenaba desde afuera y con el que se nutrían los depósitos de los camiones de la compañía. De momento el infierno había pedido tiempo muerto, pero seguro que las tropas que habrían tomado el lugar ya se estarían preparando para sacarlos de allí.

—Irina, despierte, Irina —le dio unas palmaditas en la cara hasta que los ojazos grises de la comandante se abrieron poco a poco—.

—¿Qué ha ocurrido...?

—Hemos estado a una mierda de asfixiarnos —contestó Igor—, de no haber sido por usted...

Un gimoteo le hizo volver la cabeza en dirección al “fraile”. Lloraba como un bebé mientras acunaba el cuerpo de Paul.

—¡Mierda... él no...!

El pecho de Paul no se movía, los brazos caían a ambos lados de su pequeño cuerpo, con las manos abiertas. Su cara mantenía la boca abierta y supo que su corazón había dejado de palpar. Un fogonazo le reventó la cabeza hasta volver nítida la escena, una fuerza que no comprendía le obligó a acercarse y a tomar al muchacho; comenzó a agitarlo mientras decía cosas ininteligibles y el “fraile” le miraba. Empezó a apretar con las dos manos el pecho de Paul: uno, dos, tres, cuatro, cinco... abrió su boca y sopló dentro, con todas sus fuerzas; cogió de nuevo aire y volvió a soplar, y otra vez el masaje cardíaco y la respiración boca a boca, hasta que los ojos achinados se abrieron, y el pecho se movió, y una tos estruendosa, seguida de una inspiración profunda y un jadeo ronco, le devolvieron al interior del habitáculo.

—Eso está mejor... —musitó—

Igor sonreía de buena gana por primera vez en todo el día, sentía la mano de Irina sobre su hombro y los ojos del “fraile” que le miraban agradecidos, mientras la adrenalina le recorría como una marea de abajo a arriba; necesitaba sentarse y recobrar la calma, tras lo que había sentido.

—¿Dónde está Nikita?

Nadie contestó.

(1998)

El hombre bien vestido, el que tenía el maletín a su lado, le ofreció un cigarrillo que rehusó con la mano.

—Ni tabaco ni alcohol, ya lo sabes.

—Lo siento, no me acostumbro, todo el mundo fuma o...

—No importa —Gamboa entendía perfectamente que alguno de sus hábitos pudieran resultar excesivamente extraños en el interior de una gran ciudad como París, aunque tal y como iban las cosas, dentro de poco fumar acabaría por convertirse casi en un delito, lo de beber... era otra cosa.

Los dos hombres se hallaban sentados al lado de la cristalera, frente a la enorme acera por donde deambulaban presurosos multitud de transeúntes que no reparaban en nada mientras avanzaban con dirección a dios sabe dónde. Gamboa los miraba como si estuviera observando una película.

—El otro día me llamó Ivonne...

—Lo imaginaba, ¿supongo que te recordó mis retrasos con la asignación y te habló de mi dejadez como padre?

El individuo impecable, de cara angulosa y firme, que lucía bigote y perilla muy bien cuidados y que olía a perfume caro, asintió delicadamente con un gesto de su cuadrada cabeza perfectamente engominada.

—«Chato», tienes demasiados problemas y me temo que pocas soluciones... ¿no es cierto?

Les interrumpió la camarera que les acercó el café y el vaso de leche caliente, depositándolos sobre la mesa, junto al tiquet; el hombre de rasgos agulieños quiso cogerlo pero se lo impidió su acompañante:

—Deja.

Gamboa sonrió retirando la mano:

—Todavía me llega para invitar a mi abogado.

—No lo dudo, pero permíteme que pague yo.

—Como prefieras.

Tras entregarle las monedas a la rubia camarera, el hombre que vestía un caro traje gris bajo un abrigo que contrastaba visiblemente con la indumentaria más rancia e informal de Gamboa, le dijo al fin:

—Me gustaría ayudarte...

—¿Y cómo, Jean Luc?

—A Alexandre puedo...

—¡A ese bastardo no quiero verlo ni en pintura!

—Haces mal, a su departamento le hace falta gente como tú, podrías ocupar un buen puesto y ganar una buena cantidad de dinero por la mitad del esfuerzo que realizas ahora, y con menor riesgo...

—Ya lo hemos discutido otras veces.

—Rosario, si quieres..., cuando quieras hablamos con él...

—Ni lo sueñes.

—Ya trabajaste en ello, no sé por qué te empecinas en renegar de tu pasado..., erais de los mejores...

—He dicho que no.

Gamboa resultaba tajante cuando quería y Jean Luc lo sabía, como también que si seguía por aquel camino acabaría chafándolo todo.

—Puedo hablar también con Besson, si lo prefieres...

—No quiero que hables con nadie, Jean Luc, con lo que hago me basta y sobra. Acabo de terminarte un trabajo y con los mil francos que me has dado aguantaré un tiempo, tengo otro asunto entre manos y espero cobrarlo pronto, tal vez hoy mismo...

—«Chato», estás lleno de deudas, sólo tienes problemas y si continuas así acabarás mal; necesitas estabilidad, un sueldo a fin de mes, una seguridad frente al futuro.

—Tengo un buen seguro de vida que me cuesta un riñón.

—No seas imbécil...

—Tú eres abogado, el notable Jean Luc Therrier, un hombre respetado con una respetable cuenta corriente, teléfono móvil, un lujoso coche, un matrimonio estable..., la gente te paga sin rechistar —no pudo evitar soltar una breve carcajada—, menos yo... —hizo un esfuerzo por recuperar el tono serio—, sencillamente no lo entiendes, no podrías entenderlo jamás, en el fondo me gusta la libertad de que dispongo...

Therrier se revolvió en su silla, sin haber tocado el café que todavía humeaba frente a él, y miró el perfil moreno del hombre que tenía ante sí.

—Tienes buen aspecto, no voy a negarlo.

—Hoy he dormido bien, me hacía falta.

Estuvieron en silencio un buen rato, mirando a través de la cristalera cómo pasaba la gente, hasta que el abogado rompió la tregua verbal:

—Tengo un trabajo, pero no me fio...

—¡Gracias!

—No es eso, «Chato» —Therrier intentó hacerse entender entre gestos y miradas extraviadas—. Necesito que me jures que esta vez acabarás en el plazo previsto...

—¿Cuándo no lo he hecho?

—No me jodas, a mí no —la cara de Jean Luc se volvió grave mientras abría los cierres del maletín que traía consigo, hurgando con sus manos en su interior.



El paquete se arrastró suavemente sobre la limpia superficie de la mesa, entre los dos hombres que parecían recién salidos de una película de Scorsese. El mayor, con aspecto impecable, el joven, delatando que la vida no le había tratado demasiado bien.

—No me gusta que nos veamos así —Therrier observaba preocupado hacia los lados.

Gamboa pareció no escucharle mientras recogía el sobre y revisaba su contenido para introducirlo después en el bolsillo interior de su guardapolvos blanco.

—¿Qué es lo que vale cinco mil francos?

—Las cosas no se hacen así, si al menos tuvieras un despacho como...

—A mí me gusta que se hagan así y no tengo dinero para despilfarrarlo en alquileres.

Cruzaron las miradas durante unos instantes que parecieron interminables, mientras en el exterior la gente seguía moviéndose con prisa.

—«Chato», soy yo quien paga y quiero que el trabajo se realice en el plazo previsto, ¿me entiendes?

—Sí, pero yo seré quien haga el trabajo, así que déjate de chorradas y alivia la información, que no tenemos todo el día —Gamboa sonreía ligeramente, al fin y al cabo la jornada se presentaba mejor de lo que había supuesto, en menos de veinte minutos tenía solucionado lo de Perigord y todavía le faltaba por cobrar a la bruja...

La cafetería estaba llena de estudiantes y adultos que consumían las primeras horas del día mientras devoraban pasteles y café entre risotadas y ruidos.

—Rosario, no me falles, esta va a ser la última, si la cagas pon el culo a cubierto porque te harán pedazos, no puedo hacer más.

—Lo sé Jean Luc, lo sé, siempre es la última vez, ya estoy acostumbrado, ¿de quién es el encargo?

—Se trata de la esposa de un ejecutivo que se puso en contacto conmigo para comenzar a tramitar el divorcio. Esos cinco mil son un adelanto, supongo que te vendrán de perlas; cuando acabes el trabajo, y siempre que lo hagas en el plazo previsto —matizó con una fría mirada su último comentario—, tendrás otros quince mil, yo me quedaré con los otros cinco mil, a cuenta de lo que me debes, creo que es justo —Gamboa asintió con su angulosa cabeza mientras parecía seguir mirando hacia el exterior.

—¿De qué se trata? —preguntó sin volver el rostro.

—Dispones de todo lo referente al asunto en el interior del sobre blanco que acompaña al dinero, no lo mires ahora, por favor; las descripciones, el domicilio y el resto de tonterías que te harán falta están ahí. El trabajo debe quedar listo antes de la madrugada del diez, o no cobrarás —se quedó quieto durante un instante.

—¿Y lo de la amenaza?

—¿Qué amenaza?

Gamboa era demasiado listo para Therrier, y el segundo lo sabía bien.

—Lo de poner el culo a cubierto si no lo hago antes del diez...

—Tú cumple, que del resto me ocupo yo.

—Si es por eso te devuelvo la pasta —Rosario hizo ademán de buscar el sobre en el interior de su guardapolvos.

—No juegues «Chato», algún día te estallará en la cara.

Se volvieron a mirar. Therrier era consciente de que el hombre de aspecto desaliñado que tenía delante era un artista en lo suyo, bueno como pocos y capaz como ninguno, pero que siempre la jodía con las patas de atrás; la búsqueda de la perfección le jugaba malas pasadas que acabarían por darle un disgusto.

—Se trata de conseguir unas fotos en un lugar concreto y con una persona en concreto, puedes hacerlo si quieres...

—No sé por qué me llamas siempre para luego soltarme estas soflamas paternalistas —le increpó Gamboa.

—Lo sabes bien «Chato», eres el mejor pero no se puede confiar en ti...

—Joder con que no se puede confiar en mí... —abrió los ojos.

—Mira, lo que te voy a dar es un último consejo, has quemado todos los cartuchos, nadie se fía de ti salvo yo; te paso trabajos cuando puedo, este año han sido al menos una docena, pero te juro que esta es la última vez que aguanto un retraso; si fallas, se acabó...

—No he fallado nunca.

—No se trata de fallar sino de cumplir, de nada nos valen las fotografías si te retrasas.

—Tú eliges Jean Luc, ¿quién te ha hecho el encargo?

—Eres un maldito cabrón, ¿lo sabes, verdad?

—Voy a darte un consejo, si quieres jugar un buen farol con un mierda como yo porque tienes un cliente pegajoso, lo menos que puedes hacer es decírmelo, o pedirme el maldito favor que me estás pidiendo sin tapujos, que lo entenderé. Me conoces desde hace mucho tiempo y sabes perfectamente que suelo reaccionar mejor ante las peticiones de favores que ante las pijadas...

Therrier apretó las quijadas y recibió el impacto de las palabras sin inmutarse. Sí, era cierto que quedaba poco tiempo y que el encargo no venía de la esposa de un funcionario, y también era cierto que no había en todo París nadie con la capacidad de resolver el asunto en tan breve espacio de tiempo, pero le fastidiaba que se lo estuvieran diciendo a la cara. Gamboa había extraído el sobre y lo había depositado sobre la mesa.

—Guarda el puto sobre, Rosario, el trabajo es tuyo y sospecho que tendré que joderme si te retrasas, pero hazme un favor, esta vez trata de ajustarte al plazo establecido o lo lamentaremos los dos

Rosario volvió a sonreír mientras sorbía un poco de su vaso de leche y guardaba de nuevo el sobre.

—¿La mafia o el gobierno, dímelos?

—No puedo decírtelo...

La sonrisa de Gamboa se hizo más amplia.

—Voy a decirte otra cosa Jean Luc, de todos los imbéciles para los que he trabajado, tú eres el único por el que siento algo. Segundo consejo, si el encargo viene de arriba es mejor especificarlo aunque suba el precio, de lo contrario las cosas se pueden torcer..., además, de esa forma podría pagarte la minuta al completo, ¿no crees?

—No puedo darte un franco más...

—Sí, sí que puedes aunque no voy a pedirte un céntimo más, con esto tengo de sobra para tirar un trecho. Favor por favor —levantó las manos.

Jean Luc Therrier entendió lo que «Chato» trataba de decirle:

—Es un tema de tráfico de información entre empresas que juegan muy fuerte; el tipo es gerente de una de las divisiones internacionales de la firma Barrat y éstos quieren tener constancia de qué es lo que hace en estos días y con quién se ve en ese apartamento, una simple cuestión de ocultación de royalties o de tráfico de información como ya te he dicho. Al año facturamos a Barrat unos cientos de miles y no me gustaría quedar mal ahora...

—Eso no vale una amenaza.

Therrier adelantó su cuerpo sobre la mesa, sobre la taza del café que no había probado.

—Además tienen malas pulgas, Rosario, sólo eso, pero no creo que te molesten si te ciñes al plazo prefijado..., y no me preguntes la razón porque no la sé. Tienes que localizarlo y hacer las fotos antes del diez, dispones de casi setenta y dos horas para encontrarlo, pero no debes retrasarte, «Chato», esta vez no.

—Y si no lo consigo..., quiero decir que si no se ven como está previsto, o prefiera gastar su tiempo con otra gatita...

Therrier comenzaba a sentirse más tenso de lo que le permitía su autocontrol.

—Se va a ver con la gatita cuya descripción aparece en el interior del sobre, no te quepa la menor duda... Puedes hacerlo —levantó la voz—, maldita sea. Ellos me han pedido que contacte con el mejor y he estado a punto de hablar con los de la agencia VOG...

—¿Y por qué no lo has hecho?

Jean Luc le miró a los ojos negros sin contestar.

—Esta bien, te necesito, ¿te gusta así?

Rosario se sintió aliviado, en el fondo aquel capullo que era su amigo y le representaba frente a Ivonne seguía creyendo en él, toda una delicadeza.

—¿Crees que necesitaré ayuda, porque entonces el dinero se me va a quedar en nada a poco que lo mueva, ya sabes los precios que se mueven por ahí?

—Puedes hacerlo solo —Therrier se mostraba confiado y visiblemente más calmado—, ya te he dicho que es sencillo: localizar al tipo, hurgar un poco en su vida durante unas horas y sacarle unas fotos mientras juega o se ve con su muñeca; tú le sigues, le sacas las fotos y asunto concluido, y cobras; nada que no puedas hacer en solitario, no hay riesgo salvo si te localiza o no cumples con el plazo.

—Y dale con el plazo... —Gamboa hizo un gesto estridente con las manos.

—Rosario, dejémonos de chorradas, mi cliente necesita las fotografías reveladas y positivadas antes de la madrugada del diez y las vas a hacer, no me cabe la menor duda, así que déjame tranquilo y ponte a trabajar. Abandona lo que tengas entre manos y cumple con ésto, ¿de acuerdo?, admítelo como la petición de un favor...

—Me pondré a ello esta tarde, por la mañana tengo que hacer un par de visitas y solucionar algunos asuntos —meneó los dedos acariciando el pulgar y el índice por sus yemas.

—No tardes más, tienes tiempo, pero no lo desperdicies.

—Empezando esta tarde creo que podré completarlo en el tiempo que me das, si como dices sólo se trata de localizar al individuo y fotografiarle mientras se tira a su chica.

—Puede que no acaben en la cama, tenlo presente.

—¿Sólo fotografías que delaten su relación...?

—Sólo eso, fotos de él y de su contacto en el interior del dichoso pisito de Pigalle, nada más.

—Entendido —volvió a beber de su vaso—, ¿algo más?

—No creo que surjan inconvenientes, pero si lo hacen llámame al móvil, o al despacho donde estaré hasta las cinco, después pasaré por el club antes de ir a casa, si no me encuentras dejás el recado a Chantall o a Claudia; no hables del tema con Ferdinand, lo llevo yo.

—¿Tienes algún problema con el rubio?

—No, sólo que Barrat lo llevo yo. Recuerda: despacho, club, casa...

—¡Qué bien viven los abogados! —ahuecó la voz.

—Podrías vivir igual si quisieras...

—No insistas Jean Luc. ¿Alguna pauta concreta para realizar el trabajo, o cualquier otra cosa?

—Prefiero dejártelo a ti, en eso debo admitir que no tienes igual, métetelo en la cabeza: déjalo todo y termina la faena para el diez, mi cliente necesita las fotos para esa fecha, no más tarde.

Gamboa acusó recibo de la última delicadeza que acababa de dispensarle Therrier y asintió con la cabeza mientras notaba el abultado sobre rozándole el pecho.

Algo olía mal en aquel asunto. Tras abandonar el Oscar y dejar a Jean Luc, había tratado de contactar con su cliente: la bruja no estaba en su residencia por hallarse en Lyon, volvería por la tarde. Lo que en un principio pareció un serio contratiempo se habría de convertir, horas después, en un auténtico colchón de aire cuando al abrir el sobre blanco que se encontraba junto al dinero, descubrió la identidad del objetivo a quien tenía que seguir y fotografiar.

Mirando a través de la ventana cómo nevaba, y sosteniendo el vaso de leche caliente entre sus manos, recordó cómo había pasado el tiempo de aquel estúpido día lleno de rarezas y sin que el teléfono hubiera sonado ni una maldita vez: ni clientes ni nadie que quisiera saber de él. No era del todo extraño, a primera hora había pagado a Perigord una de las mensualidades adeudadas y le había prometido que la semana siguiente le daría el resto, aquel casero tacaño y mezquino le había creído, no le quedaba otro remedio así que no le molestaría durante una temporada; de Ivonne se había encargado Jean Luc el día anterior, y tras haberle dejado el mensaje de la tarde, su ex tardaría todavía un tiempo en volver a ponerse en contacto con él, tal vez el miércoles o el mismo jueves de la semana siguiente, para recordarle de nuevo lo de la reunión con el psicólogo y que fuera bien vestido. Todo por Evita, aunque en el fondo sabía que seguía siendo por ella. Al igual que Perigord, Ivonne necesitaba mantener el contacto como fuera, aunque a los dos les remataría dejarle mensajes en el contestador; el casero y su ex-mujer dependían de él para justificar sus propias neuras y miedos, sólo eso, sin un Rosario Gamboa en sus vidas acabarían por volverse locos al enfrentarse a sus realidades cotidianas sin nadie a quien echar la culpa de los despropósitos que les rodeaban.

Dio un par de pasos hacia atrás y miró la limpieza que respiraba el piso, se había dedicado a limpiarlo y adecentarlo, en lo posible, mientras trataba de matar el tiempo hasta la hora de comer, momento en que se animó a invitar a Colette a un caro restaurante del centro, para limar las asperezas de las últimas semanas; también le había ido bien en aquel aspecto aunque no había conseguido llevársela a la cama, pero habían quedado y eso era suficiente para que no le llamara y para que de momento la relación que mantenían continuara durante otro largo periodo, así es la vida. Fue después cuando, de nuevo en casa, se decidió a abrir el sobre con las instrucciones que le había entregado Therrier descubriendo en ese momento que sin querer ya tenía terminado el trabajo. Por precaución no llamó a la bruja y decidió dejarlo para el día siguiente y también por precaución llamó al despacho de Jean Luc por si había algún equívoco en las especificaciones que le había dado su cliente, no estaba, como

tampoco en el club; no había llamado a su domicilio y tras contactar de nuevo con el despacho, le pasó recado a Chantall de que se pondría en contacto con Therrier al mediodía siguiente.

En un principio no reparó en las implicaciones que aquel toque de buena suerte podía tener. Tras repasar los datos de los que ya disponía, y cotejarlos con la información recibida por la mañana, comenzó a entrever una posibilidad que se iría convirtiendo, con el paso de las horas, en una clara sensación de que se hallaba metido de lleno en un aprieto. Algo no encajaba en todo aquello salvo que Jean Luc no le hubiera dicho toda la verdad sobre el asunto, cosa que por otro lado no sería difícil de entender si como le había mencionado por la mañana, la empresa del individuo era de las grandes. El abogado trabajaba para gente muy importante, su bufete movía una decena de millones de francos solucionando problemas a personajes que a veces era mejor no conocer. Que él supiera entre la cartera de clientes de Jean Luc y Ferdinand se encontraban algunos gerifaltes del gobierno municipal, otros del central y más de uno de los considerados mafiosos de alta alcurnia que pululaban por París haciendo su particular agosto. También trabajaba para empresas importantes, y era ahí donde surgía el primer problema.

Según la señora Daumier, su esposo trabajaba para el Gobierno, mientras que según lo que le había dado Jean Luc, lo hacía para una empresa dedicada a la creación de software y hardware para el ejército del aire. Tal vez la señora Daumier había creído pertinente mentirle sobre la auténtica ocupación de su marido, pero en tal caso resultaba estúpido el trajín que se llevaba el señor Daumier con ciertas personalidades de la administración y extraños señores muy encopetados a los que siempre veía en clubes o en restaurantes como el Miravile, L'Arpège o L'Ambroisie, por no hablar de los dos cimarras que lo acompañaban siempre; aquello lo había podido ver con sus propios ojos a lo largo de su investigación de las últimas semanas. El señor Daumier viajaba mucho, aunque el último mes lo había pasado en el interior de la capital, y también aquello encaja con lo que se esperaba de él dentro del ejecutivo. Por otro lado, si como decía Jean Luc, Daumier trabajaba como gerente de una división internacional en Barrat, la cosa podría tener su enjundia por cuanto que él no había indagado nada acerca de las personalidades en cuestión, y bien mirado podrían ser perfectamente responsables del ejército o jefes de la misma empresa, de todas formas individuos relevantes, y los viajes seguían encajando como parte de su quehacer, al igual que su escolta; sin embargo presentía que alguna de las dos partes ocultaba algo.

Se retiró de cerca de la ventana y buscó las fotografías, desperdigándolas por la tarima del piso, cerca de la alfombra, Pibita estaba arrebujaada bajo la estufa y le miró con ojos entrecerrados sin prestarle mayor atención mientras él bebía un sorbo largo y terminaba con la leche del vaso sentándose en su viejo sillón, mirando las instantá-

neas. Para enredar más el tema, estaba lo de la mujer con la que se vería y se había visto, le constaba, el bueno de Daumier. Según sus investigaciones la señorita se llamaba Olga Baumeister, de origen alemán y contratada como gestora de marketing en Yves Rocher desde hacía varios años, y que repartía su tiempo en ir y venir de aquí para allá por todo lo largo y ancho de Europa sin que hubiera podido entrever ninguna relación con Daumier en el extranjero; según la información de Jean Luc, la mujer resultaba ser inglesa, Anäis Whistler —aunque su descripción y características coincidían a la perfección con las de la susodicha Olga— que aparecía como la representante de una empresa con sede en Londres, Rendsoft Ltd., de abundante capital japonés y dedicada a lo mismo que Barrat. Aquella cuestión fue la que particularmente le había llevado a pensar que había gato encerrado en el asunto —miró a Pibita—, y más teniendo en cuenta la amenaza velada que se le había escapado a Jean Luc. La premura de tiempo, la abundancia de información aportada por Barrat y la amenaza, decantaban la balanza hacia el lado de Therrier. Miró de nuevo los papeles que tenía a su lado, en la mesita donde descansaba el silencioso teléfono y el aparato contestador. El lugar de los encuentros, donde debía fotografiarlos, coincidía también con el domicilio del picadero que ya había repasado su cámara, y salvo que Olga y Anäis fueran gemelas sólo le quedaba pensar que eran la misma persona; de todas formas iba a necesitar hablar seriamente con el abogado por si las moscas, planteándole abiertamente el problema y tratando de conseguir algo de más de claridad sobre el tema; visto lo visto nada le impediría quedarse con los cinco mil del adelanto, además de lo que le cobraría a la vieja; no perdería demasiado de ninguna de las formas. Sopesando de nuevo la situación, también podría resultar que el tal Daumier estuviera engañando a su mujer por partida doble, primero con lo de su auténtico trabajo —cosas más rocambolescas ya había visto— y después con lo de su amante. Dando por válida esta hipótesis la cosa se iba al traste al encontrarse de lleno con la información sobre la mujer. ¿Por qué disponía de dos identidades tan dispares y a la vez tan sólidas?

Bernadette Daumier, la bruja, parecía una harpía de cara aguda y ojos oscuros, no resultaba fea como un demonio pero sí extraña, aunque siempre vestía de forma perfectamente calibrada; revisando las fotos que descansaban en el suelo entendía perfectamente que el señor Daumier gustara de cambiarla por el bombón de doble identidad, pero aquello no justificaba nada. El matrimonio Daumier vivía muy bien, en el centro, en una residencia acantonada en el interior parisino, lo que dejaba patente que el señor Daumier ganaba bien trabajando para el Gobierno o para la empresa que había decidido sacarle unas fotos mientras se tiraba a la chica, porque en el fondo eran sólo las fotos lo que parecía importar en todo aquello; tanto para la señora Daumier como para Barrat, lo único que interesaba era el puñado de fotos que ya tenía. Antes de mover un dedo la visitaría en su domicilio —las otras veces se ha-

bían visto siempre en Champs de Marte— y trataría también de aclarar un par de cosas antes de continuar, aunque aquella opción pudiera desagradar a la vieja.

Se relajó tranquilizándose, la cosa no tenía solución, de momento, y lo cierto era que el trabajo estaba concluido antes de comenzar, y también resultaba claro que sin querer había ganado cuarenta y cinco mil francos sin moverse de casa, o treinta y cinco mil si Barrat se retiraba porque de lo que sí estaba seguro era de que iba a cobrar a la señora Daumier; pero seguía teniendo la sensación de que tal vez aquello no fuera sino los prolegómenos de algún tipo de problema que todavía no sabía localizar. Se levantó y se dirigió hacia su habitación, apagando la luz y despidiéndose de la gata que acabaría tumbada sobre sus pies, como hacía siempre. De existir algún problema todavía le quedaría tiempo para retomar el asunto y concluirlo antes de la madrugada del diez, como estaba convenido.

(1999)

PALTROW, Charles Paltrow, analista en el interior de Heracles UK; un buen cerebro encerrado en una cabeza grande sobre un cuerpo rechoncho de medianas dimensiones pero que muestra todavía su juventud. Él, un enigma. Los dos atrapados en el pequeño espacio, junto al Basset Hound del segundo, intentando conocerse.

—¿Cómo ha ido la experiencia?

La experiencia no ha ido ni bien ni mal, simplemente ha comenzado; el dispositivo había llegado a Francia por la mañana, y aún era temprano para sacar conclusiones. *Déjele hacer, es un experto, pero tenga cuidado Charlie, se puede evaporar de la misma forma que un pedazo de hielo en una sartén al fuego... en cuanto pueda le envío a Essex, haga el trabajo preliminar y prepárele el camino a Danny...*

—¿Qué busca Douglas?

—Brideshead trata de atar cabos que nos permitan aclarar el territorio que pisamos...

Un anciano adorable era lo que parecía allí quieto, con la copa de brandy en las manos y el perro a los pies, rodeado de objetos que valían una fortuna, hundido en un sillón que se ajustaba como un guante a su corpulencia, *...pero por el amor de dios, no baje nunca la guardia...*

—¿Conoce a Brideshead? —mitad pregunta mitad afirmación, Charlie trata de atisbar la razón que le obliga a permanecer sentado frente a él.

—¿No le ha dicho Douglas... —no, no se lo había dicho, únicamente lo había descrito como una pieza clave que era necesario poner en marcha, en un intento por desvelar lo que estaba ocurriendo— ... qué relación existe entre nosotros? A nuestra edad la amistad carece de un valor propio o definido, pero bien podríamos decir que Douglas y yo somos viejos amigos, aunque preferiría que viera en ello el residuo leal de una gran camaradería; sí, creo que es más exacto decir que seguimos siendo bue-



nos camaradas... ¿Le ha prevenido acaso? —enarcó la ceja derecha en mitad de una sonrisa maliciosa.

—Oh, no, no lo ha hecho —los dos saben que sí—. Hablamos poco de usted y mucho de lo que está pasando...

—¿Y qué está ocurriendo que obliga a Douglas a despertarme a horas tan intempestivas? —comenzó a reír. Su aspecto venerable, ligeramente desordenado y bohemio, era una garantía de tranquilidad moderada y momentánea para Paltrow, los demonios veladamente dibujados por Brideshead todavía no habían salido a la luz: *nunca deje una de sus preguntas sin contestar, pero tenga cuidado con lo que dice; sé que es difícil hijo, pero tiene que intentarlo hasta que llegue Essex...*

—París parece un polvorín a punto de estallar y todavía no sabemos ni el por qué ni por donde nos van a dar. Varios servicios se han puesto en movimiento al unísono, y han elegido la capital de Francia como teatro coyuntural. Daniel Essex trae información de primera mano, él se lo explicará mejor cuando llegue, no se preocupe —Essex, Essex, siempre Essex. A la premura de plazo que le había impuesto Brideshead se unía la sensación de precariedad que le producía saber que tenía que esperarle, lejos de suponer un buen plan, aquello le recordaba la compota de frutas que preparaba su abuela cuando mamá se retrasaba: un apaño de sabor dulce. Él era la compota que calmaría el hambre, de eso se trataba, de allanarle el terreno al gran Essex, quien acabaría por ponerse las medallas si aquello salía bien y no dudaría en echarle la culpa si salía mal.

—¿En qué trabaja usted?

—Mi trabajo es de recopilación de datos...

—No, me refiero a su auténtica labor, a qué hace con los datos que recaba.

Charlie no estaba acostumbrado a hablar de su labor como analista, pero aquel *impass* merecía un cambio en su actitud; habitualmente interrogaba a agentes después de las misiones, o a enemigos que habían caído en las manos del «Copycat», nunca hasta aquel entonces había realizado algo como lo que llevaba entre manos:

—Brideshead me ha pedido que le escuche. Lo que usted me dice lo anoto evitando que se pierda, y cuando usted duerma yo repasaré las notas y trazaré una especie de referencia de sucesos y de nombres que nos servirán de guía. Essex está más *cualificado* que yo para sacar conclusiones y cuando llegue retomará el hilo que hayamos dibujado y tratará de ensamblarlo con las informaciones que nuestro departamento está elaborando en Londres...

—¿Daniel Essex...? —se adelantó ligeramente apoyando los codos sobre las piernas—, ¿tiene algo que ver con Burwell?, ¿trabajan juntos?

—¿Burwell? —Charlie negaba con la cabeza—, no conozco en el departamento a nadie con ese apellido. Daniel es el jefe adjunto para el Grupo de Análisis al que pertenezco...

—¿Qué edad tiene? —había tenido tratos con la organización; las preguntas, los nombres, la forma en cómo hablaba y recordaba no dejaban resquicios a la duda, el anciano había estado con *ellos* en algún momento.

—Mayor que yo, tal vez se acerque a los cuarenta, pero no puedo asegurárselo.

—No, claro —se aplastó contra el respaldo—, el "judío" tendría ahora cincuenta y tantos, casi sesenta... y el Essex que conocí le rondaría la edad... déjelo, no se preocupe... hábleme del Essex que usted conoce.

—Daniel es un técnico —comenzó a explicarse sin saber muy bien adónde iba—, bajo, de complexión fuerte, con una calva que trata de ocultar como puede —se le escapó una sonrisa—, es bueno, muy bueno en lo que hace...

—¿Lo soporta?

—No, bueno, sí..., Daniel es mi superior, pero... —no pudo evitar una nueva sonrisa pero esta vez socarrona, trataba de atraparlo—, oh, vamos, no se haga una mala idea de él, no nos llevamos demasiado bien, algo normal entre profesionales ¿no le parece?

No se lo parecía, tan claro como que el inicio de la noche estaba lamiendo los últimos momentos del día. ¿Cómo había podido ser capaz de cometer una estupidez de aquel calibre? Essex era un perfecto imbécil y si no fuera porque sabía agarrarse como una lapa a su cargo y porque los hombres que tenía debajo le ayudaban a hacerlo, hacía mucho tiempo que no supondría un problema con su perfecta y compuesta prepotencia.

—Brideshead me pidió que fuera franco con usted, no se forme un prejuicio por mis palabras... Es bueno y eficiente, por eso está donde está y por eso nos lo mandan.

—Un cantamañanas, he conocido a muchos como él...

Charlie también conocía a muchos como Essex:

—Le ruego que lo acepte como lo que es. Divergemos en cuanto a procedimientos y esas cosas, hemos tenido un par de encontronazos y lo cierto es que no soy la persona más adecuada para hablar de él...

—Agradezco su franqueza.

—Ya le he dicho que Brideshead me pidió...

—No, no me refiero a las tonterías que haya podido decirle Douglas —volvió a adelantarse y esta vez Robespierre pareció recobrarse de su sopor—, me gusta su sinceridad, de verdad, se lo agradezco, a mi edad estas cosas se agradecen o se pierden para siempre —estaba serio—. Volvamos al trabajo, Essex se lo agradecerá también y antes creo que debemos hacer alusión a una serie de sucesos que ocurren poco después de la muerte de Ajmàtov... ¿Le suena de algo el apellido Ørstedes? —no, no le suena.

Samuel Ørsteds pertenece al organigrama de Fundación en Estocolmo, por sus manos pasa una buena parte de la información denominada “prioritaria” por sus superiores. Samuel tiene un vicio y un problema que se resuelven a principios de septiembre, no viene a cuento el describir los pormenores —alza la mano buscando una comprensión que Charlie le brinda de buena gana—. El caso es que Ørsteds ha terminado el trabajo encomendado y se traslada a Copenhague en la tarde del cinco, tiene una cita al final del día y también tiene una infinita prisa que le obliga a pasear sin rumbo fijo hasta que se encuentra sentado en algún jardín cercano a la estación de Nørreport. En aquel lugar consume el tiempo hasta que pasadas las 23.00 horas decide que ha llegado el momento y se introduce lentamente en el interior desolado de la estación. Acaricia con manos sudorosas el maletín de cuero que lleva bajo el brazo desde primeras horas de la tarde. El andén está prácticamente vacío, y en el fondo lo prefiere así, a pesar del nerviosismo que le produce. Su contacto no debe tardar, lo piensa mientras seca las numerosas gotitas de sudor que le perlan el rostro a pesar de que la noche brumosa, con su frío invernal, parece haberle seguido hasta el lugar en donde está. Imaginemos la estación: lóbrega y fría como nunca. Varios minutos de tensa espera y sigue sudando y aferrando el dichoso maletín que guarda celosamente los documentos confidenciales que ha sustraído, fotocopiado y devuelto a los dosieres en su propio despacho.

En Fundación algunos ritos se han vuelto vicios, y el rito de revisar meticulosamente el contenido del maletín del señor Ørsteds a las 14.30 horas, atestado, siempre, de legajos y papeles del departamento jurídico, siempre sin importancia, siempre para ser revisados en horas intempestivas por el inocuo y fiel Samuel Ørsteds: un hombre sin tacha que ha servido durante diez años a la causa sin crear ni un solo problema, se vuelve vicio al dejar pasar inadvertidamente la información confidencial hasta el otro lado de la puerta acristalada, a pesar de que esta tarde Ørsteds tiene mala cara. *¿Se encuentra bien Samuel?*, le pregunta el encargado de seguridad, un hombre que confía, que le conoce bien desde hace siete largos años y le llama por su nombre desde hace cuatro, que ha revisado su maletín miles de veces sin encontrar nada contrario a las normas. *Me siento ligeramente mareado, tal vez la gripe. ¡Cúidese y no venga mañana, un poco de miel y limón, con dos dedos de brandy y como nuevo a poco que descanse! Sí, gracias, le haré caso...*

Pero volvamos con Ørsteds al andén, cuando mira alterado su reloj de pulsera y se pregunta la razón del retraso imaginario del tren de las 23.30, el último. Acciona el pulsador lateral que riega de luz el interior de la esfera y relee la fecha que aparece bajo las agujas, en un pequeño recuadro que sustituye al número tres, por si se le ha escapado algo o si se ha equivocado de día. Ahí está, por fin: bajándose del tercer vagón del último tren de la noche danesa. Lo reconoce, y como han convenido viene solo.

¿Lo tiene?, pregunta el extraño personaje sin apenas mirarlo. ¿Y el dinero?, responde Samuel. El recién llegado saca un abultado sobre del interior de su gabardina, sigue observando a su alrededor. En marcos, ¿dónde está el material?, vuelve a preguntar sin bajar la vista. Ørsteds abre el maletín y ojea a derecha y a izquierda para ver si son observados. El hombre rubio de la gabardina se impacienta: ¡vamos que se me hace tarde! Entonces lo comprende todo. Quiere hablar pero no puede, cierra el maletín y comienza a correr en una carrera que sabe va a perder. Tropieza con algo grande y pierde el sentido...

Hace un rato que Paltrow ha dejado de escribir, lo que le está contando es sumamente grave y no se le ocurre otra cosa que preguntar si es cierto. Sonríe victorioso: sí, es cierto. Como un regalo inesperado acaba de sorprenderle con algo que puede resultar muy útil si como espera engrana pronto con el resto de informaciones que irá mostrándole; retoma su lápiz y apunta cuidadosamente «Samuel Ørsteds, Fundación, Estocolmo» para solicitar la comprobación pertinente, una vez hayan terminado.

—¿Cuándo ocurre esto?

—Calculo que con la diferencia horaria y esas cosas, poco después de que el piloto haya saltado sobre Inglaterra.

—¿Quién es el piloto?

—No lo sabemos todavía, ni siquiera Essex puede saberlo.

—¿Cómo está tan seguro?

—El piloto es un "tentetieso", cuando informe de Ørsteds pida también información sobre los "tentetieso" o "matrioskas", me parece que los llaman así sus colegas rusos.

—¿Por qué no me lo cuenta usted?

—Porque yo no le aportaría datos, y usted los necesita... informes y esas cosas, ya me entiende —sus palabras están tintadas de un cierto rechazo a la burocracia—, yo no creo en ello, simplemente podría darle opiniones, contarle sensaciones...

—El piloto parece un militar en misión oficial...

—Sí, y como tal será buscado por los militares y la policía.

—¿Y?

—No lo sé, dígamelo usted.

Charlie se encontraba en tierra de nadie, confuso, y trató de defender la esencia de su trabajo:

—La información está llena de datos contrastados, los militares saben hacer su trabajo...

—Necesitan informes.

—Por supuesto, los datos de la misión de caza, las referencias de las bases en tierra, las últimas anotaciones de los puestos de radar, originarán que el terreno a batir sea mínimo, puedo asegurarle que el piloto será apresado...

—¿Qué piloto?

—¿A qué juega...? —Paltrow se mostraba fuera de contexto—, estamos hablando del piloto...

—¿Qué piloto? —repitió con tozudez.

—Usted me ha dicho que era un piloto...

—Sólo le he hablado de un hombre que pilotaba un aparato ruso...

—Para pilotar un MiG-29 hay que tener por lo menos grado de teniente...

—Eso dirán los informes.

—¿Me está diciendo que no es militar?

Imaginemos la luz del mediodía deslizándose sobre el desierto de Gobi, en un lugar inconcreto y cercano a la frontera de China y Mongolia. La imperturbable mirada del comandante Nanyang no nos deja entrever la vorágine de pensamientos que le atormentan, ni esa sensación agobiante que le embarga al frente de la misión; bastante tiene con los problemas que le acarrea tener que lamer el culo del cretino de Xi´An acerca de la *conveniencia* del segundo alumbramiento de su hija Li, por no mencionar al imbécil de su marido, y la posibilidad de conseguir la transigencia de la administración ante el desliz. El Ministerio se ha puesto muy duro en lo referente a los segundos vástagos de cualquier matrimonio... —apostilla—, pero su yerno piensa que siendo él uno de los hombres de confianza del cretino mencionado, la cosa será muy fácil... Ama profundamente a su hija, tal vez porque, a diferencia de otros, a él y a su esposa les resultó imposible engendrar un niño: tras el parto se desvanecieron eternamente las posibilidades de intentarlo de nuevo por la inoperancia de un ginecólogo galardonado por el Partido pero inútil como él sólo. Li llegó en buen momento, y a pesar de lo que pensaron los que le rodeaban, una hija es una hija, y prefiere recordar las palabras del viejo Mao felicitándole por el nacimiento de su pequeña...

La narración se ha barnizado de un tono monocorde, la historia de Ørsteds y el comentario sobre el piloto ruso le han dejado noqueado, no esperaba encontrarse tan pronto con *algo* como aquello; si como sospechaba, en Fundación no sabían nada de los malditos papeles, la cosa podía ponerse al rojo en breve, recordó las palabras de Brideshead: *no está el horno para bollos con tanto barullo, muchacho*. Trató de relajarse buscando de nuevo la concentración y le descubre esperándole desde su butaca, acechando con aspecto aguileño:

—Si está cansado puedo continuar mañana.

—No, perdone, es sólo que lo de Ørsteds no encajaba en mis previsiones...

—Pues váyase preparando porque habrá muchos Ørsteds a lo largo de estos días —no hacía ninguna falta que se lo dijera así. Asiente con la cabeza y le deja seguir, volviendo a su cuadernillo y al lápiz.

Mientras se mueve de un lado a otro, en el interior del coche, Nanyang recuerda a su superior y al hijoputa de Xi´An, superior en jefe de aquél. Hablar con Xi´An significa ceder, y a él le molesta ceder, y más cuando su departamento se debate entre la vida y la muerte. Hace de tripas corazón y trata de entrever algo bueno en la misión que le han encomendado la tarde anterior. Repasa los datos que tiene apuntados en el manojo de papeles que le han dado mientras trata de ignorar los innumerables botes que da el vehículo en el que viaja trotando por una mal llamada carretera que rodea las montañas resacas que bordean el valle por el que discurre. Han dejado atrás la ciudadela de Vinchuan y se dirigen hacia el norte.

El ejército ha desplazado hasta la zona un pequeño retén que tiene la obligación de evitar a toda costa la intromisión de civiles, a pesar de que ha sido un pastor de camellos quien ha dado la alerta y de que raramente se puede divisar por allí un sólo alma. Delante suyo se levanta un horizonte desnivelado, embadurnado de ocre por la arena y la tierra yerma, aplastado por la luz que reina en aquel enorme espacio abierto. Un oficial se acerca hasta el vehículo para pedirles las credenciales; no hace falta que continúe; la estatura y el voluminoso aspecto del comandante son bien conocidos entre los integrantes del ejército. Su porte y su vestimenta de oficial hacen el resto obligando al militar a cuadrarse convenientemente. Una breve charla y Nanyang le sigue a pie hasta lo alto de la loma, en el momento en que un helicóptero levanta una polvareda abrasiva que casi les ciega —le sigue a duras penas pensando en el piloto-no piloto y en el sueco—. Erguidos, frente a la cortina de polvo y ruido, tardan unos momentos en percibir la llanura que aparece al otro lado... y por fin lo ve; primero una sombra gris y más tarde lo que es: el enorme cráter que ha surgido de la nada y que ahora cubre en tamaño la misma extensión que hasta hacía dos noches se conocía como una simple zona muerta, sin relevancia. Los sismógrafos no habían detectado nada, pero esto tampoco es nuevo, el servicio de sismografía comete errores de bulto como el que tiene ante sí. Nada de radioactividad, nada de meteoritos... en una palabra nada de nada. Lo extraño del caso es que en los últimos meses han surgido igualmente otros tres cráteres como éste, en otras tantas zonas del desierto. La relación de pruebas atómicas de que dispone se alejan bastante de las localizaciones de estas erupciones, y aquí es donde Xi´An debió encontrar la razón malsana y de peso como para obligarle a moverse de su despacho: *cuando menos es extraño... y para este tipo de cosas creo que os tenemos a vosotros...*, le dijo dándole una fría palmada en la espalda.

A Xi´An no le gusta el Servicio; jamás le ha gustado. Politiqueos —gira las manos de nuevo, revitalizado—. Le han movido de su departamento por un asunto tan ab-

surdo como extraño, en un claro intento por desprestigiarle frente al *aparato*, como a Kunming, su jefe. *No sé lo que tienes con ese hijo de puta de Xi´An, pero si no descubres lo que pide lo vamos a pasar bastante mal*, le había mencionado antes de partir. Nanyang sabe perfectamente lo que tiene con el "hijo de puta", y maldice a su yerno y a la tonta de su hija...

Lo ha conseguido, y una sonrisa aflora en el rostro de Paltrow.

—¿Por qué sonríe?, ¿qué le ha hecho gracia?

—Parece un cuento...

—Lo es —a Charlie se le hiel la mirada.

—Oh, vamos, el sustrato es auténtico —le está pidiendo perdón el muy cabrón—: los boquetes existen en realidad y sigue sin conocerse su procedencia. También es cierto lo que le he contado sobre los problemas que acucian a sus colegas chinos —sonríe tratando de calmar la ira que consume a su interlocutor por dentro—; el resto, la historia de Nanyang y su hija, su yerno y las otras tonterías las he inventado para que abandone esa cara de "reina de diamantes" que tiene. Una broma de viejo —no sabe qué demonios contestarle—, vamos, perdóneme, le prometo que la próxima vez que tenga ganas de jugar le avisaré previamente.

—¿Por qué lo hace?

—Tiene usted un serio problema con los informes y los datos, no es que me parezca mal pero creo que su cabeza da para más. Le ha molestado lo que le he dicho sobre el supuesto piloto...

—Sí, es cierto, no comprendo la base de su razonamiento.

—Mi razonamiento es correcto: si el piloto no es militar, si es alguien muy especial que interpreta un papel de militar, evitará que los hombres especiales de Gran Bretaña le busquen...

—Me está diciendo...

—No se lo estoy diciendo, trato de que vea la realidad desde otra perspectiva —se ha vuelto a adelantar en la butaca—, trato de advertirle que tal vez el ejército, la policía y el MI5 estén buscando algo que no existe pero que los informes dicen que sí. Puedo asegurarle que ni siquiera los rusos saben que su militar no lo es en realidad, ahí radica la cuestión.

—¿Un agente especial?

—Muy especial, un *aletargado* que acaba de despertar y que no tendrá que vérselas con los del Fifth Floor hasta que los militares, la policía y el MI5 descubran que sus datos preliminares no sirven de nada.

—Mucho tiempo...

—Precisamente eso es lo que necesita nuestro hombre.

Charlie tiene la sensación de hallarse frente a un gigante con aspecto *liliputiense*, está en sus manos:

—¿Podemos continuar?

—Desde luego, pero tendremos que adelantar el reloj hasta primeras horas del siete.

La noche ha sido gélida como pocas en este invierno de Budapest y le obligó a buscar abrigo como mejor pudo, escondiéndose en el interior del Skála-Metró, donde había pasado lo más crudo hasta que el servicio de vigilancia de los grandes almacenes dio con él. *Ser un jodido mendigo tiene sus ventajas*, se dijo con alivio tras evitar caer en las manos de la policía a cambio de unos cuantos empujones y patadas. Las calles eran de por sí duras, a los rigores del clima había que sumar aquellas pandillas de tarados del diablo que las recorrían *limpiando* la ciudad de inmundicias, fascistas de pocos años que no tenían ni idea de lo que hacían, pero que hacían, oh sí... como para dormir en cualquier sitio.

Recorre el territorio de caza de las nuevas huestes del orden y la limpieza, como lo hicieran otros, años antes, cuando el Partido y sus inmundos acólitos velaban por la integridad de la patria y la seguridad que habría de imperar para siempre, cuando imbéciles como él creían en la patraña de que la revolución habría de extenderse por todo el orbe y por fin los hombres serían auténticos hermanos, sin envidias, sin temores... Asustado, tratando de ser una sombra más entre las sombras, durante largo tiempo, avanza con dirección al túnel de salida de agua del balneario Szécheny, conoce bien el camino y llega sin dificultad ni contratiempos a pesar de la precaria luminosidad que levita sobre la ciudad; la nieve helada, que cubre los suelos adoquinados y el asfalto le hace resbalar y piensa en la necesidad de buscarse unas nuevas botas porque las que lleva no tienen visos de aguantar mucho más.

Al amparo de la oscuridad atraviesa el Castillo, para meterse en el interior mismo de la red de desagües; un poco más, esta vez ayudado por una vela que se agota entre los dedos, y por fin localiza las escaleras enmohecidas y desgastadas, de la época de los Habsburgo, que le llevarán hacia el interior de las tripas de la ciudad. Se anima a bajar con mucho tiento —la narración adquiere un tono lóbrego y tristón—, agarrándose a las aberturas y rendijas que ofrece la vieja sillería de las paredes, para evitar dar un trompicon que acabe con sus huesos en el fondo del pozo que aparece iluminado por las luces del exterior atravesando la herrumbrosa reja que separa el colector de la calle. Escucha el sonido rítmico del río golpeando paredes, y también el rumor de las ratas de Budapest buscando comida o cobijo, al calor del desagüe del balneario que durante el día permite que la gente bien y los turistas jueguen al ajedrez dentro de las piscinas y termas.

La poza ofrece refugio y calorillo como para tomar un baño a una temperatura agradable; le hace falta, en la calle hace un frío de mil demonios y lleva varios días amontonando porquería sobre su huesudo cuerpo. El balneario abreva el río por dos



sumideros, pero él prefiere éste, donde el agua es limpia; el general la enturbia pues acarrea también la mierda que sale del balneario, lo que le da un desgastado aire insalubre. Budapest no es una ciudad sucia como Varsovia, pero como tantas otras ciudades gusta de evacuar sus inmundicias y basuras precipitándolas al río, donde se pierden de vista oscureciendo de forma irreparable la misma superficie que inmortalizara el joven Strauss, en su vals, *claro que era otra ciudad desde donde se veía, y otro río, piensa, no éste que en primavera ofrece un tono pardo bajo los puentes que unen las poblaciones hermanas de Buda y Pest.*

Se afianza en la repisa de piedra y se inclina quitándose con bastante trabajo los harapos con los que ha pasado la noche, y el día, para sentir el frío abrasador entrando en los pulmones a través de los poros de su piel, mientras observa a su alrededor con cuidado, por si divisa algún roedor demasiado hambriento, que los había, y del tamaño de un conejo... La bóveda devuelve los ecos que produce el agua al chocar contra las piedras centenarias. Las ratas se encuentran lejos, *gracias a dios*, en el interior de la red de túneles, alejadas de la frialdad del río y la luz del día. Desde arriba, a través del tragaluz, caen goterones que chapoteaban ruidosamente al contacto con la superficie líquida y que él evita con cuidado mientras busca un lugar plano donde agacharse, iluminado por la vela que descansa en un peldaño.

Avanza un poco, pegado a la húmeda pared, toca el agua dando un respingo. Introduce lentamente los pies en la charca evitando las porquerías sólidas que se amontonaban en el fondo. Dispone de espacio suficiente como para poder sentarse, aunque no lo hace por precaución. Las ratas, siempre las ratas; *uno no puede fiarse, tampoco de los humanos que pululan como ellas por el interior la ciudad buscando en el fondo lo mismo: lo que otros tiran.* Enfrente, el pequeño túnel de salida muestra el hielo blanco, azulado ahora y violeta, que cubre la superficie del Danubio y que le recuerda el mármol blanco que decoraba el salón del Ayuntamiento en el que durante tanto tiempo había servido como funcionario.

Aquel recuerdo le trajo otros, más agrios y menos blancos, teñidos por el odio al viejo sistema que había hecho de la delación y la insolidaridad, su razón de ser. Los tiempos habían cambiado, pero para él ya no tenían sentido. Una falsa acusación de pensamientos liberales y a la puta calle. A nadie se le ocurrió pensar que era bueno trabajando y que su lealtad al sistema había sido modélica aunque no creyera del todo. *Putos rusos...* Recordó el viejo chiste que decía de Hungría que era el país más largo de Europa porque los rusos habían entrado y todavía no habían encontrado la salida; habían salido, sobre el papel habían dejado Hungría tranquila, pero lo cierto era que en el fondo seguían estando allí, en cada uno de los viejos esquemas que empapaban, todavía, el espíritu y la forma de hacer de los húngaros. Sin trabajo, su mujer no quiso saber nada de él, y sus hijos menos, y más sabiendo que el compañero sentimental de mamá les podría nutrir bien la despensa de embutidos y chucherías

sacadas del estraperlo por unos cuantos *forints*. Íntimamente pensaba que aquel hijo de puta de Havel, el eslovaco, le había denunciado para quedarse con todo lo que tenía, que siendo sincero no era mucho, y pensó en su mujer y en la tienda de bragas y sujetadores que había regentado hasta que decidió quitarse las propias para mejorar su forma de vida. La deseó suerte, siempre lo había hecho; por mal que les hubiera ido, todos, ella, los chicos y él mismo, se merecían algo mejor, y él lo había encontrado en las calles.

Entorna los ojos cansados tratando de ver el cielo a través del enrejado que cierra el techo de la bóveda. Se atusa la abultada barba gris y sumerge las manos en el agua templada que le llega a la cintura. Se moja la cara y sonríe: a pesar de los pesares se siente un hombre feliz. El ruido del agua, y el movimiento de su cuerpo generan multitud de sonidos que retumban a lo largo de las galerías y la bóveda, está solo y quiere seguir estándolo mientras se despabila. Vuelve a introducir las manos y toca algo que en un principio le parece una piedra, aunque flota entre dos aguas, tal vez un madero. Palpa y comprueba que se trata de una bota; tira y descubre que todavía está colocada en la pierna izquierda de su propietario. Con la mano derecha sujeta su presa mientras tira con fuerza de él. Atascado entre unas ramas viejas que afloran en la superficie de la poza, se resiste. Se arma de valor y salta con cuidado hasta sostenerse en difícil equilibrio entre las porquerías y el detritus que decoran el fondo, mientras el agua le llega ahora al cuello. Tira de nuevo del cadáver hasta soltarlo, y lo acerca después a la repisa, y lo deposita allí mientras busca el comienzo de la escalera. A la luz de la vela, el cuerpo parece corresponder a un hombre de unos cuarenta y tantos, tal vez cincuenta, rubio, y que parece ruso blanco. El anorak occidental que viste, *de buena calidad*, piensa, borbotea mientras le da la vuelta sobre las piedras; encuentra la herida y comprende que los que le han matado tenían prisa.

Lo descalza y hurga en los bolsillos comprobando que está *limpio*. Su muñeca todavía lleva el reloj, pero sería peligroso quedarse con él, se queda con el anillo. Le abre los labios y descubre un incisivo de oro. Se secó la mano como puede e intenta arrancarlo por las buenas, pero la boca no cede. Decide abrirse paso haciendo palanca con la navaja, rompiendo algunos dientes antes de hacerla ceder. No era cristiano aquel proceder pero agarra la pieza con sus dedos: *una buena funda puede valer mucho, magullada menos*. Con sorpresa siente cómo el diente obedece a la presión y se suelta dejando sobre su mano mojada otra pieza, de aluminio, de apenas tres milímetros de diámetro y cinco de alto que se alojaba directamente en el hueso. Siente miedo: lo que tiene delante es el cadáver de un espía, o de algo peor, puede ser del propio KGB, la policía o las abundantes familias que dominan la capital y que gustan de pasearse en sus lujosos vehículos occidentales. Aplasta el anorak hasta quitarle el aire y lo introduce otra vez en el agua mirando cómo la sombra se desvanece paulatinamente hasta tocar el fondo. Un escalofrío le recorre la espalda y decide, con

el diente, el cilindro y el anillo en su mano, que lo mejor será vestirse y volver a enturbiar su mente apurando las últimas gotas de *slivovitz* que le quedan.

Desanda el camino que le ha llevado hasta allí, abandonando con su nuevo calzado el refugio que le ofrece el colector, mientras el sol despierta sobre en el horizonte brumoso.

—¿Ajmàtov?

—Me temo que sí, que se trata del agente. ¿Nos queda tiempo?

Charlie mira su reloj de pulsera mientras Robespierre se despereza y camina un poco para recostarse en otro pedazo de la alfombra:

—Podemos continuar todavía un rato.

Imaginémonos la nueva escena, la mansión se destaca entre los árboles que la rodean, a lo lejos; desde un ventanal una sombra madura, de aspecto sanguíneo, mira el vehículo que recorre lentamente los últimos metros del camino particular, de gravilla compacta y gris oscuro por la humedad acumulada, para situarse frente a la verja de entrada del recinto vallado que circunda los aledaños del palacete. Él, la sombra, se lleva un cigarrillo a los labios sin quitar la vista del alejado lugar donde para el coche, una especie de limusina, tan escandalosa y grandilocuente como el pasajero que lleva detrás. *Ya le tenemos aquí.*

El otro, de menor estatura y más grueso, se levanta con esfuerzo del sillón para dirigirse con paso cansado hacia la pared recubierta de libros cuidadosamente dispuestos en bellas estanterías labradas en madera, junto al carillón y la puerta principal de la biblioteca. *No me gusta ese individuo. Lo sé, pero resulta necesario que mantengamos esta entrevista.* Los dos saben que no se trata de que les guste, simplemente tienen que saber utilizarlo. *¿Lo sabe...? ¿Quién?*, pregunta el primero, el de aspecto sanguíneo, siguiendo el hilo de su propio razonamiento: *no, no he creído conveniente advertirle hasta que no lo tengamos todo dispuesto*, se aparta de la ventana sujetando el cigarro que lleva en la comisura de los labios, para aplastarlo contra el fondo de un cenicero de cristal; conoce perfectamente a quién se refiere su compañero. *Espero que no estemos cometiendo una equivocación. No tema, le tengo suficientemente controlado como para que no nos resulte lesivo en caso de que no cumpla con lo que se espera de él. Pero, no cree que habría sido conveniente... Sí, tal vez, pero prefiero no molestarle, de momento*, zanja el tema con autoridad.

En el interior de aquel santuario de buen gusto, imperceptible al visitante por falta de preparación y cultura, salvo en lo referente al enorme dineral que habrán costado los muebles, los cuadros y el decorado en el que no sería difícil imaginar paseando a uno de los *notables* de la corte de Napoleón II, todo parece sumamente tranquilo, sin actividad... —Charlie levanta la mirada por encima de las gafas que si-

guen dirigidas hacia el bloc—. Varios hombres se reparten en el interior, y uno de ellos se detiene ante el visitante quien levanta los brazos y se deja palpar, no, no lleva ningún arma. Atento al final de la operación de seguridad, el mayordomo indica con la mano la puerta enorme, lacada y de doble hoja que encierra la biblioteca y que abre uno de los mozos del servicio con un ademán solemne: *por aquí, si me permite.*

*Bienvenido*, Delaunay se adelanta para recibir al visitante, en el mismo instante en que el reloj comienza a recitar una letanía de campanadas que anuncian pausadamente las ocho de la mañana. *¿Conoce a Monsieur Coypel?*, el individuo regordete adelanta su mano para saludar al recién llegado, tras la sucinta presentación realizada por el hombre con el que ha compartido espacio la media hora anterior. *Mucho gusto*, contesta de forma seca el invitado, en un francés aprendido.

El mayordomo espera infructuosamente que el tercer hombre se quite el gabán de cuero negro que le llega bastante debajo de las rodillas, dejando ver un palmo de pantalón sobre los zapatos lustrados, inmaculados, y tras esperar un tiempo prudencial decide abandonar la biblioteca con sus tres ocupantes dentro.

Una vez sentados alrededor de la mesa cuidadosamente manufacturada que se levanta sobre cuatro patas en el centro geométrico de la estancia, los tres hombres cruzan sus miradas brevemente, hasta que el nuevo comienza a hablar: *¿de qué se trata?* Delaunay sonríe abiertamente al observar el manifiesto talante agresivo que muestra, y trata de suavizar los prolegómenos: *hemos decidido vernos por pura precaución. Coypel*, gira la cabeza en dirección al hombre pequeño y grueso que le acompaña y que permanece sentado en el sillón aterciopelado que da la espalda al ventanal: *mantiene todavía dudas acerca de la misión que le hemos encomendado, y me gustaría que fuera usted, personalmente, quien las disipara.*

Sin esperar indicación alguna saca del interior de su gabán una cajetilla de cigarrillos americanos sin intención de compartirla, y comienza a mirar de forma sostenida a Coypel mientras habla: *debo anticiparle que agradezco la deferencia que ha tenido con nosotros al presentarse puntualmente a esta cita. Me imagino que Monsieur Delaunay le habrá puesto en antecedentes sobre el asunto que matizaremos aquí.* Embutido en su gabán, nada parece indicar que el individuo que ha dejado fuera de la mansión su guardaespaldas y al chófer, tenga vida, simplemente le sigue mirando. Los franceses esperan.

*No entiendo por qué hay dudas, mis hombres y yo hemos recibido instrucciones y las ejecutaremos. Ustedes nos dicen de qué va el trabajo, nosotros buscamos al personal adecuado y lo hacemos, y cobramos por ello...*

Coypel no está por consentir agresividades latentes ni tonos displicentes: *déjese de ironías. El trabajo que se les ha encargado es poco habitual, y a pesar de las buenas referencias que tenemos de su grupo, no puedo por menos que intere-*

*sarme por los pasos que ya se han dado, si es que han hecho algo hasta este momento...*

*El plazo termina el diez... En la madrugada del diez, interrumpe Coypel, ... bien, en la madrugada del diez, pero no me gusta que mis clientes metan las narices en mis trabajos antes de tiempo. Si prefieren lo dejamos ahora... Parece una alimaña de duros ojos negros y rostro esculpido en alabastro, sin matices. El pelo negro, junto al gabán, brillan de forma irreal bajo la luz que atraviesa el ventanal.*

*Señores, señores, Delaunay interviene: no convirtamos esta reunión en un enfrentamiento que no nos llevará a ninguna parte. Monsieur Coypel, al igual que yo mismo, necesitamos algunas garantías extra y si bien tiene toda la razón en la necesidad de que no nos entrometamos, debe considerar justo que dada la importancia del caso queramos saber cómo va el trabajo y quiénes intervienen en él.*

*Aquellas palabras parecen tranquilizarle y procede a encender el cigarrillo que todavía descansa en sus manos: bien, ustedes dirán...*

*Coypel adelanta su volumen juntando las manos pequeñas y carnosas, habla sin abandonar el tono investido de autoridad: ya conoce lo mucho que nos jugamos, un error resultaría fatal, pero no voy a extenderme sobre este particular, supongo que ya habrán tomado las medidas pertinentes para que nada fuera de lo establecido suceda, sonríe forzadamente, sin embargo me gustaría puntualizar con usted una serie de elementos a los que ruego preste el máximo interés y por supuesto dé cumplida respuesta.*

*El visitante sigue sin quitarle la vista de encima y espeta: suéltelo ya de una jodida vez.*

*¿Qué pinta él en todo esto? ¿Quién? Sabe a quién me refiero... ¿qué le importa? ¿Cómo que qué me importa...? Vamos, vamos, déjenlo... —otra vez las inflexiones, los acentos reconocibles, la materialización—. Por un instante los dos hombres se enzarzan en un cruce agrio de acusaciones ante el intento de mediar del tercero. El invitado se levanta y murmura algo en ruso, Coypel le contesta en el mismo idioma: abandone sus modales de discoteca moscovita y siéntese; mis hombres pudieron observarles mientras charlaban ayer, a primera hora...*

*Cojonudo, me están vigilando sus jodidos soldaditos, ¿por qué no hacen ellos el trabajo?, los ojos negros taladran la cara del francés.*

*El trabajo es muy importante, pensaba que se lo habíamos dejado claro, por no mencionar que nos va a costar una fortuna, ¿es necesario que se lo repita desde un principio?, Coypel aprieta sus mandíbulas y los puños a ambos lados de sus cortas piernas, también se ha levantado.*

*Delaunay interviene tratando de imponer una calma duradera, levantando los brazos: no tratamos de cuestionar los métodos de nuestro amigo, simplemente nos preocupa que un individuo como él intervenga..., mira a Coypel, siéntense y reco-*

*bren la compostura, les implora, nos va a hacer falta; simplemente dudamos de que la intromisión de Danzig pueda significar algo bueno, mira al ruso, sólo eso.*

(1999)

No quiero desaprovechar su buen ánimo y me expongo a una nueva perversidad senil, o infantil o como diantres se denomine a los accesos jocosos con los que me zarandea a su gusto, cuando le invito a que continúe.

—Esta vez va en serio —me previene antes de sumergirse en el silencio previo a toda narración.

Bien, la nieve desdibuja el perfil de las aceras y el asfalto, que desaparecen bajo el manto blanco que tapa la fina capa de hielo acumulada durante las últimas horas. Caminar se hace difícil sobre esta trampa natural con los zapatos que calza, y el hombre de tez oscura se empecina en seguir las rutas trazadas por anteriores paseantes, nocturnos y solitarios como él, intentando afianzarse en cada nuevo paso para no resbalar. Avanza tanteando el terreno a su alrededor, por si alguien le sigue; cada calle, cada cruce, puede encerrar una sorpresa; está acostumbrado a las precauciones propias de su oficio. Piensa en su jefe y en lo contundente que ha sido acerca de la seguridad y discreción requeridas para el caso que le ha puesto en las manos; quien le conoce sabe que jamás bromea —sí, parece que va en serio.

El contacto es un alto funcionario del Ministerio de Interior; él debe informar sobre la hora y el lugar exacto en que habrá de tener lugar una *cita* entre los del Bureau y un agente ruso, una vez que este último llegue a la capital de Francia. Evidentemente Ajmàtov nunca llegará a pisar suelo francés.

—¿Sobre qué fecha nos movemos? —aprovecho el inciso sobre Ajmàtov.

—Estamos en la madrugada del 7. Ajmàtov ha muerto en la noche del 5 y Tsvietaiev, que ha tenido que sortear más problemas de los previstos, llegará a París por la mañana.

Le hago un gesto para que siga mientras apunto en mi cuaderno los nuevos datos.

A partir del momento en que el ruso llegue a París, el trabajo pasaría a depender de Heracles, quien se encargará de ponerlo a buen recaudo bajo protección y lejos de posibles peligros. Básicamente nuestro hombre representa a Heracles en la fase previa de la negociación, la intervención la llevará a cabo un equipo que ya ha sido elegido y al que todavía no se ha informado de su auténtico cometido. Ajmàtov ha sido una obsesión durante los últimos meses de trabajo, conoce cada particularidad de su personalidad, cada recoveco de su expediente, su historia, sus apetencias y sus debilidades, y mientras avanza no puede quitarse de la cabeza la posibilidad de haberse precipitado a la hora de acceder a ser el correo entre en una operación que acabará con el ruso de una u otra forma. Dreyfus no ha tenido nada que ver en el

asunto, todo lo ha llevado directamente Dumas, buscando la garantía en lo reducido del conjunto que se encargará del caso. Tal vez porque conoce a Castellet, o porque considera evidente la necesaria rapidez de la solución, el dirigente de Heracles en Francia ha creído conveniente ofrecer la posición de uno de los mejor dispuestos y más seguros escondites de la capital, a un individuo que a él, a nuestro hombre, personalmente, no le merece el menor de los respetos a tenor de la información que han puesto a su disposición. Piensa también, y nosotros debemos pensar con él, que tal vez la operación busque la integración del agente del Bureau en el organigrama de Heracles, pero esta idea no le reconforta en lo más mínimo. En el fondo, sigue pensando, y tras la reestructuración de todo el operativo, muchas cosas han cambiado, y tal vez alguien, arriba, haya decidido cambiar las *ballenas* de lugar. A lo largo de su trabajo ha aprendido a aceptar como inevitables cuantas ideas surgen de la cúpula, aunque interiormente dude de su efectividad. Los años anteriores han sido muy duros, las limpiezas internas han originado un enrarecimiento de los aires que se respiran en el interior de la organización, y aunque la presión ha descendido, resulta difícil trabajar en un entramado en el que se tiene siempre la sospecha de que alguien te la va a jugar —le dejo seguir sin interrupción.

La puntualidad es uno de sus fuertes y por primera vez en seis años de servicio va a llegar tarde. Una avería fortuita le ha dejado sin coche apenas a dos manzanas de distancia, y ha perdido demasiado tiempo intentando localizar un taxi que no apareció. Piensa en aquel momento en que posiblemente sea él el único transeúnte que deambula por el centro a aquellas horas. Tampoco circulan coches. Es la una y cuarto de la madrugada; la reunión estaba concertada a esa misma hora y aún le queda un buen trecho que recorrer.

Acelera para resbalar y perder el equilibrio unos pasos después. Sigue andando mientras se sube las solapas de la gabardina gris, ocultando la cabeza entre las hombreras en un vano esfuerzo por evitar el frío intenso y siente a su espalda el crujir de unos pasos sobre la nieve y el hielo, y se oculta en el rellano de un portal cercano, sujetando la Browning con la mano, en el bolsillo derecho de la gabardina. Uno, dos, tres, cuatro... cuenta mentalmente hasta catorce, mientras los pasos se acercan, crispando el índice sobre el gatillo. Un hombre de raza negra, cubierto con un anorak morado y rojo avanza por la misma acera, moviéndose con lentitud y cuidado sobre la misma superficie helada que él ha pisado ya, cimbreado su cuerpo en una especie de danza absurda. Al cabo se observan en un cruce de miradas que delata la indefensión y el miedo de dos seres extraños en un mundo que resultaba ajeno y hostil a perpetuidad, como una maldita condena —la narración vuelve a disponer del tono adecuado—; el africano se aleja y él sale del descansillo para ver cómo lo hace. El emigrante mira hacia atrás varias veces antes de perderse en la gran avenida, al

frente. Recobra el paso y avanza otra vez maldiciendo la nieve que cae y que le impedirá ser puntual. ¡Maldita puntualidad!, piensa.

Algo está cambiando en su aspecto, puedo notarlo a través de la pequeña distancia que separa nuestras dos butacas. Hay algo en lo que cuenta que no le gusta y que lucha por quedarse encerrado para siempre. Se levanta y recorre con parsimoniosos pasos el trayecto que hay hasta el mueble en donde descansa el gramófono y pienso que va a poner otro disco pero sólo busca la botella que alza para que yo deniegue con la cabeza su ofrecimiento. Después de servirse un tercer vaso del brebaje de Gracielle retorna pesadamente a su sitio, con una mano en el bolsillo de su pantalón de pana. No hemos cruzado palabra.

Atraviesa la avenida del bulevar —retoma la historia—; tres coches, dos hacia arriba y uno que baja; nada particular, está cerca. Enfila la calle para perderse en un callejón transversal que acaba en unas verjas y unas cuantas puertas cerradas a cal y canto que aparecen una vez superado el portalón de piedra que permite la entrada al inmenso patio.

Espera allí un breve espacio de tiempo, por si algo o alguien se mueve además de los gatos. Tras la espera prudencial se introduce por la puerta trasera del portal número 79 y se acerca a la escalera principal. Sube, de dos en dos, los 150 peldaños, hasta llegar al rellano y por fin a la puerta. Unos momentos de silencio y escucha los pasos que se acercan, al otro lado. También escucha el suave rozar de la mirilla al batirse. La puerta se abre y una preciosa mulata de grandes ojos negros le franquea el paso; ella le mira y él le devuelve la mirada, suplicante y todavía jadeando por el esfuerzo realizado.

Una campanada seca me arrastra hasta el saloncito.

—No se altere, es el carillón de la entrada —comienza una declamación de suaves tintineos, secos como la campanada previa pero más suaves.

—Pensé que estaba averiado...

—Y lo está, pero es un poco como yo. Está viejo. El mecanismo que mueve las agujas dejó de funcionar durante los bombardeos aliados que sacaron de aquí a los alemanes; mi padre se negó a arreglarlo —sonríe con ganas, como si el carillón se hubiera confabulado con él para evitar que continuara con la historia; lo encuentro en buena medida aliviado por la interrupción—; tiempo más tarde descubrí que su corazón seguía haciéndolo y que lo único que había que hacer con él era dejarlo estar. Todos los días le doy cuerda y puntualmente, a las once de cada noche, me lo agradece. Antonio suele engrasarlo cuando viene —no puedo evitar una sonrisa mientras el silencio se apodera otra vez de la casa.

—¿No ha pensado en que tal vez tengan aquí un fantasma? —sin querer le he dado un salvoconducto para que se aleje de la narración y lo percibo un instante tarde.



—Lo tenemos, claro que lo tenemos —me mira risueño, con el vaso todavía entre sus largos dedos—. Fue en la época de la revolución. París ardía por los cuatro costados. Este edificio se levanta sobre las ruinas de una mansión que pertenecía a los padres de mi tatarabuela, ella era por aquel entonces una chiquita bastante agradecida... —las palabras se van perdiendo lentamente hasta que apenas son un simple susurro— ... casi mejor se lo cuento otro día, ¿no le parece?

Bebe de su vaso envuelto en silencio, como retomando un hilo conductor invisible que quema; se muestra torvo, extraño y comienzo a sentir pánico, como he hecho desde un principio cada vez que le veo titubear. No, no puede deprimirse ahora, y no lo hace. Surge potente y firme, lejos parece quedar el miedo que le impedía seguir contando.

La mulata permanece quieta; detrás, una mujer elegantemente vestida con un traje negro que le llega ligeramente por debajo de las rodillas le recibe con una sonrisa franca, avanzando por el pasillo principal; le conoce; la mulata, más precavida, también. No te quedes ahí parada Michelle, déjale pasar... ¿noche fría?... —la articulación perfecta, de nuevo, las inflexiones y la sensación de estar asistiendo a la escena—. Bouchon devuelve la sonrisa pero es incapaz de contestar. Tras un descanso, mientras se quita la nieve de los hombros y el cabello, se excusa: siento haber llegado tarde.

Belle es la regenta de una casa de citas del centro de París. Su aspecto hace honor a su nombre, en las formas maduras de aquella mujer se percibe todavía el fino encanto de lo que había sido sin lugar a dudas una belleza. Tiene cincuenta y dos años y ha ejercido la profesión desde los doce, ahora ocupa a cinco pupilas a las que llama cariñosamente *nietas*, y sigue trabajando con la clientela selecta. Rubia teñida, se niega a que el paso de los años le quite el *glamour* de otros tiempos, y aunque un poco excedida en kilos procura siempre que su aspecto sea como el que presenta, algo más que correcto y profundamente sereno. El local de Belle sirve a Heracles como tapadera desde hace varios años, una *ballena* protegida.

Aún no ha llegado, entra y le esperas, le dice al recién llegado. El olor cálido del prostíbulo le embriaga mientras avanza detrás de la mujer, recobrando el calor perdido en las calles y pensando en la razón de la tardanza del contacto. Conoce aquel piso como la palma de su mano e imagina en el interior de la cocina, cubiertas por mantas y toquillas, a las putas de Belle, haciendo tiempo en amena charla y calentando sus cuerpos semidesnudos apenas cubiertos por lencería mientras las compañeras tratan de animar la vida de algún cliente rezagado. La Feuille Rouge es casi su hogar, muchas veces le ha servido de escondrijo y otras tantas de lugar de reunión. Es un lugar amplio que se distribuye alrededor de un suntuoso pasillo; a la derecha la cocina y las dependencias del servicio, a la izquierda, hacia donde avanzan, las habitaciones de trabajo, y al fondo, la *suite* de Belle, adonde van.

Espera un momento Pierre, Belle le pone su fina mano sobre el hombro, para separarse y recorrer el pasillo en dirección contraria y perderse tras una puerta de doble hoja que separa la zona pública de la privada. Entonces puede escuchar cómo Belle, dando palmadas con las manos, arengaba a su pequeña tropa: vamos, vamos chicas, por hoy basta, éste es mío, y Gracielle —sonríó nerviosamente, cavilando que no será la misma Gracielle del licor que todavía contiene mi vaso— acabará pronto con el suyo así que vamos... Las muchachas salen en fila india de la cocina para dirigirse hacia las habitaciones. Belle y Pierre esperan hasta que no queda nadie a la vista. Un momento de silencio que la mujer aprovecha para apagar las luces de las dependencias traseras, una a una, según camina, para llegar al saloncito donde aún la espera Pierre. A oscuras el burdel presenta el encantador aspecto de una época pasada, el mismo que sin duda intentó imaginar el decorador que lo rediseñó tras la ocupación y que trató de darle el original ambiente *Belle Époque*. El salón principal, el que da directamente a la puerta de entrada, permanecerá iluminado hasta que el cliente de Gracielle salga. Bouchon mira interrogante a la prostituta. ¡Oh, no te preocupes, es un cliente habitual, y nunca se marcha más tarde de la una y media, saldrá enseguida!

¿Poco trabajo, Belle?, pregunta Bouchon. Mientras camina moviendo graciosa-mente las caderas, ella le contesta: sí, hoy hemos tenido sólo cinco clientes, el anterior se marchó hace un rato. Malos tiempos Pierre. A veces pienso que no tenemos futuro. Si no fuera por las chicas cogería mis ahorros y me marcharía a una de esas playas para ricos en el sur... Malos, muy malos tiempos, contesta él, musitando.

Noto que nos acercamos, se ha recostado y sus brazos descansan en el vacío, apoyando los codos en los laterales del sillón. Parece un cuerpo de cera, apenas se distinguen los movimientos que elevan su pecho en cada respiración, pero avanza que es lo importante.

...lo de la economía no hay quien lo entienda, dicen que todo va bien y que lo de Maastrich nos va a arreglar la vida, pero el caso es que de momento no nos comemos una rosca, menos mal que la asignación que nos pasáis nos ayuda lo suficiente, Belle se está quejando para asegurarse el apoyo económico que llega todos los meses desde una de las empresas filiales de Prometheus en París; en el fondo, un prostíbulo como el que regenta es una auténtica garantía de futuro y Bouchon piensa sin querer en quién habría decidido jubilar La Feuille Rouge, sopesando durante un instante la extraña razón que ha llevado a Dumas a desenmascarar el refugio: o muy importante es el tal Castellet para Heracles o el jefe juega con cartas marcadas que no ha considerado pertinente descubrir; tiene órdenes que cumplir y las va a ejecutar a rajatabla, a pesar de que el asunto no le gusta ni un pelo. La mujer continúa su disertación sobre los problemas que acucian a la profesión y la necesidad de la asignación mientras camina con dirección a la habitación que aparece al fondo.

Tengo que pedirte un pequeño favor, pero luego hablamos, cuando termines con lo tuyo, habla aterciopeladamente ella. Dispongo de poco tiempo, le dice él. No importa, seré breve, tiene que ver con un amigo y cierto problema que tiene con sus socios, pero luego te comento más, no te preocupes ahora, parece concluir Belle. A Bouchon no le importa servir a Belle, y más si se trata, como supone, del hostelero que lleva tiempo intentando retirarla del negocio.

Llegan a la habitación y la *madame* abre la puerta dejándole pasar; le ofrece un café cargado que Pierre rechaza cortésmente y ella se marcha mientras él se quita la gabardina mojada, dejándola sobre una silla. Tiene veintiocho años, su pelo negro, ensortijado, y el tupido bigote delatan su origen árabe a los cuatro vientos. Hijo natural de un comerciante parisino, se siente plenamente francés, a pesar de que por sus venas corre una buena parte de la historia de Argelia. Sus abuelos llegaron a Francia tras la segunda guerra mundial. Afincados en París levantaron una pequeña frutería en la calle Marcheron; al poco nació la hija que la abuela llevaba en sus entrañas. Francesa hijo, tu madre es francesa y tú también, no lo olvides jamás; el abuelo, seguidor del General De Gaulle en los días de la resistencia, jamás admitió que sólo fueran franceses de segunda, y aspiró como siempre han hecho las etnias colonizadas, a ser de la misma esencia que las potencias que los avasallan. Tragedias de la vida. Su aspecto y la doble sangre le acarrearón algunos problemas, sobre todo en la Universidad Politécnica en donde casi se gradúa en el área de Ingeniería Informática de no haber sido recolectado por el Bureau Mirage. Ajeno a su poder, lo descubre en los duros días del cautiverio en una de las *granjas* del Servicio M francés. Obligado a servir como precognitor matemático es recuperado por Heracles en el verano de 1989 y desde entonces se lo debe todo a Kaufmann, quien le puso a cargo del Departamento de Logística e Investigación Informática en Alemania, tras algunos éxitos en operaciones menores. Fueron años duros pero en el fondo buenos, piensa. Vuelve a Francia y comienza a trabajar a las órdenes de Dumas, otro hombre que le merece todos los respetos. Pierre Alí Galland Abdeslam nunca lo olvidará.

Ha bajado la mirada para enfocarme; según me ha comentado esta tarde, no necesita gafas, pero el cansancio se percibe en la contracción de sus músculos faciales en su intento por verme. Estoy aquí, viejo, no te voy a dejar solo.

La habitación es grande —continúa— y está decorada con papel caro pero gastado, de chillonas flores encarnadas que suben por las paredes hasta el alto techo. En el centro una cama con dosel, en su parte superior un espejo de dimensiones considerables; la sobrecama: escarlata, al igual que las cortinas y la tapicería de las sillas. Sobre el aparador un variado grupo de frascos de perfume y maquillaje. Aquella es la habitación en donde trabaja y duerme Belle, lejos de las de las pupilas y al amparo de ruidos, ofreciendo el silencio y la intimidad necesaria para salvaguardar la identidad de sus clientes. La luz surge suavemente de una pequeña lámpara que se encuentra

sobre la mesita de cabecera dando a la habitación una delicada sensación de penumbra; la tulipa también es escarlata lo que originaba el aplastante color rojo que inunda la estancia en la zona iluminada. Sigue mirando alrededor, tratando de descubrir cosas nuevas en un entorno tan familiar como aquel. A su lado divisa una fusta de cuero, sin duda recuerdo de algún servicio a la flor y nata del engranaje político y económico de París, gentuza que se pega por disfrutar siquiera un rato de la vieja, cuestión ésta que había llevado a Dumas a integrar a Belle en el engranaje informativo de Heracles sin pensárselo dos veces. Las reuniones siempre tenían lugar en aquella habitación, se había convertido en una tradición que Bouchon cumplía esrupulosamente.

No está acostumbrado a los retrasos y trata de relajarse mientras continúa esperando. Conoce el historial del agente que tendría que tener delante, y sin querer realiza un repaso mental a su información: Jean Castellet comenzó como especialista en explosivos en la Legión Extranjera para después pasar a la vida civil como submarinista en Madagascar. Fue reclutado por el Bureau Mirage en el 70, cosechando un magnífico historial, primero como agente telequinético base y más tarde como Jefe de Operaciones en el exterior, donde se granjeó una bien merecida fama de duro, en la época en la que trabajó tras el telón de acero. El tiempo y su fidelidad le convirtieron en el responsable de la seguridad del edificio que contenía al organigrama operativo del Bureau. Si alguien podía saber los entresijos de la operación que iba a tener lugar ese era Castellet.

Bouchon se mueve intranquilo. La operación exige seguridad, y todo parece irse al traste. Instintivamente sopesa otra vez la razón por la que le han elegido a él como *partenaire* de un peso pesado como Castellet. Al principio no tuvo inconveniente alguno en hacerse cargo del asunto, al fin y al cabo sólo era un mero trámite: cambiar unas fotografías comprometedoras por una información vital, y aquello, además de halagarle por la confianza y responsabilidad que suponía, le gustaba. La misión consiste en interferir limpiamente en una operación de entrega de un agente ruso al Servicio M francés; un puro cambio de información, un limpio chantaje. Un trabajo en principio tranquilo, pero ahora, tras la incertidumbre del retraso, se encuentra aturdido y sumergido en inconvenientes que no ha sabido ver al comienzo y que empezaban a despuntar. Tal vez se había precipitado, llevaba siguiendo a Ajmàtov desde hacía un año, sabía casi todo sobre su vida operativa, sus problemas y sus intenciones. Ajmàtov es sumamente importante para la organización y por nada del mundo habría deseado que fuera otro, y no él, quien lo llevara a manos de Dumas, aunque tenga que pasar por un asunto que no le merece la más mínima garantía. Se jura que no volverá a ocurrir.

Sentado en el butacón de orejeras que hay cerca del aparador hace una pausa en su verborrea mental para coger la cajetilla de cigarros del interior de su chaqueta,

y piensa en Dumas. Enciende uno, y tras una profunda aspiración piensa en el visitante. Otra calada más, y observa la calle nevada a través de las cortinas. Una última calada y piensa en que debe dejarlo antes de que el tabaco acabe con él. Se levanta de la silla y camina lentamente por la habitación, impaciente, mirando hacia los lados y a través de la ventana. Al poco entra de nuevo Belle, esta vez acompañada: el hombre que está a su lado encaja perfectamente con el perfil de Castellet.

—¿Podemos dejarlo para mañana?

—¿Queda mucho?

—No, no es eso... estoy cansado —los dos lo estamos pero él teme algo.

—Como prefiera... —comienzo a recoger mis trastos y le veo titubear en su estatura.

—¿Qué le ocurre?, ¿llamo a Ray?

—No, no hace falta... casi... acabemos con esto cuanto antes, vuelva a abrir su libreta —me siento otra vez.

—Se lo digo en serio, si quiere descansar descanse, nos será más útil si lo hace... —el gesto rotundo de su mano alzada, mientras se apoya con la otra en el propio sillón donde trata de sentarse, me obliga a callar.

Buenas noches, saluda Pierre al visitante. El hombre mira ceñudamente al agente y repasa la habitación concienzudamente, sin decir palabra. Belle hace amago de dejarles solos, es en ese momento cuando el funcionario la coge por el brazo hablando en voz alta: quédese, me hará falta.

Sorprendido, Bouchon hace un gesto a Belle para que se quede, no quiere problemas con el telequinético y entiende su precaución. Ella accede. Castellet mira a Pierre con una mirada agria, como si estuviera midiendo la calidad del hombre que le ha enviado Dumas. ¿Le han puesto al corriente?, pregunta. Supongo, contesta Bouchon maquinalmente. Castellet sonríe mientras se quita el abrigo marrón que le cubre. Déjese de idioteces, le espeta. ¿Quieren que les prepare algo?, interrumpe Belle. La mirada de Castellet resulta brutal. Belle no se mueve de su sitio.

Bouchon tiene orden de hacer caso a las peticiones de Castellet y siente cómo una rabia profunda le sube desde el estómago. Puede entender la precaución previa, pero el cariz que están tomando el carácter y modales del recién llegado le molestan. Instintivamente se pone en alerta: el individuo que tiene enfrente puede salir por cualquier sitio, y aunque Heracles le tiene cogido por la pelotas a cargo de un asunto que puede hacer añicos su matrimonio y su situación dentro del Bureau, todo indica que el funcionario va a resultar un hueso muy duro de roer y que pedirá bastante más que las fotografías que lleva en el bolsillo interior de su gabardina.

Bouchon, sonríe forzosamente y siente ganas de percibir el calor del humo de un cigarrillo en los pulmones, pero se contiene: ¡Gracias, Belle! de momento no nos hace falta nada.

Algo ha cambiado en el semblante de la mujer. Los ojos le brillan con una luz extraña desde el interior de la cara ovalada, perfilada por una larga melena rubia que acaba de ser cepillada, resaltada por el color azul turquesa que decora sus ojos y el carmín rojo de los labios. Su aspecto frágil manifiesta un profundo miedo al visitante y sus intenciones; los años de experiencia con hombres de todo talante y condición le avisan de algo que Bouchon no puede percibir.

Castellet sonríe desganadamente satisfecho; consciente de la relación de amistad que hay entre el agente y la prostituta sabe que esa es precisamente la baza que debe jugar. Es alto y desgarbado, su silueta asemeja a la de una garza al acecho. La prominente nariz ayuda a endurecer sus facciones, y la mirada de sus ojos oscuros. Bouchon sabe de inmediato que Castellet tratará de meterle el miedo en el cuerpo, y que si lo consigue perderá la partida. Interiormente maldice a Dumas, de haberlo sabido habría pedido protección y no se habría presentado en solitario.

Voy a ser claro. No soltaré prenda si no tengo los negativos, su voz suena hueca. Bouchon permanece quieto, los tiene, pero no se los va a dar así como así. Creo que hay un malentendido, contesta.

Nadie se mueve en los instantes siguientes. Pierre lo hace al fin tras hurgar en el interior de su gabardina y lanzar a la cama el sobre de color manila que contiene las fotografías; siente el roce de su pistola en la axila pero no quiere precipitarse. Castellet sonríe maliciosamente, como un niño que está a punto de cometer una tropelía y disfruta con sólo pensarlo. Señala a Belle y esgrime su pistola, pequeña, pero que a aquella distancia puede ser tan letal como las grandes... y mata a Bouchon.

—¿Cómo que señala a Belle y mata a Bouchon? —me sale del alma, algo no encaja.

—El caso es que lo mata... ¿qué más da? —se revuelve como un gato panza arriba.

—No me joda —es la primera vez que le falto al respeto y veo auténtico odio en su cara.

Se levanta furioso y me mira desde el centro de la habitación.

—Se terminó, me ha oído: se terminó —repite—. Dígale Douglas de mi parte que puede meterse toda esta mierda por donde le quepa. Quiero que mañana usted y sus hombres abandonen mi casa, se acabó...

—¡No hemos empezado! —mi voz se convierte en una especie de chillido.

—Pues hemos terminado, lo siento.

—Sabe... —balbuceo como el imbécil que me siento— ... ¿sabe la cantidad de gente que depende de esto?, ¿sabe la cantidad de gente que puede morir si no termino mi trabajo?

—Me importa una mierda —su voz parece un ladrido amenazante.

—Todo... todo, lo que me ha contado durante nuestras charlas sí que es una mierda —voy subiendo el tono de mi voz—. El conocimiento y el saber, los ritos y los vicios... las decisiones que llevan a los muchachos a jugarse la vida... métase su música y su cultura junto a todo el Mediterráneo entero por donde prefiera, incluso su puto carillón... ¿Sabe? —está quieto como un soldado armado con un hacha; está esperando a que termine para cortarme el cuello, lo sé, pero antes de marcharme me va a oír—, las decisiones que toman los otros siempre son malas, el enemigo es una hipótesis, pero la realidad acaba siempre en la misma mierda —hemos despertado a Ray y nos mira desde la puerta—, la cobardía produce también víctimas, con nombres y apellidos. En algo tiene razón, usted no juega, huye... y se protege en una mierda que huele bien. Sus sentimientos son eso: un montón de estiércol. Es usted... es usted...

—¡Dígalos...!

—Es usted... —veo el hacha en su manos.

—Dígalos —cierra los puños y baja la voz— ¡dígalos, Charlie, dígalos...! ¡Maricón de mierda, sarasa, cobarde, llámemelo y quédese tranquilo! ¿Por qué cree que le ha mandado Douglas aquí? —tengo su cara vociferante a un palmo—, ¿por qué imagina que Lord Douglas Brideshead le ha enviado a entrevistar a un maricón de mierda...?

—No lo sé, sólo sé que necesito conocer lo que usted... ¡maldita sea, necesito los putos datos! —vuelvo a levantar la voz y me adelanto hasta que el perfume de su *after shave* me anega las fosas nasales y pierdo a Ray en mi ángulo de visión.

—¿Datos? —aleja la cara y adopta el aspecto de una gárgola perpleja—, datos... el jefe de James Bond necesita datos. James Bond necesita datos... ¿necesita también el *gran ordenador central* los malditos datos? —se está riendo.

—Déjelo, mañana nos evaporaremos —trato de dar por zanjada la discusión.

—No, chiquillo, necesitas datos y te los voy a dar —manifiesta una potencia descomunal para un hombre de su edad.

—¡No los quiero! —vuelvo a gritar.

La situación parece tranquilizarse y hago una señal para que Ray nos deje tranquilos. Desaparece al fin mientras él recorre el salón hasta situarse junto al ventanal.

—¿Cómo puede llamar *datos* a las atrocidades que podría contar?

—Déjelo, estamos cansados, saturados... si quiere mañana renegociamos nuestra partida, ahora déjelo, se lo ruego.

—¿Como puede llamar *datos* a la descripción del dolor de Belle? —es eso, conocía a Belle.

—Lo siento no sabía que usted y Belle...

—No seas estúpido. Douglas te ha enviado aquí porque puedo ver escenas, escuchar palabras, sentir... —la palabra me llega rasgada—. Pero no me gusta el dolor, ni el mío ni el de otros porque lo siento como mío, ¿eres capaz de entenderlo Charlie

Bond?, ¿podrías hacerme el favor de intentarlo? —me tiene agarrado del cuello y no quiere soltarme, lo sé, y yo me siento como un perfecto imbécil.

Vuelve a su sillón y se mesa el poblado cabello blanco que corona su fuerte cabeza.

—Siéntate —me ordena—, le prometí a Douglas que os ayudaría y lo voy a hacer.

—No sé si es el momento...

—Lo es.

(2000)

Algún día tendrás que enfrentarte a ti mismo, y necesitarás vencer... Padre había sido un enigma, volátil o denso como acostumbran a ser las ilusiones o las certezas. Immaterial y distante, suspendido en un espacio lejano del que era rey indiscutible y en el que apenas teníamos cabida; tangible cuando le descubría velando mi sueño en mitad de la oscuridad, sentado en mi habitación, pensativo. Siempre alejado del barro de mi infancia, los bloques nuevos de hormigón cubiertos de ladrillos rojos relucientes y la bola de cuero raído de Alfredo que pateábamos frenéticos después de la escuela, soñando con los gritos de una afición que nos jaleaba desde las ventanas, entre las sombras de las mujeres que preparaban la cena, yendo y viniendo por las cocinas, esperando a los hombres que agradecían la hospitalidad de la nueva patria desollándose las manos y rompiéndose los riñones. El barrio. El barrio era un hervidero de vida donde se mezclaban fragancias y sudores de diferentes latitudes y credos, y de fantasías que me asaltaban cuando caminaba por sus calles y cuestas para acercarme a la carpintería y encontrarle trabajando con la sierra, el martillo o los formones, dando forma a grandes piezas de madera que en sus manos se convertían en armarios, sillas, mesas o sencillas camas de matrimonio. Todos los días le llevaba la tartera caliente y la media botella de vino que preparaba madre y me quedaba allí, quieto, mirándole, sabiéndole diferente a todos mientras acariciaba la última superficie lijada y se preparaba para comer dando rienda suelta a su imaginación y memoria hasta que me invitaba a volver a casa. Era único, y por ello mío. Aquella había sido sin duda la gran razón por la que me resultaba imprescindible cuando niño.

—Tú que opinas. —No opinaba nada, casi nunca lo hacía, estaba intentando evadirme del tedioso monólogo que ocupaba a Jean-Luc desde hacía un rato, preguntándome una vez más por la razón que me había llevado a dejar de fumar en aquel preciso momento, cuando podía haberlo intentado más adelante, evitando aquella sensación de ansiedad que me convertía en un gato enjaulado que se palpaba como un idiota los bolsillos de su indumentaria. No, no opinaba nada porque yo trabajaba para el bufete y quería seguir haciéndolo. Formaba parte del equipo pero era un



mundo completamente aparte en la esfera de *Thèrier et Courtaut associés*, y así quería que siguiera siendo.

—Mira a Rosario, es el vivo exponente del hombre actual, preocupado sólo por el día a día, ajeno a los estímulos que la vida política y social le pone ante las narices, ajeno a la historia con mayúsculas, pero no por ello más inocente... —Lucien tampoco le hacía caso, aunque lo parecía, el discurso resultaba rancio y vacío como casi todo en la vida de Jean-Luc.

Allí, en la misma mesita de todos los días, cerca de la cristalera enmarcada por la vidriera desgastada que daba a la cuesta y que ahora crepitaba ante la lluvia que la azotaba, solíamos debatir los pormenores de los trabajos en curso o de los nuevos encargos, cuando los había, pero solos Jean-Luc y yo, Lucien rara vez se acercaba a estos tradicionales inicios de jornada donde devorábamos los primeros instantes del día avanzando lentamente hacia banalidades que terminaban en el despliegue de paternalismo barato con el que el gran Jean-Luc Thèrier trataría, una vez más, de encauzar mi triste vida, la misma a la que la evidencia hacía justicia, o en la soberbia profesional o política que intentaba marcar las distancias que le separaban de su compañero, como era el caso, porque el abogado era sobre todo un perfecto pedante, desconsiderado incluso con aquellos que le permitían mantenerse dentro de aquella hornacina tediosa y grandilocuente desde la que nos hablaba siempre. Parecíamos actores de medio pelo interpretando una mala película de gánsters, apretados alrededor de una de las cuatro mesas de hierro forjado y mármol negro, Jean-Luc y Lucien impecablemente vestidos y yo necesitando urgentemente un planchado rápido, una ducha, un afeitado o un milagro. Permanecíamos sentados durante una interminable media hora cerca de la pequeña barra destartalada donde bullía la clientela, porque Óscar es uno de esos fenómenos urbanos que nunca adquieren explicación alguna y que sin embargo están siempre ahí, ajeno al tiempo y las modas, de pie. Formaba parte de la vieja y rancia ciudad y sobre las raídas y ajadas losetas que ahora pisaban costosos zapatos italianos o ingleses deambularon hace tiempo las gruesas botas de toneleros, albañiles, obreros o representantes del abundante proletariado industrial que hacían un alto en su quehacer diario o que se adentraban en las entrañas del angosto y alto local para matar el frío antes de ponerse a trabajar; las enmohecidas paredes asistían ahora, silenciosas y oscuras como siempre, a los comentarios sobre valores en alza, bonos basura, o simples previsiones para el ocio del fin de semana, como escucharon antaño el griterío zafio de hombres rudos, de caras grasientas, enrojecidas, y manos duras y llenas de callos que levantaron la capital después de la ocupación. Marc servía entonces vino y anchoas con pan, como hoy y mañana, porque el vino, las anchoas y el pan son la miel que ha atraído hasta el Óscar a los nuevos hijos de la urbe, moscas enfundadas en costosos abrigo de piel de camello, gabanes de cuero lustroso o gabardinas importadas de Milán y que han tomado el

pequeño barrio hasta convertirlo en lo que es ahora, el patio trasero donde jugar a saborear lo que sentía la plebe distante, antes, claro, de reincorporarse a sus respectivas labores bien retribuidas mientras complacen sus adormecidas mentes compartiendo un "auténtico desayuno obrero".

—No lo sabía, estoy seguro... —Jean-Luc estaba siempre seguro, consideraba su título universitario como un salvoconducto con derecho de pernada. Procedía de un pueblecito del macizo central, de una familia que había levantado cabeza con la industria avícola eliminando de su blasón los aromas a estiércol y campo, y sin embargo no podía evitar el vulgar aspecto de quiero y no puedo que destilaba en sus orígenes, a pesar de los cientos de miles de francos en ropa que llevaba encima y del cochazo blanco inmaculado que le esperaba reluciente allá donde fuera, o que le devolvía al caro bufete que regentaba junto a Lucien en el centro, tarde o temprano amenazaba con aparecer el aldeano que llevaba dentro, profiriendo un grito que traería a la gallina descarriada de vuelta a casa. Era así, no tenía vuelta de hoja, a pesar de las horas pasadas en el gimnasio, bajo las planchas de rayos ultravioleta, a pesar de su cara rotunda, perfilada a cincel, coronada por un pelo engominado y sin raya, a pesar de sus manos largas cuyos dedos afilados y cuidados repasaban constantemente la correcta colocación del nudo de la corbata o dibujaban arabescos en el aire cargado del café mientras hablaba. Jean-Luc era así y no podía dejar de traslucir lo que llevaba dentro: un mozalbete provinciano que había estudiado Derecho en París para hacerse el hombre de cuidados modales y limpia verborrea que era capaz de mimetizarse a la perfección con la fauna indecorosa que infestaba la capital y a cuyos flancos cobraba la minuta. La conversación que mantenía no me interesaba lo más mínimo, estaba cansado y necesitaba meterme en la cama en cuanto pudiera.

—Perdona, pásame el diario...

—A tu cuenta, Chato. —A mi cuenta, siempre a mi cuenta, sin que tuviera todavía un atisbo de lo que realmente quería decirme con aquel latiguillo, tan frecuente en sus labios salvo que dejaba en mis manos qué sé yo qué.

—No tienes buen aspecto...

No, no lo tenía, como tampoco ganas de que comenzara tan pronto con sus recomendaciones. Levanté la vista y contesté por fin que había dormido poco.

—¿Alguna aventura que merezca la pena conocer? —Odiaba aquella forma que tenía de bajar de los altares. Siempre en su mundo lleno de cajitas donde etiquetaba, por partidas, a todos cuantos le rodeábamos, tanto si cabíamos como si no—, ¿cuánto hace que no echas una cana al aire? —y eso que Jean-Luc había tenido a bien en incluirme en alguno de sus enclaves periféricos, donde amontonaba a los bohemios, rebeldes sin causa o simplemente imbéciles que conocía y donde mi extraña vida cobraba un cierto sentido—, lo siento chico, da pena sólo verte y me duele decírtelo...

—Pues no me lo digas.

—A tu edad tendrías que pensar más en la ropa que llevas, y en cortarte esa penosa coleta. Mírate sólo un momento, desde cuándo no usas traje. —Hacía mucho que no lo usaba, pero seguí leyendo; mi coleta me gustaba y mi ropa me permitía descender a las cloacas para rebuscar entre la porquería hasta encontrar la prueba, sacar una foto, y pasársela a la pareja que agradecía siempre, para que diera rienda suelta a la venganza abonada con horas interminables de espera y sospecha mientras él se lo hacía con la secretaria, con un amiga o con ese ejecutivo nuevo que tenía pestañas como abanicos. Mi clientela llevaba faldas y tenía una buena cuenta corriente, me contrataban mujeres desgastadas que no tenían problemas en llegar a fin de mes, las pobres apechugan con lo que les cae en gracia y si esto resultaba ser un cabrón que gusta de una camarera que se lo hace mejor, o se la chupa, o sencillamente que es más joven o mona, la cosa acababa en un perpetuo silencio, en un par de costillas rotas, en un ojo morado, o en una maleta llena de ropa que salta por la ventana de la habitación conyugal cuando había suerte; y si no la había, en la cocina ensangrentada con el cuerpo deshecho a patadas sobre las baldosas. El divorcio es siempre cosa de ricos, es a ellos a quienes gusta pelear por el molinillo de café o por la custodia del perro, a los pobres les queda el odio, la huida o unos bonitos cuernos que llevar con dignidad en la cabeza.

El silencio se había adueñado de nosotros, el guión parecía exigirlo. La gente, más allá de la cristalera, caminaba sin mirarse ni reconocerse bajo la mañana fría que amenazaba nieve, el suelo húmedo y el caudal de automóviles que recorría el bulevar cercano. Sin pestañear, algunos se atrevían a observar el interior de Óscar sin reparar en que Jean-Luc Thèrier esperaba su oportunidad como Juana de Arco ante Orléans. Lucien aprovechó para acercarse al excusado.

—No le has quitado ojo.

—¿Qué?

—Que llevas un rato embobado mirando esa fotografía. —Conocía bien al hombre que aparecía retratado en el diario, también conocía a su mujer y sabía de la desaparición de su hija. Rechacé el encargo a primeros de año; la niña, me dijeron, había desaparecido sin dejar rastro en mitad del trayecto desde el colegio a casa, un camino que recorría siempre en compañía de sus amigas; aquella tarde se retrasó un poco emprendiéndolo en solitario. No tenía novio ni vicios conocidos salvo los de una adolescente urbana: amigos, música, trapos y esas cosas. Una vida fácil que no había doblegado un bien modelado espíritu de superación; quería ser ingeniero, como su padre, y se afanaba en sacar buenas notas para conseguirlo. Estudiosa, metódica, escrupulosa y cuidadosa en sus relaciones, hermosa... Tenía todos los atributos necesarios para haberse convertido en una gran mujer, capaz de llevar adelante la pequeña empresa de componentes electrónicos de alta tecnología que dirigía su pa-

dre y que formaba parte del patrimonio familiar, toda vez que era hija única. Pasadas las primeras semanas, desestimado el secuestro con móvil económico o sin él, la policía había perdido empuje en sus investigaciones y se había decantado por la huida de casa, los jóvenes actuaban así... Los padres habían decidido recurrir a mí.

—Creía conocer a este tipo pero después de leer la noticia no me lo parece. El sujeto se suicidó en su despacho, su empresa estaba metida en algún asunto de exportación ilegal —contesté.

—¡Joder!, no pasa un día sin que te enteres de cosas así... —Había rechazado el trabajo porque se alejaba de mis faenas habituales. Tengo un ritmo que no me gusta romper, una disciplina que necesito cultivar a diario y preservar siempre; una investigación como la que me propusieron me obligaría a trastocar todos mis planes y encargos, que para ser sincero no eran muchos, como siempre, pero cuando te acostumbras a llevar entre manos pequeños asuntos que te resultan manejables y que llegan regularmente, tiendes a temer los grandes porque absorben demasiado tiempo y a la larga te hacen desaparecer del mapa. El dinero no parecía ser problema, de hecho la suma que me ofrecieron era de las importantes tanto si la encontraba como si no, pero no me hallaba con ánimo de hacerme cargo y le pasé el pastel a los de VOG, ellos podrían ayudarles.

—¿Trabajamos un poco? —dijo un sorbo a su infusión y el sobre se materializó sobre la mesa—. El caso —continuó—, es que no quiero sorpresas, necesito que acabes en el plazo previsto; son veinte mil si lo terminas antes del doce, esa es la fecha límite y no puedes pasarte.

—¿Qué es lo que vale tanto?

—En el interior del sobre tienes los datos sobre el sujeto al que debes pillar: fotografía reciente de él y de ella, horario de trabajo, rutinas, aficiones, etc. Es una misión sencilla y sin riesgos, limpia, conocemos el lugar exacto donde se ve con su amante y hemos alquilado un apartamento cuyas ventanas te colocarán en una posición difícilmente igualable, dentro van la dirección y también las llaves. Sólo tienes que esperar el momento justo y sacar la foto más artística posible —me observaba atentamente cuando guardé el sobre sin abrir en la gabardina—. Además encontrarás cinco mil francos para gastos, si eres un poco listo y economizas tus recursos puedes hacerte con veinticinco mil por un trabajo de nada.

—Nadie paga tanto por una tontería como ésta; sólo el alquiler del apartamento, tus honorarios y lo que me sueltas...

—Vamos a llegar tarde, y Rosario necesita dormir un poco —Lucien, incómodo, apremiaba a su socio y se abrochaba la trinchera mientras me sonreía sinceramente.

—Mi cliente no quiere preguntas, Rosario —Jean-Luc comenzaba a levantarse—, sólo un carrete de fotos buenas antes del doce, y a muy buen precio, es así de gene-

roso... yo que tú mantendría la boca cerrada y me pondría a trabajar. ¿Nos vemos mañana temprano?

—Si a usted le viene bien —no veía nada salvo sus achocolatadas y fibrosas manos atravesando la penumbra que lo engullía como un pozo tras la tenue luz que iluminaba su sotana, reposando sobre unas piernas que delataban un hombre de enorme envergadura sentado en una silla de ruedas al que apenas distinguía. Afuera, en algún lugar del jardín del interior del claustro, piaba un pájaro.

—Por mí no hay problema, me gusta madrugar, y aunque no me gustara no me quedaría más remedio que levantarme como todos, a las cinco, aquí no hay respeto ni para los tullidos. —Me hallaba como suspendido, pero necesitaba respirar—. Entonces quedamos así, con la fotografía y lo que me ha contado creo que tengo suficiente para comenzar. Le espero —concluyó.

Abandoné la oscura habitación con alivio y recorrí el camino andado hasta encontrar el que desembocaba en el templo, cruzando las bancadas desérticas para llegar lo más rápidamente posible al pasillo salvador y a la puerta, dejando atrás el olor a velas e incienso y abriéndome de par en par a la gélida tarde.

Caminé durante horas haciéndome invisible bajo la nieve como un niño de barrio que teme la ciudad y su torrente de vida aburrida en la que nadie quiere conocerse, y que busca refugio introduciendo las manos en los bolsillos y encorvando la cabeza. Ya en casa, observé durante unos instantes las dos figuras que se iban destacando sobre el papel y odié lo imbécil que era aquel tipo. Saqué la fotografía de la cubeta y la introduje en el baño de estabilización, después al fijador y de nuevo al estabilizador para introducirla, por último, en el barreño de agua, bajo el chorro, en el lavabo del cuarto de baño que hacía las veces de laboratorio. Positivé las otras seis que merecían la pena, una tras otra, como había hecho con la primera y desestimé el resto, no quería gastar papel, tiempo y dinero con ellas. La señora estaría contenta, tenía las pruebas, se les veía bien a los dos, y aquellas fotografías en manos de un abogado la permitirían rebañar parte de la hacienda y pertenencias conyugales, asegurando un buen retiro a costa del cretino que había blindado el divorcio para terminar meándose en ella. Una por una fui colgando las instantáneas; olía demasiado a acético y retiré la gruesa cortina para abrir la hoja inferior de la ventana, me dolía la espalda y también los ojos y adelanté la cabeza para aspirar el aire limpio de la madrugada y escuchar el silencio que saturaba el pequeño patio.

Tres campanadas secas. En algún lugar la oscuridad recibía la mirada de unos ojos escarlata que escrutaban las calles blancas tratando de divisar algo desde donde se resguardaba de la nieve, el viento y el frío. La noche resultaba plomiza, cargada de ecos y llamadas que retumbaban en su pequeña cabeza esférica; movió las plumas y alzó ligeramente las alas, desperezándose, para volver a recogerlas sobre la espalda mirando hacia abajo, buscando desde su atalaya, con el cuello estirado, atisbando un

mundo totalmente desconocido. Dios había llamado a los Titanes por su nombre, uno a uno, y el suyo había sido nombrado en primer lugar... Lo sabía, por eso estaba allí: debía encontrarlo. El momento esperado había llegado y el otro le llevaba ventaja en el interior de la extraña ciudad de paredes iridiscentes y elevadas columnas negras; buscaba presas mientras él debía permanecer quieto, intentando localizar al elegido para llevarlo hacia el sacrificio; era el escudero de un héroe perdido y sin rumbo que no era consciente de su destino.

Giró la cabeza tratando de escuchar las llamadas que surgían de paredes y ventanas; miró de nuevo hacia abajo, y sus sentidos se perdieron vertiginosamente ante la inmensidad de la avenida blanca que atravesaba el círculo de fuego de parte a parte, como una enorme lanza. Era la ciudad del fin del mundo donde habría de librarse una batalla desconocida por los hombres, soñada por los inmortales. Entornó los ojos y la incandescencia de su interior se volvió tenue presencia en lo alto, sólo visible para los que atentos a los umbrales, y a quienes llegan por ellos, andan precavidos ante lo que ocurre en las madrugadas y esperan al ejército que arrasará los infinitos campos de batalla llenándolos de cadáveres. Todo parecía tranquilo sobre aquel tablero de ajedrez blanco, definido por extrañas fronteras donde se movían ya los primeros peones mientras sus lugartenientes trazaban los caminos y atajos que les habrían de llevar a la victoria; cuatro pozos negros a cada lado, treinta y dos en total, alternándose con altares inmaculados hasta completar el número mágico.

Escuchó la llegada del camión y volvió a extender las alas, aleteando con fuerza sin moverse de la cornisa, removiendo la nieve que le rodeaba, observando a los hombres que retiraban los enormes contenedores para sujetarlos a los arneses del mecanismo que haría desaparecer los desperdicios. Miró cómo lo hacían, cómo marchaban, y se sintió embriagado por las luces ámbar mientras el camión se desvanecía al fondo, y entonces divisó la sombra que avanzaba deprisa abriendo la blancura que tapaba el asfalto, envuelto en una cazadora gris como sus ojos, moviéndose al amparo de la pared llena de portales. El fiel de la balanza se había inclinado ligeramente; el peso inestable de su instinto le puso en alerta y escudriñó el aire diáfano de la noche blanca, olisqueando su aroma, y lo entrevió entonces. Oyó incomprensibles secretos esparcidos a voces y se alzó en su estatura para seguir con la mirada cargada de fuego el silencioso andar de la figura; escuchando de nuevo y comprendiendo al fin que él era uno de ellos.

—¿Qué demonios te pasa?

—Estuve positivando fotos...

—¿Cómo dices?

—Que estuve positivando fotos hasta tarde...

—Estás pálido, Rosario, se te está quedando la cara como de porcelana y parecés ido —Lucien y su cara redonda y bonachona.

Jean-Luc volvió a tomar asiento:

—Chato, te preguntaba si nos veíamos mañana temprano... pero...

—Lo siento —balbuceé.

Alfredo había muerto de tos ferina y se había llevado para siempre su bola de cuero raído, las carreras y los gritos de una afición que nos había sido fiel hasta que se cansó de esperar; mientras, el asfalto negro había sustituido para siempre al barro, fundiéndose en gris con las aceras desgastadas por el trajín de un mundo que las recorría de arriba a abajo, ajeno a mis miedos y conquistas de huérfano preadolescente. Descubrí el mar a los trece años, durante una pequeña excursión dominical junto a madre; era aquel un tiempo marcado por el ritmo del instituto y las faldas de las chicas, cuando consumíamos afanosamente las historias de supermán y la patrulla equis y soñábamos con un mundo donde todavía era posible desplegar poderes extraordinarios que nos permitirían permanecer al amparo de las maldades y perversiones de aquellos que querían gobernar el universo, truncando sus planes, como si fuéramos extraterrestres. Era también el tiempo de la casa, del pasillo que dividía nuestra vida en dos: al sur la cocina y sus aromas, la luz, y la pequeña sala de estar donde madre cosía hasta altas horas de la noche y donde yo estudiaba, el calor; al norte las dos habitaciones: la mía, el frío, y la otra, el silencio, donde madre lloraba y acariciaba el hueco que padre había dejado en la almohada, los recuerdos concentrados en un raído jersey de lana que apretaba con las manos cansadas. El edificio donde vivíamos se había vuelto gris y ya no hallaba placer en mirarlo. Subía de dos en dos las escaleras para llegar a su azotea y observar, en compañía de las palomas, los nuevos barrios que se levantaban al norte, entre grandiosas grúas que izaban cemento y ladrillos y que por la noche parecían esqueletos gigantes de hierro que guardaban el sueño expansivo de la ciudad que dormía al sur, entre luces que titilaban a través de una atmósfera todavía limpia. La azotea era el reducto particular donde miraba, pensaba... o recordaba a padre, a quien poco a poco trataba de dar la espalda. Desde allí podía ver las calles y seguir el paso de la gente, cuando era de día, contando los coches y camiones que eran rojos o azules, cuando el rojo y el azul no eran como ahora y abundaba el negro, o el gris citroën. Le pregunté si creía en los ángeles.

—Nos queda una hora para presentarnos en la audiencia y pensaba pasar antes por el club, no tengo tiempo ahora para hablar de ángeles —Lucien me había traído un vaso de agua—, a Marta le gusta mucho hablar de ellos, ha oído a algunas amigas que reciben catequesis y nos abrume a su madre y a mí con preguntas...

—Me refería a si tú crees.

—No, no creo.